El paciente

Juan Ignacio Espel

“Analizar una figura como la de Hitler con objetividad y sin pasión no sólo lo impone la conciencia científica, sino que también es la condición para sacar una lección importante para el presente y el futuro. Todo análisis que deforme el cuadro de Hitler privándolo de su humanidad no haría más que intensificar la tendencia a no ver los Hitlers potenciales a menos que lleven los cuernos diabólicos bien visibles.”

— Erich Fromm.

“El trauma de Hitler se extendió por más de quince años para mi generación, destruyendo vidas, devastando a los seres queridos, aniquilando mi país. Por eso ha sido tan difícil, casi imposible, pensar con imparcialidad en ese rostro pálido y bigotudo, con los ojos encendidos como un Charlie Chaplin devenido en pesadilla. Incluso ahora, cuando recuerdo esa cara y escucho esa voz aterradora, histérica y chillona, tengo la sensación de que se acerca una fatalidad, el desastre y la muerte. Sin embargo, por difícil que sea, Hitler tiene que ser comprendido.”

— John H. Plumb.

Nota del autor

Los personajes y acontecimientos que aparecen en esta novela corresponden a la realidad histórica. Imaginarios son los encuentros entre el doctor Carl Gustav Jung y Adolf Hitler. Pero no gran parte de los diálogos. En itálicas están las declaraciones textuales de ambos. Una investigación meticulosa permitió dar forma a este libro. Los documentos que corresponden a Jung abarcan el período 1918-1963, y los de Hitler el que va de 1923 a 1945. En este ejercicio intertextual, el líder del Tercer Reich ocupa el diván, mientras Jung, el ex discípulo de Freud, escucha y analiza. Por supuesto, todo el contenido reproducido en el libro tiene un fin literario, y bajo ningún punto de vista hace apología a ninguna ideología política totalitaria. Por el contrario, busca prevenir al lector contra sus peligros.

Indice

Primera sesión

El motor del Mercedes Benz partió la mañana en dos. Varios hombres se aproximan con aire circunspecto a la torre. La brisa sacude la vegetación y ondea suavemente la superficie del lago. El que parecería ser el jefe llama a la puerta con gesto displicente. Sabían que el propietario no acostumbraba recibir visitas, ni de legos ni de especialistas. Wagner había tenido Wahnfried y él tenía su torre en Bollingen. El jefe volvió a golpear. Uno tosió por lo bajo, otro suspiró y miró alrededor con aire extraviado. Súbitamente la puerta se abrió y apareció un hombre de grandes proporciones, con algo de sabio y de peregrino. Medio druida, medio profeta. Se acomodó los lentes, sonrió y pensó: "Deutsche". El jefe, aunque sin poder (o querer) desprenderse de su idiosincrática displicencia, devolvió la sonrisa.

— ¿Doctor Carl Gustav Jung?

— ¿En qué puedo servirles?

— ¿Nos permite? — el visitante dio un paso adelante.

— *Bitte*.

"Danke", "Danke schön", "Danke". Uno tras otro, los hombres rubios y altos, envueltos en sus oscuros abrigos de cuero, profanaron el santuario. Algo resignado, el psicoanalista los ubicó alrededor de una mesa redonda (símbolo de la igualdad). Él permanecía de pie, casi en un rincón. El jefe extendió la mano y uno de sus compañeros — o subordinados — le alcanzó una carpeta. Sobre el cuero resplandecía el oro de la esvástica coronada por la Reichsadler. Revisó algunos papeles; parecía estar corroborando algo que sabía de memoria. Quizá la monotonía de su oficio fuera la causa de su displicencia. El silencio era absoluto. Los agentes inspeccionaban cada ángulo con la mirada; siempre detrás de cualquier imperfección, de cualquier descuido. "Gut", sentenció, una vez que corroboró aquello que ya sabía.

— La nuestra es una misión ultra-clasificada, doctor. ¿Entiende?

— Perfectamente — Jung no mostraba ni inquietud ni interés —. ¿Cómo puedo ayudarlos?

— Necesitamos que haga lo que mejor sabe: que tome un paciente y lo analice.

— Me piden que lo trate.

— No; que lo *analice*. Tratar, se trata a los enfermos.

— Permitámonos el tecnicismo — sonrió el suizo —. Generalmente son los propios interesados o sus allegados los que me buscan… ¿Puedo preguntar dónde está el paciente?

La tensión pareció acentuarse de un momento a otro. Aquella invocación encerraba algo. De alguna forma el misterioso paciente había hecho acto de presencia, como si hubiera atravesando la puerta y tomara asiento junto al resto. Los hombres altos y rubios ya no buscaban vaya uno a saber qué por los rincones. Clavaban sus gélidas miradas en el médico, que comenzaba a ceder a la ansiedad, porque intuía el *quid* de la cuestión.

El jefe sacó una fotografía de la carpeta. Explicó el procedimiento: le diría, ahí mismo, con sólo ver la imagen, todo lo que pudiera acerca del retratado. Jung frunció el ceño y lo miró unos segundos. Se acercó a la mesa y la contempló unos momentos. Nueva ojeada a la delegación. Todo eso era absurdo… ¿sería una especie de trampa? ¿Una prueba? ¿Una broma? El psiquiatra observó detenidamente la fotografía.

— *Una esfera inconsciente demasiado intensa frente a una esfera consciente algo bloqueada, y en consecuencia, demasiada distancia entre lo consciente y lo inconsciente. En lo más elevado, es puramente intelectual, en lo más bajo, parece un bosque primitivo. Una especie de alma rusa previa a la guerra… No hay equilibrio sino una tendencia a la obsesión. Los ojos expresan una descarga del inconsciente en fantasías que luego intenta interpretar. La lápida sepulcral que obstruye su conciencia debe ser detonada…*

Los esbirros esperaron el fallo de su superior, que pareció reflexionar. Sacó una libreta, garabateó algo y volvió a guardarla. La fotografía regresó a la carpeta, y el jefe se puso de pie mecánicamente, como un resorte. Informó a Jung que los acompañaría a Berlín esa misma tarde. Dando por terminado el asunto, la comitiva partió. Los motores rugieron y poco después la caravana desapareció en la distancia. La arboleda se agitó nuevamente, las aguas del lago seguían imperturbables. La inexplicable tensión que había llegado con los visitantes se disolvió tan pronto como partieron.

El resplandor de la luna bañaba las calles y los puentes, las iglesias y los monumentos, bañaba el destino de los hombres. Un automóvil se aproximaba al N.º 6 de la Vossstraße: la Nueva Cancillería del Reich. A través del cristal el médico contempló la imponente fachada neoclásica y se sintió pequeño, quizá temeroso. Al pasar frente a la entrada principal distinguió las esculturas de Breker: *Die Wehrmacht* y *Die Partei*. Los pilares del nuevo *Volk* alemán. El vehículo ingresó al Patio de Honor, y el grupo continuó a pie hasta una sala de recepción. Jung quedó sorprendido por el tamaño de las puertas: debían tener casi veinte metros de altura. Detrás había una sala revestida en mosaico y mármol rojo. Subieron varios niveles más, cruzaron un salón circular con techo abovedado y llegaron a una galería. El doctor analizó la arquitectura: exasperantes anhelos de grandiosidad, innegables rasgos de una megalomanía histérica. Las habitaciones estaban ricamente

decoradas; las distancias se dilataban. Al fondo, el despacho del Führer. Las puertas estaban flanqueadas por dos soldados de la Primera División de las Waffen-SS. Cuando el grupo se aproximó, los guerreros se cuadraron. Jung examinó el porte excepcional, los rostros pretorianos, el fanatismo y la adoración que ardía en la mirada. Un edecán u ordenanza, vestido de blanco y con cierto aire de camarero vienés, se presentó ante ellos. "¡Heil Hitler!" "¡Heil Hitler!". Resonó el taconeo. El doctor saludó con indecisión, casi por reflejo. El jefe y sus secuaces chocaron los talones nuevamente y desaparecieron.

— *Guten abend*, *Herr* Jung — el edecán habló sin mirarlo, mientras inspeccionaba unos papeles —. Aguarde unos momentos y tendrá el mayor de los honores: estar en presencia del Führer.

El funcionario se retiró y Jung quedó en medio de esa dilatada soledad. Hubiera oído la caída de un alfiler. La sala estaba decorada con antiguas obras de arte y el suelo estaba exquisitamente alfombrado. Había orquídeas en todos los rincones. A su izquierda había tres pequeños sillones. Tomó asiento. ¿Qué hacía ahí? Tras su alejamiento de Freud había sobrevenido una profunda crisis, coincidente con el estallido de la guerra. Se enfrentó a su propio inconsciente y entrevió *algo* que trascendía el poder de la razón, algo más allá del Yo. Fue entonces que se le presentaron esas sabias imágenes primitivas que llamó arquetipos, guías hacia un conocimiento profundo, individual y colectivo. Viajó por el mundo, estudió diversas culturas primitivas y terminó en Bollingen. ¿Sería esa la mítica torre de marfil? ¿Tendría el Führer su propia torre? Una década atrás había sido nombrado vicepresidente honorario de la Asociación Alemana de Psicoterapia y luego profesor de psicología médica en Zúrich. Tras el ascenso de Hitler al poder aquella institución ("corrompida" por elementos judíos) fue disuelta y absorbida por otra de mayor renombre y alcance: la Sociedad Médica de Psicoterapia. En atención a sus logros, Jung fue nombrado director del flamante organismo. Uno de sus nuevos colegas era Matthias Heinrich Göring, psiquiatra y primo del célebre as. Algunos vieron en estos nombramientos un guiño del poder a Jung. Algunos incluso lo consideraban un nazi convencido. ¡Cuántas veces había estado a punto de renunciar! Pero algunos representantes extranjeros le suplicaron que no lo hiciera, en beneficio de toda la organización. Quizá fuera simple idealismo, ingenuidad, o quizá fuera un necio (Nietzsche ya decía que la convicción y la estupidez son vecinas). Sea como sea, no abandonaría a quienes habían confiado en él. Poco después tuvo lugar su encuentro con Joseph Goebbels, el diabólico fauno que lideraba el ministerio de propaganda. Fue en mayo de 1933, en Berlín, donde se celebraba el Congreso de Psicología. Eran tiempos difíciles, confusos. Quizá había errado, pero ahora no era el momento y el lugar para las recriminaciones. Las cosas habían sido tal y como fueron. Mientras elogiaba a Freud en sus conferencias, también elogiaba a Hitler en Radio Berlín, definiendo la psicología judía como "hostil a la vida", y ensalzando "la sangre y la

exclusividad de la raza.” La invitación de Goebbels no tardó en llegar. Una hora más tarde, durante el almuerzo, el médico relataba la escena a su discípulo Kirsch. “Quería usted verme, Dr. Jung”, había dicho el ministro. “No, es usted quien quería verme.” Pero Goebbels insistió: “No, usted quería verme.” Jung se dio la vuelta, salió de la habitación, aquejado por un extraño vértigo, y vomitó. El *Fausto* era una especie de evangelio cultural germánico, por lo que ambos sabían muy bien que su encuentro era el del sabio y Mefistófeles. El papel del tétrico funcionario había sido claro. Es como si hubiera dicho: “Usted ha estado diciendo algunas cosas interesantes en la radio, que nosotros apreciamos. ¿Qué le gustaría a *usted*? ¿Qué podemos hacer por *usted*? ¿Tal vez una audiencia y un formato de mayor alcance?” Como Cristo en el desierto, fue tentado y supo resistirse. Pero la experiencia encerraba una poderosa lección. Ahora, seis años más tarde, había sido llamado a presencia del mismísimo Führer.

El crujir del cerrojo disolvió el ensimismamiento. Una voluminosa e inconfundible figura atravesó la puerta: Hermann Göring, el extravagante jefe de la Luftwaffe. Sonriente y enfundado en un uniforme plateado, adornado con una miríada de medallas. Oro y rubíes en los dedos. Pero Jung notó una sombra cruzando la expresión del mariscal. Algo no marchaba bien.

— ¡Doctor Jung! — le extendió la mano — Sé que es un hombre muy ocupado. Mi primo Matthias me habló de usted muchas veces.

— Espero poder ser de alguna utilidad…

— ¡No, doctor! Se trata justamente de lo contrario — Hermann volvió a sonreír —. Somos nosotros sus servidores; mientras usted cumpla con su parte, por supuesto. Imagino que debe querer precisiones. Estará al tanto, en mayor o menor medida, de la delicada situación política. Nadie en el Partido, y mucho menos el Führer, desea un conflicto armado. ¿Qué ganaríamos? ¿Comprometer la obra erigida en estos años? Estaríamos dementes. En la guerra tenemos todo que perder y nada que ganar. Y esto él lo sabe mejor que nadie. La habilidad política del Führer está fuera de discusión: es un enviado de la Providencia. Un genio. Pero ahora la situación es delicada. El bienestar del Führer es el bienestar de Alemania. Y es nuestro deber ante el pueblo y nuestra responsabilidad histórica hacer todo lo posible en su favor.

— El Estado debe contar con los mejores especialistas del mundo. Yo soy, por decirlo de alguna manera, un médico de almas. No sé qué pueda hacer…

— Doctor, no le pedimos más que un asesoramiento, un sondeo, llámelo como quiera. Piense en los últimos años: Renania, los Sudetes, Austria, Checoslovaquia y ahora Polonia. Estas aventuras no son gratuitas. Queremos que evalúe el estado psíquico del Führer.

Redactará un informe que yo recibiré personalmente. Le ofrezco el caso más ilustre de toda su carrera.

— ¿De cuánto tiempo dispongo?

— Eso lo dirá usted, o él.

— ¿Cuándo empezamos?

— De inmediato.

Una sonrisa volvió a cruzar las grotescas facciones de Göring. Extendió la mano en señal de saludo y desapareció por los relucientes pasillos de la Cancillería. Jung quedó a pocos metros del estudio. Instintivamente buscó la mirada de los soldados, pero no hubo reacción; cualquiera hubiera dicho que no había nada detrás de esas máscaras.

Carl Jung fue al encuentro del hombre más poderoso y enigmático del mundo.

La mirada seguía nerviosamente el monótono diseño de la alfombra. Tardó unos instantes en abarcar todo el lugar. Un globo terráqueo dominaba el despacho, rectilíneo y austero. Había también un retrato de Bismarck. Sobre una mesa de mármol se distribuían en perfecto orden varios objetos: un florero, un sello, un cortaplumas, una lupa, un teléfono. Sobre uno de los extremos había una cajita oscura con tres botones. Había evitado detenerse en la silueta recortada contra la ventana. Inmóvil, de espaldas, perdido en silenciosas maquinaciones. La noche lo envolvía como un preludio wagneriano; como quien desciende lentamente los peldaños hacia el más profundo de los sueños. Jung distinguió el perfil del líder. Avanzó hasta quedar parcialmente iluminado por una lámpara y carraspeó. El Führer habló sin mirarlo.

— ¿No va a saludar al líder del pueblo alemán?

— ¿Qué sentido tendría? Es lo que todos hacen. Pero si es lo que desea... ¡Heil Hitler!

Adolf Hitler se dio la vuelta. El célebre y melancólico azul zafiro de sus ojos buscó devorar a Jung. El resto de la fisonomía del dictador emanaba una pesadez y una gravedad sobrehumanas. Era preciso hacer un esfuerzo para imaginar una sonrisa en esos labios. Ese hombre no debía conocer ningún tipo de *ligereza*. Vestía con sobriedad: camisa blanca, corbata de seda negra y chaqueta cruzada, gris-verdoso. En el brazo izquierdo llevaba el águila dorada del Heer. Sobre el corazón ostentaba la Cruz de Hierro de 1ª Clase y la Medalla de herido; a su lado llevaba la Insignia de Oro del Partido, única en su clase. Jung notó dos pronunciadas bolsas azuladas bajo los ojos. Algo extraordinario le pasaba a ese hombre.

“Gut”, dijo Hitler, y lo invitó a tomar asiento. Permaneció de pie, pero empezó a sucumbir a los nervios: ¿Y ahora qué? La abrumadora presencia del Führer empezaba a corroer la aparente templanza con la que había llegado. Fue Hitler quien disolvió la tensión, inesperadamente, y habló con tono grandilocuente:

— La Nueva Cancillería del Reich es la mejor creación de Speer. Le di como plazo un año, y terminó el trabajo dos días antes de lo previsto.

— Es realmente excepcional — concedió Jung.

— *Cuando uno ingresa a la Cancillería del Reich, debe tener la sensación de estar visitando al amo del mundo. Uno llega aquí a lo largo de amplias avenidas escoltadas por el Arco del Triunfo, el Panteón del Ejército, la Plaza del Pueblo, ¡cosas que quitan el aliento! Sólo así podremos eclipsar a nuestro único rival en el mundo: Roma... El granito se asegurará de que nuestros monumentos perduren eternamente. En diez mil años seguirán en pie, tal como están, a menos que el mar haya cubierto nuevamente nuestras llanuras.*

¿A menos que el mar cubra nuevamente las llanuras? Jung recordó lo que todo el mundo sabía: Hitler era un autodidacta. Y los años, la lucha y la gloria lo habían convertido en el típico *besserwisser*. Podía discurrir sobre cualquier cosa con total seguridad, ante las audiencias más dispares y heterogéneas. Cuando el suizo pensó en intervenir, el Führer ya estaba embarcado en uno de sus acostumbrados monólogos.

— Usted, doctor Jung, es un profesional con una importante trayectoria, ¿verdad? Es médico y fue llamado a mi presencia. Yo, entonces, debo ser el enfermo. ¿Seré un loco? No, un loco no estaría donde yo estoy. Debe ser o algo más complejo, o algo más simple. Me inclino por lo segundo. La situación polaca es alarmante. En los últimos meses las minorías alemanas fueron acosadas, linchadas e incluso asesinadas. Occidente, corrompido por el judío, los capitalistas y los plutócratas de turno nos acusan: ¡soy un demonio! ¿Pero en qué se apoyan? ¿La remilitarización de Renania? ¡El corazón de nuestra industria, ocupada y desmembrada por los aliados! Mis soldados tenían órdenes de retirarse si eran rechazados. Pero la mala conciencia paralizó a los franceses. El Sarre decidió unánimemente incorporarse al Gran Reich Alemán. ¿La anexión de Austria? Otro ventajoso plebiscito. ¿Los Sudetes? En Moravia y en la frontera de Bohemia casi la mitad de la población conserva la cultura, las tradiciones y la lengua alemanas. Todo se resolvió en Múnich, gracias a Mussolini. Y ahora Danzig. Una vez más enfrentamos un problema étnico, de sangre y de raza: ¡la mayoría de sus habitantes son alemanes! Polonia teme perder su única salida al mar. ¡Pero ese no es mi problema! ¡Mis intereses son los de Alemania! Como en la crisis checoslovaca, Rusia ofreció apoyo militar en caso de conflicto. Pero los polacos declinaron la oferta, como habían hecho los checos. Es una buena señal. Stalin lo tomará como una

afrenta, y sabe que ni Francia ni Gran Bretaña lo tienen en cuenta para nada. Si pudiéramos acercarnos a los rusos, evitaríamos una guerra en dos frentes...

A Jung no se le escapaba un solo movimiento, ninguna inflexión de la voz; empezaba a fascinarlo. Poco a poco el dictador fue animando la mirada, los músculos de la cara se contraían, gesticulaba y elevaba la voz. Súbitamente se transformó. Aquella envoltura aparentemente rígida y fría disimulaba un espíritu enérgico, voluntarioso y ardiente. Era una tormenta. De un momento a otro la figura de Hitler se agrandó ante sus ojos. Su palabra era fluida y contundente, sus juicios acertados, sus sentencias terminantes, precisas, claras, breves. Ecos de las detonaciones de un cañón Krupp. Ese hombre convencía y conquistaba.

— Nos encontramos en la antesala de la guerra — dijo Jung.

Hitler, que a mitad del discurso parecía haber perdido el sentido de la realidad, pareció volver en sí. Dio la espalda al psiquiatra y cruzó las manos por la espalda, con la mirada perdida en la noche. Desde donde estaba sentado, Jung pudo admirar las delicadas líneas de las manos del líder: blancas y alargadas. Manos de artista.

— *En Europa* — continuó el canciller —, *el despertar de los pueblos eliminó la teoría del equilibrio y el principio de la desorganización continental. En ese continente desorganizado se inició el proceso que convirtió a la nación alemana en un nuevo pueblo... De este modo surgieron nuevos elementos que convirtieron en una farsa el equilibrio de las fuerzas. Esa es la causa profunda y real del futuro conflicto*. Es mi deber limar las asperezas con el pueblo ruso y sentar las bases para una paz general. *Esto ofrece dificultades desde un punto de vista psicológico, si se tiene en cuenta el concepto colectivo que para el pueblo, y especialmente para el Partido, merece el bolchevismo*. El aspecto material es más sencillo: en todas las regiones en que Inglaterra dice estar amenazada por Alemania, busca aliados y satisfacer sus propios intereses. Ofreció su protección a muchos, alegando que Alemania planeaba caer sobre ellos. Todo eso no es más que una siniestra red de intrigas y engaños.

— La política no es mi especialidad. Yo soy un simple médico, más rural que urbano; mi deber es ocuparme de mis pacientes. Como hombre y estudioso repruebo toda guerra, sin importar las intrigas secretas que puedan motivarlas.

— *Cuando hablo de la paz* — Hitler retomó la palabra —, *no hago sino expresar el deseo más íntimo del pueblo alemán. Conozco los horrores de la guerra: ninguna ventaja puede compensar las pérdidas. Las consecuencias desastrosas de una carnicería europea en el futuro serían aún peores. Creo que la locura que representa el comunismo sería el único vencedor. Pero no luché contra él durante quince años para finalmente elevarlo al trono*

por un simple desvío. ¡Lo que quiero es el bienestar de mi pueblo! Comprobé que la guerra no es la forma más elevada de felicidad, sino todo lo contrario: presencié sólo del sufrimiento más profundo.

Pronunció las últimas palabras como un autómata. Jung pensó que seguramente las había estado paladeando. ¿Creía realmente lo que decía? Súbitamente recordó por qué estaba ahí: debía adentrarse en la mente del hombre que ahora paseaba su mirada rapaz por las desiertas calles de Berlín. La guerra sería un buen comienzo. Una experiencia semejante marca la psiquis de manera determinante.

— ¿Qué puede decirme de su propia experiencia bélica?

— *Debía comenzar para mí, como para todo alemán, la época más sublime e inolvidable de mi vida* — el Führer hinchó el pecho —. Tras unos pocos días en el frente, de los 3.600 hombres de mi regimiento quedamos sólo 611. Fui recomendado para la Cruz de Hierro de segunda clase. *Fue el día más feliz de mi vida. Desgraciadamente, mis camaradas que también merecieron la condecoración están casi todos muertos*. Yo era el mensajero, uno de los puestos de mayor riesgo. Sin embargo, entre ofensiva y ofensiva, tenía tiempo para pintar y leer. Para mí, el arte es esencial. ¡Si la Providencia no me hubiera señalado, vagaría por Europa pintando acuarelas! En casa había dos tomos ilustrados de la guerra franco-prusiana. Enseguida se convirtió en mi lectura favorita. A partir de ese momento me entusiasmó todo lo relacionado a la guerra o a la vida militar. *La guerra es la cosa más natural que pueda encontrarse. Es una constante; el conflicto está en todas partes. No hay un comienzo, ni una conclusión pacífica. La guerra es vida. La guerra es la condición primordial.*

— *En el presente de cada época imperará siempre la lucha de las convicciones, pues "la guerra es madre de todos"* — Jung citó a Heráclito.

— *La guerra obliga a pensar profundamente acerca de la naturaleza humana. Cuatro años de guerra equivalen a treinta años de universidad en lo que respecta a los problemas de la vida. Detestaba la basura literaria. Cuando nos preocupamos por el destino de la humanidad, sólo nos queda leer a Homero y obras evangélicas. En los últimos años de guerra leía a Schopenhauer y volvía a él una y otra vez. Después pude prescindir del evangelismo, aunque Cristo haya sido un auténtico luchador. Pero poner la otra mejilla no es muy recomendable en el frente.*

— Pienso en aquel famoso aforismo de Nietzsche: "De la escuela de la vida. Lo que no me mata me hace más fuerte."

— *Con Nietzsche no sé a qué atenerme. Es más artista que filósofo; no posee la lucidez y la claridad de pensamiento de Schopenhauer. Naturalmente, lo considero un genio; escribe quizá el lenguaje más bello de la literatura alemana, pero no es mi modelo.*

— Schopenhauer destila un pesimismo capaz de abatir a los mejores.

— Justamente es en la superación de esa sombría perspectiva analgésica donde Nietzsche hizo un gran trabajo. *¡Piedad para los pesimistas! Se arruinan la existencia a sí mismos. La vida no es soportable sino a condición de ser optimista. El pesimista complica inútilmente las cosas… ¿Cómo hubiera podido triunfar sin mi dosis de optimismo y sin esta fe que mueve montañas?*

— *Ya en 1918* — Jung aprovechó la pausa — *pude comprobar en el inconsciente de mis pacientes alemanes curiosas perturbaciones que no cabía atribuir a su psicología personal. Aquellos fenómenos impersonales se manifestaban en sueños como motivos mitológicos, así como aparecen también en leyendas y cuentos populares de todo el mundo. Denominé a esos motivos mitológicos 'arquetipos'. Es decir, maneras o formas típicas de vivir estos fenómenos colectivos. Pude constatar una perturbación en el inconsciente colectivo de cada uno de mis pacientes… Los arquetipos que pude observar manifestaban primitivismo, violencia y crueldad. Cuando había visto un número suficiente de casos dirigí mi atención al extraño estado espiritual que a la sazón imperaba en Alemania. Pude reconocer únicamente signos de depresión y de un gran desconcierto, pero esto no amainó mis sospechas. En un artículo que publiqué por entonces exponía la sospecha de que la 'bestia rubia' se agitaba en un sueño intranquilo y que no debía descartarse un estallido…*

Jung había avanzado su primer peón: la alusión a la "bestia rubia" anunciada por Nietzsche, que la había sentido latente en su propia sangre, en su espíritu y en su carne. Había pronosticado un "estallido", y ahí estaba él, líder indiscutido de Alemania. Una nación de casi ochenta millones de personas, lista a lanzarse contra el mundo entero para cumplir los designios de grandeza y poderío que el destino les reservaba. Esperó en silencio la reacción del dictador. Pero Hitler pasó por alto la alusión o prefirió ignorarla, y siguió con sus recuerdos.

— *En el verano de 1918 se percibía una pesada atmósfera en el frente. La discordia reinaba en la patria. Múltiples rumores circulaban entre las tropas. Se decía que la guerra no tenía perspectivas y que sólo los locos podían creer todavía en la victoria. Que el pueblo alemán no tenía interés en resistir y que únicamente los capitalistas y la monarquía estaban interesados en ello… Mi punto de vista personal fue firme desde el primer momento: odiaba profundamente a toda esa caterva de miserables teóricos políticos. Hacía mucho tiempo que veía claramente que esos sujetos no buscaban el bienestar de la nación, sino llenar sus bolsillos. Y el hecho de que ellos fuesen capaces de sacrificar a todo el pueblo y si era*

necesario llevar también a Alemania a la ruina, me llevó a considerarlos maduros para la horca. Ceder ante sus deseos implicaba sacrificar los intereses del pueblo en provecho de un grupo de estafadores, y satisfacerlos sólo era posible al costo de renunciar a Alemania. Así pensaba la gran mayoría del ejército.

— Percibí esa tensión que usted describe en el inconsciente de muchos de mis pacientes germanos. Algo siniestro se gestaba en su interior, una especie de veneno...

— *Y cuando finalmente, en los últimos días de la terrible contienda, el gas comenzaba a corroer mis ojos, y yo, ante la horrible idea de perder para siempre la vista, estuve al borde de la desesperación, la voz de la conciencia clamó en mí: "¡Infeliz! ¿Llorar mientras miles de camaradas sufren cien veces más?" Y soporté mi destino en silencio.*

Como volviendo a la realidad, Hitler sentenció sombríamente:

— *No me sentiría con derecho a exigir a cada uno el sacrificio supremo, si yo mismo no hubiera hecho toda la guerra en primera línea... La vida es cruel. Nacer, existir, desaparecer. Siempre la cuestión de la muerte. El que nace, debe morir. Que sea víctima de una enfermedad, en un accidente, o en la guerra, no cambia nada. En cuanto a los que sufren por la guerra, pueden consolarse pensando que si se consiente su sacrificio es para asegurar el porvenir de su pueblo... No soy un hombre brutal por naturaleza, es la razón más fría la que guía mis acciones. Arriesgué mi vida mil veces y le debo mi preservación a mi buena suerte. El sentimiento no debe participar en estos asuntos; debemos aplicar una regla de hierro y no admitir excepciones. Esto a menudo me puede doler y puede conducir a errores que luego reconoceremos con pesar. Pero cualquier otro curso de acción está fuera de discusión.*

Jung tomó nota. Hitler había necesitado la guerra como método de validación. Se rumoreaba que hasta ese momento había vagabundeando por Viena. Era la oportunidad perfecta: esa ola de muerte y desolación que se avecinaba le concedió una justificación existencial perfecta. Podría demostrar ser aquello que creía ser: un guerrero digno de la antigua mitología germana. Un moderno Siegfried. ¿Y no lo había conseguido? ¿Acaso su trayectoria no parecía sacada de una de las famosas sagas? De vagabundo a amo de Europa en treinta años. Sin duda, se trataba de un hombre extraordinario. Ahora buscaba calzarse las botas del héroe una vez más. Ya no desde el lugar del "soldado anónimo", sino como el protagonista de la histórica gesta, como una especie de mesías teutón. ¿Qué implicaría esa pulsión instintiva? ¿Podría dominarla o sería dominado por ella?

— En septiembre de 1937 yo estaba en Berlín para asistir a un congreso que coincidió con la visita de Mussolini — dijo Jung —. Estuve a pocos metros de usted y del Duce...

— ¡Lo recuerdo perfectamente! Mussolini estaba encantado con la disciplina de nuestras tropas — los ojos de Hitler brillaban.

— ¿Qué opina de Mussolini?

— *Siempre disfruto mis encuentros con el Duce... Nuestras doctrinas se basan cada una en fundamentos propios, pero son el resultado de la forma de pensar de todos los hombres... La camisa marrón probablemente no habría existido sin la camisa negra. La marcha sobre Roma fue uno de los puntos decisivos de la historia. El simple hecho de que una cosa de este tipo pudiera tener éxito, nos dio un gran empujón. Pocas semanas después, fui recibido por el ministro bávaro. Esto nunca hubiera pasado de no darse las cosas de la manera en que se dieron. Si Mussolini hubiera sido superado por el marxismo, no sé si podríamos haber resistido... En Florencia estuve solo con el Duce, y leí en los ojos de la población el respeto y el ardor que les inspira. La gente común lo miraba como si hubiera querido comérselo. En esa época el nacionalsocialismo era aún un movimiento muy débil. Mientras caminaba con él en los jardines de Villa Borghese, pude comparar su perfil con el de los bustos romanos, y me di cuenta de que es uno de los Césares. No hay duda alguna de que Mussolini es el heredero de los grandes hombres de ese período... Un hombre que es indiferente a la historia es un hombre sin oídos, sin vista. Un hombre puede vivir así, por supuesto, pero ¿qué tipo de vida? Mussolini es un hombre hecho a la medida de los siglos. Tiene su lugar en la historia reservado.*

— Pero no descarta un acercamiento con Rusia.

— Eso responde a necesidades estrictamente políticas. Todavía no podemos enfrentar abiertamente al bolchevismo. *Stalin es una de las figuras más extraordinarias de la historia. Comenzó como un pequeño empleado, y nunca dejó de serlo. No le debe nada a la retórica. Él gobierna desde su oficina, gracias a una burocracia que obedece cada uno de sus gestos. Es notable que la propaganda rusa, cada vez que se lanza a criticarnos, lo hace siempre dentro de ciertos límites. Stalin pretende haber sido el heraldo de la revolución bolchevique. De hecho, se identifica con la Rusia de los zares, y lo único que hizo fue resucitar la tradición pan-eslava. Para él, el bolchevismo es sólo un medio, un disfraz. Si no hubiéramos tomado el poder, la ola de los hunos se habría precipitado sobre nosotros. Toda Europa se habría visto afectada, porque Alemania habría sido incapaz de detenerlo. Nadie lo sospechaba, pero estábamos al borde de la catástrofe. Stalin es mitad bestia, mitad gigante. Para él el aspecto social de la vida es indiferente. La gente puede pudrirse, por lo que a él concierne.*

— ¿Cree que planea la aniquilación total de Europa?

— *Si le hubieran dado tiempo, Stalin habría hecho de Rusia un monstruo super-industrializado, completamente contrario a los intereses de los pueblos, pero justificado por la pedantería demagógica y diseñado para elevar el nivel de vida de sus partidarios. Su objetivo final habría sido absorber toda Europa. Es una bestia, pero es una bestia a gran escala. Hizo uso de los judíos para eliminar la inteligencia de Ucrania, y luego los deportó a Siberia. Es muy posible que se traslade a China, cuando ya no vea otra salida.*

— No creo que Stalin desee el bienestar de su pueblo. Es un campesino astuto, aunque bastante bruto, que se convirtió en aquello que teóricamente combatía: un Zar. Esto tiene una explicación psicológica, insinuada por Heráclito: la Enantiodromía, el proceso por el cual todos corremos directamente hacia los opuestos...

— Pues aquí tiene la excepción: ¡nunca seré otra cosa que un abnegado defensor del *Volk*! En cambio Stalin... *¡Es un fenómeno único! Elevó el nivel de vida, de eso no hay duda; nadie en Rusia pasa hambre. Construyeron fábricas donde hace pocos años sólo existían pueblos desconocidos, y fábricas tan grandes como las obras de Göring. Construyeron ferrocarriles que aún no están en nuestros mapas. ¡En Alemania discutíamos las tarifas antes de comenzar a construir la línea!*

— *No hay nada de extraño* — acotó Jung —. *Stalin puede ser un buen administrador a la vez que un Zar. Sería un milagro impedir que un país naturalmente rico como Rusia sea próspero. Pero Stalin no es muy original, y es de muy mal gusto que él mismo se convierta en Zar, ¡tan groseramente, delante de todos, sin ningún disimulo! ¡Es realmente vulgar!*

— *He leído un libro sobre Stalin. Debo admitir que es una personalidad tremenda, un asceta que tomó ese gigantesco país con puño de hierro. Pero cuando afirma que Rusia es un Estado socialista, ¡miente! Rusia es la personificación del Estado capitalista, y no hay otro igual en el mundo: una población de doscientos millones, acero, manganeso, níquel, petróleo, todo lo que uno podría desear, en cantidades ilimitadas, y todo en manos del Estado. Y, a la cabeza de todo, un hombre que dice: "¿Creen que la pérdida de trece millones de vidas es un precio demasiado alto a pagar por la realización de un gran ideal?" Polonia habría sido invadida, y también Alemania, en un abrir y cerrar de ojos... Será un gran alivio para Europa no sólo si el peligro soviético desaparece, sino también si la fertilidad de su territorio beneficia a todo el continente. Ésta es una tarea gigantesca... Nosotros luchamos contra toda la degeneración y deshonra que se había extendido en nuestra nación después del fatídico tratado de Versalles. Fue nuestro movimiento el que se ocupó de restaurar los modelos de honor, verdad y decencia, sin respetar a los individualistas: conducimos una valiente campaña contra este comunismo que amenaza a la nación entera, nuestra cultura, nuestro arte y nuestra moral. Acabamos con los que niegan a Dios... Al salvar a Alemania de esta catástrofe, el movimiento nacionalsocialista*

salvó no sólo al país, sino que hizo un servicio histórico a toda Europa. Y la revolución nacionalsocialista tenía un sólo ánimo: la restauración del orden en el país, proveer trabajo y paz a las masas hambrientas y la proclamación del honor, la lealtad y la decencia como las bases de la moral nacional. Si el nacionalsocialismo no hubiera representado los más altos ideales, no hubiera tenido éxito y no habría podido salvar al país de la catástrofe. Hemos permanecido fieles a estos ideales, no sólo durante la lucha por el poder, sino desde que lo conseguimos.

— También es cierto que en Alemania nadie pasa hambre.

— ¡Ni la pasará nunca, con o sin guerra! Los rusos tendrán sus ventajas naturales, pero ninguna otra nación goza del nivel de vida y la claridad espiritual de Alemania. Las generaciones futuras estudiarán estos tiempos con orgullo y los impulsará a continuar la lucha... En cuatro años de gobierno, de siete millones de desocupados ya no quedaba uno solo; la obra pública alcanzó resultados asombrosos; la calidad de los servicios sanitarios es ejemplar; la mortalidad infantil se redujo drásticamente; los jóvenes tienen cuerpos y mentes sanos; protegemos la fauna y la flora desde los tribunales; en las oficinas y en los talleres imperan la limpieza y el orden. Nunca antes el trabajador alemán gozó de tantos privilegios. Tienen acceso a la cultura, al teatro, a exposiciones, al cine y a cursos educativos. *Miles de americanos, ingleses y franceses visitaron Alemania estos meses, y pueden testificar que no hay ningún país en el mundo en donde la ley y el orden sean mejor mantenidos. De que en ningún país del mundo la persona y la propiedad son más y mejor respetadas, de que no hay quizá ningún otro país donde se oponga una lucha más rigurosa contra los elementos criminales... Estos elementos y sus instigadores comunistas hacen todo lo posible para poner a las personas honestas y decentes unas contra otras... El Partido ha realizado un logro épico. No fueron los líderes de la industria, los profesores y académicos, ni los soldados, ni los artistas, ni los filósofos ni los poetas; los que rescataron a nuestra gente del abismo. Hay que agradecer al ejército político del movimiento nacionalsocialista por esto. Hoy estamos presenciando las etapas iniciales de los frutos de ese trabajo. Su resultado definitivo sólo será apreciado por las generaciones venideras... El mejor testigo de estos logros es la propia nación alemana. Y ello prueba al mundo cuán sólidamente permanece junto al régimen, que no tiene otro propósito que cooperar en la reconstrucción de un mundo todavía imperfecto.*

Hitler daba grandes zancadas por el despacho, de punta a punta, moviendo los brazos y alternando el tono de voz, fluctuando entre una grave profundidad gutural y elevados chillidos. Sin embargo, no dejaba traslucir auténtica excitación. Jung pensó que, una vez más, todo eso era parte de una rutina: nunca abandonaba el papel de Führer.

— Si yo le pregunto qué es el Nacionalsocialismo, ¿qué respondería? — dijo Hitler.

— Políticamente busca acrecentar y defender el prestigio de la raza; socialmente pretende emular a los demás socialismos; económicamente incomoda a Occidente; y territorialmente siempre buscará expandirse. Hay un trasfondo psíquico que refleja esos "síntomas": es dinámico, explosivo, una energía vital autónoma que no está sujeta a ningún tipo de consideración. Muchos de los que marchan bajo sus banderas ignoran qué es lo que realmente pasa, a su alrededor e incluso en su interior. Porque se trata, en gran medida, de un fenómeno inconsciente.

— Inconsciente, dice. Lo dejaré con sus tecnicismos, pero me temo que no está viendo la imagen completa. *Quien entiende el nacionalsocialismo sólo como un movimiento político no lo conoce realmente. El nacionalsocialismo es incluso más que una religión: se trata de la voluntad de crear un hombre nuevo, una creación que previamente demanda la aniquilación del ser humano... Ese es precisamente el secreto más profundo de toda la revolución cuyo liderazgo nos fue encomendado: ¡es necesario que haya un derrocamiento, una demolición, una fuerza destructiva! Pero esta destrucción debe ser significativa, no sin sentido, como en el bolchevismo. Y sólo puede ser significativa si antes entendemos la meta, el propósito, la necesidad.*

— *Con frecuencia los mejores y más hondos pensamientos de una obra son los que más se resisten a una concepción y formulación claras, aunque se insinúan aquí y allá... La seriedad tiene su origen en una necesidad apremiante, honda e íntima, mientras el juego es expresión externa, vuelto a la conciencia. Bien entendido no se trata de una voluntad, sino de una necesidad de juego, de una actividad de la fantasía que obedece a una necesidad íntima, sin fuerza de las circunstancias, ni imposición de la voluntad. Se trata de un juego serio. Y, sin embargo, es juego, es cosa externa de la conciencia, concebida desde el punto de vista del juicio colectivo. Pero es un juego por íntima virtud: por necesidad. Esa es la cualidad ambigua de todo lo creador. Si el juego se agota en sí mismo, sin crear nada duradero y vital, es sólo eso: juego. En el caso contrario se trata de obra creadora... El espíritu creador juega con los objetos que ama.*

— ¡Voy a mostrarle lo que es el Nacionalsocialismo! — Hitler se animó —. Una columna avanza. Platillos, trombones, pífanos y retumbar de botas. Sus enemigos proclamaron la derrota y la humillación, pero ahora la Providencia señala a esa generación joven y fuerte, pura y orgullosa, para redimir a su pueblo. Devolverán la grandeza a Alemania. Un líder lo promete, y ellos rinden su fe. Todas sus esperanzas, su destino espiritual y material, se verán realizados a costa de su lealtad, su sangre y su sacrificio. Es un avance incontenible, son las tropas más audaces del mundo. Son invencibles. Lo más importante, la piedra angular de su destino: lealtad ciega y camaradería. Avanzan envueltos por aquella maravillosa música, con fe en el corazón y fuego en los músculos, sabiendo que millones los siguen, como un solo cuerpo. Es la maravillosa disolución del individuo, huérfano y

desorientado, en la masa fraterna. Con ese orgullo tan particular del soldado, un hombre (que es todos a la vez) avanza con decisión hacia el mañana, que le pertenece porque sabrá conquistarlo. ¡Esa es la esencia del partido!

— Es una visión lineal pero interesante; con ribetes nietzscheanos... — señaló Jung.

— *Los universalistas, los idealistas, los utopistas, todos apuntan demasiado alto. Prometen un paraíso inalcanzable y engañan a la humanidad... Todos son creadores de esclavos. Yo siempre mantuve la vista fija en un paraíso que se encuentra a nuestro alcance. Una mejoría del destino y la fortuna de los alemanes. Uno de los méritos del nacionalsocialismo será detener la revolución a tiempo. Es agradable ver al pueblo alzarse, pero debemos ser realistas e ir más allá de las frases bonitas... La revolución abre una compuerta, y a menudo es imposible contener a las masas alzadas. Una revolución tiene tres objetivos principales. En primer lugar, suprimir las divisiones entre clases, para que cada hombre pueda realizarse. En segundo lugar, crear un nivel de vida digno. Finalmente, lograr que los beneficios de la civilización devengan propiedad de la comunidad.*

— El mismo discurso debe resonar en el Kremlin...

— ¡Qué me importa lo que diga esa bestia de Stalin! — se exaltó Hitler — ¡No hay comparación posible! Los bolcheviques no son socialistas, sino estafadores. *El país que es un paraíso para unos pocos, es una infinita miseria para la mayoría: miseria en la alimentación; miseria en el vestir; miseria, sobre todo, en la vivienda, en la remuneración y en toda la legislación social.*

— Si son demonios y estafadores, ¿porque cuentan con el apoyo popular?

— *A través de la aplicación inteligente y constante de la propaganda, se puede lograr que la gente vea el paraíso como el infierno, y también al revés, contemplar la vida más miserable como un paraíso.*

— Interesante... — la siniestra figura de Goebbels emergió en el horizonte —. *Aunque pretendamos recrear nuestro paraíso personal en la tierra, es una hazaña irrealizable, y aun cuando se materialice, no pasará mucho hasta que ese ideal degenere completamente. Deberíamos encontrar cierto placer en destruir nuestra propia obra y luego, con total inocencia, maravillarnos ante los resultados alcanzados.*

— Justamente por eso que yo soy el Führer y no usted. Quien considere a estos sub-humanos verdaderos socialistas o no conoce a los rusos o no sabe qué cosa es el socialismo. *El socialismo es la ciencia que se ocupa del bien común. Pero no es lo mismo que el comunismo. El marxismo no es el socialismo. Los marxistas se apropiaron del término. Yo arrebataré el socialismo a los socialistas. El socialismo es una antigua*

institución aria y germánica. Nuestros antepasados compartían tierras y cultivaban la idea del bien común... Contrariamente al marxismo, el socialismo no rechaza la propiedad privada. Contrariamente al marxismo, no implica renegar de la propia personalidad. Contrariamente al marxismo, el socialismo es patriótico... No somos internacionalistas; nuestro socialismo es nacional... Para nosotros, Estado y raza son la misma cosa... Nosotros somos socialistas, somos enemigos del sistema capitalista porque explota al que es débil desde el punto de vista económico, con salarios desiguales, con su evaluación indecente del hombre dependiendo de que posea o no riqueza, y estamos decididos a destruir este sistema en todos sus aspectos... El mundo social vencerá. En todos los pueblos comenzará a palpitar la conciencia social. Los capitalistas pueden provocar cuantas guerras deseen en defensa de sus intereses económicos, pero esas mismas guerras serán las que preparen el camino de la exaltación social entre los pueblos.

La fatiga comenzaba a hacerse sentir. Los monólogos del líder inundaban el ambiente, una infinita cascada verborrágica. Hitler, acostumbrado a descansar poco y a exigirse siempre más, parecía recargarse continuamente, sacando energía de alguna especie de batería interna. Pero Jung estaba ahí para analizarlo. Definitivamente, no sería una tarea fácil. Aprovechando una breve interrupción, el suizo apuntó sus cañones a uno de los ejes del conflicto: el problema judío.

— Junto a la amenaza bolchevique, el judío parecería ser la piedra angular de la propaganda del partido.

— *Un líder genial debe tener la capacidad de mostrar diferentes oponentes dentro de una misma categoría.*

— No es mi trabajo desfigurar la realidad, sino todo lo contrario. No soy antisemita por naturaleza. Estará al tanto de la estrecha relación que me unió al doctor Freud. Quisiera conocer de primera mano los fundamentos, causas y posibles consecuencias del asunto.

— Conozco su *pasada* relación con ese teórico judío. No me interesa; no me entrometo en la vida privada de las personas — el azul metálico de la mirada devoraba las facciones del suizo.

— Freud tuvo que abandonar su hogar en Viena.

— El judío es un pueblo sin raíces, sin espiritualidad definida o auténtica, ni un territorio al que llamar hogar. Fueron nómadas, por elección o por necesidad, como los gitanos. En la antigüedad fueron expulsados del reino visigodo. Posteriormente de Francia, de Inglaterra, de Austria, de Parma, Milán, Nápoles y Génova, de España y de Portugal, de Brandenburgo y de Túnez. Nunca nadie quiso al judío mezclándose con los suyos. ¡Y ahora todos nos señalan como si fuéramos diablos!

— En el pasado afirmé que existían ciertas diferencias entre la psiquis judía y aria.

— Tengo aquí su artículo — Hitler lo tenía frente a él.

Jung se sorprendió. Había firmado ese escrito, bastante absurdo; un bastardo deforme y malvado de su pluma. Había merecido la comprensible y justa contestación de un colega, Gustav Bally, acusándolo de ponerse al servicio del régimen. Podría haberse retirado sin más. En cambio, publicó dos réplicas. Sin notarlo, quizá sin siquiera poder evitarlo, había caído él también entre los engranajes de la fría maquinaria ideológica alemana.

— El número del *Zentralblatt für Psychotherapie* con su escrito — Hitler lo agitó triunfalmente antes de leer —. "*Las diferencias que existen entre la psicología germana y la judía no deben continuar siendo ignoradas... El judío, que como el chino pertenece a una raza y una cultura tres veces milenarias, es psicológicamente más consciente de sí mismo que nosotros. Por eso en general no teme desvalorizar su inconsciente. En cambio, el inconsciente ario está cargado de fuerzas explosivas y de un futuro aún por nacer. No puede desvalorizarlo o tacharlo de romanticismo infantil, so pena de poner su alma en peligro. Todavía jóvenes, los pueblos germánicos pueden producir nuevas formas de cultura y ese porvenir duerme aún en el inconsciente de cada ser... El judío, que tiene algo de nómada, jamás ha producido y jamás producirá una cultura original, pues sus instintos y sus dones exigen, para expandirse, un pueblo anfitrión más o menos civilizado. Según mi experiencia, la raza judía tiene un inconsciente que sólo puede compararse bajo ciertas condiciones con el inconsciente ario... El inconsciente ario tiene un potencial superior al inconsciente judío: esas son la ventaja y el inconveniente de una juventud todavía próxima a la barbarie. El gran error de la psicología médica consistió en aplicar sin distinción categorías judías a eslavos y alemanes cristianos. En consecuencia, sólo vio en los tesoros más íntimos de los pueblos germánicos — su alma creadora e intuitiva — ciénagas infantiles y banales, mientras que sobre mis advertencias recaía la sospecha de antisemitismo. Esa sospecha emanaba de Freud, que no comprendía la psique germánica, así como tampoco la comprendían sus discípulos alemanes. El grandioso fenómeno del nacionalsocialismo, que el mundo entero contempla con asombro, ¿no los ha ilustrado?*"

— *¡Hoy no escribiría cosas de ese estilo! ¡A lo largo de mi vida escribí muchos libros, y también tonterías!... El simple hecho de que yo hable de diferencias entre la psicología judía y la psicología cristiana, basta para que todo el mundo afirme que soy antisemita... Ya Freud me acusó de ello porque me sentía incapaz de experimentar su materialismo sin alma. Con esta propensión a husmear el antisemitismo en todas partes los judíos terminan suscitando el antisemitismo. No comprendo por qué el judío no puede admitir, tanto como el cristiano, que cuando se tiene una opinión sobre él no se le está criticando. ¿Por qué hay que suponer siempre inmediatamente que se quiere condenar al pueblo judío en su conjunto? En la*

mayoría de los casos me entendí perfectamente con mis pacientes y colegas judíos... Más de una vez por haber criticado a un alemán éste me reprochó odiar a los alemanes. Lo próximo será que sufro de una total ausencia de convicción porque no soy ni antisemita ni nazi. Vivimos en tiempos desbordantes de locura... — Jung se ofuscó.

Hitler iba de un lado a otro. ¿Qué escuchaba? Los elementos tibios como ese doctor Jung (que al fin y al cabo era suizo) serían la perdición de su pueblo y de toda Europa. Sin embargo, el líder adoptó nuevamente una expresión pensativa, quizá algo inquieta. Jung guardó silencio, esperando la llegada de nuevo material. Pensó que tendría que andar con mucho cuidado en el futuro; no estaba tratando con un hombre común y corriente, en ningún sentido.

— “Materialismo sin alma”... — repitió Hitler — *Si bien el instinto de conservación es más fuerte que en los demás pueblos, no posee la condición más importante de todo pueblo civilizador: el idealismo. Solamente el idealismo conduce a los hombres al reconocimiento voluntario del privilegio de la fuerza y el poder, transformándolos así en una partícula de aquel orden que constituye y forja el universo... Bajo este concepto entendemos únicamente el espíritu de sacrificio del individuo en favor de la colectividad. Es necesario remarcar que el idealismo no es una superflua manifestación sentimental. Fue y será siempre la condición primordial para lo que denominamos “civilización”. Fue ese idealismo el origen del concepto “hombre”. Es a esa tendencia interior a la que el ario debe su posición en el mundo, y también a ella debe su existencia de hombre superior. El idealismo fue el que plasmó la fuerza creadora... Ese sentimiento corresponde a la voluntad más imperiosa de la Naturaleza. El idealismo más puro se reviste así inconscientemente de un profundo conocimiento.*

— Sí, los ideales ocupan y deben ocupar un lugar preponderante, como elementos de una “existencia simbólica”. Pero deben ser comprendidos correctamente: de lo contrario, no es el hombre el que posee el ideal, sino el ideal el que posee al hombre.

— *El mayor bien que se le puede brindar a la gente en la esfera de la fe* — afirmó Hitler —, *de los ideales, es el dejar de mirar los asuntos materiales como lo único digno de interés. Y la principal evidencia en respaldo de esta verdad son los mismos alemanes. No olvidamos que nuestro pueblo intervino en las guerras religiosas durante ciento cincuenta años, que cientos de miles de hombres dejaron sus posesiones y su tierra y se entregaron a un ideal, a una convicción. No olvidaremos que durante ese tiempo no hubo ni rastros de intereses materiales. Usted comprenderá la fuerza de una idea.*

— Sostiene que los hombres carecen de idealismo y responsabiliza a los judíos.

— Comparten la culpa con los bolcheviques, pero éstos son judíos, así que es decir lo mismo. Usted lo dijo: profesan un materialismo desalmado. Y eso es justamente lo que nosotros combatimos. *La sociedad está promoviendo su propia ruina. Introduce el sufragio universal, parlotea sobre igualdad de derechos, sin encontrar fundamentos para eso... Nuestra época está totalmente preocupada por pequeñas cosas que no sirven para nada, está al servicio al dinero. No es de extrañar que, con la adoración de semejante ídolo, desaparezca el sentido del heroísmo... El oro se convirtió en el soberano exclusivo, pero un día el hombre volverá a inclinarse ante dioses superiores.*

— Es cierto que necesitamos urgentemente un renacimiento de la "vida simbólica". Pero hay que ponerse en guardia contra otro peligro muy generalizado: el de ser poseídos por nuestros propios ideales. Esto puede provocar una disociación de la realidad.

— ¡Dígame dónde se encontraría el pueblo alemán de no haber creído firmemente en la realización de mis ideales! ¡Muchos se reían y me llamaban loco! *No somos tan ingenuos como para creer que es posible alcanzar una época exenta de errores. Pero esto no anula el imperativo de combatir errores evidentes, corregir defectos y aspirar a la consecución de lo "ideal". La realidad se encargará por sí sola de imponernos sus limitaciones. Justamente por eso el hombre debe empeñarse en servir al fin supremo, sin temer al fracaso... Quien se sienta desalentado, debe invocar aquel tiempo cuando el heroísmo estaba representado por la certeza que representa la fuerza del ideal. Lo que entonces hizo que los hombres desafiaran a la muerte, no fue el temor a la falta de pan, sino el amor a la patria, la fe en su grandeza, el sentimiento del honor. Sólo cuando el pueblo alemán se alejó del ideal, y cambió las armas por el plato de limosnas, fue cuando mereció el desprecio general y la miseria. Es imprescindible que se oponga un Estado Idealista a los gobernantes materialistas de hoy. ¡Hay que saber reconocer la fuerza de un ideal!*

— Y los principales agentes de esta conspiración fueron los plutócratas, los políticos, los industriales y los judíos — Jung siguió la lógica hitleriana.

— *El judío siempre fue y sigue siendo uno de los poderosos de este mundo, y busca siempre introducirse en la sociedad. Pero otros miembros de su raza hacen el papel de buenos apóstoles... El judío comienza por reparar, a los ojos del pueblo, los perjuicios que le causó. Se transforma primero en su benefactor. Como su aparente bondad tiene motivos interesados, no observa el viejo precepto bíblico que enseña que la mano izquierda debe ignorar lo que hace la derecha. Debe resignarse a dar a conocer hasta qué punto es sensible a los sufrimientos del pueblo, y a comunicar los sacrificios que se impone personalmente para aliviarlos. Modestamente pregona sus méritos al mundo entero y todos comienzan a creerle. El que se niega pasa por injusto. Entonces presenta las cosas de tal manera que*

parece ser él la víctima, cuando es precisamente lo contrario. La gente particularmente estúpida le cree y se compadece de él.

— Me recuerda aquella analogía nietzscheana de la moral cristiana — interrumpió Jung—. Imagine un cordero que contempla el vuelo imponente del águila. Teme ser devorado, pero ella se remonta, despreocupada y feliz de ser como es. No observa al cordero con malicia, únicamente sabe que representa un sabroso manjar. El águila se sostiene por sí misma, sobre su propia fuerza y destreza. Es decir, la dominan fuerzas activas o primarias. Esa es su voluntad de poder, su impulso expansivo y ofensivo — el Führer comenzaba a ser cautivado por el relato —. El cordero, en cambio, está poseído por fuerzas reactivas o defensivas, su única guía es el instinto de conservación...

— ¡El judío! ¡El águila, noble y soberbia, es el hombre ario! — Hitler sacudía el índice en el aire.

— Nietzsche pretende demostrar que el conflicto entre el bien y el mal siempre surge en un grupo reducido: la casta guerrera. Sus miembros, satisfechos de su propia naturaleza, inventaron el término "bueno" para referirse a ellos mismos. En consecuencia, llamaron "malos" a los otros. Así nació la "raza de señores" o "moral aristocrática". También existe la casta sacerdotal, es decir, el cordero. Son personas débiles y resentidas, que se sienten amenazadas por los guerreros; los envidian y les temen. Y ante la imposibilidad de emularlos, los rebautizan: son ellos los verdaderos "malvados". Esto, lógicamente, los convierte en los "buenos". A fin de afirmarse a sí mismos, niegan al otro. Vemos aquí un marcado complejo de inferioridad — deslizó Jung —. Ellos representan la "moral de esclavos" o de "rebaño".

— Nietzsche, sin rodeos, identifica al sacerdote con el judío, que junto al cristianismo se encargó de envenenar el espíritu germánico. ¡Quisieron convertir a todos en corderos! Los fuertes tienden a separarse y los débiles a juntarse, para levantarse contra los primeros... ¡Pero los pueblos despertaron! ¡Se acabaron las puñaladas por la espalda! El judío invirtió los valores morales, imponiendo su propia visión del mundo — Hitler había encontrado la salida —. *La voluntad de la naturaleza va contra tal acoplamiento. Esto no puede hacerse por la unión de seres de distinto valor sino sólo con la victoria final de los que representan lo más elevado. El papel del más fuerte es dominar, y no fundirse con el más débil, en detrimento de su propia grandeza. Sólo el débil de nacimiento puede calificar de cruel esta ley... Sin ella, la evolución no sería posible... Es necesario que una medida correctiva favorezca a los mejores. La naturaleza se encarga de esto sometiendo a los débiles a severas condiciones; sólo permite la reproducción a sobrevivientes seleccionados; y efectúa entonces una nueva y rigurosa selección. La doctrina judía del marxismo rechaza el principio aristocrático de la naturaleza y ensalza, en lugar del privilegio eterno de la fuerza*

y del vigor, a la masa y su peso muerto... Esa doctrina, como fundamento universal, provocaría el fin de todo orden natural... Nuestro planeta volvería a girar desierto en el cosmos, como hace millones de años. La Naturaleza venga inexorablemente la transgresión de sus preceptos... La paz sólo puede resultar de un orden natural. La condición de este orden es que exista una jerarquía entre las naciones. Las naciones más capaces deben tomar la iniciativa. Y las subordinadas obtienen el mayor beneficio, al estar protegidas por las primeras. Es la judería la que siempre destruye este orden. Provoca constantemente la revuelta de los débiles contra los fuertes, de la bestialidad contra la inteligencia, de la cantidad contra la calidad.

— Cuando el espíritu está en la sangre, y todo depende de la raza, es lógico suponer que todo sea reducible a una cuestión biológica. ¿Qué tiene en mente?

— *Es preciso actuar radicalmente* — Hitler fue determinante —. *Cuando uno saca un diente, lo hace de un solo tirón, y el dolor desaparece. El judío debe salir de Europa de la misma forma. De lo contrario, no será posible una verdadera comprensión entre los europeos. Es el judío quien lo impide todo... Para lograr nuestro objetivo, no debemos detenernos ante nada... Hoy seré una vez más un profeta: si los financistas judíos internacionales lograran lanzar una vez más a las naciones a una guerra mundial, entonces los resultados no serán la bolchevización del mundo y la victoria del judaísmo, sino la aniquilación de la raza judía en Europa.*

¡Para el alemán medio, el judío la encarnación misma de Satanás! Era el centro de la corrupción universal y Hitler pretendía oponer las fuerzas creativas del hombre ario. En una evidente inversión, pretendía disfrazar sus inclinaciones femeninas bajo el manto de la virilidad. Eran posturas irreconciliables. Tendría que volver sobre el asunto, intentar transformar ciertas pre-concepciones. En lo concerniente al judaísmo, no tenía ninguna esperanza. Si los nazis afirmaban que el judío no se detendría ante nada, no era extraño que se lanzaran a la lucha con la misma brutalidad primitiva e inhumana que le adjudicaban. Para combatir a un monstruo, es necesario convertirse en uno.

"¡Brückner!" Como si todo eso hubiera sido una puesta en escena, Hitler reapareció en el lugar y la posición que ocupaba al inicio del encuentro. Momentos después el *Obergruppenführer* Wilhelm Brückner se cuadraba frente a Hitler. Jung distinguió el rostro rojizo del ayudante, los ojos brillantes, las enormes dimensiones. Recordó un dato curioso, sacado de alguna revista: en su juventud, el tal Brückner había sido un destacado tenista. Se decía que él y otros miembros del personal inmediato del Führer habían hecho un "pacto de la muerte" por el cual no sobrevivirían a su jefe si era asesinado.

— Acompañe al doctor Jung hasta su alojamiento. Lamento poner fin a nuestro encuentro de esta manera, pero infinitas cuestiones requieren mi atención. Göring se pondrá en contacto con usted — Hitler volvió a su ensimismamiento, junto a la ventana.

El suizo siguió a la gigantesca figura de Brückner, que sin decir una palabra lo condujo de vuelta al patio. Subió a un auto oficial (aunque todas las insignias e identificaciones habían sido removidas), y partió rumbo al Hotel Adlon, sobre Unter den Linden, justo frente a la Brandenburger Tor.

Desde el mostrador saludaron atentamente a “Herr Schmidt”. Karl Schmidt era la identidad que le habían otorgado a Jung. No podía decirse que hubieran hecho alarde de una gran imaginación. Subió hasta su habitación y se dejó caer en la cama. Estaba agotado. Alguien llamó a la puerta.

Marie-Louise von Franz encendió un cigarrillo y acomodó unos papeles sobre la mesa. Jung limpiaba su pipa con aire pensativo. Miró a su secretaria y sonrió. Le recordaba sus primeros años: expectativas, proyectos, metas. Marie-Louise era muniquesa, tenía veinticuatro años y era hija de un barón austríaco. Se habían conocido en 1933. Ella nunca olvidaría ese primer encuentro. El profesor hablaba de una joven que luchaba en la luna contra un demonio negro, que finalmente la devoraba. Por la forma del relato, Jung parecía implicar que esa muchacha efectivamente había experimentado aquello. Marie-Louise se atrevió a corregirlo: seguramente lo habría imaginado, o soñado, pero definitivamente no había pisado la luna. Jung la miró unos momentos, con gesto grave. “Ella sí estuvo en la luna”. La muchacha pensó que o bien ese hombre estaba loco o ella era demasiado estúpida como para entender lo que decía. Un tiempo después supo que para el suizo, lo que ocurría psíquicamente ocurría en realidad, y que esa luna desierta y pedregosa, a la vista de todos, era una simple ilusión, una pseudo-realidad. A partir de entonces decidió acompañarlo. Jung le ofreció una copa de Borgoña.

— ¡Quiero todos los detalles! — la ansiedad la devoraba.

— No vi más que una *fachada*: escuché lo mismo que en la radio, supe lo mismo que por los periódicos. Una cosa es segura: mañana mismo podría estallar la guerra.

— ¡Qué espanto! ¡Insensatos!

El profesor asintió, masticando suavemente el marfil de la pipa. Camuflado detrás de una espesa nube gris, continuó:

— La guerra es inevitable. Y se origina, en parte, en el mismo carácter de Hitler. La considera algo lógico, ve la lucha como el estado natural de las cosas. Y por mal que nos

pese, está en lo cierto. La Historia es evidencia suficiente. Nuestra época no será la excepción. Un terrible cataclismo se aproxima, la tierra se sacudirá…

— Los alemanes heredaron el militarismo, el orden y la disciplina prusianas. Llevan la guerra y los barracones en la sangre. Confunden cualquier carnicería con un mito épico.

— Hitler dijo que el día que estalló la guerra fue uno de los más felices de su vida. Era un hombre acabado. ¡Un vagabundo! Y de repente… ¡El éxtasis bélico! *¡Die Walküre!* ¡El héroe! Fue la oportunidad perfecta para encarnar su ideal. El valeroso guerrero que contribuiría a la grandeza de la patria. Allí saboreó por primera vez la disolución del individuo en la masa. *No poseemos vida simbólica, y la necesitamos con urgencia. Sólo ella puede expresar la necesidad diaria del alma. Y como las personas no la tienen, nunca pueden salir de esta vida horrible, trivial y superflua… Todo es banal; y esa es la razón por la cual las personas son neuróticas. Simplemente están hartos de todo, y por lo tanto, quieren sensaciones. Quieren incluso una guerra; todos están contentos cuando hay una guerra. "Gracias a Dios, ahora algo va a suceder, ¡algo más grande que nosotros!" Estas cosas son bastante profundas, y no es de extrañar que las personas se vuelvan neuróticas. La vida es demasiado racional. No contamos con una existencia simbólica en la que poder ser otra cosa, en la que podamos cumplir nuestra función, nuestro papel como uno de los actores en el drama divino de la vida.*

— Hitler se auto-percibió como un héroe wagneriano, desfigurando la realidad tanto como fuera necesario. Extrae sólo los acontecimientos favorables a su perspectiva, y esa verdad parcial reemplaza la totalidad. Aquello que no despierta su interés, no cuenta en absoluto. Es un mecanismo típico del paranoico: si bien las premisas son falsas, los razonamientos son verdaderos. Asegura que restituyendo a las minorías alemanas actúa en favor de la paz y el equilibrio natural. Afirma que su pueblo necesita un "lebensraum" que conseguirá sometiendo a otros pueblos. Cuando se impone se regocija con sus éxitos y no comprende que lo critiquen, a menos que sea por malicia, temor o envidia. La única realidad que reconoce es la propia: cualquier mundo distinto no le interesa, y debe desaparecer.

— Y lo más importante — señaló Jung —: encontró una vía colectiva para dar sentido y fuerza a su ideal, aspectos hasta entonces reprimidos, casi inexistentes, machacados por sucesivas humillaciones y fracasos.

— La derrota significó un antes y un después en su desarrollo interno; es un punto de inflexión en su vida psíquica.

— Sin duda. ¿Por qué cree que nunca se cansan de hacer hincapié en la ignominia de Versalles? Esto fue un error por parte de los aliados. A través de su propia experiencia, de

la identificación con sus compatriotas, Hitler encontró una llaga colectiva y se dedicó a explotarla.

— Percibió el espectro inconsciente de todo un pueblo.

— ¡Precisamente! — Jung alzó la pipa — Para comprender el efecto que supuso la derrota es preciso recordar que en 1917 los alemanes todavía creían en la victoria. Habían firmado el armisticio con los soviéticos y los esfuerzos franco-británicos no daban en el clavo: la victoria parecía al alcance de la mano. Hitler participó en todas las ofensivas: Somme, Aisne, Marne. Fue herido y licenciado, pero al regresar al frente se mantenía altivo y optimista, incluso soberbio.

— Para él la victoria era una supra-realidad, más poderosa que cualquier otra. Se trataba, en realidad, de *su* victoria. No podía permitir que destrozaran su sueño: por eso no hubo derrota, sino traición. Otro signo de paranoia. En los últimos días de la contienda el gas lo dejó ciego. Poco después recuperó la vista, pero al recibir la noticia de la rendición tuvo una recaída y volvió a la penumbra.

— Un caso evidente de "histeria de conversión". Esto indicaría una propensión a las crisis nerviosas y un organismo enfermizo, desequilibrado. *No olvidemos que toda neurosis va acompañada por el desaliento. El hombre es neurótico en la medida en que perdió la confianza en sí mismo. Una neurosis es un fracaso humillante… Entonces queda derrotado por algo "irreal"… Sus síntomas son imaginarios. Pero cuanto más cree ser un "malade imaginaire", más se apodera de él un marcado sentimiento de inferioridad*.

— Latente en el inconsciente alemán. Su Führer es la máxima expresión de este trastorno — afirmó Von Franz.

— *Alemania vuelve a estar en la misma situación en la que estaba antes de la guerra, exterior e internamente. Hitler escribió ese asombroso libro, "Mein Kampf". ¿Por qué no "Meine Liebe" o "Mein Frieden"? Por la boca de su líder, Alemania quedó en una situación tal que todos creerán que quiere la guerra, y que eso basta para erigir un anillo de hierro a su alrededor. Una vez más esgrimirá su defensa contra esa actitud, hasta verse empujada a un acto de desesperación y decir: "Si somos el archienemigo de la humanidad, entonces que así sea*."

— Creo que no habría sido fácil para Hitler, por sus antecedentes y su encarcelamiento, escribir un libro titulado "*Meine Liebe*".

— *Bueno, podríamos verlo desde otro punto de vista, en lugar de obstinarse en el aspecto bélico. Hemos estado hablando durante dos mil años sobre el amor y ahora, ¡maldita sea!, ¿por qué la guerra?*

— Sin embargo, cuando dice *Kampf*, no creo que hable de la guerra como todos la entendemos... — opinó la joven.

— *Estoy de acuerdo, pero lo aparenta. Mire los batallones de camisas pardas; naturalmente la gente entiende que eso significa guerra. Pero los alemanes dicen: "De ninguna manera, esto es trabajo de servicio, no llevan fusiles, sino palas". Se trata sólo de una divergencia de puntos de vista. El libro se llama "Mein Kampf", y hay muchas cosas en él que son difíciles de tragar... Habría sido mucho mejor que escribiera un libro llamado "Mein Frieden." Si hubiera sido inglés, habría escrito "Meine Liebe", ¡aunque sin una pizca de sentimiento!*

— Todo esto se ve reflejado en el partido, que encarna la voluntad del líder.

— Más precisamente, se ocupa de *ejecutarla*. El partido es el brazo político, la manifestación material de las imágenes e ideas en la mente del profeta. Es sólo un reflejo parcial. Podríamos hablar de Hitler como el espejo del inconsciente colectivo alemán. Hay que entender que el movimiento es esencialmente dinámico. Rosenberg definió la nueva forma de vida del Reich: "*El estilo de una columna en marcha, y poco importa hacia qué destino y con qué propósito marcha esta columna.*" El *propósito* está más que claro: sembrar ruinas y destrucción. Sólo en la muerte encontrará vida, sólo en la victoria hallará paz. Es insaciable: de enemigo en enemigo, de frontera en frontera, de conquista en conquista, fundando los cimientos de un imperio de acero, sangre y granito. Sólo hay dos posibilidades: la derrota o la victoria. El mismo Hitler proclamó: "*El nacionalsocialismo no es ninguna doctrina de inactividad; es una doctrina de lucha. No es una doctrina de goce, sino una doctrina de esfuerzo*". Una de las marchas de las *Hitlerjugend* proclama:

El viejo mundo teme la asquerosa guerra roja,

sus viejos huesos tiemblan y se estremecen,

pero hemos aplastado el terror

que nos encomendaron destruir.

Aunque todo a nuestro alrededor es caos,

seguimos adelante, desplegamos la bandera,

pues Alemania hoy nos pertenece,

y mañana el mundo entero.

— No es un buen auspicio…

— ¡Ni que lo diga! Pero es un proceso necesario, imposible de prevenir o detener. Todo responde a una pulsión interna, en Hitler y en cada uno de sus legionarios. Con ellos no se puede razonar. Lo mismo ocurre con los soviéticos. Creo que sólo los rusos podrían detener a la arrogante columna de Rosenberg. Sólo cuando conocemos al enemigo tan bien como a nosotros mismos, cuando *somos* nosotros mismos ese enemigo, es que podemos enfrentarlo.

— Hitler, Mussolini, Stalin… ¿Qué le pasa a esta gente? — Marie-Louise parecía angustiada.

— *Hitler, Mussolini, Stalin y Roosevelt son jefes tribales. Inglaterra y Suiza son todavía tribales. Conservan sus diferencias y distinciones locales… Tras la extinción de las instituciones tribales tradicionales — los antiguos y pequeños ducados y principados de Alemania e Italia —, sobreviene la agitación, antes de que un nuevo orden tribal sea creado. Es siempre lo mismo. La tribu tiene su jefe personal. Se rodea de sus propios seguidores, que se convierten en una oligarquía. Entonces se conforma el "Estado". El Estado es un fantasma, un mero reflejo del jefe personal. Y este Estado fantasma crea su propia oligarquía… La democracia comunista o socialista es una insurrección de los elementos incompetentes contra los intentos de instaurar cierto orden… Ese estado de desorden llamado libertad democrática o liberalismo provoca su propia reacción: el reforzamiento del orden. Mientras las naciones europeas sean incapaces de vivir en un estado crónico de desorden, intentarán imponer un orden forzado. Rusia es el ejemplo típico de la oligarquía. El Partido Comunista compone una casta dirigente privilegiada. En Alemania se sigue el mismo camino. Los SS están siendo transformados en una casta de caballeros que gobernarán a millones de personas. Los límites tribales pueden ser ampliados, las tribus más pequeñas pueden devenir en naciones, pero la idea tribal prevalece. Las dictaduras de Alemania, Rusia e Italia pueden no ser la mejor forma de gobierno, pero actualmente son la única forma posible.*

— Sin embargo, Hitler, Mussolini, Stalin y Roosevelt no pertenecen a la misma categoría, ni política ni psíquicamente.

— *Hay dos clases de dictadores: el caudillo y el chamán. Hitler es de estos últimos. Es un médium. La política alemana no es planificada: es revelada a través de Hitler. Él es el vocero de los dioses, como en la Antigüedad. Articula las palabras que contienen y manifiestan el resentimiento general.*

— Hace poco leí un discurso del alcalde de Hamburgo: "*Nos comunicamos directamente con Dios a través de Hitler. No necesitamos ni clérigos ni sacerdotes. Él tiene muchas de las cualidades de Cristo*."

— Recuerdo que un médico-brujo africano me dijo, con lágrimas en los ojos: "No tenemos más sueños desde que los británicos están en el país". Cuando le pregunté por qué, contestó: "El Comisionado de Distrito lo sabe todo". Mussolini, Stalin y Roosevelt gobiernan de esa manera, pero en Alemania todavía tienen "sueños". Recuerde cómo, cuando Hitler era presionado por otras potencias para que no retirara a Alemania de la Sociedad de Naciones, se encerró durante tres días y dijo, sin más explicación: "¡Alemania debe retirarse!". Ése es el gobierno por medio de revelaciones. De ahí la sensibilidad de los alemanes ante la crítica o el maltrato hacia su líder. Un insulto dirigido a su persona es para todos ellos, ya que Hitler es la Sibila, el oráculo délfico.

— ¿Qué pasaría si encerraran toda una semana a Hitler, Mussolini y Stalin en un cuarto con un pedazo de pan y una jarra de agua? ¿Cree que lo compartan?

— No creo que lo dividan. Hitler, siendo un chamán, probablemente se mantendría a distancia y no tendría nada que ver con disputas. Estaría indefenso porque no contaría con su pueblo. Mussolini y Stalin, siendo ambos jefes u hombres fuertes por derecho propio, probablemente disputarán la comida y el agua, y el más bravo y rudo lo conseguiría todo.

— Es decir, el más primitivo...

— Existieron dos tipos de hombres fuertes en la sociedad primitiva — dijo Jung —. *Uno era el jefe físicamente poderoso, y el otro era el chamán, que no era fuerte en sí mismo, sino en razón del poderío que la gente proyectaba en él. Así nacieron el emperador y el guía religioso. El emperador era el jefe, poderoso gracias a sus soldados; el vidente era el hechicero, que poseía poca o ninguna fuerza física, pero su influencia en ocasiones incluso sobrepasaba a la del emperador, porque la gente coincidía en que era mágico, es decir, que poseía cierta capacidad sobrenatural... Mussolini es físicamente poderoso... Su pose sugiere musculatura. Es el jefe porque individualmente es más fuerte que cualquiera de sus contrincantes. Y la mentalidad de Mussolini corresponde a su categoría: tiene la mente de un jefe. Stalin es similar. Sin embargo, no es un creador. Lenin creó el producto; Stalin lo está devorando. Es un conquistador; simplemente tomó lo que Lenin produjo e hincó el diente. Y no es ni siquiera creativamente destructivo. Lenin sí lo fue: demolió toda la estructura feudal y burguesa en Rusia y la reemplazó con su propia creación. Stalin se limita a destruirlo todo. Mentalmente, Stalin no es tan interesante como Mussolini, que se parece a él en el patrón fundamental de su personalidad, y no es en absoluto tan interesante como el chamán, el mito-Hitler.*

— Creo que cualquiera que se mantenga a la cabeza de 170 millones de personas, es un caso digno de interés.

— Stalin es un animal, y esto Hitler lo sabe muy bien. *Stalin es un bruto — un campesino astuto, una poderosa bestia instintiva —, y sin duda por eso es el más poderoso de todos los dictadores. Recuerda a un tigre siberiano, con ese cuello poderoso, sus enormes bigotes y su sonrisa. Creo que Gengis Kan podría ser un antecedente adecuado de Stalin. No me sorprendería si se nombrara Zar a sí mismo. Hitler es completamente diferente. Su físico no sugiere fuerza. La característica excepcional de su fisonomía es la mirada soñadora. Esto me impactó especialmente cuando vi sus fotografías durante la crisis checoslovaca. Su mirada es la de un vidente. No hay ninguna duda al respecto: Hitler pertenece a la categoría del chamán místico. Es cierto lo que alguien comentó en el último congreso de Núremberg: desde el tiempo de Mahoma no se ha visto nada similar. Este aspecto marcadamente místico de Hitler es lo que lo empuja a hacer cosas que a nosotros nos parecen ilógicas, inexplicables, extrañas e irracionales. Pero incluso la terminología de los nacionalsocialistas es claramente mística. Tome, por ejemplo, el propio nombre del Estado. Ellos lo llaman el Tercer Reich. ¿Por qué?*

— El Primer Reich fue el Sacro Imperio Romano Germánico, el Segundo el de Bismarck, y el Tercero es el de Hitler.

— *Pero hay un significado más profundo* — el suizo volvió a encender su pipa —. *Sólo los nacionalsocialistas denominan al suyo el Tercer Reich. Y esto tiene un profundo significado místico: a cada alemán la expresión "Tercer Reich" le trae ecos inconscientes de jerarquía bíblica. Así Hitler, quien más de una vez dijo que está consciente de su vocación mística, aparece ante sus devotos como algo más que un simple hombre. Piense en el renacimiento del culto a Wotan. ¿Quién era Wotan? El dios del viento. Tome el nombre "Sturmabteilung" (SA, Tropas de Asalto, Storm Troops, en inglés). Tormenta (Sturm): el viento.* Poco antes de anexar Austria, el Führer decía: "*Quién sabe, quizá una noche me presente de improviso en Viena como una tormenta primaveral.*" *Así como la esvástica es una forma giratoria que produce un vórtice que se mueve siempre hacia la izquierda, que en el budismo indica lo siniestro, lo desfavorable, lo inconsciente. Todos estos símbolos de un Tercer Reich conducido por un profeta bajo las banderas del viento y la tormenta anuncian un movimiento de masas que va a arrastrar al pueblo alemán en un huracán emotivo e irracional hacia un destino que quizá nadie excepto el vidente, el profeta, el Führer mismo, puede predecir. Y quizá, ni siquiera él.*

— ¿Por qué Hitler, que alcanza las fibras íntimas de cada alemán, no produce ninguna impresión en los extranjeros?

— Excelente observación. Pocos extranjeros responden a su magnetismo. Esto se debe a que Hitler es el espejo del inconsciente germano, pero no logra reflejar nada en alguien que no es alemán. Es el portavoz que amplifica los susurros inaudibles del alma alemana hasta que alcanzan el oído sutil e inconsciente de su pueblo. Él es el primero y el único que desde un primer momento confesó a cada alemán lo que piensa y siente en las profundidades de su inconsciente, especialmente a partir de la derrota en la Gran Guerra. Y la característica determinante en el alma alemana es el complejo de inferioridad, típicamente teutón, el complejo del hermano más joven, del que siempre llega tarde al banquete.

— ¿Ese es el origen del complejo de inferioridad alemán?

— La posición de los alemanes se asemeja a la de los judíos de antaño. Desde su derrota en la guerra esperan la llegada de un Mesías. Eso es característico de las personas con complejo de inferioridad. Los judíos adquirieron el suyo a partir de factores geográficos y políticos. Vivían en una parte del mundo que era un campo de juego para los conquistadores, y al regresar de su primer exilio en Babilonia inventaron la consoladora idea de un Mesías que iba a reunirlos una vez más en una nación y a salvarlos. Los alemanes adquirieron su complejo de inferioridad a partir de causas análogas. Emergieron del valle del Danubio demasiado tarde, y fundaron su nación una vez que los franceses y los ingleses habían recorrido ya un buen trecho. También llegaron tarde a la rebatiña por las colonias, y a la fundación de un Imperio. Cuando se unificaron y lograron una nación fuerte, miraron alrededor y vieron a los británicos, a los franceses y a otros, poseedores de ricas colonias y de todo el equipamiento de naciones adultas. Y se pusieron celosos y resentidos, como un joven cuyos hermanos mayores tomaron lo mejor de la herencia… Es imposible hablar de Hitler sin hablar de su pueblo, porque Hitler es el pueblo alemán y nada más…

— ¿Cuál es el origen de los dictadores?

— Es un error pensar que un dictador se convierte en lo que es por motivaciones personales, como tener una mala relación con el padre. Hay millones de hombres que resistieron a sus padres tanto como Mussolini, Hitler o Stalin, y nunca se convirtieron en dictadores ni en nada parecido. Esta es la regla en cuanto a los dictadores: “Es el perseguido quien persigue”. Los dictadores deben haber sufrido circunstancias particulares para encarnar la dictadura. Mussolini apareció cuando el país estaba en el caos, los trabajadores fuera de control y la amenaza del bolchevismo aterrorizaba a la gente. Hitler llegó cuando la crisis económica había reducido drásticamente el nivel de vida y el desempleo había alcanzado un grado intolerable… Tanto Hitler como Mussolini recibieron su poder de la gente, y por eso no les puede ser arrebatado… Stalin apareció cuando la

muerte de Lenin, creador del bolchevismo, había dejado al partido y al pueblo carentes de liderazgo y al país sumido en la incertidumbre. Los dictadores están hechos del material humano que sufre necesidades abrumadoras. Los tres dictadores en Europa se diferencian uno del otro tremendamente, pero no son tanto ellos los que difieren sino sus pueblos. Compare el modo en que el pueblo alemán piensa y siente con respecto a Hitler con la manera en que los italianos piensan y sienten acerca de Mussolini. Los alemanes son muy impresionables. Son extremistas y un poco desequilibrados. Son cosmopolitas, ciudadanos del mundo, pierden su identidad fácilmente; disfrutan imitando a otras naciones. A cada alemán le gustaría vestirse como un gentleman inglés.

— Justamente a Hitler no se lo puede acusar de querer parecer algo que no es.

— *Exactamente. Hitler le está diciendo a su pueblo: "Ahora, por Dios, ¡ustedes tienen que empezar a ser alemanes!"*

— ¿La ambición personal es fundamental en el carácter de los dictadores?

— *Creo que desempeña un papel menor en Hitler* — opinó Jung —. *No me parece que tenga una ambición personal más alta que la del hombre promedio. Mussolini tiene una ambición personal superior, pero eso no basta para explicar su fuerza. Él siente que coincide con la necesidad nacional. Hitler no gobierna Alemania. Él simplemente es el exponente de la tendencia de las cosas. Esto lo hace psicológicamente fascinante. Mussolini gobierna Italia hasta cierto punto, pero para muchos es un instrumento del pueblo italiano. Con Stalin es diferente. Su característica dominante es una abrumadora ambición personal. Él no se identifica con Rusia. Él gobierna Rusia como cualquier Zar.*

— ¿Cómo explica que Stalin haya tomado la dirección que tomó? Su padre, zapatero, le propinaba palizas diariamente. Su madre lo envió a estudiar teología y se convirtió en un revolucionario. Pasó la mayor parte de su vida combatiendo al zarismo: fue encarcelado varias veces y siempre logró evadirse. ¿Cómo explica que alguien que pasó toda su vida en rebeldía se convierta él mismo en un Zar?

— Ya le confié la regla de oro: antes de perseguir, los dictadores fueron perseguidos. Todos corremos hacia nuestro opuesto. El caso de Stalin es un buen ejemplo. *Uno siempre se convierte en la cosa contra la que lucha. ¿Qué debilitó el poderío militar de Roma? El cristianismo. Cuando los romanos conquistaron el Cercano Oriente, fueron a su vez conquistados por su religión. Cuando luchamos contra algo, estamos obligados a aproximarnos, y es probable que terminemos infectados. Se debe conocer muy bien el zarismo para derrotarlo. Cuando se expulsa al Zar, el vencedor se convierte en un Zar, así como un cazador puede convertirse en una bestia. Sé de una persona que, habiendo cazado muchos años por deporte, fue arrestado por lanzarse contra los animales con una*

ametralladora. Estaba tan sediento de sangre como las panteras y leones que mató. Stalin luchó tanto contra la opresión del Zar que ahora está haciendo exactamente lo mismo. No hay ninguna diferencia entre Stalin e Iván el Terrible.

— Ya lo advirtió Nietzsche: “Quien luche con monstruos cuide de convertirse a su vez en uno. Cuando miras mucho tiempo un abismo, el abismo mira dentro de ti.”

— En mi opinión el cambio en Stalin ocurrió durante la revolución de 1918. Hasta ese momento había trabajado, quizá desinteresadamente, por el bien de la causa, y probablemente nunca había pensado en términos de ambición personal… Pero durante la revolución vio cómo se adquiere el poder. Estoy seguro de que se dijo a sí mismo: “¡Pero si es tan fácil!” Debe haber observado a Lenin y a los demás alcanzar el podio, y pensar: “¡Entonces así es como se hace! Todo lo que hay que hacer es eliminar al tipo que está delante”. Habría acabado con Lenin si no hubiera muerto naturalmente. Nada podría haberlo detenido, como nada lo detuvo hasta ahora. Naturalmente, quiere que su país prospere. Mientras más próspera y grande es su nación, más se engrandece él mismo. Pero no puede dedicarse plenamente a promover el bienestar nacional mientras su tendencia personal hacia el poder no sea satisfecha.

— ¿No le parece que Hitler razona y actúa de la misma forma?

— Sólo hasta cierto punto. No creo que la ambición personal sea fundamental en su caso. Es un fenómeno mucho más complejo: mesiánico, místico, religioso. Si hay algo patológico en Hitler, es una fe fanática en su propio ideal. La grandeza personal, en él, sólo existe como reflejo de la grandeza nacional. Hitler es Alemania y Alemania es Hitler. Como individuo, prácticamente no existe.

— A estas alturas podríamos afirmar que Stalin posee el poder absoluto.

— Sí, pero lo tomó para conservarlo. Está rodeado por una manada de lobos. Debe mantenerse siempre alerta. Debo admitir que tenemos hacia él una deuda de gratitud.

— ¿Por qué?

— Por el maravilloso ejemplo que dio al mundo de la verdad axiomática de que el comunismo siempre conduce a la dictadura.

— ¿Qué vendrá después de los dictadores? — Von Franz dio una larga pitada.

— Alguna forma de oligarquía. Una oligarquía decente — llámela aristocracia si quiere — es la forma más ideal de gobierno. Depende de la calidad de una nación si logra desarrollarse una oligarquía decente o no. No creo que Rusia lo vaya a hacer, pero

Alemania e Italia tienen una posibilidad. Sin el ideal aristocrático no hay estabilidad. En Inglaterra le deben al "gentleman" la posesión del mundo.

— ¿Cree que Inglaterra se batirá honorablemente en caso de guerra?

— Es lo más probable. Sin embargo, y como advertí hace un año, Inglaterra y Francia no mantuvieron la palabra dada a Checoslovaquia. Ahora dan nuevas garantías a Polonia.

— ¿Cumplirán? ¿Qué efecto podría tener esto en Hitler?

— *Es muy difícil de prever. Hitler no tiene una psicología personal. Es un individuo curioso. Es incapaz de hacer una promesa. ¡Porque no hay nadie para hacerla! Él es el megáfono que expresa el estado de ánimo o la psicología de millones de alemanes. Se dice que más de la mitad lo sigue. Probablemente sea cierto, pero eso es sólo una parte, porque él representa el inconsciente no sólo del pueblo alemán sino de otros países. Expresa los sentimientos inconscientes de muchos ingleses y franceses. Algunos checoslovacos están mortalmente contra Hitler, pero sienten al mismo tiempo una especie de admiración. Dicen: "Mira lo que hace. ¡No puede ser un demonio!" En cierto modo, admiran su poder. Sucede lo mismo cuando leemos narraciones policíacas o de gángsters. Hay una parte de nosotros que se identifica con personajes que nos disgustan. Hitler manifiesta lo que quiere y lo consigue.*

— Pero su estrella no se sostendrá por siempre... — deslizó la muchacha.

— Creo que perdió su reputación durante la aventura checoslovaca. Preparó un tratado de no agresión con los rusos. Si tomaran las Islas Åland controlarían la producción de hierro, y quedaría en manos de Stalin si los alemanes pudieran o no intervenir. Dejará que Hitler debilite a Occidente, y cuando se agote, lo atacará por sorpresa. Hitler se entregó al diablo en cuerpo y alma. Está convencido de que en un eventual enfrentamiento derrotará a Inglaterra y a Francia. Después, con las manos libres, podrá ocuparse de los rusos. Desea el éxito y miente para alcanzarlo. Pero el "engaño" que desea encubrir no va a ninguna parte; entonces busca otros acreedores, y se encuentra en un nuevo agujero, debiendo realizar otra estafa para salir. Finalmente alcanza el fondo. Esta política perjudicó su rol dentro del Eje. Los italianos odian a los alemanes. Todos los coches de carga que llegan a Suiza desde Italia vienen destrozados. Un tren suizo transportaba un automóvil alemán, ¡y resultó ser el único con todas las ventanas rotas! Los rusos tienen a Hitler entre sus garras. *Il est roulé par les russes!*

— Una conducta propia del paranoico: está convencido de su derecho, de sus intenciones, y de sus manejos — aclaró Marie-Louise —. Si se encierra al paranoico, pedirá siempre nuevas concesiones y mayores libertades. Promete y no cumple. Pide permiso para salir acompañado de un enfermero; no comprende que si está retenido en el patio es por

una razón. Repite que no intentará escapar. Si atendieran su pedido, no tardaría en atacar al guardia y huir. ¿Una acción premeditada? La idea debe haber cruzado su mente, pero fue reprimida por el ego. Se convence a sí mismo de que cumplirá su palabra, al menos hasta que alcanza su objetivo. Pero lo que cuenta es eso, huir, y no se detendrá ante nada. Si fracasa, se declarará inocente y culpará al enfermero. Éste lo atacó injustamente; bajo ningún punto de vista él había intentado escapar. Siempre será la víctima. Creo que, para salvarse a sí mismo y a su pueblo, Hitler debería presentarse ante Occidente como el niño que sabe que obró mal, renunciar a todas sus conquistas, y cooperar en la expulsión de los rusos de Polonia.

— Imposible. Nadie le creería, por lo mismo que usted acaba de indicar. Además, no está a la altura. Sólo un gran hombre podría dar semejante paso. Toda esta locura no es más que la estúpida expectativa germana de un mesías.[1]

— ¿Qué propone?

— *Políticamente lo más sensato sería dejar que el lobo trague piedras hasta saciarse. La pérdida de unos pocos países es mejor que la destrucción de toda la civilización europea. Me temo que la sabiduría política es cruel, pero la miopía es cien veces peor.*

Las palabras de Jung quedaron flotando en el aire. El continuo y mecánico sonido de la Kappel, accionada por los ágiles dedos de la asistente, registraba todo lo dicho. Una terrible tensión empezaba aplastar al suizo. Lo extraordinario del encargo horadaba la superficie. El de Hitler era el perfil psicológico más complejo y enigmático del mundo. Y él, Carl Gustav Jung, "médico de almas", debía adentrarse en su mente. Debía desmontarla como un reloj, pieza por pieza, lubricarla, reconocer sus patrones, sus manías, sus motivaciones, lo oculto y lo reprimido, luz y tinieblas. Debía remover lo que estuviera podrido, transformar esos elementos demoníacos que podían costar la vida de millones. "*El mundo pende de un delgado hilo* — pensó —, *y ese hilo es la psique del hombre. Hoy en día, no estamos amenazados por catástrofes elementales. No existe una época problemática per se. Todo depende de las acciones humanas. Nosotros somos el gran peligro. La psique es el gran peligro. ¿Y qué si algo sale mal? Esto demuestra cuál es el poder de la psique, qué tan importante es saber algo sobre ella.*"

El 23 de agosto de 1939 el mundo quedó atónito. Hitler y Stalin habían firmado un pacto de no agresión. La jugada no sólo desconcertó a Jung: lo inquietó. En otro tiempo había defendido públicamente una hipotética invasión alemana de Rusia, y ahora estaba obligado a lidiar con la mente de uno de los principales artífices del destino de Europa.

---

[1] Catherine Rush Cabot, paciente de Jung por muchos años, registró en su diario la visión política del psicoanalista en octubre de 1939. Esta es la fuente de las opiniones mencionadas.

Poco después el analista tuvo un significativo sueño.[2] Se encontraba en un castillo construido con trinitrotolueno. Hitler entraba y era tratado como un ser divino. El dictador se paraba en un montículo, como si fuera a pasar revista a las tropas. Jung ocupó otro, a poca distancia. Súbitamente, el patio de armas se llenó de búfalos. La manada sucumbía a una tensión nerviosa: se sacudía, inquieta. Jung distinguió una vaca que estaba sola, apartada del resto, aparentemente enferma. Hitler se mostraba preocupado por ella y le preguntó qué pensaba al respecto. Él contestó: "Evidentemente está muy enferma". En este punto un grupo de cosacos penetró por la parte de atrás, levantando gran humareda, y ahuyentando a los animales. Jung se despertó y sintió que todo estaría bien.

Jung analizó la "visión". Hitler era tratado como un ser divino. Por lo tanto, y en principio, no debía ni podía ser tomado como un simple hombre, sino como un instrumento de fuerzas superiores. Quizá como un Judas, o mejor aún, como el mismo Anticristo. Que el castillo fuera de trinitrotolueno implicaba que tarde o temprano explotaría por los aires. Su fin estaba contenido en una volatilidad intrínseca. El ganado simbolizaba los instintos, las fuerzas primordiales sueltas en el inconsciente colectivo alemán. No era ganado doméstico, sino búfalos: bestias primitivas. Además, todos eran machos, como la ideología nazi. Los valores propios de la camaradería, de la persona o del individuo estaban completamente reprimidos. El elemento femenino era la enfermedad mortal, y ahí estaba la vaca enferma para representarlo. Hitler pide consejo a Jung, pero él se limita al simple diagnóstico. Entonces, como si el reconocimiento de la dolencia liberara algo oculto, irrumpen los cosacos. Incluso antes de eso, la manada estaba perturbada y nerviosa, algo que ocurre al macho cuando está separado de la hembra. Los cosacos representaban a los rusos. Jung *supo* entonces que Rusia, más bárbara que Alemania, más primitiva y por lo tanto dueña de un instinto más sólido, derrotaría al Reich Alemán. Sí, Hitler encontraría su fin en Rusia.

Pocos conocían las visiones del psicoanalista previas a la Gran Guerra. Había visto un baño de sangre cubriendo el continente. Ahora sentía nuevamente una conexión especial con los acontecimientos. Se había imaginado a sí mismo como un chamán germánico, un don compartido con Nietzsche, por ejemplo, y por supuesto, con Hitler. Ambos estaban elevados sobre montículos idénticos, símbolos de influencia y poderío, pero también de igualdad. Como dos viejos curanderos, se consultaban por una vaca enferma. El psiquiatra rastreó el origen de la escena: el desfile militar con motivo de la visita del Duce, que él había presenciado. "*Incluso mis amigos personales están bajo el fascinante poder del arquetipo* — reflexionó —, *y cuando estoy en Alemania, lo creo, lo comprendo, sé que tiene*

[2] El sueño data de agosto de 1939. Jung lo relataría por primera vez en 1946, a E. A. Bennet, y dos años más tarde, con mínimas diferencias, a Esther Harding.

que ser como es... Un destino incomprensible los ha elegido, y no se puede decir que sea correcto o incorrecto. No tiene nada que ver con el juicio racional, es simplemente historia."

Por esos días escribió a una conocida: "*Las cosas que suceden en Alemania son simplemente increíbles, y el futuro está repleto de posibilidades inauditas. La atmósfera es enteramente apocalíptica. Es el momento en que Dios permite a Satanás vagar por la tierra por algún tiempo. Los alemanes, en mi opinión, están en parte aterrorizados y en parte sedientos de sangre y de victoria. Si alguna vez hubo una epidemia mental, es la condición actual en Alemania. El mismo Hitler está más que medio loco.*"

El 24 de agosto de 1939, Hitler y su círculo íntimo se encontraban en la terraza del Berghof, contemplando el imponente espectáculo que ofrecía la naturaleza. Los reflejos boreales bañaban el Untersberg con una luz rojiza, mientras el cielo se teñía con los colores del arcoíris. "*El último acto de Götterdämmerung no podría haber sido representado de mejor manera*", pensó Albert Speer, uno de los presentes. Los destellos rojizos los alcanzaron, tiñendo los rostros y las manos. Hitler giró bruscamente hacia uno de sus ayudantes y dijo: "*Parece un montón de sangre. Esta vez no lo conseguiremos sin violencia.*"

El 31 de agosto el Führer firmó la "Directiva de Guerra Nro. 1°", detallando la fecha, la hora y las órdenes para el ataque sobre Polonia. Sus generales fueron avisados doce horas antes de iniciar las operaciones. El Alto Mando dispuso dos grupos de ejércitos: el más fuerte avanzaría por el sur, al mando de Von Rundstedt, y un segundo grupo por el norte, comandado por Von Bock. El mando general quedaba en manos del general Franz Halder.

El 1° de septiembre de 1939 las blindadas vanguardias del Tercer Reich cruzaban la frontera. El 17 los soviéticos entraron por el Este. Polonia fue arrasada por la "blitzkrieg": una ofensiva veloz e incontenible, fuerzas acorazadas y motorizadas apoyando a la infantería, siempre seguidos de cerca por la Luftwaffe. Varsovia se rindió el 27 y la Segunda República Polaca quedó disuelta. Dos días más tarde, y para sorpresa de Hitler, el Reino Unido y Francia hicieron valer su palabra y declararon la guerra a Alemania. Su intuición había acertado aquel atardecer: no se repetiría la historia de Renania, Austria y Checoslovaquia. Esta vez correría sangre. Europa estaba nuevamente en guerra.

Segunda sesión

El Führer estaba radiante. En el frente sus hombres lo habían vitoreado hasta el cansancio. Pero el conflicto no había sido bien recibido por la mayoría. William Shirer, corresponsal norteamericano, anotó en su diario: "*Todo el mundo está contra la guerra. La gente habla abiertamente. ¿Cómo puede un país entrar en un conflicto semejante con una población tan adversa a ello? La gente también se queja de ser mantenida en la oscuridad. Un alemán me dijo anoche: 'No sabemos nada. ¿Por qué no nos dicen qué está pasando?' El optimismo en los círculos oficiales se desvaneció esta mañana, según creo. Huss cree que a Hitler le puede quedar una gran carta, un acuerdo con Stalin para atacar a los polacos por la espalda. Lo dudo mucho, pero después del pacto ruso-alemán todo es posible.*" La misma noche que Hitler abandonaba la Cancillería rumbo a Polonia, las plazas y las calles estaban desiertas. Poco le hubiera costado a Goebbels conseguir una ruidosa multitud para aclamar al líder-guerrero, pero aparentemente esta vez no había estado de humor. Adolf Hitler se trasladó al frente como un fugitivo. Pero ahora la mirada resplandecía con el orgullo del conquistador. El águila solitaria, poderosa y temida. Jung, por su parte, tenía los nervios fatigados: su confianza flaqueaba, la tarea que le habían encomendado lo minaban progresivamente.

El psiquiatra observó el tallado sobre uno de los paneles del escritorio: la cabeza de Medusa. El Führer iba de punta a punta. Las palabras salían con fluidez y seguridad; lo que lo había estado perturbando o bloqueando había desaparecido. La victoria había actuado como un revitalizador en la estructura anímica de la nación y del líder.

— *He tratado de encontrar una solución aceptable... Un ofrecimiento más que moderado. No sé en qué condición mental se encontraba el gobierno polaco cuando se negó. Como respuesta ordenó la primera movilización, y mi petición al ministro de Relaciones Exteriores para visitarme y dialogar fue rechazada. En lugar de ir a Berlín, viajó a Londres.*

— ¿Responsabiliza a Occidente por el estallido?

— ¡Ante Inglaterra soy como un muchacho despechado! ¡Quise conquistar su afecto y fracasé! *Aun cuando la guerra había estallado, todavía existían posibilidades de un entendimiento. Inmediatamente después de la campaña sobre Polonia volví a tender la mano. No exigí nada de Francia ni de Inglaterra. Pero fue en vano. Tras el desmoronamiento en el Oeste, volví a ofrecer la mano a Inglaterra. Sólo recibí griterío y escarnio. Escupieron formalmente sobre mí. Estaban indignados... Los intereses financieros prevalecieron sobre los nacionales. La sangre de los pueblos debe ponerse nuevamente al servicio del dinero de este pequeño grupo de intereses internacionales...*

— ¿Y Francia?

— Lo mismo que Inglaterra — Hitler acompañó sus palabras con gesto despectivo —. *Cuando Francia entró en esta guerra no tenía porqué hacerlo. Era sencillamente el placer de luchar nuevamente contra Alemania. Decían: "¡Queremos Renania! ¡Queremos despedazar el Reich! ¡Queremos tomar Austria y disolver Alemania!" Incurrieron en salvajes fantasías que son imposibles en el siglo XX, en el siglo de la idea de las nacionalidades. Todo es inútil.*

— Usted denuncia ciertas fuerzas "siniestras" exteriores. Pero Europa se bañará en sangre porque algunos caudillos vanidosos quieren pisotearse entre ellos — Jung habló sin tapujos.

— Un reduccionismo bastante absurdo. No me guía la ambición. Al contrario: ¡lucho hoy como desde hace veinte años por la grandeza de Alemania! ¿Qué defienden Churchill, Roosevelt, Stalin? Los intereses judíos y el equilibrio de poder que los favoreció durante décadas. El futuro de Europa los tiene sin cuidado. *Yo no busqué la guerra; por el contrario, siempre hice lo posible por evitarla. Pero olvidaría cuál es mi deber, y obraría contra mi conciencia, si una vez que veo su carácter inevitable no dedujera de ella las únicas consecuencias posibles. ¡Estamos en una guerra que nosotros no quisimos! No se puede tender la mano al adversario más de lo que lo hice. Pero si ellos quieren la lucha y planean aniquilar a la nación alemana, se van a llevar una sorpresa...*

Ese hombre deseaba conquistar a toda costa, para él o para su pueblo (¿no eran una y la misma cosa?), fundiendo su propio destino y el de Alemania en la historia. Invocando al Sigfrido wagneriano, encarnaría el ideal del hombre nuevo: un líder fuerte y voluntarioso que guiaría al *Herrenvolk* a la victoria final. Como si hubiera intuido lo que Jung pensaba, Hitler agregó:

— *La guerra no es mi ambición, sino crear un nuevo estado nacional y social de la más alta cultura... Quiero ser un constructor. Soy un líder guerrero en contra de mi voluntad. Si aplico mi mente a los problemas militares, es porque por el momento sé que nadie podría llevarlos mejor que yo... Soy como un campesino cuya propiedad es atacada y toma las armas para defenderla. Con este espíritu hago la guerra. Es un medio para otros fines... Cuando se inicia y desencadena una guerra lo que importa no es tener la razón, sino conseguir la victoria.*

— *Es la psique del hombre la que hace las guerras* — intervino el analista —; *no su conciencia. Su conciencia tiene miedo, pero su inconsciente, que contiene el salvajismo heredado y las energías espirituales de la raza, le susurra: "Ahora es el momento de hacer la guerra. Ahora es el momento de matar y destruir." Y lo hace. El peligro más tremendo*

que el hombre tiene que enfrentar es el poder de sus propias ideas. Ninguna fuerza cósmica en la tierra ha destruido a diez millones de hombres en cuatro años. Pero la psique del hombre sí. Y lo puede hacer de nuevo. Temo a una sola cosa: los pensamientos de las personas... Todos estamos sujetos a infecciones en masa. Y las infecciones masivas trascienden al hombre. Es su víctima. Grita y desfila y finge ser el líder, pero en realidad es la víctima. Se trata del alzamiento de las fuerzas terrenales y espirituales desde las profundidades de la psique. Observe el interior de su conciencia y vea qué encuentra allí. Vea qué puede hacer en una escala más reducida. Si planté un repollo, entonces serví al mundo con ese acto específico. No sé qué más podría hacer. Dialogue con los espíritus que hablan en su interior. Hágalo con criterio. Debemos ser plenamente conscientes de los peligros que se esconden en los movimientos de masas. Escuche lo que dicta su inconsciente. Escuche la voz del Viejo Sabio, que ha vivido tanto tiempo, que ha visto y experimentado tanto. Intente comprender la voluntad de Dios: la fuerza más potente de la psique. Y vaya despacio. Vaya lento. Con cada bien viene un mal, y con cada mal un bien. No se precipite sobre uno a menos que esté preparado para encontrarse con el otro.

Hitler miraba a Jung detenidamente. ¿Sería posible alcanzar una fibra íntima detrás de esa coraza rígida y enigmática? Quizá repasara mentalmente los campos de concentración a donde podía enviar a ese suizo pretencioso que hablaba insensateces en su despecho. Después de todo era Adolf Hitler, el Führer, y ese erudito impertinente hablaba de hombres que gritan y desfilan y fingen liderazgo, pero que en el fondo son víctimas... ¿Víctimas de qué? De ellos mismos, decía. ¿Qué podía saber él? O quizá fuéramos víctimas de un *otro*, un otro oculto y desconocido que habita en las profundidades. ¿Y si ese otro, en vez de liberarnos, quisiera destruirnos? ¿Mesías o verdugo? ¿O ambos? En eso pensaba Jung cuando Hitler retomó la palabra.

— *Comprendo que todos los países son capaces de sufrir momentos de locura colectiva, pero en lo más profundo de cada entidad la razón conserva siempre sus derechos imprescriptibles.*

— Quizá esté depositando demasiada confianza en la razón — advirtió el analista —. Por lo general, el buen juicio no es el amo de la casa. La Ilustración desembocó en el cientificismo del XIX; y hasta ahora nada bueno salió de este pretendido "progreso"...

— El hombre es altivo y vanidoso — dijo el dictador —; pretende desdibujar e incluso modificar las leyes naturales. Considera que es el elegido de la Providencia para encontrar todas las respuestas y resolver todos los problemas... Yo confío en el buen criterio de la especie. ¡Mire nuestra nación! *¡Qué hermosa es Alemania! ¡Qué hermosa y espléndida! ¡Cuando la contemplo, sé que la lucha de mi vida no habrá sido en vano! Siempre habrá nuevas generaciones en esta ciudad... ¡Serán más hermosas, más vigorosas, y capaces de*

inspirar una mayor esperanza en los corazones de sus contemporáneos! ¡La posesión más valiosa sobre este mundo es nuestro propio pueblo! ¡Y por este pueblo y por su bienestar, nos esforzaremos y lucharemos! ¡Nunca flaquearemos, nunca desfalleceremos, nunca perderemos la esperanza, y nunca desesperaremos! — el tono de Hitler había aumentado en ese *crescendo* que le era característico.

— Y aun así enviará a esas generaciones al infierno de la guerra. Íntimamente justifica el conflicto; ve en él la eterna lucha entre el bien y el mal, la luz y las tinieblas, el ario y el judío...

— *Quien encienda la antorcha de la guerra en Europa no puede esperar otra cosa que caos* — Hitler quiso zanjar la cuestión.

Jung decidió invocar los tópicos predilectos del paciente: Alemania, el Partido, el Volk. En otras palabras, todo lo que se relacionaba con él mismo. Hitler paseaba la mirada por el cielo raso, como si estuviera solo. ¿Realmente existiría en Hitler un maniqueísmo tan pronunciado? ¿Podría establecer una diferencia entre él y sus seguidores, entre ellos y sus enemigos? ¿Qué opinaría de sus colaboradores? ¿Qué tanto influiría en él la proyección psicológica? El analista habló, pausada y suavemente.

— ¿Cuál es la verdadera esencia del movimiento? ¿Qué lo diferencia de las democracias occidentales?

— *Mi orgullo era realizar la revolución sin que en Alemania se rompiera un solo vidrio. Una revolución que condujera a las mayores transformaciones y que no destruyera los valores, sino que lo fuera ordenando todo paulatinamente. Éste era nuestro fin... La llamada revolución nacionalsocialista venció en la democracia a la democracia con la democracia... Hoy estoy ante mi pueblo por virtud del mandato de la nación alemana... ¿Existe un socialismo más glorioso, o una democracia más real, que la que permite a un alemán cualquiera convertirse en el líder de la nación? El fin de la revolución no era privar a la clase privilegiada de sus derechos, sino elevar al mismo nivel a una clase que no los tenía... ¿Por qué se arroja en brazos de una ideología completamente nueva? Porque la vieja fracasó... Los autoproclamados demócratas nos echan en cara nuestra política social como si fuera una especie de deslealtad. Según ellos, pone en peligro los privilegios de las clases altas. Lo consideran un ataque a la libertad. La libertad, para ellos, es el derecho de los poderosos para seguir mandando... El nacionalsocialismo es un fenómeno puramente alemán, y nunca tuvimos la intención de cambiar el mundo. Nos bastaba con que nos dejaran una mano libre en Rusia y que nos ofrecieran algunas colonias. Y los ingleses podrían seguir liderando su cómoda y pequeña existencia. Claro que, a largo plazo, no habrían podido evitar ciertas reformas sociales. No se puede cerrar la brecha entre ricos y pobres sólo con los consuelos de la religión. Por mi parte, si tuviera que elegir entre la desnudez terrenal (bajo la promesa*

de la felicidad suprema en la otra vida) y un paraíso sobre la Tierra, ciertamente no elegiría cantar aleluyas hasta el fin de los tiempos.

— ¿Ya no desprecia las ventajas materialistas?

— Ser idealista y soñador no equivale a ser idiota, doctor. *El éxito es el único juez terrenal del bien y el mal…*

— Si el valor más elevado es el éxito, si el amor, la piedad y la justicia no son útiles, puede *profesar* estos ideales, pero no *lucha* por ellos. Podemos creer que veneramos al dios del amor y adorar un falso ídolo. Se entrega a lo finito, despreciando la pizca de divinidad que lleva en su interior…

— Ya sabe cuáles son mis ideales y mis valores — Hitler adoptó un aire grave.

— Pero el hombre no es sólo lo que piensa, sino también lo que no piensa; no sólo lo que hace, sino lo que no hace. Todo ser está tensionado entre dos opuestos. Es carne y tiempo y debe blandir la espada, pero también es espíritu y debe perseguir el infinito. *Quien ama la tierra y su gloria, y olvida "el reino oscuro" o confunde a los dos, es enemigo del espíritu. Y quien huye de la tierra y cae en los "brazos eternos" del espíritu, tiene por enemigo a la vida.*

— Hay un problema que escapa a la mayoría… — el dictador parecía entretenido — *Rara vez un gran teórico resulta ser un gran caudillo… No es tarea del teórico determinar los distintos grados en que se puede manifestar una causa, sino establecer la causa en sí. Debe preocuparse menos por el camino que por la meta. Lo decisivo es la verdad básica de una idea y no la dificultad de su ejecución… El teórico debe establecer su objetivo, y el político luchar por su realización. El pensamiento de uno estará determinado por la verdad, y las acciones del otro por la realidad práctica… Mientras que la piedra de toque para la grandeza de un político puede ser el éxito de sus planes, el grado en que se materializan, el propósito final del teórico no puede realizarse. Aunque el pensamiento puede aprehender verdades y establecer objetivos claros, el intento fracasará debido a la imperfección e insuficiencia humanas. Cuanto más abstracta y poderosa sea la idea, más difícil será su concreción. Por esto, la grandeza del teórico no debe medirse por el cumplimiento de sus objetivos, sino por la solidez de los ideales y la influencia que tuvieron en el desarrollo de la humanidad. De no ser así, los fundadores de la religión no estarían entre los hombres más grandes de la tierra…*

— Ya veo — Jung apuntó algo en su libreta.

— Intercambiemos papeles un momento, doctor. ¿Usted en qué cree? ¿Lucha en defensa de algo, cada día, incansablemente? — Hitler lo miraba fijamente.

— *Defiendo mis convicciones, que no van más allá de lo que creo saber. Estoy persuadido de lo que sé. El resto es hipótesis; y hay un sinnúmero de cosas que puedo dejar a lo desconocido. No me inquietan. Pero empezarían a preocuparme en cuanto sintiera que debería saber algo sobre ellas.*

— Un hombre que no sabe por qué lucha no es un hombre en absoluto.

— ¿Usted por qué lucha?

— *Lucho por lo que amo, amo lo que respeto, y respeto lo que conozco* — Hitler fue conciso.

Jung retomó la disgregación del líder sobre el rol de los teóricos y los políticos. Según él, el movimiento había derrotado a la democracia, en la democracia y a través de la democracia. Eso legitimaba su poder. ¿Pero cuál era el mecanismo interno? ¿No habían intimidado a los adversarios? ¿No los habían perseguido y proscrito? ¿Qué distinguía su política exterior de los manejos de un *gángster*?

Hitler escuchó atentamente y parecía ansioso por hablar. Pero cuando el suizo guardó silencio, el líder tardó unos momentos en responder.

— ¿Qué opinaría de un anuncio de jabones que dijera que las demás marcas también son buenas?

— Sería un mal anuncio.

— ¿No le parece? *La grandeza de cualquier organización, que personifique una idea, está en el espíritu religioso, el fanatismo y la intolerancia con que ataca a los demás, convencida de su propia verdad... Esta intolerancia es propia de las religiones. El cristianismo no se limitó a levantar su altar; destruyó los altares paganos. Sólo gracias a esa intolerancia fanática pudo surgir la fe apodíctica, cuya condición previa consiste, precisamente, en la intolerancia.*

— Varios miembros del partido despotrican contra el cristianismo, en especial Goebbels y Himmler. Pero usted no; al contrario, emula la metodología cristiana — Jung había visto las hogueras de libros en las calles de Alemania.

— *Únicamente en la aplicación sistemática y uniforme de la violencia reside la condición necesaria del triunfo* — se justificó Hitler —. *Pero esta obstinación debe ser la consecuencia de una convicción espiritual sólida... En ella se expresa la perseverancia y la resolución de un único individuo; dependiendo de su naturaleza y de su potencia... El débil siempre reunió un grupo pequeño de seguidores. Éste fue el caso en Rusia. El último zar no tenía ninguno. La gente sigue a los sabuesos. Las cosas son iguales en Occidente. Sólo podemos alcanzar*

nuestros fines mediante la perseverancia más despiadada y continua... ¡Cuántas veces escuché que con la fuerza bruta no lograría nada! Con cualquier otro medio, ciertamente no habría logrado nada. El soldado se entrega al líder que es severo pero justo. Si uno es un verdadero líder, lo seguirán.

— Cuando el fin es lícito, también los medios son lícitos...

— *Una idea que debe transformar el mundo debe asegurarse su advenimiento. El triunfo es el único juez, y por la palabra triunfo no entiendo la conquista del poder, sino la acción bienhechora sobre el pueblo... Es preciso explicar a las naturalezas débiles que se trata de una lucha de vida o muerte.*

— ¿Qué opina de Göring?

— *Un día escuché un discurso en el que se declaraba resueltamente del lado del honor alemán. Esto llamó mi atención. Muy pronto le tomé afecto. Lo puse a la cabeza de mi SA. Es el único de sus jefes que la dirigió correctamente. Le di una chusma despeinada y en muy poco tiempo había organizado una división de once mil hombres.*

— ¿Himmler?

— *Veo en Himmler a nuestro Ignacio de Loyola. Con inteligencia y obstinación, supo forjar las SS.*

— Bormann.

— *Bormann es un pícaro y un filisteo, pero no tengo a nadie más eficiente. Sé que llevará a cabo cualquier pedido hasta el último detalle.*

— ¿El Alto Mando?

— *Del mismo modo que de cien cabezas huecas no se hace un sabio, de cien cobardes no surge nunca una decisión heroica.*

— ¿Tiene en quién confiar? ¿Un confidente?

— El mayor poder conlleva la mayor soledad. No puedo confiar en nadie...

— Sería ventajoso gozar de su confianza, nos beneficiaría a ambos — aventuró Jung.

— ¿Quiere mi confianza? — Hitler hizo una pausa —. Tiene mi atención y mi tiempo, con eso debería alcanzar.

Las masas y cómo dialogar con ellas, cómo conducirlas. Marie-Louise había mencionado que muy probablemente, durante su juventud, Hitler había leído *Psicología de las masas*

de Gustave Le Bon. El autor sostenía que al diluirse en grandes multitudes, el individuo perdía la facultad de pensar críticamente. Por eso, quien quisiera triunfar en la política debía montar un movimiento pseudo-religioso, organizando solemnes congresos y desfiles para excitar al auditorio. En *Mein Kampf* el analista había descubierto la huella del francés.

— Su oratoria es famosa en todo el mundo… ¿Hay cálculo detrás? ¿O sigue un instinto? ¿Una intuición? — Jung buscó la gélida mirada azul del "Führer-chamán".

— Cuando hablo es como si bailara al son de varias melodías a la vez. Debo tener en cuenta la dicción, la audiencia (a la que no puedo dejar de mirar ni un momento), el texto y la fuerza del discurso. Con el tiempo perfeccioné mi concepción y percepción de las masas, aprendí a identificar sus reacciones. La intuición juega un rol fundamental. Yo hablé públicamente de… mi "voz".

— ¿Qué le permite tocar a la masa en el punto y el momento indicados? ¿Cómo encuentra ese centro nervioso?

— *Al parecer durante el día el poder de voluntad de los hombres se rebela al menor atisbo de verse sometido por la voluntad y opinión ajenas. Pero por la noche sucumben fácilmente a la fuerza de una voluntad superior. Cada mitin representa una lucha entre dos fuerzas opuestas. El talento oratorio superior, de naturaleza apostólica y dominadora, logrará ganarse la voluntad de los que sufrieron un debilitamiento de su fuerza más fácilmente que la de aquellas que todavía conservan sus energías espirituales y fuerza de voluntad.*

— Entiendo — Jung tomó nota.

— Nunca contradigo la psicología de la masa, nunca voy contra su corriente emocional. Será primitiva, pero posee el carácter de una fuerza primordial. Cuando una multitud experimenta la aspereza de la realidad, no lo olvidará: el sufrimiento nos marca. Bajo las condiciones adecuadas, el mensaje se esparce e imprime rápidamente en el alma del oyente. La masa es profundamente irracional, porque se apoya en la emoción. Toda masa cuenta con un aparato intelectual y sensorial muy básicos. Cuando no puede catalogar algo se desespera. Siguiendo estas leyes naturales consigo dominarla. Me han criticado que ponga a la multitud en estado de frenesí. Debería ser apaciguada y mantenida en un estado de apatía letárgica. Pero yo creo que se trata de lo contrario. ¡Qué terrible es empezar un discurso! Estoy inquieto, avanzo como un ciego, en busca de alguna señal, de una reacción. Sólo salgo de ese letargo una vez que arranco a la multitud de su apatía. Sólo puede ser conducida cuando está fanatizada. Una multitud apática es el mayor peligro para el orador. La apatía es un mecanismo de defensa, un repliegue provisional, una acumulación de energía y de fuerzas. Fue preciso fanatizar a la masa para convertirla en instrumento de mi

política. Y supe despertarla: la elevé por encima de sí misma, le otorgué un sentido y una función. Me acusaron de despertar en ella los instintos más bajos. ¡Idiotas! Si les presento la lógica y la razón, no me comprenden. Sólo siguen mi voz cuando toco sus fibras más sensibles. En un mitin no hay lugar para el pensamiento crítico, y está bien que así sea. Parte de mi tarea es agitar al pueblo y moldearlo como si fuera arcilla, hasta conseguir un único material. Y cuanto más variada sea la mezcla mayor es el carácter típico de una masa des-individualizada. Como dije, lo que alcanza al pueblo en este estado queda impreso en su memoria, como si fuera una sugestión hipnótica. Goebbels entiende esto. ¿Ha leído su novela? "La gente no quiere otra cosa que ser gobernada decentemente", dice. Yo creo que le alcanza con ser gobernada. Una multitud es para mí lo que la piedra es para el escultor. "Líder y masas constituyen un problema tan sencillo como pintor y color", dice más adelante — Hitler remarcó la astucia de su ministro.

— Necesita de su pueblo para ser el Führer.

— Y el pueblo necesita de su Führer. A veces pienso que soy sólo un instrumento, y que mi única tarea es alzar la antorcha que alumbrará el camino a quienes vengan detrás. Pero el orden y el sentido del deber deben formar parte de la comunidad. Mi padre era apicultor. Me fascinaba ese universo inmutable y jerarquizado de las abejas, disciplinadas y laboriosas. ¿Sabe que la reina encarna el bienestar de toda la colonia?

— ¿Ese es su ideal de nación y de sociedad?

— *El ejemplo del mundo antiguo prueba que la civilización florece sólo en Estados bien organizados. ¿Qué sucedería con una fábrica rendida a la anarquía, en la que los empleados acudan sólo cuando quieren? Sin organización, sin compulsión, y sin sacrificio, nada funciona correctamente. La vida organizada exige una perpetua renuncia del individuo a parte de su libertad. Cuanto más elevada sea su posición, más fácil le será encontrar esta voluntad de auto-renuncia... El hombre que se eleva debe crecer junto con su misión... Si un barrendero no puede o no quiere sacrificar su tabaco o su cerveza, pienso: "Muy bien, ¡esa es precisamente la razón por la que eres barrendero y no una de las personalidades dominantes del Estado!" Es así como deben ser las cosas, porque la nación, colectivamente, tiene la misma necesidad que sus barrenderos.*

— No comparto esa visión de la libertad individual, al menos en el aspecto político y civil.

— *La gente adora ser gobernada* — lo interrumpió Hitler —. *Por eso se conmueve ante la muerte de ciertos jefes. Adora tener al mejor de los hombres al mando... Como la mujer que prefiere someterse al hombre fuerte antes que dominar al débil, las masas quieren más al que manda que al que ruega. Íntimamente se sienten más atraídas por una doctrina intolerante que por la concepción de la libertad del régimen liberal. Se sienten perdidas y*

no saben qué hacer con ella. No perciben la imprudencia con la que se las aterroriza espiritualmente, ni la injuriosa restricción de sus libertades humanas... Un alto grado de libertad individual no es necesariamente señal de un alto grado de civilización. Por el contrario, es la limitación de esta libertad el verdadero indicador. Si a los hombres se les concediera total libertad de acción, actuarían como simios. Ninguno soportaría que su vecino gane más que él, y cuanto más estrecha sea la conciencia, más agudas se volverían sus diferencias. Afloje las riendas de la autoridad, conceda más libertad al individuo y arrastrará a la especie hacia la decadencia.

— *La "libertad de la voluntad" no sólo constituye un serio problema desde el punto de vista filosófico sino también desde el práctico* — dijo Jung —. *Son pocas las personas que no se encuentren dominadas por sus inclinaciones, hábitos, impulsos, prejuicios, resentimientos... Falta de libertad y posesión son sinónimos... Los "dominios" y los "poderes" existen; no podemos crearlos ni necesitamos hacerlo. Sólo nos incumbe la elección del "amo" al que deseamos servir, y así protegernos del dominio de los "otros", a los que no elegimos. "Dios" no es producido, sino elegido...*

— ¡Como el Führer! Todos desean ser dirigidos.

— *Vivimos en un tiempo de invasiones bárbaras, sólo que ellas ocurren en la psique. Esto es un quiebre de las naciones. Los tiempos de movimientos de masas son siempre tiempos de liderazgo. Cada movimiento culmina orgánicamente en un líder, que encarna en todo su ser el sentido y el propósito del movimiento popular. Deviene una encarnación de la psique de la nación y su portavoz. Es la punta de lanza de la falange de toda la gente en movimiento. La necesidad del Todo siempre suscita un líder... Es perfectamente natural que un líder encabece una élite, que en siglos anteriores estaba conformada por la nobleza. La nobleza cree, según la ley natural, en la sangre y la exclusividad de la raza.*

— ¡Las SS! ¡Las Juventudes Hitlerianas! Ellos son la nobleza del mañana. Las masas nunca dejarán de ser lo que son. *La gran mayoría del pueblo es, por naturaleza y criterio, de índole tan femenina, que su modo de pensar y obrar se subordina más a la sensibilidad anímica que a la reflexión. Esa sensibilidad no es compleja, es simple y llana. Para ella no existen muchos grados de diferenciación, sino un extremo positivo y otro negativo: amor u odio, justicia o injusticia, verdad o mentira, nunca estados intermedios... Ella quiere es la victoria del más fuerte y el aniquilamiento del más débil.*

— El aspecto femenino de la masa, muy bien. ¿Podría desarrollar esa idea? — se interesó el analista.

— *Un pueblo se somete voluntariamente a la autoridad principalmente porque sus instintos son de naturaleza más femenina que dominante... Siguiendo el símil militar, una*

compañía no espera que su comandante la consulte en todos los puntos. Esto explica cómo la población llegó a cortar la cabeza de un pusilánime como Luis XVI, ya que su actitud para con el pueblo era mucho menos severa que la de Napoleón, por ejemplo. En este la gente reconoció a un líder digno de veneración.

— Recuerdo una tarde en que decidí bañarme en el lago — dijo Jung —. Después fui hasta el cobertizo para echarme en un balcón y secarme al sol. En la orilla, mi perro olisqueaba el aire. El nivel del agua era alto y había rodeado el cobertizo. Desde donde estaba, el animal no podía verme; ni siquiera debía estar muy seguro de que yo estuviera ahí. Pero se acercó a buscarme. A mi perro no le gusta nada el agua. Metió una pata, y retrocedió enseguida. Después la otra, y lo mismo. Estuvo así algún tiempo. Pero en cuanto hice un mínimo ruido, se sumergió y trepó las escaleras de un salto. Está condicionado por su instinto. Sólo reacciona ante un gesto o señal del amo. Así opera quien no confía en sus pensamientos ni sentimientos; la diferencia entre esta persona y un animal es casi nula.

Quizá porque había un perro involucrado, Hitler no se perdía una palabra. El Führer cruzó las manos en la espalda y asintió: los hombres y los animales se parecían más de lo que los primeros estaban dispuestos a admitir.

Viendo que, por una vez, Hitler guardaba silencio, Jung se permitió una opinión crítica. A la vez, tendría oportunidad de sondear el terreno. ¿Podría forzarlo a admitir ciertos equívocos? Si daba ese primer paso, si lograba concientizar ciertos contenidos reprimidos, podrían comenzar el “proceso de individuación”.

— *Pienso en el hombre en tanto individuo e intento remover sus determinantes colectivos... El nacionalismo, por antipático que sea, es una “conditio sine qua non”: simplemente el individuo no debe hundirse en él... El tiempo en que vivimos nos exige más conciencia y auto-reflexión. Hoy, cuando tremendos movimientos políticos y sociales están en marcha, a menudo veo gente que necesita orientación psíquica. Es un instinto sano. Cuando reina la confusión, cuando hay una fragmentación generalizada de opiniones, surge una necesidad instintiva de una Weltanschauung común, que nos permite tener una opinión unitaria de las cosas y discernir el significado interior del movimiento en su totalidad. Si no tenemos éxito, podría creerse que fuimos barridos por los acontecimientos, ya que los movimientos masivos tienen la particularidad de dominar al individuo mediante sugestiones colectivas y volverlos seres inconscientes. Un movimiento político o social no gana nada con esto cuando tiene enjambres de seguidores hipnotizados. De hecho, puede darse una gran desilusión al despertar de la hipnosis. Por eso es esencial para los movimientos masivos que sus adherentes los sigan no por una obligación inconsciente sino por una convicción consciente. Pero esta sólo puede estar basada en una Weltanschauung.*

— Es lo que me diferencia de Stalin. Guía a su pueblo como una manada salvaje, siendo él la bestia más brutal de todas. Yo dirijo un pueblo culto y civilizado. Por eso el Nacionalsocialismo es una auténtica Weltanschauung y la muchedumbre bolchevique un rebaño miserable y peligroso. Una vez que sea barrida se terminarán todos los problemas. ¿Sabe por qué la psicología despierta suspicacia en Alemania? Porque busca el desarrollo del individuo en el tiempo de las nacionalidades. Pretende ocupar un rol práctico en un momento en que las fuerzas colectivas imperan.

— La individuación del hombre es un proceso inevitable — insistió Jung —. Asistimos a su culminación de la concepción medieval del mundo. Este hombre es un producto del mundo moderno. No soporta la libertad negativa y crea nuevos vínculos para sustituir a los anteriores. Pero esto no implica una unión real con el mundo. Hay que despojarse de la integridad del yo a cambio de aquella seguridad. Pero la dicotomía entre el individuo y la autoridad no desaparece. Ésta limita y dificulta la existencia, aunque nos hayamos sometido voluntariamente. No somos un simple átomo. Contamos con todas las potencialidades necesarias para convertirnos en individuos. *El autodesarrollo es necesario, particularmente en nuestro tiempo. Cuando el individuo no es consciente de sí mismo, el movimiento colectivo también carece de un propósito claro. Sólo el autodesarrollo individual puede producir voceros y líderes conscientemente responsables del movimiento colectivo. Usted dijo alguna vez que el líder debe ser capaz de estar solo y debe tener el coraje para seguir su propio camino. Pero si no se conoce a sí mismo, ¿cómo conducir a otros? Por eso el verdadero líder es siempre quien tiene el coraje de ser él mismo, no sólo ante otros sino ante sí.*

— *El nacionalsocialismo* — explicó Hitler — *es una superación del individualismo... Sobre la libertad y la iniciativa personal está el interés común, que regula, determina, y si es preciso reprime, pero que también ordena. La asamblea popular es indispensable porque el individuo, que en un principio se siente huraño, y cediendo al temor del aislamiento, encuentre una comunidad numerosa, reconfortante y alentadora. El mismo individuo, formando en una compañía o un batallón, rodeado de camaradas, se lanzará más decididamente al asalto. Se sentirá protegido, aunque en la práctica mil razones demuestren lo contrario. La comunión que inspira la manifestación colectiva no sólo alecciona al individuo, sino que cohesiona y contribuye a formar el espíritu. La voluntad, el ansia y la energía de miles se acumulan en cada uno. El hombre que entra en una asamblea lleno de dudas, sale reconfortado: se convirtió en miembro de la comunidad. ¡Nunca debe olvidar esto el Nacionalsocialismo! Cuando oyeron la voz de un hombre, les llegó al corazón y les despertó, la siguieron. Llevaban años buscándola sin haber visto a su propietario. Simplemente oyeron una voz y la siguieron... Yo no podía obligar a nadie a acompañarme. Tenían que estar convencidos y sólo por eso aceptaron el gran sacrificio. Esta lucha debía*

librarse con el espíritu, con la fuerza del discurso, de la palabra, del escrito y de la persuasión.

— *La dependencia en el Estado significa apoyarse en todos los demás en lugar de en uno mismo* — afirmó Jung —. *Cada persona se aferra a otra, con un falso sentimiento de seguridad. Levita en el aire, sin ningún eje, incluso cuando está en compañía de otros miles, sólo que ya no es consciente de su propia inseguridad. La creciente dependencia del Estado nunca es un síntoma saludable. Indica que toda la nación va camino a convertirse en un rebaño de ovejas, confiando en un pastor para que las lleve hasta las mejores malezas. El bastón del pastor pronto deviene una vara de acero, y los pastores, lobos.*

— ¡Qué manía de invertirlo todo! ¡Déjelo! ¡Alemania me señaló y yo contesté su llamado! — Hitler le dio la espalda y se cruzó de brazos.

Jung apuntó sus cañones al talento del Führer para la oratoria. Ese efecto hipnótico que ejercía sobre las masas no era azaroso. Sabía perfectamente cómo poner en funcionamiento la maquinaria. Ahora el líder se sentía a sus anchas.

— *Sé bien que la voz gana las voluntades mejor que la palabra escrita y que todo movimiento se debió más a grandes oradores que a grandes escritores. La fuerza que desencadenó las avalanchas históricas, en el terreno político o religioso, fue el poder mágico del verbo. La masa obedece siempre al poder de la palabra... Sólo un huracán de pasión puede cambiar el destino de los pueblos; pero sólo quien lleva en sí mismo la pasión puede provocarlo. Sólo ella inspira las palabras que abren, como a martillazos, las puertas del corazón de un pueblo. Quien ignora la pasión no podrá imponer su voluntad... Un movimiento que persigue grandes fines debe cuidarse de no perder el contacto con la masa... Debe cuidarse de todo lo que pudiera disminuir o debilitar sus posibilidades de acción, no por demagogia, sino porque ninguna gran idea puede realizarse sin la fuerza y el poder de las masas... La masa informa al orador durante su arenga. Le indica las rectificaciones necesarias: en la expresión de los presentes lee hasta dónde pueden seguirlo y comprenderlo y si sus palabras impresionan y actúan... Por lo general debo vencer prevenciones que no están fundadas en la razón, sino en el inconsciente y en el sentimiento. Derribar esta barrera de antipatía y odio instintivos es mil veces más difícil que corregir una opinión científica equivocada. Es posible eliminar falsas concepciones por medio de la instrucción: pero instruir no ayuda a vencer la resistencia del sentimiento. Sólo un llamado a esas fuerzas misteriosas tendrá algún efecto.*

Tras una breve reflexión, Hitler se dio la vuelta y habló.

— ¿Acaso la realidad no es una estructura del lenguaje? Una creación discursiva. Yo construí mi propia realidad, que es la de Alemania. Este "sueño colectivo" del que habla. *Las palabras construyen puentes hacia regiones inexploradas…*

— *El pensamiento, para el primitivo, tiene un carácter visionario y auditivo, y por lo mismo de revelación. Por eso el mago, el visionario, es siempre el "pensador" de la tribu, el que transmite la revelación de los espíritus o dioses. Éste es el origen de la acción mágica del pensamiento, que siendo real equivale al hecho, lo mismo que la palabra como vestidura exterior del pensamiento mismo. La palabra suscita imágenes "reales" del recuerdo, por lo que produce efectos "reales".*

— *Cuando compongo un discurso, visualizo a la gente* — prosiguió Hitler —. *Los veo como si estuvieran frente a mí. Percibo cómo reaccionarán… Prefiero improvisar, para adaptar cada frase y cada gesto a una audiencia en particular, sin sentirme limitado por tener una dirección determinada.*

— Varios pueblos reconocieron el enigmático poder de la palabra. Los griegos acuñaron el *logos*. El *logos* era el agente a través del cual Dios creó la materia y se comunica con ella. Es un puente entre lo divino y lo material. También el cristianismo descubrió su utilidad: "En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios." Ontológicamente, *palabra y espíritu son casi lo mismo. La palabra es simplemente la emanación del espíritu… Si Dios emana espíritu, será a través de la palabra, del espíritu creador… En la filosofía de Philo Judaeus, el verdadero creador de la filosofía del Logos, ese mismo principio es el Logos, y el Logos es divino. Es Dios… La exaltación peculiar del Logos, que significa "palabra", proviene de la idea de que ella expresaba el espíritu. En realidad, primero tuvieron espíritu y luego hablaron. Nosotros hablamos y asumimos que por eso tenemos espíritu. Esa es la diferencia. Ellos sólo hablaban cuando el espíritu los poseía… Y en ese sentido, la palabra es como la materia. Es lo definitivo del impulso divino, del espíritu creador… Es anterior a toda creación, informe; pero cuando entra en el espacio mundano, adquiere fuerza. Crea materia.*

— ¡Cuánta erudición! Sin embargo, con la psicología no sé a qué atenerme. No tengo nada en su contra, pero no me gustan nada los psicólogos. Tampoco tengo nada en contra de Dios, pero desprecio a los sacerdotes. Sin embargo, no es uno de esos charlatanes judíos. Usted es un hombre profundo.

En la mentalidad primitiva de Hitler todo retornaba a la sangre y a la raza, al instinto básico. Súbitamente ingresó un ayudante y comunicó algo a su jefe, al oído. El líder asintió gravemente y lo despidió con un gesto. Hitler retomó su discurso sobre las masas.

— *La crueldad impresiona, la gente quiere temerle a algo. Quieren alguien a quien puedan someterse con un estremecimiento, necesitan eso… Quien quiera ganarse su simpatía debe decir las cosas más crudas y estúpidas… La capacidad receptiva de la masa es sumamente limitada, como su facultad de comprensión, y sufre una enorme falta de memoria. Toda propaganda eficaz debe reducirse a muy pocos puntos y explotarlos hasta que el último hijo del pueblo pueda formarse una idea clara.*

— Cuando se habla como se discute en una cervecería, se corre el riesgo de que surjan malentendidos respecto a asuntos importantes — advirtió Jung.

— *Prefiero hablar, y hablo mejor, cuando improviso. Pero ahora estamos en guerra. Debo sopesar cuidadosamente cada palabra, porque el mundo está mirando y escuchando. Si usara la palabra equivocada, ¡podría tener implicaciones gravísimas! A veces soy consciente de que no soy yo quien habla, sino que algo habla a través de mí. Siento que hay una falla en la lógica humana, o como si ésta tuviera límites que desconoce. Vienen a mí ideas, conceptos, puntos de vista que no leí ni escuché en ninguna parte, que nunca antes había concebido, y no puedo justificarlos lógicamente.*

— No es la primera vez que menciona esa "voz".

— La escucho desde niño, pero se acentuó notablemente durante la guerra. *Me encontraba en la trinchera, comiendo con varios camaradas. De pronto, una voz pareció decirme: 'Levántate y ve allí'. Fue tan clara e insistente que obedecí mecánicamente, como si hubiera sido una voz de mando. Me levanté y caminé veinte metros, con mi cena entre las manos. Me senté para seguir comiendo, con la mente ya despejada. Apenas me había acomodado cuando un reporte repentino llegó de la zona de la trinchera que acababa de abandonar. Un proyectil había caído sobre el grupo en el que yo me encontraba, matando a todos sus integrantes.*

La oscuridad del recuerdo los sumergió en una especie de letargo. Quizá Hitler no se sintiera a gusto trayendo a colación ese infierno, pero no podía resistir la tentación: era una confirmación de su misión. ¿Quién lo había salvado en esa oportunidad? Jung aprovechó: podría explorar, por primera vez, el inconsciente del dictador. ¿Qué grado de interacción tendría el Führer con el "otro" Hitler?

— *Si lo inconsciente puede contener todo lo que aprehende la conciencia, también debe contener un sujeto, es decir, una especie de yo… Existe un segundo sistema psíquico junto a la conciencia… Si pudiéramos llevar hasta el yo consciente las percepciones que se encuentran en este segundo sistema, serían posibles ampliaciones inauditas de nuestra imagen del mundo.*

— *Cierta vez asistí a una conferencia sobre la teoría de la relatividad de Einstein* — Hitler salió de la nada —. *No pude comprenderlo todo… Pero sí retuve una idea: el significado principal de la teoría radica en el reconocimiento de que el pensamiento tiene sus límites, pero que a través de otros medios — en este caso, las matemáticas superiores — es posible pensar y alcanzar resultados precisos que se encuentran en la conciencia, pero que no pueden ser alcanzados a través de la lógica. En el pasado la ciencia habría negado la existencia de aquello que no era lógicamente demostrable… Pero cuando la existencia de tales cosas se demostró, la ciencia se vio confrontada por un enigma… Hay cosas que no pueden entenderse ni justificarse, aunque sean verdaderas y puedan constituir la base de una nueva forma de pensar, tal vez incluso de una nueva concepción del mundo. En el futuro, sabré cómo consolarme cuando venga a mí una percepción y me falte un nexo lógico. Tendré el coraje de seguir adelante.*

— Es lo que llamamos intuición: la vía de conocimiento del inconsciente… *Tanto la intuición como la percepción son funciones irracionales, en contraste con el pensar y el sentir, que alcanzan la perfección en su total coincidencia con las leyes racionales. Si bien lo irracional en sí nunca podrá ser objeto de estudio científico, para la psicología es importante fijar su valor, pues plantea muchos problemas que no pueden ser resueltos racionalmente. Son conflictos que hay que superar por la vía irracional… pues no sólo hay verdades racionales sino verdades irracionales. Y lo que por la vía del intelecto parece imposible, llega a ser verdad por la vía de lo irracional. Verdaderas fueron las mayores transformaciones humanas, que no llegaron por frío cálculo intelectual sino por caminos que no habían visto o habían rechazado por absurdos… Por lo general no se los comprende en absoluto, porque las leyes más importantes del espíritu son todavía un libro con siete sellos… La plenitud de la vida se rige por la ley y no se rige por la ley, es racional y no es racional. La razón y la voluntad fundamentadas en la razón son válidas sólo hasta cierto punto. Cuanto más avanzamos en la dirección indicada por la razón, más seguros estaremos de estar excluyendo las posibilidades irracionales que tienen el mismo derecho a ser experimentadas…*

— ¡Richtig! — Hitler parecía satisfecho — Es a través de la intuición que percibimos la auténtica realidad…

— Pero tenemos que ser cuidadosos con los dictados de esa “voz”. Todo depende del contenido. Usted, por ejemplo, es responsable por todo un pueblo, encabeza un gran movimiento y ahora debe tratar una cuestión tan delicada como la guerra. Sería imprudente guiarse sólo por la intuición. Si bien la razón deja mucho que desear, los sentidos también son falibles, y las percepciones o intuiciones, en la medida en que no puedan ser corroboradas, podrían ser engañosas e incluso peligrosas.

— ¡Pero yo no recibo esas percepciones a través de los sentidos! Si fuera ese tipo de percepción, sería susceptible a una comprobación lógica. Y si no la cumpliera, sería una falacia. Siento como si las estuviera tomando de ese mundo super-dimensional que Einstein vio, no con sus ojos o mente, sino con sus matemáticas.

— ¿Logra distinguir esas percepciones?

— Cada vez. Pero no siempre las tengo en cuenta. A veces ignoro esas inspiraciones trascendentales. En general, siento algo así como una vibración interna, como si me estuviera tocando una entidad invisible. Cada vez que capté el impulso, lo que dije o hice resultó ser correcto. Y cada vez que lo ignoré, casi siempre lamenté no haber seguido esa voz interior.

— No es un caso aislado — dijo Jung —. Todos, en mayor o menor medida, tienen esa facultad. Algunos dicen que están teniendo un buen día o un momento de lucidez. El comerciante tiene suerte, el jugador jura que *sintió* que debía elevar la apuesta. Muchos dicen que es mejor actuar en base al primer presentimiento. Pero pocas veces procedemos de esta manera…

— ¡Y la maldita lógica interviene! ¡y la reflexión! — continuó Hitler — *Y luego creamos una visión u opinión probada y justificada, y hacemos caso a quienes carecen de la chispa divina. La oportunidad pasa y nos golpeamos la cabeza: "¡Si tan sólo hubieras seguido tu primer impulso!"*

— Precisamente — dijo Jung —. *Por lo general, las grandes decisiones de la vida tienen mucho más que ver con los instintos y otros factores inconscientes que con la voluntad y el sentido de razonabilidad.*

Reafirmando una vez más la convicción de haber sido elegido por alguna fuerza o disposición superior, Hitler reflexionó:

— Podemos y debemos vernos a nosotros mismos como los instrumentos de la Providencia. Nadie tiene derecho a evadir la tarea que se le asignó… El espíritu de decisión no significa actuar a toda costa, sino no dudar cuando una convicción interna nos ordena hacerlo.

Poco a poco Jung iba cediendo al abrumador encargo que le habían impuesto. Se sentía exigido y fatigado, las sesiones lo agotaban. Su joven asistente trabajaba con ahínco. Recién comenzaba su carrera y tenía entre manos el caso más curioso y tentador del mundo. Mientras su mentor batallaba en la Nueva Cancillería y toda Europa se cubría de soldados y máquinas, ella leía, redactaba y corregía borradores. Buscaba y reunía testimonios, documentos y anécdotas. Se pasaban noches enteras encerrados en la

habitación del hotel, debatiendo y escribiendo, garabateando y pasando en limpio. No tenían vida social ni recibían visitas (*ellos* no estaban en Berlín). El resto de los huéspedes no había tardado en confeccionar una intrincada red de rumores: que eran un barón y su sirvienta. Que ella no era la sirvienta sino la hija, y estaban los que sostenían que era ambas (hija ilegítima, claro). Que él era extranjero y casado y que utilizaba el hotel para concretar furtivos encuentros con su amante. Otros afirmaron que eran espías (en tiempos de guerra, todos eran espías). Tenían terminantemente prohibido cualquier tipo de contacto con periodistas y corresponsales. La Gestapo tampoco les perdía el rastro: los seguían a todas partes, todo el tiempo. Pocos días atrás habían interceptado a Jung en la calle. Su metodología consistía en preguntarle si era "*Herr* tal y tal", dando siempre un nombre equivocado. Es decir, evitando el "*Herr* Schmidt" acordado. Él respondía que no era tal, sino el buen Schmidt. "¿Está seguro de que no es *Herr* tal y tal?" "Bastante seguro" El ida y vuelta se repetía varias veces. Finalmente, tras analizar detenidamente el pasaporte que ellos mismos habían confeccionado, lo dejaban tranquilo. Jung no podía decidir si aquella estrategia era extremadamente sutil o extremadamente estúpida. Esos hombres tenían una habilidad extraordinaria para pasar de un extremo a otro. Quizá fuera parte de su éxito. Carl Jung y Marie-Louise von Franz tanteaban lo que pasaba en esa nación extraordinaria y siniestra, quiénes la habitaban y quiénes la gobernaban, todo con el fin de dinamitar las murallas que rodeaban la psique del primero de sus ciudadanos.

Von Franz se reclinó, con las piernas cruzadas, mientras hojeaba el *Deutsche Allgemeine Zeitung*. De tanto en tanto Jung paseaba la mirada por la habitación; le costaba concentrarse, su mente estaba en otra parte. Deslizó los lentes hasta la punta de la nariz y observó a su discípula.

— ¿Quiere volver a Zúrich?

— No. Es decir, sí, pero trato de no pensar en ello. Entiendo la importancia de nuestro trabajo, y no quisiera dejarlo solo. ¡Pero todo esto me revuelve el estómago! — alzó el periódico.

— No puede menos que afligirnos, seamos alemanes o no.

— ¿Cuánto cree que pueda durar la guerra? En 1914 se decía que para Navidad todos estarían de vuelta en sus hogares...

— Alemania tiene un poder de combate extraordinario, pero no en el largo plazo. Para un golpe sorpresa están mejor preparados que en 1914, pero sólo cuentan con ese impulso inicial. El primer ataque será arrollador: están dispuestos a sacrificar hasta dos millones de hombres. Los aliados, en cambio, no quieren repetir la experiencia del 14. En Alemania no tienen tantas consideraciones: empujarán a sus soldados y éstos no podrán retroceder, o

tendrán que enfrentarse a sus propias ametralladoras. Rusia, llegado el caso, hará lo mismo. Personalmente, creo que el atentado en Bürgerbräukeller fue un trabajo interno. Para alcanzar sus objetivos los nazis simplemente destruyen, y lo mismo ocurrirá en el frente. Enviarán material y hombres a mansalva. Recuerdo a esos rusos que, en la Edad Media, intentaron tomar una ciudad defendida por una trinchera. Enviaron hombres hasta que el foso se llenó de cadáveres, y los restantes marcharon sobre los cuerpos. Los alemanes conducen a sus hombres por los campos minados mientras que los franceses conducen sus cerdos. Si logran abrir una brecha en las defensas, nada los detendrá. Veremos si los franceses pueden disparar lo suficientemente rápido. Siempre habrá algunos millones que seguirán adelante. Keitel y Brauchitsch quieren consagrarse. El espíritu en Alemania está por el piso. Una especie de apatía cubre a la nación entera. ¡Necesitan una "inyección"! Creo que Hitler organizó el atentado en Bürgerbräukeller para sacudir ese letargo.

— Sigo sin entender cómo la locura de un hombre puede seducir y movilizar a millones y llevarlos al matadero como si fueran ganado — se indignó Von Franz.

— No es la locura de Hitler lo que seduce, es la frialdad del calculador. Él dice a los alemanes exactamente lo que quieren escuchar. Los lleva a donde quieren ser llevados, aunque ellos mismos no lo sepan. *La sugestión opera sólo cuando hay un deseo secreto de cumplirla*. Hitler es la "sombra" de todo un pueblo, están poseídos por su Führer, y él a su vez está también poseído... La mayoría se encuentra bajo su influencia, pero si pensaran un momento con claridad, se dirían: "Somos nosotros los verdaderos demonios de Europa." En cambio dicen: "Inglaterra es el espíritu maligno: los alemanes somos buenas personas, y los demonios están atacando a nuestra querida *Vaterland*."

— Comparado con Hitler, Stalin parece un tipo simpático.

— Stalin no fue hipócrita: dijo lo que quería decir. Cuando Lady Astor le preguntó cuánto tiempo iba a seguir matando gente, contestó: "¡Mientras sea necesario!" Stalin siente que ciertos elementos no son saludables y los elimina. Pero no presume ni inventa excusas y mentiras como Hitler. Es un bruto simple y astuto, cínico, práctico y brutal. Hitler es un histérico, neurótico y enardecido, siempre creyéndose todo lo que dice.[3]

— Usted dijo que *sabe* que Hitler desea la guerra...

— Quizá él mismo lo ignore, pero la desea inconscientemente. Hitler es múltiple, polimorfo, por eso incurre constantemente en contradicciones. Es cínico, agresivo, vanidoso, culto, amable, sensible. Según él, es un paladín de la paz, pero también de la

[3] Estas observaciones sobre la situación política y bélica también provienen del diario de Catherine Rush Cabot, ya citado.

guerra, si es necesario. Está a la altura de las circunstancias. Pero con esa fachada pretende desligarse de su responsabilidad. Íntimamente busca la ruina y la destrucción. Como todo neurótico, reprime estos contenidos en el inconsciente, y habla de sí mismo como un “constructor”. Stalin es plenamente consciente de sus acciones e impulsos, pero el caso de Hitler es más complejo: no sé hasta dónde es dueño de sí mismo. Siempre da la impresión de estar siendo dirigido, como un autómata... Ve la guerra como el estado natural de las cosas. Para él, la lucha por Alemania es una cruzada, que busca redimir el pecado de la sangre.

— En su postura frente a los aliados encontramos un claro caso de proyección — los dedos de la asistente danzaban sobre las teclas.

— Hitler intenta racionalizar y justificar su accionar con argumentos lógicos. La dominación de otros pueblos busca su bienestar y es un servicio en favor de la cultura; la “voluntad de poder” responde a leyes naturales inquebrantables: Hitler obra bajo los dictados de un ser superior — la Providencia, la Naturaleza, el Destino, la Historia —. Sus conquistas son una simple defensa contra las pretensiones imperialistas de terceros. Él es la víctima incomprendida que desea la paz, y los demás unos bribones que quieren aniquilar a su gente.

— Tras el *putsch* y la cárcel, juró no volver a sentarse en el banquillo. Él y su pueblo son inocentes, y sus enemigos unos brutos sádicos. Gran parte de la propaganda alemana se basa en engaños. Pero el inconsciente juega un rol decisivo de encubrimiento: en cierto sentido, esa propaganda tiene la misma “sinceridad” emocional que las acusaciones del paranoico. Impiden que su sadismo natural quede al descubierto. Y entonces proyectan esos contenidos reprimidos sobre sus enemigos: “Ustedes tienen malas intenciones; *ergo*, nosotros somos inocentes.”

— En Hitler este mecanismo de defensa es marcadamente irracional — enfatizó Jung — : echa en cara a sus enemigos las carencias y defectos que reconoce como propios. Acusa a los judíos, a los bolcheviques y a los franceses de intrigar y tener actitudes que conforman sus principales planes de acción.

— También dice que los franceses pretenden despojar a Alemania de su poderío. A la vez, admite que habría obrado como Clemenceau de haber estado en su lugar. En el mismo discurso en que legitimaba la invasión de Polonia, sostenía que éste era “un país edificado sobre la fuerza y gobernado por medio de la policía y el ejército”. Cosa que está muy bien en Alemania.

— *Ferox gens nullam esse vitam sine armis rati*... — sonrió Jung.

— Desde chico Hitler sintió afición por todo lo relacionado con la guerra y el liderazgo — prosiguió Marie-Louise —. Su autor predilecto es Karl May.

— Naturalmente. La acción transcurre en el oeste norteamericano, en lejanos y desolados parajes, con pieles rojas y soldados. Quizá ahí aprendió que la impasibilidad ante el dolor es una cualidad de los fuertes.

— Es probable que su padre lo haya sometido a castigos y humillaciones, físicos y psíquicos. Debe haberse esforzado por no dejar entrever ningún signo de debilidad. Creo que identifica al Alto Mando con la figura paterna: constantemente descalifica a sus generales. Así busca erigirse por encima del espectro del padre.

— Es posible. Tenía casi quince años y aún jugaba a la guerra con otros muchachos, siempre como jefe y organizador. No sólo se convencía de su capacidad de persuasión y de mando, sino que encontraba la oportunidad perfecta para adentrarse en su propia fantasía y alejar la realidad, que no reconocía el valor que él mismo se otorgaba. Sus compañeros de juego solían ser menores; de esa forma le resultaba más fácil mandar. Actuaba así para contrarrestar un complejo de inferioridad. Su continua inclinación por la fantasía es una clara señal de que Hitler es proclive a un método de pensamiento no dirigido, y esto permite que su inconsciente se entrometa más de lo debido.

Von Franz había desplegado el diario sobre la mesa. Una fotografía mostraba al Führer escoltado por la robusta figura de Göring y la escuálida silueta de Himmler. ¿Qué siniestra mascarada tendría lugar en las entrañas del régimen? Locos y sádicos, donde nadie sabía con quién estaba bailando. Y lo peor de todo, ignoraban lo qué se ocultaba debajo de sus propias máscaras.

— No creo que Hitler haya gozado nunca de algo tan esencial como la amistad. Desde el comienzo contó con adeptos y discípulos, camaradas y colaboradores, pero nunca con un verdadero amigo. Alaba en Göering su “sentido del honor alemán”, pero en el fondo lo considera corrupto y vicioso. Goebbels es un payaso que se acobarda ante el más mínimo gesto. Hess, un ayudante de campo modelo. Bormann un idiota útil. Himmler nunca es consultado para nada y se limita a ejecutar órdenes. Von Ribbentrop es un simple instrumento y se librarán de él cuando sea necesario.

— ¿Qué me dice del joven arquitecto del Reich, Albert Speer?

— Quizá sea quien esté más cerca del Hitler hombre, que permitió esa cercanía a modo de distinción. Esto tiene que ver con la profesión de Speer y su sensibilidad artística, pasiones compartidas con el Führer. En cierto sentido, Speer es su *álter ego*, es quien Hitler hubiera querido ser de no haber sido quien es.

— Llenaríamos un depósito con el material de esos dos... — la muchacha señaló la fotografía.

— *Entre los colegas más cercanos a Hitler, Goebbels y Göring son igualmente llamativos. Göring es el tipo de pícaro que es buen compañero y "bon vivant", que atrae a las mentes simples con su aire jovial. Goebbels, no menos siniestro y peligroso, es el típico Kaffeehausliterat y cardharper, discapacitado y marcado por la naturaleza. ¡Cada pieza de este impresionante trío bastaría por sí sola para que una persona decente se santigüe tres veces! Sin embargo, Hitler fue elevado a los cielos; hay teólogos que lo consideran el Salvador. Göring es popular por sus debilidades; pocas personas creerían los crímenes que se le adjudican. Goebbels es tolerado porque muchas personas piensan que mentir es condición del éxito y que el éxito lo justifica todo. Los tres juntos son demasiado. Es casi inconcebible cómo algo tan monstruoso pudo llegar a formar un gobierno.*

Von Franz abrió la ventana de par en par, como si súbitamente se hubiera sentido asfixiada. Jung tomó su libreta y pasó las páginas, agregando aquí y allá alguna observación, reflexión o interrogante. La asistente se sentó frente a la máquina, colocó una hoja en blanco, y aplastó la colilla humeante en el centro del cenicero.

— Es llamativo el término que usó Hitler para hablar de las masas — observó Jung —: son "femeninas". Si considera que su audiencia tiene un carácter fundamentalmente femenino, está hablando del *ánima* de los alemanes. Muchos hombres presentan una marcada tendencia femenina-masoquista, que buscan disimular con características "viriles". Pero íntimamente encuentran gratificación en la sumisión, en la disciplina, en el orden y en el sacrificio. Intentan compensarlo con el extremo opuesto: coraje, agresividad, determinación. La mayoría de los alemanes ignora este costado de sus personalidades y lo negarían con vehemencia si se les insinuara. Pero Hitler lo interpela directamente. Sabe muy bien de qué se trata porque este lado femenino no sólo integra su consciencia, la domina.

— *Un médico me contó que al principio de la guerra* — dijo la asistente — *tuvo un paciente con úlcera que era un alto oficial. Logró curarlo, y como consecuencia, en los círculos nazis se corrió la voz de que era bueno en su especialidad. Gran cantidad de oficiales de alto rango acudieron a su consulta. Dijo que era sorprendente ver a aquellos torturadores de campos de concentración, a aquellos supuestos héroes, quitarse su hermoso uniforme y su camisa y mostrar un cuerpo bronceado por el sol y moldeado por el ejercicio físico y descubrir un estómago con grandes problemas, nervioso e histérico. Aquellos pseudo-héroes eran meros alfeñiques, niños mimados de mamá. Tuvo que despedir a muchos, explicándoles que su problema era exclusivamente psicológico. Pura histeria. Aquella experiencia le abrió los ojos al médico: no era lo que habría esperado,*

aunque para nosotros sea lógico. Si les recomendaba un tratamiento o un régimen que pudiera ser mínimamente desagradable, ni siquiera lo intentaban. Aún peor, si ahondaba en sus problemas, muchos de ellos se echaban a llorar. Dijo que, cuando aquellos hermosos héroes se quebraban, creía estar frente a una damisela histérica.

— Rauschning dijo: "*La mayoría de los nazis, con Hitler a la cabeza, literalmente olvidan, como lo haría una mujer histérica, cualquiera cosa que no les convenga recordar*." En septiembre de 1938 el corresponsal americano Shirer coincidió con Hitler en Godesberg. En una de las entradas de su diario registró: "*Esta mañana noté algo muy interesante. Estaba desayunando en el jardín del Hotel Dreesen, donde Hitler se está hospedando, cuando súbitamente el gran hombre apareció, pasó junto a mí y bajó hasta el Rin para inspeccionar su yate. X, uno de los principales editores de Alemania, que en secreto desprecia el régimen, me dio un codazo: '¡Observa su andar!' Pasos pequeños y delicados. A primera vista, era un paso muy curioso. En primer lugar, era muy femenino. Pasitos delicados. En segundo lugar, cada tanto ladeaba nerviosamente el hombro derecho y levantaba la pierna izquierda. Le observé atentamente cuando volvió a pasar junto a nosotros. El mismo tic nervioso. Tenía grandes bolsas negras bajo los ojos. Creo que está al borde de un ataque de nervios.*"

Von Franz transcribió ambas citas. Habría una sección del informe dedicada al "*ánima*" del Führer, que lo poseía e interfería su función sentimental. ¿Qué dirían Göering y Goebbels al respecto? ¿Su Führer, el mesías teutón, una "mujer histérica"?

— Existe una estrecha relación entre el Logos y lo masculino, y el Eros y lo femenino — precisó el analista.

— En Hitler vemos exactamente lo opuesto: el Logos no gobierna, al menos no completamente; el Eros tiene el control, lo femenino y lo inconsciente…

— Está dominado por la "idea", que es siempre femenina, aunque de manera negativa. *Por Logos me refiero al análisis, al juicio, a la perspicacia, y por Eros a la capacidad de relacionarse… Si se carece de uno u otro aspecto, entonces se produce un daño o una unilateralidad sin equilibrio que se desliza fácilmente hacia lo patológico. Demasiada animalidad desfigura al hombre culto, demasiada cultura crea animales enfermos… El triunfo sobre la naturaleza se paga caro… "Eros es un gran demonio", le dice la sabia Diotima a Sócrates… No representa toda nuestra naturaleza, pero sí uno de sus aspectos centrales… Un Eros inconsciente siempre se expresa a sí mismo como voluntad de poder.*

— Es fácil establecer un contraste con Mussolini: emana masculinidad porque su inconsciente no tiene un contacto demasiado estrecho con su conciencia. El Logos se impone: lee todos los informes que le entregan, es mujeriego y autoritario. Hitler, poseído

por su inconsciente femenino, sólo utiliza el Logos como herramienta. El periodista George W. Price, que entrevistó a ambos, confirmó la hipótesis — Von Franz leyó —: "*Mientras que Mussolini es objetivo y práctico, Hitler es subjetivo y místico. Mussolini se deleita con complicados informes y memorandos oficiales. Hitler los detesta y evita entrometerse en detalles administrativos. Aquél es un realista, éste un visionario. Los procesos mentales de Mussolini están dominados por los hechos; los de Hitler por las ideas. Un prominente alemán me dijo: 'Realmente no se pueden comparar, porque uno es racional, el otro es intuitivo'... A pesar de las evidentes diferencias, comparten una cualidad: una intensa convicción. Ambos son fatalistas. Mussolini cree en su estrella; Hitler en un llamado de la Providencia.*" Hitler fue poseído por el *ánima*, y lo mismo ocurrió al pueblo alemán. Hitler no podría existir sin su pueblo, y viceversa. Intercambian energía y poder. Aunque suele ser el "líder" quien lo ejerce, las masas cuentan con ciertas satisfacciones sádicas. Las minorías raciales, e incluso los extranjeros, son el blanco predilecto de ese sadismo. Mientras Hitler y los suyos disfrutan del poder sobre los alemanes, ellos lo ejercen sobre otros pueblos, y se dejan arrastrar por las ansias de dominación.

— La relación entre el Führer y las masas es central — afirmó Jung —: toda sugestión verbal conlleva una mental, consciente o inconsciente. Todo fenómeno metapsíquico no puede ni debe ser considerado como un producto exclusivo del sujeto, sino de éste y del entorno, o de quienes se encuentren en relación mental con él. Así, el fenómeno adquiere un carácter colectivo. *En cuanto a la admiración que sienten las masas por Hitler, ¿no es comparable a la emoción que experimentan los adolescentes cuando durante una película son testigos de las hazañas de Jesse James o de algún otro bandido? El éxito conseguido tras "imponerse a algo" siempre es seguido por la admiración, especialmente cuando el truco está asociado con uno mismo. Cuando Hitler sea derrotado, y a pesar de toda su "infalibilidad" sé que su hora llegará, esas mismas masas no perderán el sueño ni derramarán lágrimas. ¿No es lo que vemos con las distinciones en el combate, la lucha de los toreros o los antiguos espectáculos en la arena romana? Lo irracional se da aquí por sentado.*

— Se trata únicamente de una relación de poder, porque la inconsciencia femenina del Eros es incapaz de sentir y expresar amor. Y cuando falta amor, aparece la voluntad de poder, como usted dijo.

— *Donde reina el amor no existe voluntad de poder, y donde el poder tiene la primacía, falta el amor. Uno es la sombra del otro. Para quien posea el punto de vista del amor, su opuesto compensador será la voluntad de poder. Pero para quien afirma el poder, su compensación será el Eros. La sombra es la parte de la personalidad de menor valor y por tanto se la reprime. Pero lo reprimido debe volverse consciente, de manera tal que surja una tensión de opuestos... La consciencia se encuentra de alguna forma arriba, la sombra*

abajo, y debido a que lo alto siempre tiende a lo profundo y lo caliente a lo frío, toda consciencia busca su opuesto inconsciente, sin el cual quedará estancada. Únicamente en el opuesto se enciende la vida.

— ¿Amará Hitler algo o a alguien sinceramente? A su pueblo, quizá…

— Tiene grandes dificultades a la hora de exteriorizar su libido. Al no poder amarlos, proyectó sobre los otros un odio profundo. Al sentirse odiado, anhela ser amado. De ahí su constante necesidad de victorias y triunfos, su oportunismo, esa manía de presentarse como un héroe. Y de ahí la necesidad de aniquilar todo lo que se le oponga. No se cansa de manifestar el amor que siente por su pueblo, pero ese es el mecanismo del sádico y del masoquista: lo ama y lo odia a la vez, o lo ama sólo cuando es adorado. No se conoce a sí mismo: no sabe que está sometido por el *ánima… Dado que el "complejo materno" es un concepto tomado de la psicopatología, siempre está asociado con las ideas de lesión y enfermedad. Pero si le damos una connotación más amplia, podemos ver que también tiene efectos positivos. Así, un hombre con un complejo materno puede tener un Eros finamente diferenciado. Le proporciona una gran capacidad para la amistad, que crea lazos de asombrosa ternura entre los hombres. Puede tener buen gusto y una sensibilidad estética acentuadas por la presencia de una veta femenina. Además, puede estar dotado como educador gracias a su penetración y tacto casi femeninos. Es probable que le guste la historia y que sea conservador en el mejor sentido, y que estime los valores del pasado. A menudo posee fuertes sentimientos religiosos, y una receptividad espiritual que le hace sensible a la revelación.*

— Algunas de esas características están atrofiadas en Hitler. Posee sensibilidad artística, le interesa la historia, ensalza la camaradería y la lealtad, es proclive a las "revelaciones" y disfruta dando lecciones, pero no se relaciona satisfactoriamente con las mujeres ni goza de amistades sinceras o duraderas.

Jung iba de una punta a la otra, con la pipa entre los dientes. Se exigía intelectual y espiritualmente. Von Franz acumulaba fotografías, recortes y libros; extractos de *Mein Kampf;* testimonios de personas cercanas a Hitler en el pasado; opiniones de periodistas y diplomáticos. Habían mencionado los rasgos que diferenciaban a Hitler de Mussolini. La memoria trasladó al analista a 1937, cuando tuvo oportunidad de observarlos durante un desfile. En ambos había mucho de sus respectivos pueblos, especialmente en Hitler, que encarnaba a la nación. Eran arquetipos humanizados, como espejos de la consciencia colectiva.

— *Cuando Nietzsche escribió 'Así habló Zarathustra' no tenía la menor idea de que el superhombre que había creado a partir de su desdicha y debilidad personal se convertiría en una anticipación profética de un Führer o un Duce. Hitler y Mussolini son seres humanos*

más o menos comunes, pero que creen saber qué hacer en una situación que prácticamente nadie más logra entender. Parecen tener el coraje o la imprudencia sobrehumana para asumir una responsabilidad que aparentemente nadie más puede cargar. Sólo a un superhombre se le pueden confiar facultades equivalentes a las dificultades de la situación actual. Pero sabemos que tanto la experiencia mística como la identificación con una figura arquetípica conceden una fuerza casi sobrehumana al hombre común. No en vano los alemanes llaman a su Führer "nuestra Juana de Arco". Es el personaje que está abierto a las influencias inconscientes. Me han dicho que Hitler se encerró en su habitación durante tres días y tres noches cuando le suplicaron que no abandonara la Liga de las Naciones. Cuando reapareció, dijo sin dar ninguna explicación: 'Alemania debe abandonar la Liga'. Esta anécdota parece indicar que la política alemana no se hace, sino que se revela. El inconsciente de Hitler parecería ser femenino. El temperamento latino y marcadamente masculino de Mussolini no permite una comparación. Como italiano está imbuido de la historia romana, y en cada gesto traiciona su identidad con el César.

— ¿Sus peculiaridades reflejan o contienen las de sus pueblos?

— *Los alemanes son extremadamente sensibles a nuevas ideas, y cuando escuchan a alguien, probablemente adoptarán esa opinión sin ningún sentido crítico. Durante un tiempo estarán completamente dominados por ella, aunque probablemente la desechen violentamente y adopten una nueva, quizá incluso contradiciendo a la anterior. De esta manera desarrollaron su vida política. Los italianos son más estables. Sus mentes no se revuelcan y saltan y se sumergen en todos los éxtasis extravagantes de la mente alemana. Por eso hay en Italia un espíritu de equilibrio que no existe en Alemania. Cuando los fascistas asumieron el poder, Mussolini ni siquiera removió al rey. No trabajó con el éxtasis del espíritu sino empuñando un martillo, moldeando a la nación tal como él quería, tal y como su padre solía hacer herraduras. Este equilibrio mussoliniano-italiano del temperamento es corroborado por el trato que los fascistas dan a los judíos. No los persiguieron, e incluso ahora, cuando por diversas razones han comenzado una campaña antisemita, se avanza gradualmente y con precaución. Supongo que la principal razón de por qué Mussolini se ocupó del antisemitismo, fue que llegó a convencerse de que la judería mundial es una fuerza incorregible y efectiva contra el fascismo, y también porque deseaba reforzar sus lazos con Hitler.*

— El Duce admira, teme y envidia el poderío militar alemán. Seguramente se lanzó a esa demencial aventura contra su propia voluntad. Si Alemania golpea lo suficientemente fuerte y sale victoriosa, Italia se quedará con las manos vacías. Su figura se empequeñecería ante al líder-guerrero teutón. Es una apuesta alta.

— Ya ve, mientras que Hitler es un chamán, una especie de vasija espiritual, una semi-deidad, o mejor aún, un mito, Mussolini es un hombre. Por lo tanto, todo en la Italia fascista tiene una forma más humana que en la Alemania Nacionalsocialista, donde las cosas marchan mediante revelaciones. Hitler como hombre apenas existe. Desaparece detrás de su papel. Mussolini, no. Su papel desaparece detrás de Mussolini. Tuve la oportunidad de ver al Duce y al Führer juntos en Berlín; afortunadamente estuve ubicado a unos pocos metros y pude estudiarlos bien. Fue divertido ver la expresión de Mussolini mientras presenciaban el desfile militar. Si yo no hubiera visto aquello, habría creído como todo el mundo que la adopción del "paso de ganso" por el ejército italiano fue por imitar a Hitler. Y esto me habría decepcionado, porque yo había identificado en la conducta de Mussolini cierto estilo, el formato de un hombre original con buen gusto en ciertas materias.

— ¿Buen gusto? — la asistente enarcó las cejas.

— Quiero decir, por ejemplo, que fue de buen gusto conservar al rey. Y la elección de su título, "Duce", fue original, y en mi opinión un gesto de buen gusto. Cuando vi a Mussolini observar el "paso de ganso", lo vi disfrutar con el entusiasmo de un chico en un circo. Y gozó todavía más cuando apareció la caballería. El tambor montado galopó por delante y tomó su lugar en un lado de la calle mientras la banda tomó el suyo en el otro. El tambor debe galopar alrededor de la banda y llegar a la parte delantera para tomar su posición, y esto sin tomar las riendas, dirigiendo su caballo sólo con la presión de las rodillas, ya que ambas manos están ocupadas con los tambores. En esa oportunidad se hizo magníficamente, y esto complació tanto a Mussolini que rompió a reír y aplaudió. Cuando regresó a Roma introdujo el "paso de ganso", y estoy convencido de que lo hizo únicamente para su propio deleite estético.

— ¿Qué diferencias esenciales notó en aquel momento?

— Hitler me dio la impresión de ser una especie de andamio con una tela encima, un autómata con una máscara, como un robot, o la máscara de un robot. Durante todo el desfile no rió una sola vez; parecía estar de mal humor, contrariado. No mostró ningún gesto humano. Su expresión era la de una intencionalidad inhumanamente resuelta, sin ningún sentido del humor. Parecía ser el sosias de una persona real, mientras Hitler el hombre quizá estuviera escondiéndose dentro, como un anexo, oculto deliberadamente a fin de no perturbar el mecanismo. ¡Qué asombrosa diferencia existe entre Hitler y Mussolini! Yo no puedo sino simpatizar con Mussolini. Su energía y agilidad son cálidas, humanas y contagiosas. Con él se tiene el sentimiento de estar con un ser humano. Con Hitler, uno está atemorizado. Sabe que nunca sería capaz de hablar con aquel hombre, porque no hay nadie ahí. No es un hombre, sino una colectividad. No es un individuo; es

una nación entera. Sé que no tiene ningún amigo personal. ¿Cómo podríamos hablar íntimamente con una nación?

— El periodista Konrad Heiden describió a Hitler como "*una bandera sin viento colgando flojamente del mástil, una 'nulidad' humana esperando la próxima ocasión para parecer alguien*" — leyó Marie-Louise —. Y Dorothy Thompson, describiendo uno de sus encuentros con el líder, dijo: "*La entrevista fue difícil, porque no se puede mantener una conversación con Hitler. Siempre habla como si se dirigiera a una reunión de masas. En el trato personal es tímido, casi avergonzado. En cada pregunta busca un tema que le haga explotar. Entonces sus ojos se fijan en algún rincón lejano de la sala. Una nota histérica se cuela en su voz, que a veces deviene un grito. Da la impresión de estar en trance*."

— *No podemos explicar a Hitler mediante una aproximación personal* — continuó Jung —, *así como no podemos explicar una gran obra de arte examinando la personalidad del artista. La obra de arte es un producto del tiempo, del mundo en el cual vive el artista, y de las millones de personas que lo rodean, y de las miles de corrientes de pensamiento y de las innumerables corrientes de actividad que fluyen alrededor. Sería más fácil para Mussolini, que es sólo un hombre, encontrar un sucesor, que para Hitler. Con algo de suerte, Mussolini podría encontrar a alguien que tome su lugar, pero no veo cómo Hitler podría.*

— ¿Y si llegara a casarse?

— *No puede casarse. Si lo hiciera, no sería el casamiento de Hitler; porque entonces dejaría de ser Hitler. Sería increíble que alguna vez lo hiciera. No me sorprendería si se descubriera que él sacrificó completamente su vida sexual por la causa. Eso no es algo inusual, sobre todo para el tipo de líder chamán, aunque es mucho menos habitual en el tipo del jefe. Mussolini y Stalin parecen llevar vidas sexuales normales. La verdadera pasión de Hitler es Alemania. Podríamos decir que tiene un tremendo complejo materno, que se encuentra bajo la dominación de una mujer o de una idea. La idea es siempre femenina. La mente es femenina, porque la cabeza, el cerebro, es creativo; de ahí que sea como un útero. El inconsciente de un hombre siempre es representado por una mujer; y el de una mujer, por un hombre.*

Jung guardó silencio. Sólo se escuchaba el mecánico golpeteo de las teclas. En las calles de Berlín los niños correteaban, los comerciantes envolvían su mercadería, las parejas hacían fila en el teatro o en el cine, los oficiales se paseaban por Unter den Linden en sus vistosos uniformes. Todos ignoraban su tarea subterránea. Los constantes "¡Heil Hitler!", el taconeo, el marrón de las SA y el negro de las SS, todos elementos de una cosmología que a Jung se le antojaba ajena y distante, como si se tratara de un sueño. Dentro de cada alemán, la arrogancia y la sed de lucha y de victoria se entremezclaban con el temor y la

incertidumbre. Para muchos el momento ya había pasado y estaban obligados a comulgar o a rebelarse. Los demás tendrían que tomar partido tarde o temprano.

— Hitler no entiende “logos” como “razón” o “palabra”, sino como “impulso”...

— Y sin embargo escribe sus discursos, los lee y corrige una y otra vez — señaló Von Franz —. Quizá imagine que en un futuro conformarán una especie de Evangelio del Nuevo Orden.

— Pero a la hora de la declamación abandona el cálculo y la frialdad, y emerge el “impulso”. Se entrega completamente al inconsciente. De ahí lo ardoroso y acalorado de sus declamaciones, donde despliega todas las características del histérico. Cuando habla no utiliza el *logos*, sino el *pathos*. Habla desde el inconsciente al inconsciente, fundiéndose con su audiencia. Como haría un hipnotizador, tiene el poder de sugestionar a las masas, incluso físicamente. Stanley High, un corresponsal del *Literary Digest*, escribió: “*Cuando, durante el clímax, se balancea de un lado a otro, sus oyentes se mecen con él. Cuando se inclina hacia adelante y cuando concluye, o bien están atemorizados y en silencio o de pie, rugiendo frenéticamente.*”

— *Quien practique una propaganda de mala calidad sabrá que no es por la razón que se llega a las masas, sino despertando la emoción, y la emoción puede despertarse en todos al mismo tiempo si hace brotar la función inferior, que es la función emocional. Si habla a intelectuales ¡debe despertar sentimientos primitivos! Por ejemplo, si se dirige a profesores universitarios, no debe usar lenguaje científico porque lo conocen bien y sabrán si quiere engañarlos, pero si justifica su mentira con sentimiento y emoción, caerán al instante. Hitler tiene el arte de producir esto. Si lee sus discursos, verá que habla en forma muy diferente a los distintos grupos a los que se dirige, y que sabe muy bien cómo despertar la función inferior. Un hombre que estuvo presente en varios de sus discursos me dijo que hacía esto por medio de su intuición, o de su propio sentimiento dentro de la situación. Al comienzo parecería estar bastante desorientado. Prueba sus temas como un pianista, mencionando un poco de esto y un poco de aquello, descolorido y nervioso, y sus hombres de las SS se excitan porque el Führer no parece estar en forma. Pero sólo está probando el terreno y muy pronto notará si trae a colación un tema particular, que despierte emoción, ¡y entonces se inclinará por completo hacia él! ¡Eso es demagogia! Cuando percibe ese lado inferior, sabe que ahí están los complejos y eso es justamente lo que busca, y sabe también que se debe debatir de un modo emocional-primitivo... Hitler no se propone esto conscientemente, pero el estar atrapado en su propia inferioridad le concede ese talento.*

— ¡Precisamente! — Jung asintió, satisfecho.

Marie-Louise se levantó de un salto y abrió una gruesa carpeta. Revolvía apuntes, notas, informes, borradores... "Aquí está!" Alzó unas hojas engrapadas y regresó a su puesto, frente a la Kappel.

— ¿Qué es eso?

— Testimonios de primera mano. Declaraciones de varias personas que asistieron a mítines y discursos. ¡Leyéndolos no pude menos que pensar en una auténtica "experiencia religiosa"!

— Es una perspectiva interesante — Jung se incorporó.

— Las siguientes declaraciones son de Otto Strasser; su hermano Gregor, asesinado en el 34; la teóloga británica Ernestine Amy Buller; el corresponsal William Shirer; el mayor Francis Yeats-Brown; Leni Riefenstahl; Denis de Rougemont; Kurt Ludecke, *playboy* y filántropo; Hugo Jaeger, uno de los fotógrafos personales del Führer; y un joven filósofo rumano, Emil Cioran.

— ¡Un grupo heterogéneo! — Jung encendió la pipa.

— Gregor Strasser afirmaba: "*Si escucha a Hitler, creerá estar en presencia de alguien que guiará a la humanidad hacia la gloria. Una luz aparece en una ventana oscura. Y un caballero con un cómico bigotito se convierte en un arcángel. El arcángel levanta vuelo y allí queda Hitler, bañado en sudor y con los ojos vidriosos.*" Otto, por su parte, declaró: "*Hitler responde a la vibración del corazón humano con la sensibilidad de un sismógrafo, o de un equipo receptor inalámbrico, que le permite, con una seguridad que ningún don consciente puede proporcionarle, actuar como un vocero que proclama los deseos más recónditos, los instintos menos admisibles, los sufrimientos y rebeldías personales de toda una nación. Pero su esencia es negativa. Sólo conoce aquello que desea destruir; derriba las paredes sin tener la menor idea de qué las reemplazará... Me preguntaron muchas veces cuál es el secreto del extraordinario éxito de Hitler como orador. Solamente puedo atribuirlo a su misteriosa intuición, que infaliblemente diagnostica la enfermedad que padece su auditorio. Si intenta apuntalar sus argumentos con teorías o citas de libros que no terminó de digerir, apenas sobrepasa la mediocridad. Pero cuando arroja las muletas y avanza audazmente, hablando con espontaneidad, deviene uno de los más grandes oradores del siglo... Entra en una sala y olisquea el aire; durante un minuto tantea, se abre paso, capta el ambiente... y de pronto estalla. Sus palabras van como la flecha al blanco, toca cada llaga en el punto más sensible, liberando a la masa inconsciente, expresando sus aspiraciones más íntimas, diciéndole lo que ella quiere oír... Un clarividente, cara a cara con su público, entra en trance. Ese es su momento de verdadera grandeza, el momento en el que es realmente genuino. Él cree lo que dice. Poseído por una fuerza mística, no puede*

dudar de la autenticidad de su misión… La intuición de Hitler no puede subestimarse. Si se agrega a su fuerza de voluntad y a su absoluta falta de escrúpulos, constituye el origen esencial de sus éxitos. Hitler nunca fue un jefe que impusiera al pueblo sus propias concepciones: fue sólo un medio capaz de penetrar en los sentimientos confusos de un pueblo en un momento dado, traducirlos en palabras y convertirlos en el fin de su voluntad."

— Otto Strasser corrobora gran parte de lo que discutimos. Y Gregor nos deja la imagen del chamán. Se resalta el papel de la intuición. Speer dijo: "*Sabía racionalizar sus decisiones intuitivas. Tenía la impresión de que la base racional era algo a lo que llegaba después de haber tomado la decisión intuitiva, y sólo para justificarla. Cuando intentaba operar de forma racional y lógica, a menudo era incapaz de llegar a una conclusión definitiva. Intentaba eludir los argumentos racionales, por mucho peso que tuvieran. En sus 'buenos tiempos', sin duda tenía un 'olfato' asombroso para los acontecimientos venideros. Parecía tener una 'antena'.*"

— Escuche ahora el testimonio de Riefenstahl: "*En todas partes había carteles anunciando el discurso que Adolf Hitler pronunciaría en el Palacio de los Deportes de Berlín. Decidí ir — creo que fue a finales de febrero de 1932 —; nunca había asistido a un acto político. El Palacio estaba abarrotado y era difícil encontrar sitio. Al final me senté, apretujada entre personas excitadas y ruidosas. Me arrepentía de haber ido, pero era casi imposible abandonar el recinto; las masas humanas bloqueaban las entradas. Por fin, después de que una orquesta hubiera tocado una marcha tras otra, apareció Hitler. La gente se levantó de un salto y gritó, como si todos estuvieran fuera de sí: '¡Heil, Heil, Heil!' durante unos minutos. Yo estaba demasiado lejos para poder ver la cara de Hitler. Cuando cesaron las aclamaciones, Hitler habló: 'Compañeros alemanes…', empezó diciendo. En aquel instante tuve una visión casi apocalíptica que nunca pude olvidar. Fue como si la superficie de la tierra se extendiera ante mí en una semiesfera, que de pronto se escindió por la mitad y arrojó un gigantesco chorro de agua, tan enorme que tocó el cielo y sacudió la tierra. Estaba paralizada; aunque no entendía gran cosa del discurso, me sentía fascinada. Un ruido de tambor atronaba los tímpanos de los oyentes y noté cómo sucumbían al magnetismo de aquel hombre.*"

— Otra vez la figura del chamán — apuntó el analista —. Riefenstahl habla de "visión" ¡Y qué visión! La tierra abriéndose, un poderoso chorro que se eleva hasta los cielos… El chamán puede viajar a través del "axis mundi" y unir las tres dimensiones que componen el universo. Funde lo visible con lo invisible, el cielo y el infierno, recibiendo la sabiduría de los espíritus que habitan esas regiones desconocidas. También son importantes los tambores. En las ceremonias de este estilo suelen aparecer ciertos elementos comunes que facilitan el éxtasis. Uno es el ritmo del tambor: marca el camino que deberá recorrer el

chamán. Es un ritmo primigenio que lo pone en contacto con lo más profundo de la tierra, reúne y unifica el conjunto de los elementos litúrgicos. El ritmo genera un estado de trance que impacta de manera dinámica en los presentes. En ocasiones, los tambores están adornados con mapas de las regiones que el mensajero visitará o con un arco iris, el puente hacia lo desconocido.

— Denis de Rougemont se expresa de forma similar: "*Algunos piensan, por haber experimentado ante él cierto escalofrío de horror sagrado, que aloja una Dominación, un Trono o una Potestad, según denomina San Pablo a los espíritus de segundo orden, que pueden penetrar en el cuerpo del hombre y ocuparlo como una fortaleza. Yo le oí pronunciar uno de sus grandes discursos. ¿De dónde viene ese vigor sobrehumano? Una energía tal no procede del simple individuo, e incluso no podrá manifestarse mientras éste cuente para algo; él es el soporte de un poder que escapa a nuestra psicología. Lo que digo sería propio de un folletón de lo más vulgar si la obra realizada por este hombre — y por ello entiendo el poder que se manifiesta a través de él — no fuera una realidad que provoca el estupor del siglo.*" Y Kurt Ludecke dijo: "*No sé cómo describir las emociones que me invadieron cuando escuché a este hombre. Sus palabras eran como un flagelo. Cuando habló de la desgracia de Alemania, me sentí preparado para atacar a cualquier enemigo. Su apelación a la virilidad alemana fue como un llamado a las armas, el evangelio que predicó una verdad sagrada. Parecía un nuevo Lutero. Lo olvidé todo menos al hombre; luego, mirando a mi alrededor, vi que su magnetismo fundía a miles en uno… Yo era un hombre de treinta y dos años, abatido por la desilusión, un vagabundo buscando una causa; un patriota sin un canal donde encausar su patriotismo, un buscador de lo heroico sin héroe. La intensa voluntad de aquel hombre, la pasión de su sinceridad, parecían fluir hacia mí. Experimenté una exaltación que sólo podía compararse con la conversión religiosa. Estaba seguro de que ninguno de los que habían oído a Hitler esa tarde podía dudar de que él era el hombre señalado por el destino, la fuerza vitalizadora en el futuro de Alemania.*"

— Ludecke expone ciertos factores que ya conocemos. Hitler apelando a la "llaga colectiva": actúa como un "flagelo", pero también como un fuego redentor. Su alma es la de todos los alemanes, y cada una se funde en la suya. Sufrió lo que ellos sufrieron: la derrota y la humillación, hambre y pobreza, sólo él los entiende. Así se erige como el mesías, borrando todo vestigio de miseria y angustia. "Experimenté una exaltación que sólo podía compararse con la conversión religiosa…" — Jung rellenó la pipa.

— Ernestine Buller menciona los Congresos de Núremberg: "*Estaba sentada, rodeada de miles de hombres de las S.A., y mientras Hitler hablaba, llamaron mi atención los gritos y los murmullos de quienes me rodeaban, principalmente trabajadores o miembros de la clase baja. '¡Habla por mí, habla por mí!' '¡Ach Gott, él sabe cómo me siento!' Muchos parecían estar ausentes del mundo que los rodeaba y probablemente no sabían lo que*

decían. Un hombre en particular llamó mi atención: se inclinó hacia adelante con la cabeza entre las manos, y con una especie de sollozo convulsivo dijo: 'Gott sei Dank, él entiende'. Vi el rostro de un joven que lideraba las exclamaciones. Los brazos extendidos y el rostro pálido, mientras se sumergía él mismo en un frenesí. Y cuando llegó el Führer noté en su rostro un éxtasis que nunca había visto, y que nunca esperaría ver fuera de un manicomio. Escuché unos sollozos desconsolados a mi lado y vi a una mujer en silla de ruedas: 'Ahora pueden llevarme, moriré feliz, he visto la cara del Führer. Alemania vivirá'".

— Veamos el testimonio de Shirer.

— Él también asistió a Núremberg. "*Al igual que un emperador romano, Hitler entró en esta ciudad medieval hoy al anochecer, junto a las sólidas falanges que aplaudían y llenaban las estrechas calles que una vez vieron a Hans Sachs y los Meistersinger. Decenas de miles de banderas con la esvástica cubrían las bellezas góticas del lugar, las antiguas fachadas de las casas, los techos a dos aguas. Las calles eran un mar de uniformes marrones y negros. Tuve un primer vistazo de Hitler cuando pasó frente a nuestro hotel, hacia su sede al final de la calle en el Deutscher Hof, uno de sus hoteles favoritos, especialmente remodelado para él. Tomó su gorra con la mano izquierda mientras estaba de pie en el automóvil, respondiendo la frenética bienvenida con un saludo algo flojo del brazo derecho. Estaba vestido con una gabardina bastante gastada, su rostro no tenía ninguna expresión particular — esperaba que fuera más fuerte — y realmente no podía comprender qué resortes ocultos desataba en esa multitud histérica que lo recibía con semejante entusiasmo. Él no se para ante la multitud con esa imperiosidad teatral que vi en Mussolini. Me alegró comprobar que no sacara la barbilla ni echara la cabeza hacia atrás como lo hace el Duce, ni vuelve la mirada vidriosa — aunque sí hay algo vidrioso en sus ojos, que considero su rasgo más distintivo. Hay cierta modestia en su comportamiento. Dudo que sea genuino.*"

— Ambos testimonios se corresponden con las palabras de Ludecke y los demás — señaló Jung —. Shirer recogió la misma impresión que yo: Hitler como un autómata, una figura inhumana, tan distinto de Mussolini. Habla de la "mirada vidriosa" como su "rasgo más distintivo." Hace algunos años mencioné lo mismo: *tiene una mirada soñadora, ésta es su característica más significativa.*

— Shirer también estuvo presente en el Reichstag el 7 de marzo de 1936, mientras las tropas alemanas ocupaban Renania. Registró una escena asombrosa: "*El Reichstag, más tenso de lo que nunca lo había sentido (al parecer, a los funcionarios aún no se les había informado de lo sucedido, aunque sospechaban que algo estaba en marcha), abrió la sesión puntualmente al mediodía. Los embajadores francés, británico, belga y polaco estaban ausentes, pero el italiano estaba allí. El general von Blomberg, ministro de guerra, sentado*

junto al gabinete en el lado izquierdo del escenario, estaba blanco como un papel y torcía nerviosamente la parte superior del banco con los dedos. Nunca lo había visto así. Hitler comenzó con una larga arenga, que nunca se cansa de repetir, sobre las injusticias de Versalles y los deseos de paz de los alemanes. Luego su voz, baja y ronca en un comienzo, se convirtió en un aullido agudo e histérico mientras despotricaba contra el bolchevismo. '¡No permitiré que la espantosa dictadura internacional comunista, infectada de odio, descienda sobre el pueblo alemán! ¡Esta destructiva Weltanschauung asiática busca destruir todos los valores!... (Aplauso salvaje.) Luego, en un tono más medido, argumentó que el pacto de Francia con Rusia había invalidado el Tratado de Locarno. Una pausa y después: 'Alemania ya no se siente obligada a cumplir el Tratado de Locarno. En interés de los derechos originales de su pueblo con respecto a la seguridad de su frontera y la salvaguarda de su defensa, el Gobierno ha restablecido, a partir de hoy, la absoluta e irrestricta soberanía del Reich en la zona desmilitarizada'. Ahora los seiscientos diputados, personal designado por Hitler en su totalidad, hombrecitos con cuerpos grandes y cuellos abultados, cabezas rapadas, uniformes pardos y pesadas botas, hombrecitos de barro entre sus finas manos, se inclinan a sus pies como autómatas, sus brazos extendidos y gritando 'Heil'. Los primeros dos o tres salvajemente, los siguientes veinticinco al unísono, como un coro universitario. Hitler levanta la mano para pedir silencio. Lo consigue con algún esfuerzo. Lentamente los autómatas se sientan. Hitler ahora los tiene en sus garras. Parece sentirlo. Dice con voz profunda y resonante: '¡Hombres del Reichstag alemán!' El silencio es absoluto. 'En esta hora histórica, cuando en las provincias occidentales del Reich las tropas alemanas marchan hacia sus futuras guarniciones de paz, todos nos unimos en dos votos sagrados...' No pudo continuar. Llega hasta esta histérica mafia 'parlamentaria' la noticia de que las tropas ya pisan Renania. Todo el militarismo en su sangre teutona se les va a la cabeza. Saltan, gritando y llorando, a los pies del líder. El público en las galerías hace lo mismo, todos excepto unos pocos diplomáticos y unos cincuenta corresponsales. Sus manos se alzan en un saludo servil, sus rostros ahora están contorsionados por la histeria. Las bocas abiertas, gritando y aullando, sus ojos, ardiendo de fanatismo, fijos en el nuevo dios, el Mesías. Y el Mesías desempeña su papel magníficamente. Baja la cabeza como si con toda humildad esperara pacientemente el silencio. Entonces, su voz aún sonando por lo bajo, pero ahogándose de emoción, pronuncia los dos votos: 'Primero, juramos no ceder a ninguna fuerza externa en la restauración del honor de nuestro pueblo, prefiriendo sucumbir con honor a las dificultades más severas en lugar de capitular. En segundo lugar, prometemos que ahora, más que nunca, lucharemos por un entendimiento entre los pueblos europeos, especialmente con los países vecinos occidentales... ¡No tenemos ninguna exigencia territorial que hacer en Europa!... Alemania nunca romperá la paz'. Pasó mucho tiempo antes de que cesaran los gritos. Abajo, en el vestíbulo, los oficiales todavía estaban bajo el mágico hechizo, chocando unos con otros. Algunos

generales salieron. Detrás de sus sonrisas, sin embargo, no pude evitar detectar cierto nerviosismo. Esperamos frente a la Ópera hasta que Hitler y los otros peces gordos se hubieran alejado y los guardias de las SS nos dejaran pasar."

— Veamos ahora al fotógrafo, Hugo Jaeger, y al mayor Yeats-Brown — Jung repasó la lista.

— "*Estábamos en una sala* — dice el primero —, *miles y miles de personas, y sucedió algo monstruoso. Se generó una atmósfera de misa, un fluido inundó el aire, y todos, hombres y mujeres, empezaron a temblar, a sollozar y a aullar abruptamente. Hitler se sentó allí sin decir una palabra, sin moverse, con la mirada fija sobre ellos.*" El británico, por su parte, presenció un discurso en la Ópera de Kroll: "*Durante los pasajes retóricos su voz ascendió hasta una tonalidad delirante: era un hombre transfigurado y poseído. Estábamos en presencia de un milagro: podría haber caído fuego del cielo o desplomado la araña de la Ópera, la tensión era casi insoportable cuando la apasionada voz se ahogó entre los gritos de la multitud. El delirio era real. Hitler estaba en un frenesí, pero logró liberar esa atmósfera infecciosa de cuasi histeria sin perder su autocontrol: sea cual sea su grado de emoción, un fervor constante y una intuición más que femenina se complementan con una mente lúcida y una fuerte voluntad.*"

— "Una intuición más que femenina"... ¡Ahí está otra vez! Y todas las demás características típicas de la posesión chamánica-demoníaca. Señala también el hábil manejo retórico-emocional: apela al *pathos*, pero siempre tiene el *logos* listo.

— Encontramos lo mismo en el último testimonio: el del filósofo rumano, Cioran. Es parte de un artículo titulado "*Hitler en la consciencia alemana*", publicado en julio de 1934: "*Actualmente ningún político en el mundo me inspira tanta simpatía y admiración como Hitler. Hay algo irresistible en el destino de este hombre, para quien cada acto de la vida tiene significado sólo por su participación simbólica en el destino histórico de una nación. Hitler no tiene lo que llamamos vida privada. Desde los tiempos de la guerra, su vida es de abnegación y sacrificio. El estilo de vida de un político adquiere profundidad sólo cuando el deseo de poder y la voluntad imperialista de conquistar van acompañados por una gran capacidad de renuncia... La mística del Führer en Alemania está perfectamente justificada. Incluso aquellos que se consideran acérrimos oponentes de Hitler, y que dicen odiarlo, en realidad son arrastrados por los flujos de esta mística que erigió su personalidad en mito... Sus discursos están impregnados de un pathos y un frenesí que sólo las visiones de un espíritu profético pueden revelar... En Hitler, la capacidad de seducir es incluso más impresionante, al no estar asistida por el encanto de una fisonomía expresiva. Su rostro nunca expresó nada más que energía y tristeza. Porque hay que saberlo: Hitler es una persona triste. Esta tristeza es consecuencia de demasiada seriedad. Esto caracteriza a todo*

el pueblo alemán, un pueblo desesperadamente serio, en comparación con el cual las naciones latinas son notablemente jubilosas... Tuve la oportunidad de presenciar un día, en Berlín, una especie de éxtasis colectivo ante el Führer. Durante una celebración, en el momento en que Hitler pasaba por Unter den Linden, la población se precipitó y rodeó su automóvil, sin poder pronunciar una sola palabra, paralizada. Hitler está tan arraigado en la conciencia alemana que tendrían que sobrevenir grandes decepciones para que las personas perdieran la adoración que despierta... Quienes expresan reservas con respecto a él resaltan su 'falta de cultura'. Como si, para liderar una nación, ¡uno necesitara citar a Goethe en cada discurso! Lo que importa es una vibración infinita del alma, una voluntad absoluta de realización en la historia, una exaltación intensa hasta el absurdo, un ímpetu irracional de sacrificar la vida... En sólo un año, el nacionalsocialismo creó más que el fascismo en diez. Mussolini es quizá más dotado que Hitler; pero no olvidemos que Hitler luchó por más tiempo, que encontró dificultades incomparables y que el destino de Alemania es infinitamente más complejo y dramático que el de Italia... Hitler incendió con pasión las luchas políticas y diezmó con aliento mesiánico todo un dominio de valores que el racionalismo democrático había vuelto llano y trivial. Todos necesitamos una mística, porque todos estamos cansados de tantas verdades que no brotan de las llamas..."

Von Franz guardó todo en la carpeta correspondiente. Su mentor, entretanto, se había quedado prendado de las últimas palabras del joven rumano. Había dado en el clavo. *No poseemos vida simbólica, y necesitamos con urgencia de ella. Sólo ella puede expresar la necesidad del alma: la necesidad diaria del alma. Y como las personas no la tienen, nunca pueden salir de esta vida horrible, trivial y superflua en la que son "nada más que"... Todo es banal, y por eso las personas son neuróticas. Simplemente están hartos de todo, quieren sensaciones.* ¿Quién sería Emil Cioran? Al parecer, un ser sensible y lúcido, quizá algo enceguecido por la juventud. También él tenía una notable intuición: percibía el aspecto poético y espiritual de la realidad. El suizo rememoró su juventud. Ahora era el doctor Carl Gustav Jung, "médico de almas". ¿Qué le depararía el destino al joven Cioran? ¿Lograría realizarse, o se caería a pedazos como tantos hombres? ¿Estaría condenado a ser un hombre triste, como Adolf Hitler?

— ...así como existen chamanes o "tutores" que hacen el bien — prosiguió Marie-Louise —, hay otros poseídos por la *sombra*.

— Incluso en la práctica terapéutica existen casos semejantes: como el analista que es dominado y dirigido por un complejo de poder. En esta profesión, donde los pacientes suelen aferrarse a él con cierta ingenuidad, el abuso del poder es una poderosa tentación. El terapeuta debería asumir el papel del Viejo Sabio, que distingue el bien del mal.

— *El tutor "demoníaco" es algo más peligroso. Los Yakuts creen que en el momento de la iniciación, el chamán tiene la elección de ser iniciado por los espíritus de la "destrucción y de la muerte" o por los espíritus de la "cura y de la salvación". Curiosamente, aquel iniciado por los espíritus del mal también puede ser considerado un gran chamán. Pero para que ese individuo se haga chamán, muchas personas (frecuentemente de su clan) tienen que morir, mientras que el clan de un chamán de la luz florece. El primer tipo de chamán es llamado "sanguinario". Desde un punto de vista psicológico, los chamanes del mal son aquellos que encontraron el acceso al inconsciente y se mostraron lo suficientemente fuertes para no ser dominados por él. De alguna manera, se rinden voluntariamente a los impulsos sombríos. Usted describió el "demoníaco", que también podría ser llamado de "magia negra", en los siguientes términos. Mientras la "magia blanca" se esfuerza por expulsar del inconsciente las fuerzas del desorden, la magia negra exalta los impulsos destructivos como la única verdad válida, además de aplicarlos al servicio del individuo y no al de la comunidad. Los medios utilizados son ideas, imágenes y expresiones primitivas, fascinadoras o preocupantes, incomprensibles para una mente normal... Lo demoníaco se apoya en la existencia de fuerzas inconscientes de negación y destrucción, donde el mal es real. La persona que ejerce esas fuerzas está poseída por el inconsciente... En la esfera de la tradición chamanística, hay chamanes de ese tipo, temidos por todo el mundo.*

— Excelente, Marie-Louise — Jung sonrió al verse citado con tanta exactitud —. *El caos busca nuevas ideas simbólicas que expresen no sólo el orden imperante sino también los contenidos esenciales del desorden. Tales ideas tendrían un efecto mágico al mantener cautivadas las fuerzas destructivas del desorden... La existencia de lo demoníaco queda evidenciada por el hecho de que la magia negra no sólo es posible sino increíblemente exitosa, al punto de que es tentador suponer que los magos negros están poseídos por un demonio. La magia de Hitler consiste en que él siempre dice lo que todos temen decir en voz alta, porque ser demasiado indigno y bajo. Pero su daemonismo radica en que sus métodos son increíblemente efectivos y que él mismo es víctima del demonio que lo ha poseído... Albertus Magnus sostiene que cuando alguien le da rienda suelta a las emociones violentas y desea el mal en ese estado, conseguirá un efecto mágico. Ésta es la quintaesencia de la magia primitiva y de los fenómenos de masas.*

Había una especie de "hechizo" o "hipnosis" que Hitler ejercía sobre toda la nación. Hans Frank dijo: "*Por encima de todo sonreía el gran mago Hitler, bendiciendo, hechizando, tocando corazones.*" La clave era su asombrosa capacidad para comunicarse y dejarse influenciar por el inconsciente colectivo. Avanzaba como un "sonámbulo en manos de la Providencia", según sus propias palabras.

— *El poder de Hitler no es político: es mágico* — sentenció Jung.

— ¿Qué quiere decir con “mágico”?

— *Para entender esto, hay que entender qué es el inconsciente. Esa parte de nuestra psiquis sobre la cual tenemos poco control y que almacena toda clase de impresiones y sensaciones reprimidas… Están ocultas bajo el umbral de la conciencia. Pero todas quedan registradas; ninguna se pierde… Ahora, el secreto del poder de Hitler no es que tenga un inconsciente mejor provisto que el suyo o el mío. El enigma del Führer es doble: primero, su inconsciente tiene un acceso excepcional a su propia conciencia; y segundo, se permite ser dirigido. Escucha atentamente una corriente de sugestiones que le dicta una voz susurrada desde una fuente misteriosa, y actúa. En nuestro caso, aun cuando nuestro inconsciente nos alcanza (por ejemplo, en los sueños), tenemos demasiada racionalidad, demasiado cerebro como para obedecerlo. Pero Hitler escucha y obedece. El verdadero líder siempre es conducido… Él mismo se refirió a su “voz”. Su “voz” no es sino su inconsciente, en el cual el pueblo alemán proyectó su propio yo. Es decir, el inconsciente de 78 millones de personas. Eso es lo que lo hace poderoso. Sin el pueblo, no sería lo que aparenta. Es una verdad literal cuando dice que cualquier cosa que sea capaz de hacer es sólo porque tiene al pueblo detrás de él, o como se suele decir, porque él es Alemania. Así, él se hace poderoso, y su percepción inconsciente acerca del equilibrio político en su patria y en el mundo, hasta ahora fue infalible. Por eso emite juicios políticos que resultan ser correctos, contra las opiniones de todos sus consejeros y de todos los observadores extranjeros. La información reunida por su inconsciente, y que alcanzó su propia conciencia por medio de un talento excepcional, es más acertada que la de todos los demás, alemanes o extranjeros, que intentaron juzgar la situación y que alcanzaron distintas conclusiones. Y también significa que, contando con esta información, él no duda en actuar en base a ella.*

— Posee una sensibilidad especial.

— *Definitivamente. Es como si tuviera tentáculos nerviosos que se extienden en todas direcciones. Esto lo hace sensible a todo lo que su nación siente. Hitler cae en la clase del chamán, del místico, del vidente. Tiene una mirada soñadora, es su característica más significativa… Cuando Hitler habla, no les dice a los alemanes nada nuevo, sino simplemente lo que ellos quieren oír. Es el espejo de ese complejo de inferioridad que compone una característica marcadamente alemana… Hitler es simplemente lo que los alemanes hicieron de él… Esta es la clave para comprenderlo a él y a su pueblo. Él es sólo una máscara, pero no hay nadie detrás.*

— Entre los dictados de su inconsciente podemos identificar tres decisiones críticas: la remilitarización de Renania, la anexión de Austria y la crisis de los Sudetes. Muchos advirtieron el enorme riesgo que significaban, convencidos de que si estallaba la guerra, Alemania sería derrotada. Pero Hitler obedeció a su “voz”.

— ¡Exactamente! Hitler fue capaz de juzgar a sus opositores mejor que ningún otro, aun cuando todos aseguraban que sería confrontado. Sabía que sus oponentes cederían sin luchar. Por ejemplo, cuando Chamberlain fue a Berchtesgaden. Por primera vez Hitler se reunió con el viejo estadista británico. Como Chamberlain demostró posteriormente en Godesberg, él había ido para decirle, entre otras cosas, que no fuera demasiado lejos o Gran Bretaña lucharía. Pero el ojo inconsciente de Hitler, que hasta ahora no ha fallado, leyó tan profundamente el carácter del Primer Ministro que todos los posteriores ultimátums y advertencias no causaron ninguna impresión: el inconsciente de Hitler sabía — no lo adivinó o sintió, sino que lo supo — que Gran Bretaña no se arriesgaría en una guerra. Pero el discurso de Hitler en el Palacio de los Deportes, cuando juró al mundo que marcharía sobre Checoslovaquia el primero de octubre, con o sin el visto bueno de Gran Bretaña y Francia, indicó por primera y única vez que Hitler el hombre, en ese momento crítico y supremo, tuvo miedo de seguir a Hitler el profeta. Su "voz" le indicó que siguiera adelante, que todo estaría bien, pero la razón le advirtió que los peligros eran enormes y quizá abrumadores. Por primera vez, la voz de Hitler tembló. Su discurso carecía de forma, hacia el final se debilitó y finalmente se apagó. ¿Quién no tendría miedo en tal situación? Al dar aquel discurso que quizá fijó el destino de cientos de millones, era un hombre haciendo algo que lo llenaba de pánico, pero se forzó a sí mismo a seguir adelante porque le fue ordenado por su "voz".

— ¡Vea! — Von Franz saltó de su silla — Tengo aquí el testimonio de Shirer, presente en el discurso. Lo que dice respalda sus afirmaciones: "*Presencié la escena desde un asiento en el balcón, justo encima de Hitler. Todavía tiene ese tic nervioso. Durante todo el discurso siguió ladeando el hombro, y la pierna opuesta, de la rodilla hacia abajo, se contraía. La audiencia no podía verlo, pero yo sí. Por primera vez en todos estos años, parecía haber perdido completamente el control de sí mismo. Cuando se sentó después de su declamación, Goebbels se levantó y gritó: 'Una cosa es segura: ¡1918 nunca se repetirá!' Hitler lo miró con una expresión salvaje, como si esas fueran las palabras que él había estado buscando toda la noche y no había podido encontrar. Se puso de pie y con un fuego fanático en la mirada que nunca olvidaré, alzó la mano derecha y después de un gran movimiento, golpeó la mesa y gritó con toda su fuerza: '¡Ja!' Luego se desplomó en su silla, exhausto.*"

— Ya lo ve — Jung se había hundido en el sillón —. La tensión y los calambres son un claro síntoma de la escisión interna. En Hitler no hay equilibrio, sino una tendencia a la obsesión.

— Hace poco, durante un discurso, dijo: "*Sólo aquel que lucha con el destino puede tener un buen sentido de la intuición. En los últimos años experimenté muchas veces esta intuición. Incluso en los presentes acontecimientos, veo tan claro como un profeta.*" Esta

intuición y esa fatal arrogancia… ¿Cree que pueda sostenerse indefinidamente? ¿De dónde proviene ese “poder mágico”?

— *La intuición es la función psicológica que transmite percepciones por vía inconsciente… Un contenido cualquiera se presenta como un todo acabado, sin que al comienzo sepamos cómo llegó a constituirse… El intuitivo eleva la percepción inconsciente a la categoría de función diferenciada, por la que tiene también lugar su adaptación al mundo. Se adapta a él obedeciendo directivas inconscientes que le llegan por una percepción e interpretación finas y agudas de estímulos oscuramente conscientes. Qué aspecto presenta dicha función es difícil de describir, debido a su carácter irracional y, por decirlo así, inconsciente.*

— ¿Qué rol juega en la psicología de Hitler?

— Él cree que su misión, y por lo tanto el destino de Alemania, se cumplirá si sigue estos “dictados”. Es un camino secreto, revelado a unos pocos, y si es seguido cuidadosamente se alcanza una culminación exitosa. Cree en una fuerza superior que rige el universo y que nos utiliza como instrumentos. Y sabe que la herramienta adecuada es la intuición. Su “voz interior”, dice, son las revelaciones intuitivas de la divinidad: su destino histórico. Con esa peculiar manipulación de la terminología científica, logra justificar su actuar. Toma sus instintos como hechos.

— Siempre vuelve a esa “voz” interior…

— Encarna su “llamado providencial”, donde él y Alemania se funden en un único destino. *¿Qué induce a un hombre a seguir su propio camino y salir de la identidad inconsciente de la masa? ¿Qué inclina inexorablemente la decisión a favor de lo extraordinario? Una personalidad auténtica siempre tiene un destino, cree en él y lo venera… Este destino actúa como una ley divina, y es imposible desligarse. El hecho de que muchos mueran no significa nada para aquel que tiene un destino. Debe obedecer a su propia ley como si fuera un daimon que lo guía por nuevos senderos. El que tiene un destino oye la voz de su interior que se lo indica. Tener un destino significa, en el sentido primitivo, ser llamado por una voz… El destino no es prerrogativa de las grandes personalidades; también lo tienen las pequeñas y hasta las mediocres. Pero deviene más inconsciente y oculto. Es como si la voz del daimon se alejara más y más y hablara con mayores intervalos y menor claridad. Cuanto más pequeña sea la personalidad, más indefinida e inconsciente se torna, hasta confundirse con la sociedad y perder su propio carácter. La voz interior es reemplazada por la voz de la totalidad y de sus conveniencias y el destino es sustituido por las necesidades colectivas.*

— Hitler mantiene un contacto estrecho con el inconsciente, pero no es una relación sana ni ventajosa. Está afectada por un Edipo mal o nada resuelto; de ahí la mala relación con el *ánima*.

— *Tratar con la posición contrapuesta es un asunto serio. Tomar al otro lado seriamente es esencial… Tomarlo en serio no quiere decir tomarlo literalmente, sino dar crédito al inconsciente, de manera que coopere con la consciencia en lugar de molestarla constantemente. Al tratar con el inconsciente, no sólo se justifica el punto de vista del Yo, sino que se le otorga la misma autoridad al inconsciente. El Yo ejerce el liderazgo, pero se le permite al inconsciente tener su voz… Los procesos de transformación van a acercarlos, aunque la conciencia se resienta porque el otro aparece en principio como foráneo y siniestro y porque no podemos acostumbrarnos a no ser el amo en la propia casa. Preferiríamos ser sólo Yo, o nada en absoluto. Pero estamos confrontados con ese amigo o enemigo interno, y depende de nosotros si es uno o lo otro. No hace falta ser un enfermo mental para oír su voz. Es lo más simple y lo más natural… La "voz" es un seguir asociado defectuoso, que va gastando su cuerda, como un reloj descarrilado… Esta 'hybris' mantiene la supremacía de la conciencia, evitando que se disuelva en lo inconsciente. Pero se desploma en cuanto al inconsciente se le ocurre obsesionarse con algunos pensamientos insensatos o engendrar otros síntomas psicógenos… Nuestra consciencia de la voz interior está tironeada entre dos extremos: o es pura insensatez, o es la voz de Dios.*

— Quizá la única vez que el Führer temió a ese "otro" fue durante la crisis checoslovaca. ¿Cree que esto no vuelva a pasar? ¿Qué sería del hombre atemorizado ante su propia oscuridad? Perdería completamente el control, se convertiría en una bestia, sedienta de sangre y destrucción… — Marie-Louise palideció.

— *El miedo que la voz inspira a la mayoría de los hombres, no es tan infantil como parece. Los elementos que se enfrentan con la consciencia representan el peligro específico que acecha a cada uno. Lo que nos acerca a la voz interior suele ser algo malo… Gracias a ella llegamos a tener conciencia de todo lo que motiva ese sufrimiento… Evoca lo malo de modo tan convincente que logra subyugarlo. Si no sucumbimos completamente, esta aparente maldad no llega a penetrarnos y no puede producirse una renovación y curación. Si el yo se rinde a la voz interior, sus elementos actúan como si fueran demonios, y se produce una catástrofe. Pero si logra salvarse de la derrota total puede asimilar la voz, y resulta que lo malo sólo era malo en apariencia, siendo en realidad portador de claridad. El carácter de la voz interior es "luciférico", y por eso coloca al hombre ante las últimas decisiones morales, sin las cuales nunca alcanzará el estado de conciencia, ni la personalidad. En la voz aparecen mezclados del modo más incomprensible lo más bajo y lo más elevado, lo mejor y lo peor, lo verdadero y lo falaz… El problema de la voz interior está lleno de trampas.*

Jung hojeaba un antiguo mamotreto (varios tomos lo habían acompañado desde Bollingen): las obras completas de Goethe. Leyó en voz alta, con tono lejano y profundo, como se lee la sentencia al reo:

— "Pero cuanto más terrible aparece ese elemento demoníaco es cuando se muestra predominantemente en un hombre. En el transcurso de mi vida pude observar, ya de cerca, ya de lejos, muchos casos. No se trata siempre de hombres excelentísimos, que se recomienden por su espíritu ni su talento, y menos todavía por su buen corazón; pero irradia de ellos una fuerza enorme y ejercen un poder increíble sobre todas las criaturas, e incluso sobre los elementos, y quién podría precisar hasta dónde se extiende semejante acción. Todas las fuerzas morales coligadas nada pueden contra ellos; inútil es que la parte más sensata de los hombres trate de hacerlos sospechosos de estar engañados o de engañar a los demás; la masa se siente atraída hacia ellos. Rara vez o nunca encuentra contemporáneos que estén a su altura, y nadie puede vencerlos, sino el propio universo, con el que iniciaron la lucha; debiendo de haber sido estas consideraciones las que dieron origen a esa rara pero enorme sentencia: *Nemo contra deum, nisi deus ipse*."

Tercera sesión

Hitler clavó su enigmática mirada en Jung. El suizo no se dejó intimidar y mantuvo la suya. ¡Qué primitivos instintos luchan en esta clase de duelos! Con los años el analista se había acostumbrado a ellos; y por lo general salía airoso. Esta vez, sin embargo, hizo falta un esfuerzo sobrehumano. Repentinamente, Hitler cerró los ojos y al abrirlos nuevamente los fijó en algún punto indefinido del horizonte.

— *Ante Dios y el mundo* — dijo el dictador —, *el más fuerte debe hacer prevalecer su voluntad. ¡Al que no tiene la fuerza, el derecho no le sirve de nada!... Quien desee vivir, que se prepare para el combate, y quien no esté dispuesto, no merece la vida... El destino más duro es el del hombre que cree poder vencer a la Naturaleza... No debe creer nunca que nació para ser el señor de la Naturaleza, sino comprender la verdad fundamental de su poder y que su existencia depende de las eternas leyes naturales... Podemos intentar comprenderlas, pero no librarnos de ellas... Cuando los pueblos luchan por su existencia quedan reducidas a la nada las consideraciones humanitarias o estéticas. Porque esas ideas se originan en la imaginación... El sentimiento humanitario y estético desaparecerían si desaparecieran las razas creadoras... Quizá juzgue horrible esta ley que exige que todos los seres vivos se devoren entre sí. La mosca es engullida por la libélula, a ésta se la traga un pájaro, que a su vez es víctima de uno más grande. Y éste, envejecido, es presa de los microbios.*

— El camino del conocimiento exige reconocer incluso aquellas experiencias ajenas a las leyes naturales. Nuestro mundo interior cumple un rol similar, aunque no adhiere necesariamente a ellas. *No podemos definir ni la psique ni la naturaleza. Sólo podemos afirmar qué creemos que son y describir, lo mejor que podamos, cómo funcionan... Si contemplamos la naturaleza con objetividad, ¿no deberíamos pensar que dos poderes radicalmente opuestos libran una lucha por la dominación? ¿Un poder que trabaja para nivelarlo todo, suprimir toda actividad y todo movimiento, destruir toda belleza, hacer que todo esté quieto y muerto? ¿Y otro que trabaja constantemente para conferir vida y color, impartir movimiento en todas direcciones, crear una profusión de siluetas y de formas? Es la lucha por la existencia.* Pero en nuestro mundo interior el conflicto es distinto, y tremendamente complejo. *El "hombre natural" no es ni bueno ni malo, y si tuviera que desenvolverse por vías naturales, no sería distinto del animal. Imperarían el instinto y la inconsciencia, no regulada por ninguna sensación de culpa... Sin culpa no existiría conciencia moral y sin distinción no habría conciencia en absoluto...* Es dentro de la conciencia donde debemos librar la mayor de las batallas, y optar por la animalidad o por la humanidad.

— *El pueblo alemán considera que la diferenciación entre la igualdad 'moral' y la 'objetiva' es un insulto. Si setenta y ocho millones de personas son moralmente iguales o no es algo que nadie puede decidir, excepto el pueblo mismo. O bien se es igual al resto objetivamente, y por lo tanto moralmente; o bien se es moralmente igual, y no hay ninguna razón por la que se deba impugnar la igualdad objetiva de derechos o negarse a otorgarlos.*

El Führer iba y venía por el despacho. Daba pasos lentos, cortos y circunspectos. ¿Cómo desmantelar la psiquis de Adolf Hitler? Jung empezaba a agotarse: parecía que su tarea, aunque impostergable, era imposible. Que nadie podría corregir los desvaríos y las trampas desperdigadas por la mente del dictador.

— *Gobineau y Chamberlain* — dijo Hitler — *se inspiraron en nuestro concepto de un nuevo orden: una visión ideológica de la historia de acuerdo con el principio básico de la sangre. No juzgamos por estándares meramente artísticos o militares, ni siquiera por criterios puramente científicos. Juzgamos por la energía espiritual que un pueblo es capaz de generar... Busco establecer un Reich milenario y quien me apoye es un camarada en la búsqueda de una creación espiritual, casi divina. Llegado el momento, el factor decisivo no será la fuerza bruta sino la espiritual. La traición existe incluso cuando no se cometió ningún delito, es decir, cuando ignoramos nuestra misión histórica.*

Jung había estudiado cuidadosamente la teoría racial nazi: delirante, injustificada y paranoica. Todo partía de una única premisa: el llamado "principio básico de la sangre". La sangre de cada raza contenía su alma. Y los arios poseían la sangre más pura y elevada. Eran hombres superiores, física y espiritualmente. Gracias a esas "energías culturales" o "elementos primarios raciales", proporcionaban la belleza y la elevación cultural propias de una humanidad perfecta.

— *Toda la cultura humana* — dijo Hitler —, *todos los frutos del arte, la ciencia y la tecnología son exclusivamente creación de los arios. Él fundó la humanidad superior, el prototipo de todo lo que entendemos por la palabra "hombre". Es el Prometeo de cuya frente brotó la chispa divina del genio... Deséchelo, y la oscuridad volverá a descender sobre la tierra... La cultura y la civilización están estrechamente ligadas a la presencia de los arios... La concepción volkisch del mundo corresponde al íntimo deseo de la naturaleza... Todos presentimos que, en un futuro remoto, surgirán problemas que sólo podrán ser resueltos por una raza superior, que cuente con todos los recursos del planeta.*

Por supuesto, la "serpiente" responsable de la contaminación de la sangre aria había sido el judío. Representaba la contraparte más poderosa y siniestra de la cultura superior. Era la proyección de su "sombra", pensó Jung. Por eso Hitler justificaba el exterminio de todo un pueblo. Ellos habían envenenado la sangre y el alma de los arios, obstaculizando su crecimiento espiritual y su carácter divino. Una vez que el judío fuera expulsado de

Europa, Alemania despejaría el camino hacia un futuro más brillante. Un Nuevo Orden encabezado por un pueblo guerrero y audaz, espiritual y físicamente sano. Los arios tenían, según él, un pie en la Tierra y otro en el Cielo, y libraban heroicamente una cruzada entre los hijos de la Luz y los de las Tinieblas.

— *Dos mundos se enfrentan entre sí: los hombres de Dios y los de Satanás* — dijo el dictador —. *El judío es el anti-hombre. Debe provenir de una raíz distinta. Considero al ario y al judío opuestos; y si llamo a uno humano, debo llamar al otro de otra manera. Existe entre ellos la distancia que separa al hombre de la bestia. Ni siquiera llamaría al judío una bestia. Está mucho más lejos de las bestias que nosotros, los arios. Es una criatura fuera de la naturaleza.*

Otra vez ese maniqueísmo paranoico, esa "participation mystique" propia de la mente primitiva. "*La ampliación de la consciencia* — pensó Jung — *implica necesariamente que lo menos claro, lo menos consciente del alma, se oscurezca de tal forma, que tarde o temprano se produzca una fisura en el sistema psíquico. En un comienzo no es reconocida y por lo tanto es proyectada en relación con el concepto del mundo, precisamente en la forma de una escisión entre los poderes de la luz y los de las tinieblas.*"

— *El arquetipo aproximado a la conciencia mediante la indagación del inconsciente* — dijo el analista —, *nos enfrenta a la abismal oposición de la naturaleza humana, y nos ofrece la posibilidad de vivir una experiencia de luz y tinieblas, de Cristo y del demonio.*

El Führer guardó silencio. La gélida mirada azul intentaba vislumbrar las profundidades del analista. Parecía tener siempre una respuesta, siempre una solución. ¿Ejercería sobre Jung ese efecto magnético con que dominaba a las masas? Hitler repetía que nadie podía saber qué era lo que estaba pensando. ¡Todos esos estúpidos generales del Alto Mando! ¡Cobardes, técnicos de porquería! Quizá Stalin había hecho bien fusilando a la mitad de sus oficiales... Pero este hombre, este erudito, era distinto. No era un desperdicio humano como aquellos, tenía algo enigmático y atemporal. ¿Sería un hombre excepcional? ¿Sería digno de su confianza?

Jung buscaba la manera de advertir a Hitler que si no encontraba un equilibrio, si el hombre no vencía al monstruo, si lo particular no se imponía a lo colectivo, cualquier posibilidad de corregirse estaba fuera de discusión.

— *Al espíritu vital, original y natural, se superpuso un "espíritu superior" que se enfrenta al primero... Este espíritu es el principio regulador sobrenatural, supra-terrenal y cósmico, y recibió el nombre de "dios"... Al "espíritu" corresponde un principio de movimiento y acción espontáneo, la facultad de producir imágenes más allá de las percepciones y de los sentidos. Y, por último, el manejo soberano y autónomo de esas imágenes... Por eso las*

religiones insisten en el origen del espíritu, para que el hombre no olvide que lo incorporó para darle un contenido a su conciencia. Él no crea el espíritu, es el espíritu el que le permite crear... En realidad, el espíritu se posesiona del hombre... Si frente al objeto exterior no existe el interior, sobreviene un materialismo extremo, asociado a la extinción de la personalidad, es decir, el ideal del estado de masas totalitario — Jung hizo una pausa —. *El concepto moderno de espíritu se adapta mal al punto de vista cristiano, que lo entiende como "dios"; pero también existe el espíritu maligno, más bien indiferente o neutral frente a lo moral... El espíritu que arrastra al hombre fuera de la vida, que busca realizarse sólo en sí mismo, es un falso espíritu. Pero el único culpable es el propio hombre, que es libre de elegir si entregarse a él o no.*

Hitler inclinó levemente la cabeza. "¡El origen de la inferioridad judía y bolchevique, corrompidos por el materialismo! ¡Bestias desalmadas!". Jung suspiró, resignado. Una y otra vez los mismos argumentos tediosos, como un disco rayado; esa incontrolable ansia de caos que lo fascinaba y lo atemorizaba a la vez. Pero no podía dar el brazo a torcer. Aquello lo sobrepasaba, lo trascendía como individuo, debía sacrificar las fuerzas que le quedaban al altar de la paz, la cultura y la vida.

— *La descripción del espíritu no sería completa sin su forma animal...* — habló con decisión — *Esta figura denota que ciertos contenidos y funciones se encuentran todavía en un campo extrahumano, fuera de la conciencia. Por un lado, forman parte de lo demoníaco-sobrehumano, y por el otro, de lo animal-infrahumano.*

"¡El judío es un animal y es infrahumano! ¡Bacilos, bacterias, podredumbre!". Hitler rugió. "¡No es posible que el problema siempre sea el *otro!*". Jung no movió un músculo. ¿Habría ido demasiado lejos? Una especie de sonrisa cruzó los labios de Hitler, que se puso de pie repentinamente. El sol bañó su figura y la Insignia de Oro del partido centelleó.

— *La noción de que el cosmos es infinito debe expresarse de manera clara. Es infinito en el sentido de lo infinitamente grande, así como en lo infinitamente pequeño. Habría sido un error imaginar un espacio delimitado por nuestros instrumentos. Hoy deberíamos razonar de la misma manera, a pesar de los progresos en la medición, tanto microscópica como macroscópica. Visto en el microscopio, un microbio adquiere proporciones gigantescas. No se alcanza nada definitivo.*

— *El sentido humano de la medida* — dijo Jung —, *nuestro concepto de grande y pequeño, es un antropomorfismo que pierde validez no sólo en lo físico, sino también en el inconsciente colectivo, que está fuera de lo específicamente humano. El Atman es más pequeño que pequeño y más grande que grande... El arquetipo del sabio, aunque es diminuto, casi imperceptible, tiene una fuerza fundamental en el destino. Los arquetipos*

comparten esta característica con el átomo... Que de lo más pequeño se deriva el mayor efecto fue demostrado no sólo en la física, sino también en la psicología.

— *La gran tragedia para el hombre es haber entendido el mecanismo de las cosas* — sentenció el Führer —, *mientras las cosas mismas siguen siendo un enigma. Somos capaces de distinguir las partes de una molécula. Pero cuando hay que explicar el por qué de una cosa, nos faltan las palabras. Por eso concebimos un poder superior. Si hiciera construir un observatorio, haría grabar en él las siguientes palabras: 'Los cielos proclaman la gloria de lo eterno'. Es increíble que así se haya formado la idea de Dios. Ese ser todopoderoso concedió a cada individuo la conciencia de que debía cumplir una función específica. Todo en la naturaleza sucede en conformidad con lo que debería suceder.*

— El "principio de razón suficiente" de Leibniz. Usted habló de la moral y la objetividad del alemán, y manifiesta una visión panteísta de la creación. La ciencia y la técnica arrojaron al hombre a una hoguera de vanidad, pero también procuraron grandes ventajas. ¿Cómo repercute esto en Alemania?

— *El Estado racista no cree que su tarea de educador sea simplemente imponer el método científico. También intentará obtener cuerpos completamente sanos. El intelecto vendrá en segundo lugar. Lo esencial será forjar la voluntad y el espíritu de acción; se enseñará a los jóvenes a asumir la responsabilidad de sus actos... Una nación de sabios físicamente degenerados nunca conquistará el cielo; incluso será incapaz de asegurar su existencia en este mundo. En el rudo combate de la vida, es raro que el menos sabio sucumba. El vencido será el que no sepa sacar de sus conocimientos una decisión viril... Debe reinar cierta armonía entre lo físico y lo moral. El brillo del espíritu no embellece un cuerpo corrompido, y sería injusto dar una cultura elevada a enclenques indecisos y cobardes. Lo que concede al ideal de belleza griego su inmortalidad, es su maravillosa alianza con el espíritu y la nobleza del alma.*

— "El Estado que separa sus académicos de sus guerreros tendrá su pensamiento hecho por cobardes y su guerra hecha por los necios." — Jung citó a Tucídides.

— *Una instrucción puramente intelectual y el abandono de la educación física provocan excitación sexual. El joven que se endureció a través del deporte tiene menos necesidad de satisfacción sexual que el intelectual. Una educación razonable debe considerar que las satisfacciones que un joven sano esperará de la mujer no serán las mismas que uno enfermizo. Toda educación debe promover el fortalecimiento del cuerpo. El joven no tiene derecho a holgazanear, a infestar las calles y los cines. Terminada su jornada debe cimentar su cuerpo... Deben abandonar la idea de que a cada uno corresponde ocuparse de su propio cuerpo; nadie puede pecar contra su descendencia y la raza. Al mismo tiempo debemos evitar el envenenamiento del alma: toda nuestra vida exterior parecería residir en un*

invernadero donde florecen las manifestaciones sexuales. Vea lo que ofrecen nuestros cines y teatros: ¿es una alimentación espiritual apta? De ninguna manera. Se recurre a todo tipo de bajezas para atraer la atención del público. Quienquiera que conserve la facultad de pensar, comprenderá que tales prácticas causarán un gran daño.

Recordando quizá sus eternas disputas con Freud sobre el rol de la libido, Jung encontró una cabeza de puente en las palabras de Hitler.

— *Existe un problema sexual en la actualidad. El rápido desarrollo de las ciudades, con la especialización, la industrialización y la constante sensación de inseguridad, privan a los hombres de dar rienda suelta a sus energías afectivas. El ritmo alternativo de trabajo del campesino le asegura satisfacciones inconscientes a través de su contenido simbólico, satisfacciones que los obreros y los oficinistas no conocen. ¿Qué saben del contacto con la naturaleza, de esos grandes momentos en que conduce su arado y dispersa la semilla para la futura cosecha? ¿Qué sabe de su temor al poder destructivo de los elementos, de la alegría por la fecundidad de su esposa, que le da las hijas e hijos que significan mayor poder de trabajo y prosperidad? A nosotros, los citadinos, los encargados de las máquinas, nos es ajeno... ¡Vea cómo los hombres van a trabajar, observe los rostros en los trenes a las 7:30 de la mañana! Un hombre hace girar sus pequeños engranajes, otro redacta cosas que no le interesan... A esto se agrega otra dificultad más grave. La naturaleza diseñó un hombre indefenso y desarmado con una vasta reserva de energía, no sólo para soportar pasivamente los rigores de la existencia, sino para superarlos... Estamos protegidos de las necesidades más apremiantes, y por eso, nos sentimos tentados por los excesos diarios; el animal en el hombre siempre se impone a menos que la necesidad apremie. Pero si estamos satisfechos, ¿cómo podemos liberar nuestro excedente de energía? Nuestras opiniones morales lo impiden. La moral sexual ascética e hipócrita de nuestro tiempo carece de un trasfondo efectivo. La tradición todavía nos mantiene en la trampa, y por cobardía y falta de juicio, la manada avanza por el viejo camino. Pero el hombre posee en su inconsciente un excelente talento para el espíritu de su tiempo. Adivina sus posibilidades y siente en su corazón la debilidad de la moralidad actual, que ya no está respaldada por la convicción religiosa. Este es el origen de la mayoría de nuestros conflictos eróticos.*

— Se trata de ser disciplinado en los momentos críticos de la vida — Hitler retomó la palabra —; comprometerse con la comunidad y su bienestar. ¡Nuestros jóvenes están expuestos a todo tipo de enfermedades! ¡Al envenenamiento de la sangre y la decadencia de la raza! Pero nos apartamos del cristianismo; se trata de un anhelo superior. ¡De esto depende el futuro del Volk! *Creemos en una mente sana en un cuerpo sano. El cuerpo político debe estar sano para que el espíritu sea saludable. La salud moral y la física son la misma cosa.*

— La moral fisiológica de Nietzsche: lo bello y lo sano favorecen nuestro sentimiento de poder, mientras que lo feo y lo enfermo promueven la debilidad y la ruina. Temperamento espartano…

— *Esparta debe ser vista como el primer Estado Völkisch*… Está en lo cierto al señalar el alejamiento entre la naturaleza y los hombres… ¡Se pasan la vida encerrados en cajas de zapatos! *El ambiente de los barrios bajos es el responsable de gran parte de la depravación, y el alcohol, de la restante. Ningún hombre saludable puede ser marxista. Los hombres sanos reconocen el valor del individuo… Baviera es un lugar relativamente saludable porque no está totalmente industrializado. Toda Alemania está condenada a una industrialización intensiva debido a lo limitado de su territorio. Si queremos preservarla debemos asegurarnos de que nuestros agricultores permanezcan fieles a la tierra. Para eso deben disponer de espacio para respirar y para trabajar… Que el hombre los someta a un proceso físico-químico explica las enfermedades actuales. Si la media de la vida se extiende es gracias a la implementación de una alimentación naturista. Esto es una revolución… No hay que descartar que una de las causas del cáncer pueda residir en que los alimentos cocidos sean nocivos. Damos a nuestro cuerpo una alimentación degradada. El cáncer tiene un origen desconocido, pero es posible que las causas que lo estimulan encuentren un terreno propicio en organismos mal alimentados… ¡Hay algo que puedo asegurar a los carnívoros, y es que el mundo del futuro será vegetariano!*

La mirada de Hitler se había tornado vaga y vidriosa; parecía hurgar en su memoria. Jung recordó el testimonio de Shirer: hasta el momento no había visto señales de ningún tic ni movimientos erráticos. Esta ocurrencia y el asunto del vegetarianismo lo llevó a pensar en ese oscuro Dr. Morell, médico personal del Führer. Súbitamente, Hitler habló en tono grave y profundo.

— Usted estudió en detalle la historia de los pueblos y sus mitos. Hay cosas verdaderamente interesantes en sus obras.

Jung correspondió el halago con una leve inclinación de cabeza. La mirada del Führer emanaba un brillo inusual. ¿Realmente Hitler se habría tomado el tiempo? ¿Habría leído sus estudios sobre el chamanismo? ¿El artículo sobre Wotan?

— *Una vez tuve un libro sobre los orígenes de la especie. Solía pensar mucho en estos asuntos, y si uno examina las antiguas tradiciones, relatos y leyendas, llega a conclusiones inesperadas… Las leyendas no salen de la nada, no pueden ser una invención arbitraria. Nada nos impide suponer que la mitología es un reflejo de las cosas que existieron y de las que la humanidad conserva un vago recuerdo… Si uno toma nuestras religiones desde sus comienzos, descubrirá un carácter más humano del que adquirieron posteriormente. Supongo que tienen su origen en estas imágenes de otro mundo del cual la memoria*

humana conserva una lejana imagen original. La mente concibió esas imágenes junto con diversas nociones elaboradas por la inteligencia, y así las iglesias crearon el marco ideológico que aún hoy garantiza su poder.

"Nada nos impide suponer que la mitología es un reflejo de las cosas que existieron y de las que la humanidad conserva un vago recuerdo..." "Supongo que tienen su origen en estas imágenes de otro mundo del cual la memoria humana conserva una lejana imagen original." Jung sonrió. El amo de Europa hablando de mitología y arquetipos, imágenes primigenias y religión.

— *Las religiones no cayeron del cielo; nacieron en nuestra alma* — dijo el analista —. *Todas las cosas, sus formas primordiales, viven en nosotros y pueden asaltarnos en cualquier momento... El estado de devoción religiosa es un fenómeno colectivo... es un movimiento regresivo a lo primario, una inmersión en la fuente de lo primigenio... Otra expresión de los arquetipos es el mito y la leyenda, formas específicamente configuradas que se han transmitido en el tiempo. El "arquetipo" puede aplicarse a las representaciones colectivas sólo indirectamente, ya que designa contenidos psíquicos que aún no fueron sometidos a la conciencia... Su manifestación inmediata, en cambio, tal como se produce en sueños y visiones, es mucho más individual, incomprensible o ingenua que en el mito. El arquetipo representa esencialmente un contenido inconsciente, que al hacerse consciente se transforma, dependiendo de quien lo conciba... Nadie consideró que los mitos son ante todo manifestaciones psíquicas de la naturaleza del alma. Poco le importa al primitivo una explicación objetiva de lo que percibe; su inconsciente lo lleva a asimilar al acontecer psíquico las experiencias sensoriales externas. No le basta con ver la salida y puesta del sol, sino que también debe ser un acontecer psíquico, debe representar el destino de un dios o de un héroe, que vive en el alma del observador. Todos los procesos naturales convertidos en mitos son alegorías de experiencias objetivas, expresiones simbólicas del drama inconsciente del alma... La proyección es tan profunda que se necesitaron siglos para separarla del objeto exterior...*

Tras una breve pausa, Jung preguntó a Hitler si era ateo. Sabía que en la mente del Führer ser ateo equivalía a ser bolchevique. Pero debía empezar por algún lado.

— *Un hombre educado reconoce los misterios de la naturaleza y respeta lo incognoscible* — contestó el dictador —. *Uno sin educación corre el riesgo de echarse en brazos del ateísmo (que es un retorno al estado animal) en cuanto percibe que el Estado utiliza ideas falsas en cuestión religiosa, mientras que para otras cosas se apoya completamente en la ciencia. La gente necesita fe. Por eso emprendimos la lucha contra el ateísmo, y no sólo teóricamente: lo aplastamos.*

— ¿Se considera panteísta?

— *Lo que está destruyendo al cristianismo es lo mismo que destruyó al mundo antiguo. La mitología panteísta dejó de ser adecuada a las condiciones sociales de la época. Tan pronto como se introdujo la idea de que todos los hombres eran iguales ante Dios, el mundo estaba condenado a colapsar.*

— Entiendo que no es cristiano.

— *El cristianismo fue el golpe más duro para la humanidad. El bolchevismo es su hijo ilegítimo y ambos son invención de los judíos. El cristianismo es la peor de las regresiones, y es el judío quien, gracias a esta diabólica invención, atrasó quince siglos a la humanidad. Lo único peor sería la victoria del judío a través del bolchevismo. La humanidad perdería la risa y la alegría. Se convertiría en una masa informe, triste y desesperada.*

— Cuando el cristianismo llegó a Francia fue inmediatamente absorbido por la cultura romana — indicó Jung —, por lo que el cristianismo galo viene directamente de Roma. En Alemania, el paganismo fue destruido y proscripto, para que la nueva doctrina pudiera afianzarse. Es decir, no tuvo una fundación ni una continuidad adecuadas. Lutero sólo podría haber sido un fenómeno alemán. Por eso en Alemania vemos erupciones, aunque relativamente aisladas, de reminiscencias paganas. *El cristianismo dividió al germano primitivo en una parte superior y una inferior, y le permitió, al reprimir el lado oscuro, domesticar el más brillante y adaptarlo a la civilización. Pero la mitad inferior continúa esperando la redención y una nueva etapa de domesticación. Hasta entonces, permanecerá asociado con los vestigios de la prehistoria, con el inconsciente colectivo... A medida que la visión cristiana del mundo pierde autoridad, más amenazante será el rugido de la "bestia rubia", rondando en su prisión subterránea, lista para estallar en cualquier momento con consecuencias devastadoras. Cuando esto ocurre en el individuo sobreviene una revolución psicológica, pero también puede tomar una forma colectiva*.

Hitler, complacido con el aspecto histórico de la conversación, y dejando de lado la alusión nietzscheana de la "bestia rubia", hizo gala de sus vastos y precisos conocimientos, y derivó las conclusiones que consideró naturales.

— *Los pueblos islámicos serán siempre más cercanos a nosotros que Francia. En España, sólo bajo el Imperio Romano y bajo la dominación árabe la cultura fue un factor central... Con el advenimiento del cristianismo llegó la barbarie. La caballerosidad de los castellanos es herencia de los árabes. Si Carlos Martel no hubiera ganado en Poitiers seguramente tendríamos que habernos convertido al Islam, que glorifica el heroísmo y que abre el séptimo Cielo para el guerrero solitario. ¡Es curioso cómo los cristianos devotos entre británicos y estadounidenses se esconden de los paganos japoneses! Parece que Dios no presta atención a las oraciones de aquellos, sino que reserva sus favores para los héroes de Japón. Esto no debe sorprendernos, puesto que la religión de los japoneses es ante todo*

un culto al heroísmo, y no dudan en sacrificar sus vidas por la gloria y la seguridad del país. Los cristianos prefieren honrar a los santos, a hombres que lograron mantenerse años sobre un solo pie o que prefieren acostarse en una cama de púas antes que corresponder las sonrisas femeninas. Hay algo muy malsano en el cristianismo. Me complace saberme totalmente ajeno a ese mundo.

— El cristianismo como enfermedad: fuertes ecos nietzscheanos...

— *Es una pena que el pensamiento religioso no encuentre una salida mejor que la del Antiguo Testamento. Quienes buscan echar luz sobre sus problemas con la ayuda de la Biblia se deforman espiritualmente. La gente deprimida intenta extraer verdades de estas quimeras judías, y no hay ninguna. Se entregan a una corriente de pensamiento u otra, y a menos que cuenten con una mente excepcionalmente sensata, degeneran en maníacos religiosos...*

— ¿Dónde se encuentran los alemanes en este aspecto? — inquirió Jung.

— *Todo alemán sano debería asombrarse al pensar que su raza se dejó arrastrar por el camino de la inmundicia judía y el camarín sacerdotal, similar al aullido salvaje de los turcos y los negros. Mientras que en otras partes del mundo las enseñanzas religiosas como las de Confucio, Buda y Mohammed ofrecen una amplia base religiosa, los alemanes fueron engañados por una exposición teológica sin ninguna profundidad... Debemos hacer todo lo posible para evitar que el pueblo alemán sufra una deformidad mental, sea una manía religiosa o cualquier otro tipo de trastorno. Por eso dispuse que cada ciudad tenga un observatorio. La astronomía es uno de los mejores medios para aumentar nuestro conocimiento del universo, y así salvarlo de cualquier tendencia hacia la aberración mental.*

— ¿Qué considera como el origen y la esencia de la religión?

— *Originalmente, la religión era un sostén para las comunidades humanas* — sentenció Hitler —. *Era un medio, no un fin. Gradualmente se transformó en lo que es hoy, empeñada en mantener el gobierno de los sacerdotes, quienes sólo pueden vivir en detrimento de la sociedad. Las instrucciones en relación a la higiene que promulgaron la mayoría de las religiones contribuyeron a la fundación de comunidades organizadas... La exhortación a luchar valientemente también se explica por sí misma. Al musulmán se le prometió un paraíso poblado de vírgenes, donde el vino fluye en arroyos, un verdadero paraíso terrenal. Los cristianos se conforman si después de la muerte se les permite cantar aleluyas. Todo esto contribuyó a la formación de comunidades humanas. A estas costumbres los pueblos deben sus características actuales. El cristianismo llegó al extremo del absurdo en este aspecto. Y por eso un día se extinguirá. La ciencia ya sedujo a la humanidad. Cuanto más se aferre el cristianismo a sus dogmas, más pronto caerá. Pero no debe desatenderse otro*

aspecto. Las necesidades de la vida interior pueden satisfacerse por medio de una comunión íntima con la naturaleza o por el conocimiento del pasado.

— *Al crecer el conocimiento científico* — intervino Jung —, *nuestro mundo se ha ido deshumanizando. El hombre está aislado en el cosmos, ya no se siente inmerso en la naturaleza y perdió su "identidad inconsciente" con los fenómenos naturales. Éstos fueron perdiendo sus repercusiones simbólicas... Su contacto con la naturaleza desapareció y con él, la profunda fuerza emotiva que concedían esas relaciones simbólicas. Esa enorme pérdida se compensa con los símbolos de nuestros sueños. Nos devuelven nuestra naturaleza originaria, sus instintos y pensamientos. Por desgracia, expresan sus contenidos en un lenguaje que nos es extraño e incomprensible... Dejamos de creer en fórmulas mágicas, no quedan muchos tabúes y restricciones similares; y nuestro mundo parece estar desinfectado de "brujas, hechiceros y aojadores"... Parece estar limpio de todos los elementos supersticiosos e irracionales. No obstante, que el verdadero mundo interior esté también libre del primitivismo es otra cuestión...*

— *Actualmente sólo unos pocos respetan lo desconocido, para satisfacer las necesidades metafísicas del alma. La mayoría de los hombres tienen las mismas necesidades, pero pocos medios para satisfacerlas... La persona cuya vida tiende a la simplificación necesita de la fe... Nadie tiene derecho a privar a las personas de sus seguridades infantiles hasta que hayan adquirido otras más razonables. Lo esencial es que antes de eliminar la fe inferior, se haya afianzado sólidamente la fe superior.*

— *Ningún valor psíquico puede desaparecer sin ser sustituido por otro equivalente en intensidad. Usted puede quitarle al hombre sus dioses, sólo si les da otros.*

— Usted lo entiende, Jung. *A mi juicio no habría nada más insensato que restablecer el culto de Wotan* — el analista se puso en guardia —. *Nuestra mitología dejó de ser viable cuando el cristianismo implantó la suya. Nada muere a no ser que esté moribundo... El único modo de librarse del cristianismo es dejarlo morir gradualmente. Nuestro movimiento no debe dejarse arrastrar a digresiones metafísicas. Chocaría con el espíritu científico. El fin del partido no es ser una falsificación de la religión.*

Sin dejarse amedrentar, el analista se lanzó a la carga con ímpetu:

— *Si alguien tiene una experiencia con Wotan, debería guardar silencio y pensar: "Bueno, ha sido un desliz placentero hacia tiempos pasados." O si cualquier otro dios jugara una mala pasada a alguien, no debería tratar de convertirlo en un sistema para bautizar niños y casar personas, ni convertirlo en un credo particular. Se trata de una simple fantasía individual, posibilidades embrionarias que podrían desarrollarse y devenir alguna cosa en el transcurso de muchos siglos, pero por el momento es un desliz individual, incluso*

lamentable. Por supuesto que una vida real y plena, que realmente provenga de la sangre, como debe ser, es siempre algo lamentable... El nuevo paganismo, incluso si se debe a cierta influencia política, es un hecho, y uno destructivo. Contiene muchos gérmenes pero necesita sabios que los desarrollen, y cuanto más grande es una organización, más idiota se vuelve. Cuantos más adeptos haya, más absurdo se volverá todo. Hubiera sido mucho mejor dejar a las ovejas en una iglesia bien organizada, que al menos es universal. Pero una iglesia nacional, con cierto carácter pagano, no anuncia nada bueno.

— ¡No sabe cuánto me alegra oírlo! — Hitler parecía aliviado.

— Se habla de la raza nórdica, del culto a Wotan y al espíritu de Edda. Esto sólo sirve para despertar complejos de inferioridad y resentimiento contra aquellos que no nacieron dentro de aquella raza, dividiendo al mismo pueblo alemán en germánico y no germánico.

Hitler se volteó abruptamente, con un gesto de impaciencia, y respondió:

— *¡Prohibí terminantemente esas tonterías! Todas esas historias de los lugares de Thing, de los solsticios, de la serpiente de Mittgard y todo lo que está sacado del germanismo primitivo. Después leen a Nietzsche a jóvenes de 15 años, les hablan del superhombre a través de citas ininteligibles y les dicen: "Esto es lo que son, o lo que deberán ser."*

— Se rumorea que Himmler pretende restituir el antiguo esplendor pagano. ¿No son las SS una orden a medida de los antiguos *Männerbund*?

El Führer iba a contestar, pero se detuvo. Quizá temiera precipitarse cuando se trataba de sus colaboradores más cercanos. Fritz Weitzel, miembro del partido, había publicado "*La celebración de las festividades especiales en la vida de la familia SS*." Detallaba diversas ceremonias, tradiciones y solsticios que los miembros de la organización debían observar. Hablaba de Wotan y de los ritos de la muerte, del árbol de Yule y de Ostara, del Sol Negro y de la runa Hagall. Cuando las arrogantes SS consiguieron sus primeras victorias, Himmler propuso introducir un sistema de títulos para quienes hubieran demostrado una valentía particular. Esa "nobleza", que no debía ser hereditaria, se le antojó fantasiosa a Hitler y archivó el proyecto. El Reichsführer había ideado y planeado meticulosamente el procedimiento. El documento certificando la nobleza se insertaría en la empuñadura de la daga, que debían portar siempre en batalla. Sus miembros se casarían con las mujeres más aptas desde el punto de vista racial, para asegurar una descendencia pura. El Führer rechazó la idea sin más. Finalmente habló.

— *¡Qué disparate! Alcanzamos una era que dejó atrás el misticismo y ahora Himmler quiere empezar todo de nuevo. Nos hubiéramos quedado con la iglesia, que al menos tenía tradición. ¡Pensar que algún día me puedo convertir en un santo de las SS! Me revolvería en mi tumba.*

Continuó en un tono más medido, mientras daba vueltas alrededor del escritorio:

— *Como si no alcanzara con que los romanos levantaran grandes obras mientras nuestros antepasados vivían en chozas de barro, ahora Himmler excava sus aldeas y se entusiasma con cada trozo de cerámica y con cada hacha que encuentra. Lo único que conseguiremos es probar que todavía luchábamos con piedras y dormitabamos alrededor de hogueras cuando Grecia y Roma ya habían alcanzado su mayor esplendor. Tendríamos que guardar silencio sobre nuestro pasado. Pero Himmler lo pregona a los cuatro vientos. ¡Cómo deben reírse los romanos!*

"Otra claro ejemplo del complejo de inferioridad", pensó Jung. Claro que la versión oficial era otra: "*Quien afirme que los germanos fueron paganos sin cultura está falseando la historia y cometiendo un crimen contra el pueblo alemán*", afirmaba Hans Schemm, ministro de cultura bávaro. Aprovechando el envión, Jung remarcó la insistente tendencia del movimiento hacia la religiosidad y el misticismo.

— *Los partidos políticos no tienen nada que ver con los problemas religiosos* — concedió Hitler —. *Las iglesias pueden decidir lo que pasará a los alemanes en la otra vida, pero la nación y su Führer deciden en esta. Nuestra nación no fue creada por Dios para que el clero la despedace... El cristianismo promulga sus dogmas y los impone por la fuerza. Una religión así conlleva intolerancia y ansias de persecución... No quisiera que nuestro movimiento adquiera un carácter religioso y fomente una forma de adoración. Sería espantoso si acabara en la piel de un Buda... El nacionalsocialismo es una doctrina fría, basada en la realidad, en el conocimiento científico... No es un movimiento de culto, sino una filosofía y política que parte de consideraciones raciales. No tiene como propósito un culto místico, sino el cuidado y el liderazgo de un pueblo definido por una misma sangre. Por eso no tenemos templos para celebrar cultos, sino para el pueblo, ni espacios abiertos para la veneración, sino para reuniones y desfiles... No permitiremos que personas de mentalidad mística u ocultista se apoderen de nuestro movimiento... No tenemos nada que ver con esos elementos que no conocen el nacionalsocialismo sino de oídas y que le atribuyen ciertas frases indefinibles sobre el nordicismo y que hacen partir sus investigaciones de no se sabe qué fantasioso círculo atlántico... Estas personas que sueñan con el heroísmo de los antiguos germanos, son en realidad los más cobardes. Predican la lucha con las armas espirituales y huyen al primer puño comunista.*

"No puede negar que muchos se pavonean de sus antiguos orígenes arios, que llegan hasta los tibetanos y los hindúes, que festejan los solsticios y juran ser la reencarnación de tal o cual personaje mitológico", presionó Jung.

— *Esos no son nacionalsocialistas... A la cabeza de nuestro programa no hay suposiciones oscuras, sino una percepción clara y una profesión de creencia directa... Hubo*

momentos en que la penumbra era la condición necesaria para la efectividad de ciertas enseñanzas: ahora la luz es la condición fundamental de una acción exitosa. Sería lamentable que, a través de elementos místicos y oscurantistas, el movimiento o el Estado emitan comisiones igualmente oscuras… Incluso es peligroso erigir un lugar de culto, ya que con el edificio surgirá la necesidad de pensar en las llamadas recreaciones religiosas, que no tienen nada que ver con nosotros. Nuestra humildad es la sumisión incondicional ante las leyes divinas en la medida en que son conocidas por los hombres: es a ellos a quienes respetamos. Nuestro mandamiento es el cumplimiento de los deberes que se desprenden de esas leyes.

— Algunos consideran los congresos de Núremberg actos religiosos, una suerte de gran misa pagana. *La religión es una relación viva con los procesos anímicos que no dependen de la conciencia, sino que se originan en la oscuridad del trasfondo anímico. Muchos de ellos provienen de la conciencia por vía indirecta, pero jamás surgen por voluntad consciente… La actitud espiritual primitiva no inventa mitos, los vive.*

— *Cuando nos reunimos en el Congreso del Partido siempre me da la impresión de que se trata de una gran reunión familiar. El Congreso no sólo fue una ocasión única en la vida del partido, sino una preparación valiosa para la guerra. Cada Congreso requiere no menos de cuatro mil trenes especiales. Cuando estos se extendían hasta Múnich y Halle, las autoridades ferroviarias recibieron prácticas de primera clase en el aspecto militar sobre cómo manejar el transporte masivo de tropas. El Congreso no perderá su importancia. De hecho, ordené ampliar la sede para recibir un mínimo de dos millones de personas en el futuro… El estadio que se construyó en Núremberg tiene capacidad para cuatrocientas mil personas, una escala sin comparación.*

— No creo que…

— No importa lo que usted y yo creamos, sino lo que el Volk crea — interrumpió el Führer —. No hay que olvidar que las masas creen saber lo que saben, cuando en realidad sólo pueden saber aquello que creen saber.

— O lo que se les haga creer — dijo Jung.

— No, lo que creen — Hitler comenzó a irritarse —. Nadie creerá en algo que no juzgue ventajoso o, al menos, bello. El hombre cree lo que anhela, toma por realidad su propia fantasía. La fe puede ser dirigida, pero no creada. El impulso antecede a la razón.

Jung escuchó la voz del Führer a sus espaldas:

— *¡Una cosmovisión individualista está siendo reemplazada por una socialista! Una actitud milenaria ante la vida está siendo reemplazada por otra completamente nueva. ¡Un*

cambio así no puede ser decretado por la legislación!... ¡Una transformación así requiere una conversión interna! ¡Mental, espiritual, ética, incluso religiosa! Es una conversión tan profunda que el adulto ya no es capaz de efectuarla. Sólo los jóvenes pueden ser convertidos, alineados y ajustados al sentido socialista de obligación hacia la comunidad. Nosotros los nacionalsocialistas vemos en la obra de Cristo la posibilidad de alcanzar lo imposible mediante la creencia fanática. Cristo apareció en un mundo corrompido y predicó la fe. En un comienzo se burlaron de él, pero de su fe nació un gran movimiento. Queremos conseguir lo mismo en la esfera política. El nacionalsocialismo es una forma de conversión, una nueva fe... Tarde o temprano el cristianismo será vencido y se establecerá la "Deutsche Kirche". La Iglesia alemana, sin un Papa y sin la Biblia... Pronto me convertiré en una figura religiosa. Seré el gran jefe de los tártaros. Ya los árabes y los marroquíes mezclan mi nombre con sus oraciones. Entre los tártaros me convertiré en Khan. Lo único que no podré hacer será compartir el cordero con los jeques. Soy vegetariano, así que tendrán que excusarme.

Por medio de obscenas contradicciones, Hitler anuló todo lo que había dicho anteriormente. Tras un dramático silencio, seguramente calculado, retomó su razonamiento.

— *Los hombres temen aquello que no pueden explicar, lo desconocido. Si alguien tiene inquietudes metafísicas, no puedo satisfacerlas con el programa del Partido. Llegará el día en que la ciencia pueda responder todo. No es momento de lanzarse a una lucha con la Iglesia. Lo mejor es dejar que el cristianismo muera naturalmente. Cabe preguntarse si su desaparición será el fin de la creencia en Dios. No sería lo mejor. La noción de lo divino proporciona a la mayoría la oportunidad de concretar el sentimiento que tienen de las realidades sobrenaturales.*

— Nunca debemos identificarnos totalmente con la razón, porque el hombre no es y nunca será sólo una criatura racional. Lo irracional no puede ni debe ser descartado.

— *No tiene sentido alentar en el hombre la idea de que es el rey de la creación... Ese mismo hombre que, para moverse más rápido, necesitaba montar a caballo, ¡ese mamífero descerebrado! No se me ocurre nada más ridículo... Somos criaturas falibles y existe una fuerza creadora superior. Pretender negar esto es una locura. Y es mejor creer en algo falso que no creer en nada. ¿Quién es ese pequeño profesor bolchevique que dice haber triunfado sobre la creación? Acabaremos con ese tipo de personas. Ya sea que nos basemos en el catecismo o en la filosofía, tenemos ciertas posibilidades reservadas, mientras que ellos, con sus concepciones puramente materialistas, sólo pueden devorarse unos a otros.*

— *Los dioses no pueden ni deben morir* — aclaró Jung —. *Hay algo en la psique, un tipo de poder superior, que si no es la idea de Dios, es la del "vientre". Uno u otro instinto básico,*

o un complejo de ideas, concentrará sobre sí mismo la mayor cantidad de energía psíquica, y forzará al ego a su servicio. El ego es atraído hacia este centro de energía con tanta fuerza que se identifica con él y cree que no desea y no necesita nada más. Eso desencadena un trastorno, una monomanía o posesión, que pone en peligro el equilibrio psíquico... La ilusión de la omnipotencia no hace al hombre divino, simplemente lo llena de arrogancia y despierta el mal latente en él — hizo una pausa —. *Es una diabólica caricatura del hombre, y esta máscara inhumana es tan insoportable, que él mismo se inclina a torturar a los demás. Está escindido, es víctima de inexplicables contradicciones. Es el estado de ánimo histérico, el 'pálido criminal' de Nietzsche. El destino enfrentó a los alemanes con su contraparte inferior: Fausto está cara a cara con Mefistófeles y ya no puede decir: "¡Así que esa era la esencia del bruto!" En cambio, debe confesar: "Ese era mi otro lado, mi alter ego, mi sombra, tan palpable que ya no puede ser negada*".

Hitler guardó silencio, perdido quizá en sus constantes y secretas maquinaciones. Jung, por su parte, quizá saboreando inconscientemente de sus propias palabras, recordó su desagradable encuentro con Goebbels. Fausto y Mefistófeles, la sombra y la tentación, la responsabilidad y la caída.

La voz gutural del dictador resonó nuevamente.

— *El hombre que contempla el universo es el más piadoso: no en el sentido religioso, sino en el de una armonía íntima con las cosas. A finales del siglo pasado, el progreso de la ciencia y la técnica condujo a proclamar el dominio del hombre sobre la naturaleza. Pero basta una simple tormenta... ¡y todo se derrumba! Sea como sea, aprenderemos a familiarizarnos con las leyes naturales, y su conocimiento nos guiará en el camino del progreso. En cuanto al porqué de estas leyes, nunca sabremos nada al respecto. Una cosa es como es, y nuestro intelecto no puede concebir otros diseños. El hombre encontró en la naturaleza la maravillosa noción del ser poderoso cuya ley adora. Prácticamente todos poseen el sentimiento de este ser al que llamamos Dios. Los sacerdotes amenazan con castigos a quien se niega a aceptar su credo. Cuando fomentamos en un niño el miedo a la oscuridad, despertamos en él un sentimiento de temor arcaico. Será gobernado toda su vida por él, mientras otro, educado de manera inteligente, estará libre de ello. Dicen que cada hombre necesita un refugio donde pueda encontrar consuelo en tiempos difíciles. ¡No lo creo! Si sigue ese camino, es únicamente por tradición y hábito... ¡Tengo seis divisiones de SS absolutamente indiferentes en cuestiones de religión, y eso no les impide morir con total serenidad!*

Un silencio tenso y una quietud absoluta invadieron la atmósfera. Una vez más fue Hitler quien emergió de la bruma:

— *Es imposible escapar al problema de Dios…* ¿Usted cree en Dios? ¿O Dios ha muerto? — buscó la mirada del analista.

Jung chasqueó la lengua. Su última acotación sobre la sombra y los peligros de la psique había pasado desapercibida, o el Führer había preferido ignorarla.

— Como dije, los dioses no pueden ni deben morir. *La idea de Dios es una función psicológica necesaria e irracional, que no tiene nada que ver con la existencia de Dios en sí. El intelecto nunca podrá responder a esta pregunta, y mucho menos dar una prueba de su existencia. Y tal prueba sería superflua, porque la idea de un ser divino y todopoderoso está presente en todas partes, consciente o inconscientemente, porque es un arquetipo. Por eso es más sabio reconocer conscientemente la idea de Dios. Si no, algo más ocupa el lugar de Dios, por lo general algo bastante inapropiado y estúpido. Nuestro intelecto sabe que no podemos formarnos una idea adecuada de Dios, y mucho menos una imagen. La existencia de Dios es y siempre será una pregunta sin respuesta. A lo más poderoso en la psique se le llamó siempre Dios. Se crea o no en él, se le admire o se le maldiga, siempre aparece la palabra "Dios". Siempre se llamó "divino" a lo que posee la máxima potencia psíquica… Como hay innumerables cosas más allá del entendimiento, usamos constantemente términos simbólicos para representar conceptos que no podemos definir o comprender completamente.*

— *Si uso la palabra "divino", no estoy visualizando a un dios antropomorfo con una larga barba blanca…* — contestó Hitler — *Para mí, Dios es el Logos de San Juan, que se ha vuelto carne y vive en el mundo, influye en él y lo impregna, confiere sus impulsos y su fuerza motriz, y constituye su significado y su contenido real. Quizás los seguidores de la Iglesia llamen a esto "paganismo". Puede que lo sea. En ese caso, Cristo era pagano. Yo considero paganas sus distorsiones de las ideas y enseñanzas de Cristo, sus cultos, su infierno, el purgatorio y el cielo, y su adoración de los santos. Ninguna de las religiones de la antigüedad, ni siquiera las sectas más primitivas de las religiones mahometana, india o china crearon tantos dioses y deidades auxiliares como la Iglesia romana. Ahí los tiene, doblando las rodillas ante figuras de madera, y esos hipócritas les hacen creer que, gracias a esto, sus almas arderán unos días menos en el infierno. Pero el verdadero vínculo con Dios, la elevada conciencia de ser una criatura divina, ¡eso les está prohibido!*

Como si estuviera dando una disertación frente a un grupo de estudiantes, el analista retomó el discurso:

— *Un arquetipo es una imagen. Y una imagen es la imagen de algo. Una imagen arquetípica es como el retrato de un hombre desconocido. Ignoramos su nombre, su biografía, su existencia en general, pero asumimos que la imagen retrata a una persona real. Encontramos diversas imágenes de Dios, pero no podemos reproducir el original.*

Estoy seguro de que hay un original detrás de nuestras imágenes, pero es inaccesible… ¿Por qué suponer que podemos atrapar a un ser universal en los estrechos límites del lenguaje? Sabemos que las imágenes de Dios juegan un papel fundamental en la psicología, pero no podemos probar su existencia física… Aventurar opiniones fuera de mi alcance sería inmoral desde el punto de vista de mi ética intelectual… Creo que la pregunta de si Dios existe o no es inútil. Cuando la gente dice que cree en Dios, no me sorprende. O bien sé una cosa y entonces no necesito creerla, o lo creo porque no tengo la certeza… No necesito creer en Dios, lo conozco… Cuando digo que no necesito creer en él porque lo conozco, quiero decir que se trata de un factor desconocido en sí mismo, al que llamo "Dios", y lo evoco cada vez que siento ira o miedo… Cada vez que me hallo frente a alguien o algo más fuerte que yo. Dios es un nombre idóneo para cualquier emoción arrolladora que brote en mí. Con este nombre designo todo cuanto surge en mí violenta y ciegamente, todo cuanto desbarata mis ideas y altera el curso de mi vida para bien o para mal. Doy a la fuerza del destino el nombre de "dios", ya que soy casi mi destino, sobre todo cuando éste toma la forma de la voz de la conciencia, un vox Dei con el que puedo incluso conversar y discutir… Pero sería una inmoralidad intelectual pretender que mi concepto de dios es el ser universal y metafísico que todos conocemos. Tampoco afirmo con arrogancia: "Dios es necesariamente bueno". Tan sólo mi experiencia es buena o mala. Sé que la voluntad suprema trasciende la imaginación humana. Dado que conozco la existencia de una voluntad suprema en mi propia psiquis, conozco a Dios, y si me atreviera a cometer la ilegítima hipóstasis de mi imagen, diría: un Dios más allá del bien y del mal, que reside en mí mismo y en todas partes.

— *Lo que es connatural al género humano es el sentimiento de eternidad* — Hitler parecía entretenido —. *La mente y el alma migran, así como el cuerpo regresa a la naturaleza, y finalmente se reintegra al ser colectivo del mundo. La vida renace eternamente en la vida. En cuanto al "porqué" de todo esto, no necesito estrujarme los sesos; el alma es insondable. Si hay un Dios, no sólo nos da vida, sino también conciencia e inteligencia. Si vivo mi vida de acuerdo con las ideas que me dio, entonces no puedo equivocarme, e incluso si lo hago, sé que actué de buena fe… En el fondo, los nacionalsocialistas somos religiosos. Durante milenios, no existió un concepto unánime de Dios. Pero es la noción más brillante y sublime de la humanidad, que la distingue de los animales, que siempre plantea el "por qué" y el "cómo". Este mundo, tan claro en su manifestación externa, es incierto en su propósito. Y aquí la humanidad se ha inclinado con humildad ante un poder superior, tan maravilloso y profundo que no podemos comprenderlo. ¡Y está bien que así sea! Sirve de consuelo en los malos tiempos; evita la superficialidad y el sentido de superioridad… Queremos que nuestro Volk se mantenga humilde y crea verdaderamente en algo… Cuando decimos que Dios crea el relámpago, en algún sentido estamos en lo cierto. Pero no dirige el rayo, como afirma la Iglesia. La*

interpretación eclesiástica de los fenómenos naturales es interesada. La piedad caracteriza a quien es consciente de su propia debilidad e ignorancia. Quien ve a Dios sólo en un roble o en un tabernáculo, en lugar de verlo en todas partes, no es piadoso. Sigue apegado a las apariencias, y cuando el cielo truena, tiembla simplemente por temor a ser castigado.

— *Ya no está involucrado en la naturaleza y perdió su participación emocional en eventos naturales, que hasta ahora tenían un significado simbólico* — reflexionó el psicoanalista —. *El trueno ya no es la voz de Dios, ni el rayo su misil vengador. Ningún río contiene un espíritu, ningún árbol vive como un hombre, ninguna serpiente es la encarnación de la sabiduría y ninguna montaña alberga un gran demonio*.

Hitler asintió solemnemente y agregó:

— *No sé nada del otro mundo y lo admito. Otras personas saben más sobre esto, y no puedo demostrar que están equivocados. No quiero imponer mi filosofía a una muchacha del pueblo. Aunque la religión no busca la verdad, puede satisfacer a ciertas mentes simples, y eso no lastima a nadie. Todo se reduce al sentimiento de nuestra propia impotencia. En sí misma, esta filosofía no es nociva. Lo esencial es saber que la salvación consiste en el esfuerzo que cada uno hace para comprender la Providencia y aceptar sus leyes… El sentido de la vida interior conlleva un gran enriquecimiento. Debemos extraer el veneno de las religiones.*

— *Olvidamos constantemente cuánto nos hemos alejado de nuestra propia ley interna y esto nos vuelve neuróticos… Sólo es posible vivir como deberíamos de acuerdo con nuestra propia naturaleza. Pero vivimos sólo con el intelecto e ignoramos las leyes del cuerpo y del instinto.*

— *Lo que llamamos creación es probablemente algo inamovible, sólo la concepción humana está sujeta a variaciones. ¿Por qué Dios no le concede a todos la posibilidad de percibir la verdad? Todo hombre medianamente culto sabe que la religión católica interesa a sólo una décima parte de la humanidad… La mayoría del pueblo no se compone de filósofos, y la fe constituye la única base de una ideología moral… Para que la doctrina y la fe puedan abarcar todas las capas sociales, es necesario que la autoridad absoluta que fluye del fondo de esa fe sea el fundamento de su eficiencia.*

— *El dogma es siempre el producto de muchos espíritus y de muchos siglos* — dijo Jung —. *Se ha purificado de todo lo extravagante, de todo lo insuficiente y perturbador de la experiencia individual… En mi opinión, toda teoría científica, por sutil que sea, posee en sí menos valor que el dogma religioso, porque es abstracta y exclusivamente racional, mientras que el dogma expresa una totalidad irracional… El dogma debe su existencia y su forma a las experiencias de la "gnosis" — por ejemplo, el Hombre-Dios, la cruz, la Trinidad,*

etc. — y a la constante colaboración de muchos individuos y siglos… Las imágenes que mencioné no son exclusivamente cristianas. Con idéntica frecuencia las encontramos en religiones paganas, y pueden reaparecer espontáneamente como fenómenos psíquicos. Esas ideas no fueron inventadas; nacieron cuando la humanidad todavía no había aprendido a utilizar el espíritu como instrumento. Antes de que los hombres aprendieran a pensar, los pensamientos llegaron. No pensaron, sino que percibieron su función espiritual. El dogma es como un sueño que refleja la actividad espontánea y autónoma del inconsciente…

Von Franz sabía que el aspecto religioso y espiritual del movimiento los mantendría ocupados. Esperaba a su mentor con un brandy y los dedos listos para pasar al papel el fárrago de ideas que trajera dentro.

— Sin lugar a dudas — observó Marie-Louise —, la Naturaleza ejerce sobre Hitler mayor influencia que Dios, la Providencia o el Destino.

— Está dominado por instintos primitivos e imágenes inconscientes que comprende sólo a medias. Por eso desarrolló concepciones que podríamos llamar "negativas", es decir, a contracorriente de nuestra época. Durante los últimos siglos buscamos dominar la naturaleza, y aunque Hitler considera un deber mandar sobre los hombres, no cree que deban subyugar las leyes naturales.

— Es un intento por justificar sus métodos: debemos someternos a la naturaleza, mientras ejercemos nuestro dominio sobre otros seres vivos.

— En nuestro último encuentro dijo que leyó parte de mi obra…

— ¿Qué? — se sobresaltó Von Franz.

— Empezó hablando del origen de la religión, de mitos y arquetipos. Hizo ciertas alusiones a Wotan y al paganismo, quizá me estaba poniendo a prueba…

Marie-Louise prefería evitar el tema. Algunas declaraciones de Jung habían generado cierto malestar entre sus colegas. Varios habían creído ver cierta simpatía por el régimen en sus entrevistas con Knickerbocker, en sus seminarios y en los artículos de la *Zentralblatt für Psychotherapie*. Ella conocía el episodio con Goebbels y la nobleza del analista. Habían acordado dejar todo eso atrás. Jung notó su expresión y supo lo que pensaba; lejos de inquietarse, buscó distender la tensión.

— Hitler tenía a mano un número de la *Zentralblatt für Psychotherapie*, y estoy seguro de que la alusión a Wotan no fue casual. Ese estallido espectacular que sacudió a toda Europa desconcertó a muchos, a mí incluido. El partido era abiertamente hostil a la iglesia; pretendían reemplazar la terminología cristiana por una especie de fe neo-pagana. Se

trataba de la nacionalización de Dios: Wotan para el alemán y Jahveh para el judío. ¡Por supuesto que era alarmante! Pero… *todo arquetipo contiene lo más profundo y lo más elevado, el mal y el bien… En un comienzo es imposible predecir si los resultados serán positivos o negativos… El arquetipo en sí no es bueno ni malo. Es un numen moralmente indiferente que sólo tras colisionar con la consciencia se decanta en un sentido o en otro, o bien se transforma en una dualidad antagónica. Esta decantación hacia lo bueno o hacia lo malo depende de la actitud humana*. Había llegado a creer que el mal también podía ser la fuente de algún bien. ¿Lucifer no había sido el portador de la luz? Vi en Hitler y en el inconsciente colectivo alemán el renacimiento de Wotan, dios de la tormenta, la guerra y la muerte, pero también de la poesía y la sabiduría. Estaba equivocado. *No se trata simplemente de una integración, sino de una desintegración. Una tormenta no genera integración, sino que destruye todo lo que cede. Es el movimiento que sigue a una larga tensión o quietud, como las aguas que se desprenden después de una larga acumulación. Esto sucederá siempre que las cosas hayan alcanzado cierta parcialidad. Súbitamente, todo se derrumba en una especie de estallido de energía que ha sido reprimida demasiado tiempo. El vapor comienza a chisporrotear y la caldera explota, y eso es Wotan*.

— Wotan es también el oráculo-poeta y sabio, el patrón de las artes e inventor de las runas… ¿Hay posibilidad de equilibrio?

— *Ese lado existe, pero el destructivo salta a la vista; y dado que Wotan es una figura histórica, no podemos esperar que se trate de una progresión. Estoy convencido de que detrás de esto hay algo más, pero no será Wotan. No podría serlo…*

— ¿Hitler encarna otros arquetipo?

— Naturalmente; uno, dos o diez más. Todos llevamos en nuestro interior una cantidad indefinida. Que logremos alcanzar el Sí-mismo, es decir, la integración de todos ellos, dependerá de qué tan satisfactoriamente los integremos.

— ¿Quién podría imponerse en Hitler?

— Wotan está vinculado, en cierto sentido, con Mercurio. Y quien está más estrechamente relacionado con Mercurio es Loki, el dios tramposo. Se entretenía dañando a los otros dioses, conspiró con las fuerzas de la oscuridad y lideró su exitoso asalto a Asgard — Jung tomó un mandala de su carpeta —. Vea, la figura superior del anciano se equilibra con una inferior, que es Loki. El Viejo Sabio representa el arquetipo del sentido o del espíritu, y la figura opuesta es el elemento luciferino mágico. En un primer momento, mi fascinación con el wotanismo en Alemania me había vedado cualquier interpretación mitológica alternativa. Pero creo que Loki captura la esencia de Hitler mejor que Wotan. Al final de mi artículo sobre Mercurio escribí: *"Lucifer, que podría haber sido el portador de la*

luz, se convirtió en el padre de las mentiras, cuya voz, apoyada actualmente por la prensa y la radio, se deleita en orgías propagandísticas y lleva a la ruina a millones de personas”.

— Loki calza perfectamente. Pienso también en Trickster, el “pícaro divino”. Un “*embaucador*” o “*trickster*”: un espíritu, dios o diosa, o una suerte de “*demiurgo*” que ejecuta trucos y desobedece las reglas y normas establecidas.

— Lo vemos claramente en la política exterior del Reich. Trickster pertenece al período vital más primitivo y menos desarrollado. Está dominado por los apetitos físicos y tiene una mentalidad infantil. Nunca va más allá de sus necesidades primarias, es cruel, cínico e insensible. Tal como lo haría un animal (y originariamente Trickster lo es), salta de una travesura a otra. Pero, en el proceso, sobreviene un cambio. Poco a poco, comienza a tomar el aspecto físico de un hombre adulto.

— Otra variable es el Viejo Sabio. Si el arquetipo que posee a los alemanes no es Wotan, la ira y la violencia en el aire no son síntomas distorsionados de un imperativo religioso velado. Esto echaría nueva luz sobre el aspecto religioso de lo que ocurre en Alemania. Aunque sospecho que el Viejo quedó sepultado bajo toneladas de corrupción en la psiquis del Führer.

— *¿Qué es el ”Fausto”? Es un símbolo… la expresión de un efecto primigenio latente en el alma alemana. ¿Alguien que no fuera alemán, podría escribir ”Fausto” o ”Así habló Zaratustra”? Ambos aluden a lo mismo, a algo que vibra en el alma humana, una “imagen primigenia” de la figura del médico y del maestro, por una parte, y la del sombrío hechicero, por otra. De un lado, el arquetipo del sabio, solícito y redentor, y de otro, el del ilusionista, seductor y diabólico. Esta imagen subyace en lo inconsciente, donde permanece dormida hasta que el favor o disfavor de la época la despierta, precisamente en el momento en que un gran error desvía al pueblo del camino correcto. Donde se producen desviaciones se precisa de un conductor o un maestro, e incluso de un médico. El extravío es el veneno que también podría ser remedio, y la sombra del redentor puede resultar destructiva. Estas fuerzas antagónicas operan en el mítico médico: el médico de las heridas padece él mismo una herida, de lo cual Quirón es un ejemplo clásico.*

Los ágiles dedos de la asistente danzaban sobre las teclas. Cada tanto se detenía para darle una pitada al cigarrillo. Wotan, Loki, Trickster, el Ánima, el Viejo Sabio… ¡Y, por supuesto, el “puer aeternus”! “¿Qué?”. Von Franz no había identificado el último.

— El “puer aeternus”.

— ¡Ah! El “niño eterno”. El arquetipo de quien se niega a madurar.

— En cierto sentido, Hitler es un niño que no ha madurado. *Sus opiniones en política exterior serían cómicas si no provocaran un entusiasmo tan peligroso. Estamos asistiendo a una escalada sin precedentes del "puer aeternus", con consecuencias impredecibles... Me pregunto qué es lo que va a salir de esta burbujeante caldera de brujas*.

— A juzgar por los últimos acontecimientos, nada bueno. ¿Qué representa la fuerza de este arquetipo?

— *Todo este nuevo movimiento es característico del "puer aeternus". Es un movimiento de masas, intenso, y nadie sabe exactamente lo que significa. Hay una idea marcadamente mística detrás, pero es principalmente vida y movimiento y lo que implica realmente, incluso los alemanes lo ignoran. Esa psicología también se caracteriza por una relación particular con la mujer. Es principalmente madre, virgen o prostituta, pero nunca "mujer", mientras que en Occidente la mujer sí existe. Si compara la literatura alemana con la francesa o la inglesa, verá la diferencia. El "puer aeternus" tiene todas las cualidades de la psicología adolescente, todo ese anhelo esperanzador. Todavía no están del otro lado, pero de un momento a otro este movimiento conduce a un mundo estático. No sé cuándo, pero seguramente llegará, porque después del "puer aeternus", siempre sobreviene el principio estático. Será un gran acontecimiento y podría llevar mucho tiempo. La pregunta es hasta dónde llegará. Es el arquetipo del hijo contra el padre. Su psicología es exclusivamente masculina, es un mundo de hombres. El mundo de la mujer no existe porque la mujer, como madre, como virgen o como prostituta, es vista desde el punto de vista del hombre. En el mundo femenino habría una mujer, pero en el masculino sólo existe la función, o la mujer como función, en este caso.*

— Hitler tuvo una pésima relación con su padre. Recuerde el testimonio que mencioné: esos valerosos SS sollozando en el consultorio del médico. Otra prueba de la posesión que sufren los alemanes por parte del "*ánima*", y que pretenden disimular bajo una máscara de virilidad. Este también es el origen del rol fundamental de la juventud.

— *La confianza de la juventud alemana me parece algo completamente natural. En tiempos de movimiento y cambio, es de esperar que tome el timón, porque sólo ella tiene la audacia y la fuerza. Es su futuro lo que está en juego. Es su aventura y su experimento. La generación más vieja tiene un lugar secundario, y por experiencia debería saber que este curso de los acontecimientos es necesario. Ellos tuvieron su momento. La distancia entre la generación más vieja y la más joven se debe precisamente a que la anterior no siguió la corriente de los tiempos, y fue envuelta por la tormenta de una nueva época... La generación anterior cometió el error de pasar por alto al hombre real en favor de una idea abstracta del mismo.*

— Los nazis tienen una infatuación con el héroe juvenil. Ahí tenemos una división de élite *SS Juventudes Hitlerianas*, y el culto al “as” que se rinde últimamente entre pilotos, capitanes de submarinos, comandantes de tanques. Cuando llegaron al poder, los líderes del partido eran jóvenes conspicuos. Un exiliado, Karl Otten, señaló: “*Los jóvenes realmente aman a Hitler, es una admiración extática casi ilimitada.*” El mismo Führer afirmó: “*Aquel que gane a la juventud, gana el futuro*”. ¿Qué tanta influencia tiene el “puer aeternus” en Hitler?

— Más de la que debería. Cuando se irrita recuerda a un niño de seis años. En más de una ocasión, en medio de una reunión de importancia, Hitler se ha retirado sin dar ninguna explicación. Iba a su cine privado, a disfrutar de sus películas favoritas. El 20 de abril de 1937 celebró su cumpleaños con una gran parada militar, consolidando la mítica figura del héroe. Es interesante la observación de Shirer. El Führer se mantuvo de pie sobre el podio durante dos horas, con el brazo extendido, “*tan feliz como un niño con sus soldaditos.*” *La peculiar mentalidad de Hitler de estar satisfecho con algunas conquistas y luego querer más no es nada original. Cualquier muchacho la tiene. Cada ladrón siente algo similar tras obtener la gratificación de su deseo... La fuerza de Hitler está en que podría causar una gran cantidad de problemas, como el atracador que amenaza con hacer estallar el banco a menos que se le entregue el dinero. Y también a la vacilación y desconfianza mutua de ciertos líderes democráticos.*

— La totalidad del pueblo alemán quedó huérfano tras la derrota — Von Franz recordaba aquellos años —. La decadencia de las figuras de autoridad tradicionales, como la monarquía, repercutió notablemente en las figuras individuales, como los padres. El desarrollo social que sobrevino debilitó la autoridad del padre y la moralidad burguesa. Vimos cómo la generación más joven obraba a su antojo. Esta generación fue la semilla del nacionalsocialismo. ¿Cree que Hitler representa una figura paterna?

— *No, no, no, en absoluto. No soy capaz de explicar el enigma que Hitler representa. Es demasiado complejo. Él es la figura del héroe, mucho más importante que cualquier padre que haya existido. Él no es ningún padre, es un héroe mitológico teutón. Y cabe destacar, un héroe religioso. Es un salvador, es su destino. Por eso colocan su foto sobre los altares. Por eso alguien declaró en su lecho de muerte que estaba feliz de haber visto a Hitler con sus propios ojos, y que podía morir en paz. Es principalmente un mito heroico.*

— ¿Cómo se origina el arquetipo del “héroe”?

— *El héroe es una figura dotada de fuerza mágica, hace posible lo imposible...* — explicó Jung — *La simbología del héroe surge cuando el ego necesita fortalecerse, cuando la consciencia necesita ayuda en alguna tarea que no puede realizar por sí misma o sin recurrir al inconsciente.* El “héroe” y la “sombra” se entrecruzan en el desarrollo del ego. El primero

promueve un Yo sólido y se libra del complejo edípico, mientras que la segunda es un producto de toda la represión necesaria para alcanzar el ideal del Yo. El "héroe" busca que el adolescente madure y está influenciado por modelos externos. Pero esto también representa un riesgo, porque el halo "numinoso" arquetípico puede proyectarse sobre un líder político. El "héroe" no es siempre una figura positiva: puede superponerse con la "sombra". A menudo los criminales son héroes fracasados. Parte de la "sombra" está formada por las funciones inferiores del individuo. Ésta tiene una gran energía emocional primitiva acumulada, que puede sobrepasar la conciencia. Es una combinación particularmente peligrosa cuando está hermanada con otras energías arquetípicas, y empeora si actúa donde la conciencia ya se encuentra debilitada.

— Es decir que la "sombra" puede entorpecer el camino del "héroe". En este caso, el ascenso de Hitler es el resultado del complejo de inferioridad latente en el inconsciente colectivo alemán. Ese es también el origen del áurea mesiánica proyectada sobre él.

— *Si no es su verdadero Mesías, es como uno de los profetas del Antiguo Testamento: su misión es unir a su pueblo y conducirlo a la Tierra Prometida. Esto explica por qué los nacionalsocialistas tienen que combatir toda forma de religión distinta a su propia marca idolátrica. Estoy seguro de que la campaña contra la iglesia proseguirá con un vigor implacable, porque quieren reemplazarla por la nueva fe del Hitlerismo… Ningún valor psíquico puede desaparecer sin ser sustituido por otro equivalente en intensidad. Puede quitarle al hombre sus dioses, sólo si les da otros.*

— ¿Cree que el hitlerismo pueda convertirse en una religión? Quizá algo parecido al Mahometismo.

— *Es muy probable. La "religión" de Hitler es la más cercana al Mahometismo, realista, terrenal, prometiendo recompensas en esta vida. Pero también tiene un Walhalla donde los alemanes dignos pueden seguir disfrutando. Como el Mahometismo, el Hitlerismo enseña la virtud de la espada. El mayor deseo de Hitler es empoderar a su pueblo, porque el espíritu del germano merece estar respaldado por la fuerza y el acero. Pero no se trata de una religión espiritual en el sentido común y corriente. Recuerde que en los primeros días del cristianismo fue la Iglesia la que reclamó el poder total, ¡tanto espiritual como temporal! Hoy la Iglesia ya no reclama esto, y la demanda fue asumida por los Estados totalitarios, que exigen no sólo el poder temporal sino el espiritual. El carácter "religioso" del Hitlerismo también está enfatizado por las etnias alemanas repartidas por el mundo, lejos del poder político de Berlín, que lo adoptaron. Por ejemplo las comunidades alemanas en Sudamérica, principalmente en Chile.*

— En Múnich, durante el otoño del 36, se veían afiches que mostraban a Hitler en armadura: una especie de Lohengrin. Al poco tiempo fueron retirados. Quizá el partido

temió manifestar con demasiada crudeza la verdadera esencia del movimiento. Un año más tarde, en Núremberg, bajo la imagen de Hitler podía leerse el famoso versículo: "En el principio fue el verbo...". Sabemos lo que significa el *logos* para el dictador. Un importante comercio sobre Unter den Linden exhibía una fotografía del Führer, rodeada de varias representaciones de Cristo. La periodista americana Dorothy Thompson escribió en "*Good bye to Germany*": "*En Garmisch conocí a un estadounidense, oriundo de Chicago. Había estado en la Pasión, en Oberammergau. 'Estas personas están completamente locas', dijo. 'Esto no es una revolución, es un resurgimiento. Piensan que Hitler es Dios. Lo crea o no, una mujer alemana se sentó a mi lado durante la representación y cuando Jesús fue elevado en la cruz dijo: 'Ahí está él. Ese es nuestro Führer, nuestro Hitler.' Y cuando le entregaron las treinta monedas de plata a Judas, dijo: 'Ese es Röhm, quien traicionó al líder'*."

Mientras la joven pasaba todo en limpio, Jung se acercó a la ventana con aire reflexivo. Súbitamente se dio la vuelta y habló con total convicción:

— *Realmente no importa si asumimos que la tormenta nazi tenga o no un valor religioso. Sin dudas lo tiene. No importa si creemos que el Duce es o no una figura religiosa, lo es. Incluso encontramos esa afirmación en el periódico, donde citaban aquel verso sobre un César: "Ecce deus, deus ille, Menalca!". El fascismo es la forma latina de la religión, y su carácter religioso explica por qué ejerce una fascinación tan tremenda*.

— Es la base de toda religión autoritaria — dijo Von Franz —: Dios es el símbolo de la fuerza y el poder, y el hombre, en yuxtaposición, es frágil e impotente. La religión autoritaria secular sigue el mismo principio. El Führer, "padre", "héroe" o "mesías", o la encarnación misma de Alemania, es objeto de veneración. El individuo se vuelve insignificante, su valor se mide en base a la negación de su propia individualidad. Por lo general, la religión autoritaria plantea un ideal tan abstracto y oscuro que prácticamente no tiene relación con la realidad. Los viejos símbolos son reemplazados por otros, y ante ellos se prosternan tanto las élites religiosas como las seculares.

— Los totalitarismos son la consecuencia de la muerte de Dios — afirmó Jung —. Mussolini proclamaba la "santa religión de la anarquía" y se enfrentaba al cristianismo. Hitler yuxtapone al Dios-Providencia y un Walhalla incierto. Ensalzan lo irracional, el vacío de la violencia, entienden la historia como un devenir azaroso sujeto al poder arbitrario de la fuerza. *El desarrollo psicológico moderno nos ayuda a entender cómo se conforma el individuo. Los dioses del poder y la belleza vivieron en las cumbres de las montañas o en cuevas, bosques y mares. Más tarde se fundieron en un único Dios, que se hizo hombre. Pero hoy parece que hasta el Dios-hombre desciende de su trono para disolverse en el hombre común. Su trono quedó vacío. El hombre moderno sufre de una hybris de la*

conciencia que roza lo patológico. A tal constitución psíquica corresponde la pretensión de totalidad en términos estatales.

— ¿Hitler podría reemplazar a Dios en la psiquis colectiva? — Von Franz se estremeció.

— *El inconsciente crea la idea de un hombre divino, encarcelado, escondido, resguardado, casi siempre sin personalidad… "Dios" es una de las experiencias primigenias del hombre, y desde entonces la humanidad hace grandes esfuerzos por representarla, asimilarla por medio de la interpretación, la especulación y el dogma, o negarla definitivamente. Y siempre terminan por saberse demasiadas cosas del "buen" Dios, lo conocemos tan bien que terminamos por confundirlo con nuestras ideas y creemos que son sagradas sólo porque persistieron miles de años… La divinidad es la persistencia de la idea del yo. El yo que se abstrae de ser afectado es para él lo más importante… Su Dios, su valor supremo, es la abstracción y conservación del yo*. Todas sus insinuaciones panteístas y del *Unus mundus* denuncian una desesperada necesidad de reafirmación. Hitler cree que lo mortal y lo divino se funden y que él mismo es Dios, algo que cree ver corroborado constantemente por los acontecimientos.

— Ese es el origen de su concepto de Providencia y de la íntima convicción de su carácter divino — Marie-Louise redactaba todo con asombrosa rapidez.

— *La divinidad es el universo que no se conoce ni se posee, y Dios aparece como una función del alma. El alma, a su vez, es una función de la divinidad. La divinidad es la potencia creadora omnipresente, que no se conoce a sí misma, ni se posee, algo así como la voluntad de Schopenhauer. Dios aparece como un producto de la divinidad y del alma. El alma, como criatura, lo "expresa". "Es" en cuanto el alma está diferenciada del inconsciente y en cuanto percibe las energías y contenidos del mismo, y muere en cuanto el alma se sumerge en el inconsciente.*

— Hitler no puede concebir una deidad particular. Sólo cree en una energía superior ciega, azarosa e indefinible, es decir, en el inconsciente.

— Lo que él mismo definió como su "voz" — dijo Jung —. En él todo es fachada y apariencia, todo es máscara.

El Nacionalsocialismo había adquirido un aspecto profundamente religioso. ¿Pero qué implicaba eso? ¿*Qué* es la religión? ¿Qué caracteriza la experiencia religiosa? La esencia de la experiencia religiosa era la sumisión del hombre a uno o más poderes superiores, esbozó Jung. Era la observación escrupulosa de lo que Rudolph Otto había llamado el "numinosum", un efecto o existencia dinámicos, independientes de la voluntad. Ese efecto se apodera del individuo y lo dirige. Una vez definida la experiencia religiosa como una especie de posesión, Jung definió el inconsciente como un elemento religioso. El

inconsciente no era meramente una parte de la psiquis, sino una potencia capaz de infiltrarse en la mente del individuo. "*El hecho de que se perciba su voz en los sueños* — afirmó —, *no prueba nada, pues también pueden oírse voces en la calle. Sólo hay una condición bajo la cual podemos llamar legítimamente la voz como propia: cuando se concibe la conciencia como parte de una totalidad.*" La influencia del inconsciente representaba un fenómeno religioso básico. El dogma y el sueño son expresiones comunes de esa posesión por parte de una fuerza extraña. "*Podríamos suponer que la locura representaría un fenómeno altamente religioso*", agregó tras una breve pausa.

— *La religión es una relación con el valor supremo, sea positivo o negativo* — continuó Jung —. *Relación que es tanto voluntaria como involuntaria... Aquel hecho psicológico que posee el poder máximo, obra como "Dios", puesto que siempre es al factor psíquico avasallador al cual se da el nombre de "Dios".*

— ¿Qué caracteriza la experiencia religiosa? — Marie-Louise colocó otra hoja en la máquina.

— *Para mí la experiencia religiosa es real. A través de ella el alma puede ser "salvada", acelerar su integración y de esa manera alcanzar un equilibrio espiritual. El estado de gracia existe: es la serenidad del alma, un equilibrio creativo y fuente de energía espiritual... No hago juicios de valor sobre la experiencia religiosa, creo que un conflicto interior provoca crisis psicológicas, capaces de destruir la integridad del individuo. Este conflicto se manifiesta con las mismas imágenes y el mismo simbolismo que el atestiguado por todas las religiones... El mundo moderno ya no está sacralizado, y por eso está en crisis. El individuo debe redescubrir una fuente más profunda para su propia vida espiritual. Para eso debe luchar contra el mal, enfrentarse a su sombra, integrar al demonio. No hay otra posibilidad.*

— *Sería una experiencia que no puede alcanzarse por el esfuerzo intelectual* — opinó la muchacha —, *sino más bien en una experiencia del ser, que sólo podemos tener aceptando lo inconsciente y la dificultad de vivir el propio conflicto.*

— Para comprender lo que sucede en Alemania hay que analizar la dimensión religiosa de los acontecimientos políticos. La derrota en la guerra generó esa agitación emocional que es el requisito previo para la experiencia religiosa. Ese caos provocó una marcada proliferación de ideas pseudo-religiosas que se extendieron a la política. La lucha en el frente y la posterior violencia callejera originaron una "morbilidad adolescente" conformada por la ira, el miedo, el resentimiento y la auto-compasión. No había lugar para la piedad, el individualismo y la responsabilidad. Este es el arquetipo del orden que surge en tiempos de caos. *Al fundarse las grandes religiones había una desorientación colectiva que invocaba en el inconsciente un abrumador principio de orden (el anhelo colectivo de*

redención). A través de su visión interior y a partir de las necesidades de su tiempo, el profeta discierne la imagen auxiliadora en el inconsciente colectivo y la expresa en el símbolo: porque habla fuera del inconsciente colectivo, habla para todos… Por eso fascina, es "verdadero", válido sólo porque ocupa una situación particular. Si la situación cambia, se necesita una nueva "verdad"… Mientras el símbolo sea la respuesta verdadera y redentora a la situación correspondiente, es verdadera y válida, es "absoluta". Pero si la situación cambia y el símbolo prevalece, no es más que un ídolo, que tiene un efecto negativo, porque no proporciona explicación alguna ni iluminación… Estas estructuras no sólo expresan el orden, también lo crean. Por eso aparecen en tiempos de desorientación psíquica, para compensar un estado caótico.

— Por eso apareció el mesías, Adolf Hitler. ¿No son los congresos en Núremberg una especie de misa pagana? Hitler como gran sacerdote, como profeta y místico, vocero de los dioses. Es un fenómeno chamanístico donde él se alimenta de la energía fanática de sus adeptos. Cientos de miles de hombres uniformados, dispuestos en perfecta simetría y moviéndose como un único organismo, rodeados de símbolos y luces. Mientras tanto, un grupo reducido pero selecto se destaca por su categoría y su ubicación, enfrentado visualmente a las masas como en un espejo.

— *La expresión común de los arquetipos son los símbolos y los rituales… Las representaciones simbólicas religiosas son modos de vincular los procesos inconscientes… Las formas que brotan del inconsciente del líder son declaradas universalmente válidas y sustituyen a las fantasías individuales… La forma en que Cristo presentó el contenido de su inconsciente fue aceptada por todos. Todas las demás fantasías quedaron condenadas a la falta de vigencia y de valor, y fueron perseguidas como heréticas… Es sorprendente la transformación que se opera en el carácter cuando irrumpen las fuerzas colectivas. Un ser humano afable y sensato puede volverse un maníaco. Solemos culpar a las circunstancias, pero nada que no existiera previamente explota en nosotros. Vivimos sobre un volcán, y por lo que sabemos la humanidad carece de medios preventivos contra una eventual erupción. Es bueno predicar la razón y el sentido común, pero ¿qué haríamos en un auditorio lleno de locos o de una masa fanatizada? No son tan distintos, porque al igual que la turba, el alienado es dominado por fuerzas impersonales.*

— Eso pasó a los alemanes, que proyectaron en Hitler la figura del mesías justiciero que les devolverá el honor y la grandeza.

— *Las naciones en una condición de miseria colectiva actúan como neuróticos o incluso psicóticos* — Jung rellenó su pipa —. *Primero se disocian o se desintegran, y pasan a un estado de confusión y desorientación. Como no se trata de una desintegración psicótica individual, la confusión afecta principalmente a las capas conscientes y subconscientes,*

pero no toca el inconsciente colectivo. Al contrario, esa confusión superior produce una reacción compensatoria en él, una personalidad arcaica equipada con fuerzas instintivas superiores. Esta nueva constelación es completamente inconsciente, pero a medida que se activa, se manifiesta en forma de proyección... Esta proyección actúa por transferencia. Así, el médico aparece disfrazado de padre, por ejemplo... Mientras la desintegración no haya alcanzado las capas más profundas, la transferencia no producirá más que la proyección de la imagen del padre. Pero una vez que la confusión alcanza nuevos niveles, la proyección se vuelve colectiva y toma formas mitológicas. Entonces el médico aparece como una especie de hechicero o salvador. En personas religiosas, sería reemplazado por una imagen de Cristo o una presencia divina intangible.

Von Franz esbozó la "experiencia religiosa" nacionalsocialista. Por lo general, la conversión era tomada como un fenómeno "interno". Para muchos la motivación principal detrás de esa experiencia era la trascendencia, un significado y un propósito más allá de ellos mismos. Esto aplicaba a muchos conversos nazis. Buscaban una experiencia de base espiritual y colectiva pseudo-medieval. Muchos describieron su conversión como una experiencia repentina de luz y claridad, de caos transformándose en orden. Habían sentido un renacer, la fe y la esperanza se habían reavivado, y junto a ellas, un embriagador sentimiento de poder. Entonces pretendieron extender su experiencia al resto y despejar el camino hacia el Nuevo Orden. Comprender la naturaleza de esta experiencia pseudo-religiosa era esencial para entender el fenómeno en su totalidad. Johannes Zehfuss dijo que tras el fracaso de Weimar "*buscó contacto con personas de ideas afines*". Georg Klinger afirmó que "*éramos jóvenes buscando un nuevo ideal.*" Heinrich Maxeiner declaró que "*ya en la guerra, mi búsqueda iba tras la claridad... Busqué los poderes que estaban dispuestos a luchar a mi lado por la liberación del Volk.*" Wilhelm Reuter dijo que "*políticamente no adhería a la izquierda ni a la derecha, y con los partidos del medio aún menos. Era y seguiría siendo un buscador.*" Walter Gerwien comentó: "*No me detuve mucho tiempo en la quiebra parlamentaria que había provocado el declive general de Alemania y que sólo había jugado el papel del salvador. Más bien busqué el camino hacia Adolf Hitler.*" De manera similar, Emil Hofmann encontró su nueva identidad en la "comunidad popular nazi." Como muchos conversos, se sintió compelido a difundir el nuevo credo: "*Aquí encontré lo que buscaba, el Volksgenossen alemán y la eliminación de las clases... Comenzó una nueva vida para mí. Mientras que otros perseguían placeres terrenales, yo llevé la nueva idea de boca en boca y examiné todas las almas para sumarlas a esa gran Weltanschauung.*" Ludwig Heck I afirmó que había llegado al partido por la prensa. "*Encontré un íntimo contacto con el espíritu del nacionalsocialismo y mi aspiración era trabajar por él.*" Otro hombre, rememorando los años 20, comentó: "*En ese momento estudié varios escritos de propaganda del NSDAP y me sentí intuitivamente atraído por su espíritu.*" Peter Weber, por su parte, asistió a una reunión y "*me dije a mí mismo que sólo*

este partido podría salvar a Alemania. A partir de ese momento asistí a todas las reuniones; me atrajo a ellas, por así decirlo, un poder mágico." Otro converso echa luz sobre este proceso: "*A través de la propaganda nacionalsocialista conocí el movimiento y asistí a varias reuniones. Sin tener en claro al principio sus objetivos, sentí instintivamente la transformación espiritual que ocurrió dentro de mí a través de la idea liberadora... Más tarde leí el libro del Führer, lo escuché en persona y simplemente creí.*" Nuevamente lo "instintivo" y la fe. Esa especie de hipnosis no era la excepción. Que un escrito pudiera representar un poder semejante probaba la mágica atracción de la retórica arquetípica. No se trataba sólo de la fuerza intelectual del argumento político, sino de algo más. Otro individuo confesó que si le preguntaban por qué había confiado en el partido, no podía decirlo. "*Sólo sé que seguí una voz interior, un impulso que no estaba en condiciones de controlar o rechazar.*" "Voz interior" e "impulso". La creencia de que se obedecía un poder o voluntad superior era un aspecto común entre los conversos. Shirer recordaba sus experiencias en Núremberg: "*Alrededor de las diez de la noche, fui arrastrado por una multitud de diez mil histéricos que se abarrotaron frente al hotel de Hitler, gritando: 'Queremos a nuestro Führer'. Me sorprendió la expresión de los rostros, especialmente en las mujeres, cuando finalmente apareció un momento en el balcón. Me recordaron la apariencia demencial que observé en Louisiana, en algunos 'Holy Rollers' que estaban a punto de emprender el camino. Lo miraron como si fuera un Mesías, sus rostros se transformaron en algo inhumano. Si hubiera permanecido a la vista unos minutos más, creo que muchas mujeres se habrían desmayado.*" Un miembro de las Juventudes, Alfons Heck, se refirió a la oratoria del Führer: "*Entonces su voz se alzó, tomó fuerza y una áspera intensidad sumamente atractiva. Nos alcanzó físicamente, todas sus emociones se reflejaban en nuestras caras. Simplemente nos convertimos en instrumentos en manos de un maestro inigualable*".

— Magnífico material y excelente análisis, Marie-Louise. Ahora pasemos a la liturgia, al ritual y al símbolo.

— Leemos en *Mein Kampf*: "*La organización de nuestras tropas del orden trajo consigo la solución de una cuestión muy importante. Hasta entonces el movimiento no poseía una insignia especial ni una bandera. La ausencia de símbolos suponía inconvenientes no sólo momentáneos, era algo inadmisible a futuro. Nuestros correligionarios carecían de un signo que revelara su pertenencia y que caracterizara el movimiento con una enseña como símbolo, opuesto al emblema de la Internacional. Más de una vez noté instintivamente el significado psicológico que entraña un símbolo. Después de la guerra vi un mitin marxista delante del palacio real. Un mar de banderas, brazaletes y flores rojas daban a esta demostración un aspecto muy imponente. Yo mismo sentía y comprendía la facilidad con*

que el hombre común se deja dominar por la magia seductora de un espectáculo como ese.”

— “El significado psicológico que entraña un símbolo.” ¿Y cuál es el principal símbolo del movimiento?

— La esvástica.

— Hitler dijo: “*Durante 5.000 años, los nórdicos han utilizado runas para expresar simbólicamente un deseo o un pensamiento sagrado. Uno de los símbolos más antiguos es la esvástica, el signo del ciclo sagrado del Sol, y que por lo tanto puede considerarse el símbolo de la ideología de la raza nórdica. Hoy es el símbolo del Tercer Reich.*” Más adelante vuelve sobre el tema: “*El evento más sensacional del mundo antiguo fue la movilización del inframundo contra el orden establecido... Las nociones representadas por el judeo-cristianismo eran inconcebibles para los romanos. El mundo antiguo apreciaba la claridad. Entonces se alentó la investigación científica. Los dioses, para los romanos, eran imágenes familiares... La vida eterna estaba personificada en seres vivos, y consistía en una renovación perpetua. Concepciones bastante cercanas a las que existían entre los japoneses y los chinos cuando la esvástica apareció entre ellos.*” Ahora bien, la esvástica produce un vórtice inclinado hacia la izquierda. En el budismo esto indica lo siniestro, lo dirigido hacia el inconsciente...

— También el color negro parecería anunciar lo oscuro y lo sombrío.

— Posiblemente. En ciertas tradiciones paganas, la esvástica posee dos formas: la dextrógira, hacia la derecha, y la levógira, hacia la izquierda, que es la utilizada por los nazis. Representan el nacimiento y la muerte, respectivamente. La esvástica dextrógira deviene levógira si se la mira desde atrás, lo que parecería indicar que tanto el nacimiento como la muerte son estados relativos, que dependen del observador. Es el símbolo perfecto para simbolizar la idea de lo relativo entre la vida y la muerte.

— Los grandes desfiles y la marcada jerarquía dentro del movimiento evidencian una etiqueta estricta durante las ceremonias. Alguien cercano a Hitler lo citó diciendo: “*En el ámbito privado siempre viviré de manera simple, pero en mi calidad de Führer debo destacar claramente del resto. Si mis colaboradores brillan por las condecoraciones, me distingo de ellos sólo si no llevo ninguna. Necesitamos y debemos crear una decoración impresionante. Progresivamente debemos darle a nuestras celebraciones un estilo que permanecerá en la memoria... En Inglaterra las formas tradicionales, que a simple vista parecen barrocas, conservan su jovialidad. Siguen siendo vitales porque representan costumbres que se han observado durante siglos y sin interrupción.*”

— *Inglaterra y Suiza son todavía tribales* — señaló Jung —. *Conservan sus diferencias y distinciones locales... Hay personas que se impacientan ante tales costumbres. Se equivocan. Estas demostraciones son sanas, son positivas para el inconsciente. Tras la extinción de las instituciones tribales tradicionales, sobreviene el caos, antes de que un nuevo orden sea creado. Es siempre lo mismo. La tribu tiene su jefe personal. Él se rodea de seguidores particulares, que se convierten en una oligarquía. Así se conforma el Estado.*

— También están las runas, vinculadas a Wotan. La *Blutfahne* que llevaban en el 23. Quedó manchada por la sangre de los caídos, y cada vez que aparece Hitler la saluda solemnemente.

— *Todo puede asumir significancia simbólica: los objetos naturales o cosas hechas por el hombre, incluso formas abstractas. Todo el cosmos puede ser un símbolo.*

— El símbolo es la mejor expresión de algo inferido pero ignorado, indefinible. Forma parte del aspecto irracional, del trasfondo místico-religioso del movimiento — dijo Marie-Louise.

— *Sirve para designar la naturaleza oscura del espíritu... El símbolo no encierra nada, no explica, remite más allá de sí mismo, hacia un sentido en el más allá... La creación de símbolos es esencial. Las personas se matan por símbolos... Y su creación es extremadamente importante porque mucho depende de encontrar la fórmula correcta o verdadera para los instintos. Con una fórmula adecuada se puede vivir decentemente... Pero si el símbolo es inadecuado sobreviene una condición neurótica, y habrá una gran conmoción mundial.*

Hitler tenía acceso a un mundo simbólico milenario, que le comunicaba las intenciones subterráneas del pueblo. Y una vez encontrada la llaga, hablaba. Aristóteles opinaba que la creación de imágenes a través de la metáfora representaba la fuerza más poderosa del mundo. Esto explicaba, en parte, por qué Hitler había cosechado tantos éxitos.

— *Como los arquetipos son relativamente autónomos, no pueden ser integrados sólo por medio de la razón...* — continuó Jung — *Cada relación con el arquetipo desata en nosotros una voz más fuerte que la nuestra. Quien habla con imágenes primigenias, habla con mil voces, conmueve, domina, y al mismo tiempo eleva el destino personal al destino de la humanidad. De esa manera libera también en nosotros todas esas fuerzas que han permitido siempre sobrevivir a la más larga noche.*

Marie-Louise acudió otra vez a su archivo. Franz Madre entró en el movimiento cuando tenía catorce años. "*Aunque todavía no podía entender todo, algo dentro de mí me indicaba una pertenencia.*" Otro hombre afirmó: "*Yo siempre fui nacionalsocialista. El nombre del concepto es inmaterial. Hoy sé que era nacionalsocialista incluso antes de que hubiera un*

nombre para esa idea. Hoy, cuando se han establecido el concepto y el nombre, sé que lo soy y que seguiré siéndolo. Nunca hubo ningún tipo de compulsión. No se ejerció ninguna presión exterior sobre mí, ni fue la razón la que dictó esta necesidad. Mi corazón lo ordenó."

— Las imágenes primordiales entran en contacto con el inconsciente colectivo y despiertan al arquetipo — dijo Jung —. Cuando Hitler manipula la esvástica o las runas, actúa como el artista o el profeta: emplea el impacto emocional. Lo repito: quien se expresa con imágenes primordiales habla con mil voces. Esto es lo que busca el poeta, el mártir religioso y el líder mesiánico: la adhesión fanática de la masa. El poeta persigue la belleza; el profeta, el bien común; y el tirano, el poder. Tayllerand advirtió a Napoleón: "Con las bayonetas se puede hacer todo, menos sentarse sobre ellas." Donde hay un símbolo bien empleado no es necesaria la ley ni la policía.

— Lo mismo ocurre con el ritual — agregó Von Franz.

— ¡Naturalmente! *El hombre expresa sus condiciones psicológicas más profundas y fundamentales en el ritual. Es la manifestación de estos hechos psicológicos básicos en la forma del culto. Eso explica por qué no debe alterarse nada en un ritual... No debemos permitir que la razón interfiera... En el pasado el hombre no necesitaba esa comprensión intelectual. Nosotros, los modernos, nos enorgullecemos de ello; pero no es nada de lo que estar orgulloso. Nuestro intelecto es incapaz de entender estas cosas. No estamos lo suficientemente avanzados psicológicamente como para comprender la verdad del ritual y del dogma.* Y esto Hitler lo sabe bien. El periodista americano Louis Lochner dejó constancia del método tras asistir a uno de sus discursos — el analista leyó —: "*Una luz se posa sobre su solitaria figura mientras camina lentamente por el pasillo, sin mirar a los lados. Su mano derecha levantada en señal de saludo, la izquierda en la hebilla del cinturón. Nunca sonríe: es un rito religioso, la procesión del moderno Mesías. Detrás de él están sus ayudantes y hombres del servicio secreto. Pero sólo su figura está iluminada. Cuando llegó a la tribuna, las masas estaban listas para hacer lo que les pidiera. También ellas efectúan una transformación en él. Se electrifica. Parece entrar en trance. Se deja llevar por su propia elocuencia. Regresa a la cancillería agotado físicamente pero revitalizado espiritualmente.*"

— El ritual y el símbolo tienen un rol fundamental en la vida nacional. Al testimonio de Lochner podemos sumar el de Shirer. "*Creo que estoy empezando a entender algunas de las razones del asombroso éxito de Hitler* — leyó la asistente —. *Tomando prestado a la iglesia católica, está restaurando la pompa, el color y el misticismo a la monótona existencia alemana. La reunión de apertura de esta mañana en el Luitpold Hall, en las afueras de Nuremberg, fue un espectáculo más que magnífico. Tenía algo del misticismo y el fervor religioso de una misa de Pascua o Navidad en una gran catedral gótica. La sala*

era un mar de banderas de colores brillantes. Incluso la llegada de Hitler fue dramatizada. La banda dejó de tocar. Se hizo un silencio sobre las treinta mil personas reunidas en la sala. Luego la banda comenzó la marcha de Badenweiler, una melodía muy pegadiza y usada sólo cuando Hitler hace sus grandes entradas. Él apareció en la parte posterior del auditorio, seguido por sus ayudantes, Göring, Goebbels, Hess, Himmler y los demás, y avanzó lentamente por el largo pasillo central. Treinta mil manos se levantaban en señal de saludo. Es un ritual, dicen los veteranos, que se observa en todas las ocasiones. Luego una orquesta sinfónica tocó la Obertura de Egmont de Beethoven. Las grandes luces de Klieg jugaron su papel en el escenario, donde Hitler se sentó rodeado por un centenar de oficiales del partido, del ejército y la marina. Detrás de ellos, la 'bandera de la sangre', la que llevaron por las calles de Munich en el infortunado golpe de estado. Detrás de esto, cuatrocientos o quinientos S.A. Cuando terminó la música, Rudolf Hess, el confidente más cercano de Hitler, se levantó y leyó lentamente los nombres de los 'mártires' nazis: los muertos en la lucha por el poder. Los presentes parecían muy conmovidos. En tal ambiente no es de extrañar que cada palabra de Hitler pareciera inspirada desde lo alto. La facultad crítica del hombre, o al menos la del alemán, desaparece en esos momentos, y cada mentira es aceptada como una gran verdad."

— Ahí lo tiene... — Jung le apuntó con la pipa — *En el ritual estamos cerca de la divinidad, somos divinos*. Hitler pretendió dirigir el imaginario colectivo para generar comportamientos e ideas acordes a su voluntad. Es decir, instauró *rituales*. Los participantes ceden a la influencia de los símbolos, visualizan la "realidad" a la que remiten y se someten a su poder. Por un lado, el símbolo actúa como una materialización de la idea y remite a una existencia real, y por el otro, exige reacciones inconscientes de parte de los asistentes.

— También se manipula el arte — señaló Marie-Louise —. Escultores como Breker y arquitectos como Speer son prueba de ello.

— La arquitectura tiene un carácter semiótico: condensa una serie de contenidos simbólicos — respondió Jung —. El anhelo de Hitler por el Reich milenario queda evidenciado en las monumentales edificaciones de Troost y Speer. Estas construcciones manifiestan deseos de grandeza y dominio absoluto, y buscan impactar al individuo exponiendo su insignificancia. Pretenden subyugar. A la vez, buscan establecer un vínculo con un pasado admirado: el helenismo. Todo esto no es más que un intento de compensación, como la virilidad que pretende compensar al "ánima". A medida que su espacio psíquico declina, Hitler siente la necesidad de ampliar el físico. Pero nada alcanza, porque la inseguridad y la incertidumbre siempre se imponen. El inconsciente siempre le gana la pulseada.

— Tenemos el relato de Shirer — dijo Von Franz —, y esta declaración de Alfons Heck: "*Nadie que haya asistido a un Reichsparteitag en Núremberg puede olvidar su similitud con el fervor religioso. Su intensidad atemoriza fácilmente a los observadores neutrales, pero inflama a los creyentes.*"

— Sí, y es también una demostración de una capacidad extraordinaria para movilizar enormes cantidades de personas. En Núremberg hubo casi medio millón de personas. Fue una clara manifestación de poder. Fue una advertencia. A través de una extraña "liturgia laica", millones de hombres devienen una única fuerza orgánica. ¡Ein Volk, Ein Reich, Ein Führer! Hitler ha dicho: "*Los millones de Alemanes fuera de nuestras filas podrán juzgar que es sólo un espectáculo de poderío político. Significa muchísimo más para millones de combatientes. Una gran reunión personal y espiritual.*"

— A través de la ceremonia el Estado penetra en el ámbito privado del ciudadano — agregó la asistente —. Se asegura un elemento más para controlar a la población, desdibujando los límites entre lo individual y lo colectivo.

— Es uno de los objetivos del movimiento: la "*volksgemeinschaft*", una comunidad nacional orgánica, étnica y moral integrada por miembros de una misma raza, sin castas y con un equilibrio natural preexistente.

Von Franz regresó a los testimonios de Shirer. El periodista relataba: "*Hitler presentó hoy por primera vez su 'Arbeitsdienst', que resultó ser un grupo semi-militar de jóvenes fanáticos altamente entrenados. De pie a la luz del sol, bajo el cual resplandecían sus palas, cincuenta mil de ellos, con los primeros mil descubiertos por encima de la cintura, hicieron enloquecer a los espectadores cuando, sin previo aviso, irrumpieron en un perfecto paso de ganso. Este ejercicio siempre me pareció una exhibición extravagante del ser humano en su estado más indigno y estúpido, pero esta mañana sentí por primera vez el acorde interno que toca en el alma del pueblo alemán. Se levantaron de un salto y gritaron y aplaudieron. Había un ritual incluso para los muchachos del Servicio de Trabajo. Formaron un inmenso coro, y con una sola voz entonaron consignas como: '¡Queremos un líder! ¡Nada para nosotros! ¡Todo para Alemania! ¡Heil Hitler!'*". Más adelante agregaba: "*Otro gran espectáculo esta noche. Doscientos mil funcionarios del partido formaron en el Zeppelin Wiese con sus veintiún mil banderas desplegadas sobre los reflectores, como un bosque de árboles extraños. 'Somos fuertes y nos haremos más fuertes', vociferó Hitler a través del micrófono, sus palabras hacían eco en el silencioso campo a través de los altavoces. En la noche inundada por la luz, apretados como sardinas, los hombrecitos de Alemania que hicieron posible el nazismo alcanzaron el estado más elevado que el germano conoce: el derramamiento de sus almas y mentes individuales — junto con toda responsabilidad personal, toda duda y todo conflicto — hasta que bajo las luces místicas y al son de las*

palabras mágicas del austríaco se fusionaron completamente en una manada germánica. Más tarde, quince mil de ellos organizaron un desfile de antorchas por las calles de Núremberg."

— La gente teme a la libertad porque conlleva responsabilidad y culpa — afirmó Jung —. El mismo Göring ha dicho: "*Yo no tengo conciencia. Mi conciencia es Adolf Hitler.*" *A través del comunismo en Rusia, del nacionalsocialismo en Alemania, del fascismo en Italia, el Estado se hizo todopoderoso y reclamó cuerpo y alma... Primero una oveja, luego otra y muy pronto todo el rebaño se amontona... No quedan derechos, sólo deberes... Y entonces sucedió un nuevo milagro. De la nada vinieron ciertos hombres, y cada uno de ellos dijo, como Luis XIV, "L'etat c'est moi". Ellos son los nuevos líderes... Son como los césares romanos, usurpadores de imperios y reinos... Este proceso de encarnación es particularmente drástico en Hitler. Como individuo es un hombre tímido y amable, con gustos e inclinaciones artísticas. Como hombre, es inofensivo y modesto, y tiene bonitos ojos. Pero viene de Braunau, una pequeña ciudad que ya produjo dos médiums famosos: los hermanos Schneider. Hitler es presumiblemente el tercero y el más eficiente. Cuando el espíritu del Estado habla a través de él, y su palabra es tan poderosa que reúne a millones de personas como hojas caídas de otoño. No hay poder en el mundo que sea capaz de resistir esta fuerza... No es de extrañar que haya una sensación de catástrofe en el aire, como si se hubiera desatado una avalancha que nadie puede detener. El retroceso hacia el hombre colectivo amenaza con sofocar al individuo, sobre cuya responsabilidad descansa al fin y al cabo toda obra humana. La masa como tal siempre es anónima e irresponsable. Los llamados líderes son el síntoma inevitable del movimiento de masas. Los verdaderos líderes de la humanidad son siempre aquellos que son capaces de auto-reflexión... manteniéndose conscientemente alejados del impulso ciego de la masa en movimiento. Pero, ¿quién puede resistir esta fuerza de atracción? Sólo quien está firmemente arraigado, y no sólo en el mundo exterior sino también en el interior.*

— Hitler no pertenece a esa especie de líder.

— Y nunca lo será. Íntimamente desprecia al individuo. Existe en él cierta *orientación retrospectiva, vinculada indisolublemente con la idealización y sobrestimación del pasado... Este estado de opresión de la individualidad no es una conquista reciente, sino un remanente de una época arcaica. No se trata de una nueva opresión de la individualidad, sino sencillamente de la conciencia y de la percepción del poder de lo colectivo... El poder opresor reside inconscientemente en nosotros, específicamente en la mentalidad colectiva del bárbaro. A la psique colectiva le es odiosa toda evolución individual si no sirve a sus fines.*

— Mientras Hitler siga encarnando a la “sombra” del pueblo alemán, y no tenga el valor ni la entereza para emprender el proceso de individuación, no cabe esperar nada bueno.

Jung explicó que el chamán no ejerce su magia en privado. Toda experiencia iniciática busca brindarle un servicio a la comunidad. Si bien el chamán debe transitar ciertas experiencias individuales en soledad (Hitler se retira a Berchtesgaden), el desierto es trasladado al pueblo a través de la ceremonia. Las declamaciones públicas, así como las participaciones comunitarias en los ritos chamánicos, sirven para liberar tensión acumulada y para alcanzar una purificación total.

El fenómeno de masas de los últimos años era un renacimiento de las orgías dionisíacas, en términos nietzscheanos. Dioniso, dios de la noche y el éxtasis, estaba íntimamente relacionado con el Eros.

— *Dionisios significa el abismo de la disolución pasional de toda individualidad en la divinidad del alma primigenia, una experiencia de la que la humanidad cree estar a salvo, hasta que vuelve a desatarse una ola de sangre... Lo dionisíaco es la libertad del instinto, el estallido de la “dynamis”, de naturaleza animal y divina. Por eso el hombre aparece en el coro de Dionisos como sátiro, mitad dios y mitad chivo. Es el miedo a violar el principio de individuación y al mismo tiempo es el “delicioso estremecimiento” de hacerlo. Es similar a la embriaguez, que disuelve lo individual en los instintos colectivos... Todos son uno.*

— Sin embargo, ningún alemán promedio es consciente de todo esto — Von Franz encendió un cigarrillo —. Nadie sabe exactamente lo que está pasando. Simplemente se dejan conducir.

— *La mayoría no elige el camino propio sino el de la conveniencia, y por lo tanto emerge un fenómeno colectivo a costa de la propia integridad. Así como la vida espiritual y social del primitivo era exclusivamente colectiva, el proceso histórico posterior también fue un problema colectivo... Desarrollar la personalidad es una empresa impopular... No es casual que muy pocos hayan emprendieran esta extraña aventura... El hombre común se sorprende cuando alguien elige el sendero abrupto y estrecho que conduce a lo desconocido. Por eso juzgaban que esos hombres estaban locos o poseídos. Que alguien pudiera actuar de distinta manera sólo podía explicarse por medio de una fuerza demoníaca o divina.*

— Cuando habla de Hitler como algo más que un hombre, ¿qué quiere decir exactamente?

— *¿Cómo es posible describir a ese hombre? ¿Cómo describir a un hombre como Mahoma? Es Dios para uno y el Demonio para otro.*

— ¿Como Mahoma? — se extrañó Marie-Louise.

— *No sabemos si Hitler va a fundar un nuevo Islam. Ya está en eso; es como Mahoma. La emoción en Alemania es guerrera e islámica. Están ebrios de un dios salvaje.*

— El pueblo busca, en parte inconscientemente, atrofiar su individualidad, y así evadir toda responsabilidad — Von Franz revisó sus notas —. Dijo que entregan sus destinos al Führer...

— Sí, porque en él ven al Mesías. Existe en el inconsciente de esta gente una marcada tendencia masoquista. Tras la purga del 34, Hitler exclamó: "*Yo era responsable de la suerte de la nación, así que me convertí en el juez supremo del pueblo alemán. Di la orden de disparar a los cabecillas... Y hacer saber que en el futuro, si alguien levanta la mano contra el Estado, merecerá la muerte*." Todos el parlamento se puso de pie y aplaudió. ¡Sorprende hasta qué punto desean ser atemorizados! Observamos lo mismo en el trato de las masas. Desde el comienzo se les dijo: el individuo no significa nada, no es nada. Por supuesto, esto implica renunciar a la opinión, a los intereses y la felicidad personales. "*Gemeinnutz geht vor Eigennutz*." El partido enseña al individuo a renegar de sí mismo en favor de la comunidad.

— Es necesario que las masas se sometan para saciar la sed de poder del "líder" — observó Marie-Louise —. La dependencia que estos hombres tienen del pueblo es innegable. Goebbels escribió: "*A veces uno se siente presa de una profunda depresión. Tan sólo se logra superarla cuando se está nuevamente frente a las masas. El pueblo es la fuente de nuestro poder*."

Jung mordisqueaba la pipa. Otra vez lo abatía una fatiga extrema. El "aura" de su paciente parecía seguirlo a todas partes. Se estremeció al pensar que quizá, poco a poco, Adolf Hitler estuviera encarnando su propia "sombra". Von Franz habló, pero no escuchó la pregunta. Pidió que la repitiera. ¿En qué consistía el aspecto espiritual del Nacionalsocialismo?

— *La conciencia necesita cierto espíritu para permanecer consciente. El espíritu es un concepto muy peculiar que perdió su carácter original, pero la historia de la palabra nos revela su origen. La palabra griega "pneuma" y la palabra latina "spiritus" significan viento, lo mismo que la palabra latina "animus" y la griega "anemos". "Pneuma" sigue siendo el término ortodoxo griego para el Espíritu Santo, que es el viento sagrado, un movimiento, una fuerza. Y "Geist" significa brotar, es una especie de entusiasmo, una condición emocional... Ese era el espíritu, pero para nosotros es una especie de creencia o idea sin fuerza... Ese poderoso viento se ha ido... En un principio era Dios... Entonces se hizo visible o audible... y la gente lo recibió. Pero más tarde se convirtió en una organización, y el efecto*

se perdió. El impulso creativo termina con la creación, y por un tiempo ya no hay impulso, hasta que nos libramos de lo creado. Si uno se apega a una creación particular, no creará nada más. El mundo está absolutamente vacío de espíritu... ¿Dónde está el espíritu después de alcanzar su objetivo? Se produce un efecto, pero no encontramos ningún vestigio espiritual en él.

— Está en el cuerpo, en la materia... ¡En la sangre! — dijo la joven.

— *Exactamente, porque la sangre es el espíritu líquido de la vida, el trono del alma. Si firmamos un contrato con el diablo, lo hacemos con sangre. El demonio lo exige porque sabe lo que vale; todo lo que se haga con sangre es de una tremenda importancia. Y si el espíritu está en la sangre, ¿qué parte del mundo señalaría para explicar este fenómeno?*

— Alemania.

— *¡Por supuesto, Heil Hitler!* — Jung alzó la diestra burlonamente — *El espíritu en la sangre es el espíritu inconsciente... Entonces un hombre, o una nación, es dirigido por el inconsciente, y se habla de instintos, de raza, de sangre, porque sienten que lo que los dirige y empuja proviene de adentro, del cuerpo. Naturalmente, concluyen que se trata de la sangre... Su filosofía debe ser una filosofía de la sangre. Todo ese discurso sobre la sangre y el acero, ese jugar con fuego, ese deseo bélico, todo eso proviene de esta filosofía de la sangre. Vemos hasta qué punto Nietzsche es un precursor. Pero los alemanes de su generación y las venideras no son tan listos como para aprender esta lección. Simplemente les ocurrió. Y Nietzsche pudo predecirlo porque lo vivió; anticipó a través de su experiencia cuál sería el futuro de su pueblo. El verdadero profeta es el hombre que en su vida personal experimenta el destino de su pueblo y trata de encontrar el remedio para la enfermedad o la miseria de sus semejantes...*

Jung se quedó pensativo, con el ceño fruncido, como si estuviera concentrando todas sus energías en alcanzar alguna meta particular o distinguir algo con claridad. Finalmente habló, con tono fatigado (¿resignado?).

— *Este es un momento extremadamente peligroso, nos enfrentamos a un problema sin precedentes. No puede ser comparado con el primer cristianismo, porque ese movimiento no vino de la sangre, sino de lo alto, de una luz deslumbrante. Aquí no hay luz sino penumbra, los poderes de la oscuridad se están preparando... Ser movido por la sangre significa que uno está siendo impulsado por aquello que descansa en la penumbra... Y si queremos hacer algo al respecto, sería mejor no organizarlo bajo la claridad diurna. Por ser un fenómeno que emerge del crepúsculo, debe ser mantenido en su lugar. No debería ser tratado como una gran organización, más bien debería enriquecer la vida humana y no incomodar... Pero si toma estas energías al máximo y crea un sistema, tiene entonces a la*

Alemania de hoy. Este asunto de la sangre es un problema fundamental, porque hace surgir un orden de cosas que no es un orden, y que no puede convertirse en uno.

Cuarta sesión

“Deutschland siegt an allen Fronten.” El imparable avance alemán sacudía los cimientos del continente. El 14 de junio cayó París. El Führer llamó a tres artistas para que lo acompañaran en su *tour* por la capital francesa: Albert Speer, Arno Breker y Hermann Giesler. París había representado el sueño ideal de su juventud. Afirmaba que una vez allí podría caminar por las calles y encontrar los monumentos más importantes como si hubiera vivido en ella. Al visitarla lo demostró. La noche del 25 de junio, día del armisticio, Hitler y Speer ocupaban una humilde casa en la campiña. El Führer ordenó apagar las luces y abrir las ventanas. Todos se sentaron en la oscuridad, en silencio, entregados al momento histórico que les tocaba vivir. Afuera, un corneta anunció el fin de la lucha. Se acercaba una tormenta; destellos ocasionales iluminaban la escena. Alguien, conmovido, se sopló la nariz. Entonces Hitler habló, suave y sin énfasis: “Esta responsabilidad…” Era el pico de su carrera. El destino de Europa le pertenecía. Poco después ordenó prender la luz y se reanudó la conversación.[4] ¿Qué era todo eso? ¿Un simple juego? ¿Teatro? Una puesta en la que Hitler era a la vez el director, el actor, el público y el escenario. Speer lo miró a través de la mesa, y pensó que por una vez había visto al ser humano en el Führer.

La ocupación de los Países Bajos y de parte de Dinamarca y Noruega impidió que los aliados rodearan el Reich antes de invadir. Como muestra de buena fe, y en contra de los consejos de sus generales, Hitler permitió que las fuerzas británicas atrapadas en Dunkerque se retiraran ilesas. Con ese gesto buscaba forzar a los británicos a firmar la paz. Con la victoria en Occidente, podría volcarse sobre Rusia, ese gigante asiático que le quitaba el sueño.

El general Gunther von Blumentritt explicó: “*Nos habló con admiración del Imperio Británico, de la necesidad de su existencia, y de la civilización que Gran Bretaña había traído al mundo… Comparó el Imperio con la Iglesia Católica diciendo que ambos eran elementos esenciales en el mundo. Dijo que lo único que quería de Gran Bretaña era que reconociera la posición de Alemania en el continente. La devolución de las colonias sería deseable, pero no esencial, y él incluso ofrecería apoyar a Gran Bretaña con tropas donde fuera que lo necesitara.*”

Tras estas proposiciones Churchill asumió el mando, y una de sus primeras medidas fue rechazar a Mussolini como mediador. Él no era Chamberlain y la historia de Múnich no iba a repetirse. El 25 de mayo el embajador italiano en Londres había solicitado una reunión

[4] El recuerdo es de Speer (“*Dentro del Tercer Reich*”).

con Lord Halifax, secretario de Relaciones Exteriores, para discutir la posibilidad de una neutralidad italiana. Bastiani, el embajador, afirmó que el Duce quería negociar un acuerdo "que protegería la paz europea para el siglo." Halifax comunicó la propuesta al Gabinete de Guerra británico. A la mañana siguiente expuso su informe, confiando al Consejo de Ministros que, en su opinión, "tienen que enfrentar el hecho de que ya no se trata de imponer una derrota completa a Alemania, sino de salvaguardar la independencia de nuestro propio Imperio." Churchill no quiso escuchar nada al respecto.

— "No tengo nada más que ofrecer que sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor..." — el Führer imitó los gestos e inflexiones del británico — ¡Ese borracho quiere sacrificar a toda Europa! ¡Y por nada! ¡Por nada!

Estaba furioso. La firmeza del inglés había evaporado el éxtasis de su "paseo" galo. Jung estaba inquieto. Sería necesario zambullirse de una sola vez, golpeando súbitamente y con fuerza. Debía tocar temas delicados para el Hitler-hombre: sus padres, su infancia, sus sueños. ¿Quién era realmente?

— ¡Yo no soy el monstruo de Europa! ¡Es Stalin! ¡Se llevarán puestos el mundo entero si los dejamos! Con el oeste pacificado, marcharía sobre Rusia y todo acabaría en un instante. *Cuando se haya eliminado el peligro comunista, volverá el orden normal de las cosas...*

— ¿Qué busca en Rusia? — dijo Jung.

— *El que gane esta guerra no tendrá que preocuparse por hacer malabares económicos. Se lucha por la posesión del suelo... El que no posee riquezas naturales se derrumba. La fecundidad de la tierra es limitada y sólo un cuarto de la superficie del globo está a disposición de la humanidad. Por eso luchamos.*

— ¿No teme repetir la suerte de Napoleón?

— Napoleón quiso conquistar el mundo y fracasó, pero yo no fracaso — resonó la voz profunda del dictador —. Iremos al choque con Rusia tarde o temprano; atacar es una necesidad preventiva. Sabemos que en el Kremlin se proyecta una gran invasión. Yo mismo informé al pueblo lo que hubiera sido el avance ruso. En ese momento Alemania sólo tenía unas cuantas divisiones en las fronteras. Cualquiera entiende las consecuencias de una conquista como esa. Aunque el rápido éxito en el oeste disolvió la esperanza soviética de ver agotada a Alemania, no se darán por vencidos. Simplemente están demorando el ataque.

Jung tendría que guiar la sesión. Esta vez Adolf Hitler hablaría de Adolf Hitler. No de Alemania, ni de los rusos, ni del honor, ni de los judíos, ni de la raza, ni de la sangre, ni del

Volk, sino de él mismo. Tendría que exponer a la *persona*, al hombre que debía habitar en él. Pero, ¿había alguien detrás de la máscara? ¿Existía Adolf Hitler?

— Herr Hitler — el analista preparó el terreno —, hábleme de sus padres, de su infancia, de Viena y de sus sueños…

— Qué curioso es usted… — Hitler lo interrumpió — El mundo tiembla y quiere que le hable de mis padres y de mis sueños.

Hitler tomó asiento y se cruzó de piernas, algo atípico en él. Bajó la mirada y la clavó en una esquina, a su derecha.

— No hay mucho que decir.

— Hábleme de su padre.

— Mi padre era un típico burgués, trabajador, algo egoísta y autoritario, y buen amigo del vino. Era un hombre simple que amaba la vida. Su única pasión, por fuera del trabajo, era la apicultura. Pasaba mucho tiempo entre sus colmenas.

— ¿Tuvo conflictos con él?

— ¿Conflictos? La lucha es la esencia de la vida, doctor. Su estrechez intelectual de burócrata chocaba con mi sensibilidad artística. *En ocasiones solía decirle: "Padre, piense que…" Pero me interrumpía de inmediato: "No tengo necesidad de pensar, soy un oficial"*. Mi indolencia en la Realschule fue un intento de demostrarle que no lo dejaría controlar mi vida. ¡Yo quería convertirme en pintor!

— ¿Qué recuerda de esa época? ¿Quién era entonces?

— *Creo que ya ejercitaba mis dotes oratorias en acalorados altercados con mis compañeros. Era un pequeño caudillo, que aprendía bien y con facilidad, pero difícil de tratar* — mintió Hitler —. *Cuando recibí lecciones de canto en el coro parroquial me extasié ante las pompas de los servicios. Así como mi padre vio en el párroco de la aldea el ideal de vida más alto, a mí el abad me pareció mejor. Al menos por algún tiempo. Mi padre no concordaba con mis ideas juveniles… Opinaba que yo sería y debía ser funcionario público. Su amarga juventud lo llevó a considerar que el éxito en la vida era el resultado de una férrea disciplina y de la propia capacidad de trabajo… La idea de oponerse a lo que para él era el objetivo de toda una vida, le parecía inconcebible. La resolución de mi padre era simple, definida, nítida. Y le parecía algo intolerable entregar la última palabra a un joven inexperto e irresponsable… De él dependía el futuro de su hijo. Pero las cosas iban a tomar un camino diferente. Por primera vez en mi vida, a los once años, me opuse a mi padre. Si él era inflexible en su propósito, yo no era menos irreductible y porfiado para rechazarlo.*

¡No quería convertirme en funcionario! ¡Nunca, de ninguna manera, sería funcionario público!

— Entonces ese fue el primer enfrentamiento con su padre. Él deseaba verlo convertido en funcionario, y usted quería seguir una vida artística.

— *¡Era una resolución inexorable! Yo tenía trece años. Un buen día me di cuenta de que tenía vocación para la pintura. Mi talento para el dibujo estaba tan fuera de duda, que indujo a mi padre a inscribirme en la Realschule. Cuando me preguntaron qué profesión deseaba seguir y dije querer ser pintor, mi padre se quedó mudo. "¡Pintor! ¡Artista!"*

— Es un problema común entre los jóvenes. Sólo tras la muerte simbólica del padre puede nacer el hombre.

— *¿Considera necesario enseñar geometría, física y química a un muchacho que quiere dedicarse a la música? Si no está dotado para estas disciplinas ¿qué retendrá? Es ridículo hacer tragar a la juventud nociones parciales que no logra asimilar... El nacionalsocialismo sostiene que uno debe elegir una ocupación por estar predispuesto a ella por sus aptitudes, y no por estar predestinado por nacimiento... No debemos limitar a los individuos. Por el contrario, debemos prevenir todo lo que pueda evitar su desarrollo.*

Viendo que Hitler comenzaba a desviarse, Jung volvió a su padre, Alois.

— Dijo que su padre era "buen amigo" del vino. ¿Era usual verlo borracho?

El Führer se puso de pie abruptamente y apoyó las manos sobre el escritorio, inclinándose levemente en dirección al psiquiatra. Jung no pestañeó; conocía bien las técnicas del líder. Hitler se acercó al gran globo terráqueo que Charlie Chaplin usaría para ridiculizarlo. Regresó sobre sus pasos y comenzó su acostumbrada caminata alrededor del analista. La bestia acechando a la presa. Hitler habló.

— Se quedaba en la taberna hasta muy tarde. ¡Cómo se angustiaba mi madre! Me mandaba a buscarlo. Más de una vez tuve que esperarlo, suplicándole hasta que lograba ponerse de pie, y lo llevaba a casa. *Cuando llegaba... borracho y brutal, que Dios tenga piedad de las escenas que seguían. Presencié esto cientos de veces, con disgusto e indignación...*

— ¿Hubo maltrato físico?

— Una vez pateó al perro.

— Quiero decir sobre usted. O sobre su madre.

— Alguna vez quiso darme una buena paliza. Pero mentiría si dijera que yo era totalmente inocente…

— El maltrato físico no puede justificarse. La violencia, a corto y largo plazo, sólo engendra más violencia. Se devora a sí misma.

— Y aun así, no sería quien soy de no haber recibido alguna que otra tunda. Nunca amé a mi padre, y en consecuencia le temía. Los castigos eran frecuentes. ¿Conoce a Karl May? Sus novelas me enseñaron una valiosa lección: los fuertes soportan el dolor sin chistar. No gemí ni derramé una lágrima cuando me azotaba. Simplemente contaba los golpes… *Eins… Zwei… Drei…* Una vez conté hasta 32. Al ver que no podría doblegarme, dejó de castigarme. ¡Pero yo no era ningún santo! Una vez huí de casa y cuando mi padre me encontró estaba construyendo una balsa para huir por el Danubio. Esa vez casi me mata… — Hitler miró hacia abajo, a la derecha, y se estremeció.

— ¿Qué recuerda de su madre?

— *Siempre fue atenta y cariñosa… Hubiera fracasado en nuestra sociedad actual, llena de mujeres educadas. Vivió para su marido y para sus hijos. Ese era su mundo. Pero le dio un hijo a Alemania.* Cuando enfermó de cáncer, yo me encontraba en Viena. Regresé y la cuidé hasta el final. Su muerte fue como caer en un abismo oscuro y profundo. *Este amargo desenlace cerró un largo y doloroso período de enfermedad; el golpe me afectó profundamente. A mi padre lo veneré, pero por mi madre sentí adoración.*

— ¿Qué hizo tras la muerte de su madre?

— Me trasladé a Linz. Guardo un buen recuerdo de ese período de mi vida. Siempre me habían fascinado las antiguas leyendas germánicas. Gustav Schwab era uno de mis autores favoritos, y cuando estaba enfermo en cama me sumergía en ese mundo mítico.

— ¿Ya sentía predilección por la música?

— En Linz asistía a la ópera siempre que podía, en compañía de Kubizek, un amigo de esa época. Fue la primera vez que vi *Rienzi*, de Wagner.

— ¿No utilizan la obertura para ambientar los congresos en Núremberg?

— ¡Suena cuando hago mi entrada!

— ¿Qué la hace especial?

— *No es una cuestión puramente musical. A los 24 años, este hombre, el hijo de un posadero, convenció al pueblo romano para expulsar a los corruptos del Senado*

recordándoles el magnífico pasado del Imperio. Escuchando esta música en el teatro vi que también yo tendría la misión de unificar el Imperio Alemán, devolviéndole su grandeza.

— ¿Una visión?

— Así lo creo.

— Quizá un antecedente o primera manifestación de su "voz".

— Probablemente.

Jung pasó a la infancia de Hitler, a sus estudios, al rol que había jugado la religión, a su posterior inclinación artística. ¿Quién era Adolf Hitler? ¿Existía? ¿O había existido? Jung acababa de decir: "Toda alucinación es una expresión directa del inconsciente colectivo."

La mirada del dictador había recobrado la frialdad y el brillo que le eran característicos.

— *Me gustaba mucho ir a la catedral* — dijo —. *Iba para admirar la arquitectura. Alguien debió informar a Schwarz de mis visitas y pensó que se trataba de una razón de conciencia. Yo sentía un gran respeto por la majestad del lugar. Un día, saliendo, me topé con Schwarz. "¡Y yo que te creía un alma perdida! Veo que no es así." Era un momento en que su opinión no me daba igual; estábamos en vísperas de exámenes. Entonces le seguí la corriente. No sabía qué pensar de mí y eso lo contrariaba. Yo había leído a los librepensadores, y él lo sabía. Cuando me enfrentaba con él, lleno de conocimientos científicos mal digeridos, se volvía loco.*

— ¿Qué otros profesores recuerda?

— *Uno, Koenig, había sido inspector de calderas de vapor. Una explosión le produjo un defecto en el habla y no podía pronunciar la 'h'. Cuando pasó lista hice como si no oyera y no contesté. Insistió varias veces, pero sin resultado. Cuando supo quién era yo, me preguntó por qué no contestaba: "No me llamo Itler, sino Hitler'* — una sonora carcajada resonó en el despacho.

Jung preguntó si bebía. Sabía perfectamente que era abstemio, pero debía poner al Führer a hablar de Adolf Hitler.

— *No me gusta el vino... De joven intenté beberlo, pero a no ser que le añada azúcar no puedo tragarlo... Además, hace ver la vida de color rosa. Y un juicio no puede ser imparcial si no es concebido por un espíritu frío.*

— ¿Fuma?

— *¡En Viena conocí la miseria! Pasé meses sin una comida caliente. Vivía con leche y pan duro. Pero gastaba trece kreuzers diarios en cigarrillos. Fumaba de veinticinco a cuarenta por día… Un día calculé que con cinco kreuzers podía comprar mantequilla. Tiré mis cigarrillos y no volví a fumar… Hoy aprecio lo que dijo Goethe: no existe un hábito más repulsivo que fumar… No es para gente como nosotros, empeñados día y noche en la responsabilidad.*

— ¿Pesca? ¿Caza?

— ¡Qué espanto! — Hitler cerró los ojos —. Yo no tengo vida privada, ni puedo tenerla. *No puedo ir a donde quisiera y no quiero ir a donde podría. Si yo aceptara una invitación, la dueña de casa me haría mil preguntas. Y siendo su huésped, no podría rehusarme… Por eso me mantengo al margen.*

— ¿Siempre fue así?

— *En mi juventud era bastante solitario, y me iba muy bien. Desde entonces cambié mucho, ya no puedo soportar la soledad. Lo que más me gusta es cenar en compañía de una mujer. Y antes que quedarme solo en casa, prefiero ir a cenar a la Osteria.* Pero no siempre lo consigo.

— ¿Qué puede decirme de Viena?

— *Viena es el vivo recuerdo de la época más amarga de mi vida… Esa ciudad encierra cinco años de miseria. Trabajé primero como peón y luego como pintor, para ganar tan poco que no alcanzaba a mitigar el hambre… Si compraba un libro, exigía un sacrificio. Una entrada para la ópera significaba días de privación… Sin embargo, aprendí más que en cualquier otra época de mi vida… Mi único placer era la lectura… Leía mucho en mi tiempo libre… En aquellos tiempos me formé un concepto del mundo… Los años de experiencia que debo a la pobreza son una bendición para la nación alemana. En un aspecto, la carencia en la que viví no me dejó ninguna marca. Vivía en los palacios de la imaginación. Concebí los planes para el nuevo Berlín.*

"Vivía en los palacios de la imaginación. Concebí los planes para el nuevo Berlín." Paranoia pura. Previo a la reacción, el paranoico se muestra introvertido y marginado. Lo acosan fuertes sentimientos de inferioridad y culpabilidad que no logra explicar. No se atreve a manifestar una reacción, porque en el fondo teme tener éxito. Mientras tanto vive todas sus fantasías y ambiciones secretas interiormente.

Jung se fijó en la pequeña biblioteca. Hitler había mencionado su amor por la lectura, y él sabía que la biblioteca de un hombre era una confesión. No sólo contiene lo que es, sino

lo que hubiera querido ser. Sabía que Hitler había leído los Edda, el Rig-Veda, los Upanishads, la Bhagavad-gītā, el Avesta, el *Libro Egipcio de los Muertos*.

— Dijo que los libros fueron una parte importante de su vida, junto a la música.

— *Cuando uno da, también debe tomar, y yo tomo lo que necesito de los libros... La lectura no es un fin, sino un medio. Debe ayudar a formar el espíritu, despertar inclinaciones intelectuales. Debe proveer el material que cada uno necesita en su profesión... Debe proporcionar una idea general del mundo... Me esforcé por leer con método y tuve a mi favor la memoria y la razón... Quien posee el arte de la buena lectura concentrará su atención en todo lo que merezca ser conservado... Sólo así la lectura tiene sentido y finalidad.*

Jung volvía con la mirada a la pulcra y ordenada estantería. Hitler lo miraba fijamente. Con un gesto de la mano, el analista señaló la biblioteca. "Bitte". Jung se aproximó y comenzó a inspeccionar los volúmenes. Hitler, sólo una voz a sus espaldas, explicó que poseía una biblioteca muy completa: miles de volúmenes sobre los temas más variados. La mayoría estaban en Berchtesgaden, su retiro alpino. Jung sonrió levemente[5].

— *Don Quijote...*

— Uno de las joyas de la literatura universal, junto a "*Robinson Crusoe*". En éste veo *la evolución de toda la historia de la humanidad. "La cabaña del tío Tom"* y *"Los viajes de Gulliver"*, *cada uno constituye en sí mismo una idea grandiosa...*

El analista reconoció las obras completas de Shakespeare, publicadas en alemán por Georg Müller en 1925. El volumen seis, encuadernado en cuero marroquí, ostentaba un águila dorada flanqueada por las iniciales "A. H.".

— Creo que Shakespeare es superior a Goethe y a Schiller — dijo Hitler —. Su imaginación se alimentaba de las fuerzas proteicas del incipiente imperio, mientras nuestros dramaturgos malgastaban su talento cantando crisis personales y rivalidades entre hermanos.

¿"*Fausto"* era una crisis personal? ¿"*Los bandidos"* relataba rivalidades fraternales? Jung pasaba de un libro a otro. Había una traducción alemana de "*El judío internacional: el*

[5] Las obras y las ediciones mencionadas formaron parte de la biblioteca personal de Hitler. Los aliados hallaron muchos ejemplares ocultos en una mina de sal. Algunos fueron destinados a la Brown University, en Rhode Island, otros fueron enviados a Moscú. Los pasajes que Jung ve resaltados también respetan la realidad histórica. Las indicaciones pueden verse de puño y letra de Hitler en los originales. Una de mis principales fuentes fue el detallado estudio de Timothy W. Ryback en "*Los libros del gran dictador. Las lecturas que moldearon la vida y la ideología de Adolf Hitler*."

principal problema del mundo", el tratado antisemita de Ford. Una edición de 1917 del "*Peer Gynt*" de Ibsen. Estaba también el idolatrado Karl May.

— *El primer Karl May que leí fue "Los ladrones del desierto". ¡Quedé impresionado! Me zambullí de inmediato, lo que provocó un claro descenso de mis notas escolares* — admitió Hitler.

El analista tomó un hermoso tomo de "*Worte Christi*", con el título en oro sobre una cubierta crema de piel de becerro. Entretanto Hitler fue hasta donde estaba Jung. Se detuvo a pocos centímetros, con las manos cruzadas sobre la ingle, y quedó petrificado en esa posición.

Jung revisó el índice. "Creencia y oración", "Dios y el reino de Dios", "Sacerdotes y sus prácticas religiosas", "El mundo y su gente". Saltó la introducción y sondeó el volumen en busca de cualquier signo, subrayado o anotación. Había un señalador de seda entre las páginas 22 y 23, que contenía un relato de la "última cena" según San Juan. Las páginas siguientes mostraban un único aforismo: "Cree en Dios" (en la 31), "No tengas miedo, simplemente cree" (52), "Si crees, todo es posible" (53), y así sucesivamente, hasta la 95. En esa página vio una significativa sentencia: "Muchos son llamados, pero pocos son elegidos". En la página 241 leyó: "Debes amar a Dios, tu Señor, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu espíritu: este es el principal y más importante mandamiento. Otro es igual de importante: ama a tu prójimo tanto como te amas a ti mismo." Junto a este pasaje había una línea, hecha a lápiz. La única marca en todo el libro.

— Tiene las obras completas de Fichte.

— Fue un regalo de Riefenstahl.

— ¿Comparte su filosofía?

— Prefiero sus películas — Hitler rió de su propio chiste — Fichte podría ser señalado como el precursor filosófico de nuestro movimiento, incluso antes que Nietzsche.

Jung vio la dedicatoria: "*Meinem lieben Führer in tiefster Verehrung, Leni Riefenstahl*". Fichte hablaba de la Santísima Trinidad, definiendo al Padre como "una fuerza universal natural", al Hijo como la "encarnación física de esta fuerza" y del Espíritu Santo como la "luz de la razón". Hitler no sólo había subrayado el pasaje, sino que había agregado una gruesa línea vertical en el margen y un signo de exclamación a un lado.

Hitler, como todos los hombres, buscaba un camino hacia lo divino. Fichte preguntaba: "¿De dónde sacó Jesús el poder que ha sostenido a sus seguidores durante toda la eternidad?" El Führer había subrayado la respuesta: "A través de su absoluta identificación con Dios". Más adelante destacaba un párrafo breve pero revelador: "Dios y yo somos Uno.

Expresados simplemente en dos frases idénticas: su vida es mi vida; mi vida es la de él. Mi trabajo es su trabajo y su trabajo es mi trabajo".

Jung vio un libro con título y autor desconocidos. Era una edición de bolsillo de 1923: "*Magia: historia, teoría y práctica*", de Ernst Schertel. Sobre la primera página había una dedicatoria: "*Adolf Hitler, con dedicada veneración, el autor*". Schertel identificaba ciertos elementos dentro del mundo mágico: el éxtasis, la imaginación y el sentimiento. En el primero, el sujeto ingresaba en un estado de trance, de "éxtasis", "posesión" o "sonambulismo". El autor afirmaba: "Originalmente, la profecía significaba simplemente 'hablar mientras uno se deleitaba con Dios', y esto ya demuestra que para este tipo de magia, la fusión con el demonio, es decir, el éxtasis (trance) fue visto como una pre-condición necesaria tanto como con cualquier otro tipo de magia". La segunda instancia, la imaginación, permitía modificar la realidad. Schertel decía: "El hombre con la imaginación más poderosa está al mando del mundo y crea realidades de acuerdo con su voluntad, en lugar de ser esclavo de un empirismo sin cuerpo ni alma". La magia era presentada como un esfuerzo autógeno de poder sobre la base imaginativa, y la realidad era una imagen o apariencia de los poderes esenciales más profundos del hombre. Observar la verdad no era un proceso de "representación" sino de "construcción". El sentimiento era el tercer y último elemento. Era preciso que el ejecutante desarrollara una "sensación corporal" a través de ciertos "ejercicios". Schertel mencionaba dos tipos: uno "sensual" y otro "articular". "Las prácticas sensuales — decía — representan una escucha pasiva en el cuerpo, y por lo tanto, se producen preferentemente fuera del estado de relajación. Las prácticas articulares, por otro lado, representan un empuje y flexión violentos, casi mecánicos, de las articulaciones individuales o de todo el cuerpo." El suizo pensó en los discursos del Führer, en el tiempo que dedicaba a estudiar a sus audiencias, a canalizar la voz inconsciente de sus oyentes y a pulir su retórica.

Pasó las páginas en busca de anotaciones. Hitler se paseaba a sus espaldas y silbaba *Who's Afraid of the Big Bad Wolf?* Lo que encontró confirmó sus sospechas. Algunos de los pasajes señalados decían: "Lo que llamamos alma es la suma de todas las energías del mundo" y "A través de nuestro cuerpo fluyen las energías universales". "El servir enaltece, pero el dominar enaltece aún más", "El horror siempre acecha en el fondo del mundo mágico y todo lo sagrado siempre está mezclado con el horror", "Nuestro demonio está luchando, y lo hace con dolor y dificultades. Debemos sufrir con él a fin de compartir su victoria", "Satán es el principio…", "Satán es el guerrero fertilizador, destructor-constructor", "Aquel que no lleva dentro de sí semillas demoníacas, jamás alumbrará un nuevo mundo", "Pero esto es magia, y sobre esta base podemos crear realidad donde no la hay", "La realidad se compone sólo de Espectros, incluso si la realidad de esta imagen

‘demoníaca’ es un engaño que debe ser desechado. Las imágenes falsas son necesarias para el reconocimiento de la verdad.”

Servir enaltecía, Hitler lo había comprobado en las trincheras; pero dominar enaltecería más. Quizá pudiera percibir a su yo consciente luchando contra la oscuridad inconsciente, esforzándose por volverla luminosa. O quizá hubiera unido fuerzas con esa oscuridad, y el conspirador interno había ganado. ¿Qué eran esas “semillas demoníacas”? “*Ningún árbol puede crecer hasta el cielo a menos que sus raíces lleguen al infierno*”, pensó Jung. “*Lucifer, que podría haber sido el portador de la luz, se convirtió en el padre de las mentiras. Y su voz, apoyada por la prensa y la radio, se deleita en orgías propagandísticas y arruina a millones de personas.*” La necesidad de crear “imágenes falsas” a fin de alcanzar la verdad... Ese era el campo por excelencia de Goebbels. “*La realidad consta de imágenes... vivimos en un mundo de imágenes...* — reflexionó — *Aunque los llamemos figuraciones o delirios, no dejan de tener eficacia... Mayores que todos los peligros físicos son los efectos de las ideas delirantes... Las fuerzas universales que gobiernan a toda la humanidad son factores psíquicos inconscientes... Estamos dominados por un mundo creado por nuestra alma.*”

El analista devolvió el libro a su lugar. Hitler estaba reclinado sobre su escritorio, con la mirada fija en la alfombra, como un muñeco al que se le había acabado la cuerda. No había dudado al hablar de su vocación de juventud: la pintura. ¿Qué significaba el arte para él?

— ¿Qué quiere decir? — la pregunta pareció tomarlo por sorpresa.

— Podría decirse que el arte fue la chispa que despertó su primera rebeldía.

— *Nada me entristeció tanto como el haber nacido en una época que parecía reservar la gloria para comerciantes y funcionarios... Riqueza y pobreza son conceptos relativos. Quien sólo piensa en cosas materiales, siempre será el más pobre... Antes de acostarme, leo sobre arquitectura, estudio cuadros, me intereso por cosas completamente diferentes a las que me ocupan durante el día. Sino, no podría dormir. Querría vagabundear por Italia como un pintor desconocido...*

— ¿Cambiaría su destino por el de un pintor anónimo? — Jung dejó de escribir y miró a Hitler.

— *Fue contra mis propias inclinaciones que me dediqué a la política. Es un medio para un fin. Algunos suponen que me entristecería abandonar mi actividad. El mejor día de mi vida será aquel en el que deje atrás la política. Cuando termine la guerra, y crea haber cumplido con mi deber, me retiraré. Me gustaría dedicar cinco o diez años a esclarecer mi pensamiento y dejarlo por escrito. Las guerras pasan. Sólo quedan las obras del genio. De ahí mi amor por el arte... Cuando escucho a Wagner percibo los ritmos de un mundo*

pasado. Imagino que un día la ciencia descubrirá, en las olas del Rheingold, las secretas relaciones del orden natural. La observación del mundo a través de los sentidos precede al conocimiento científico y filosófico. Es en la medida en que la percepción sensible se acerca a la verdad que tiene valor.

— En la intuición… — murmuró Jung.

— *Si se hubiera encontrado a alguien más para realizar mi trabajo, nunca hubiera entrado en política. Pero el interés que siento por la existencia del pueblo alemán me obligó a esta actividad. Sólo cuando las condiciones de vida están aseguradas, la cultura puede florecer.*

— ¿Qué es un artista?

— *Aquel que es llamado por la Providencia para revelar al mundo el alma de un pueblo, para expresarse en la música o en la piedra, sufre bajo el peso de la fuerza que lo guía y empuja. Pero hablará, incluso si el mundo no lo entiende. Sufrirá todas las cosas, demostrando su fidelidad a la estrella que arde en su interior… No hay nada tan cruel como vivir en un medio desprovisto de comprensión… ¡Qué espanto!*

— *El arte es una especie de unidad innata que se apodera del hombre y lo convierte en su instrumento* — dijo el analista —. *El artista no es una persona dotada de libre albedrío que busca su propio beneficio, sino la obra que le permita hacer realidad su propósito.*

— Mi pintor favorito es Franz von Stuck. ¿Ha visto su *Medusa*?

— No — admitió Jung.

— La vi por primera vez en casa de Ernst Hanfstaengl. Su familia era rica y poseía varias obras de arte famosas. Entre ellas, la *Medusa* de Von Stuck. Cuando la tuve frente a mí… — el azul de su mirada se enturbió — *¡Esos ojos! ¡Esos ojos! ¡Eran los ojos de mi madre!*

— ¿Pero qué fue lo que vio? — Jung se desconcertó.

— ¡Esos ojos intensos, frenéticos, febriles! Me atravesaron como mil púas…

— Interesante — Jung tomó nota.

— *En los últimos años estudié las colecciones de “Die Kunst”* — Hitler parecía haberse recuperado —. *En 1910 nuestro nivel artístico todavía era extraordinariamente alto. Desde entonces, la decadencia se acentuó… Con la ayuda de falsos críticos de arte y con un judío compitiendo contra otro, ofrecieron a la gente una concepción del arte según la cual la peor basura se convirtió en la máxima expresión del momento. La misma élite, a pesar de sus pretensiones intelectuales, se dejó engañar. Con el dinero que adquirieron mediante la venta de aquella basura, los judíos pudieron comprar, a precios ruines, las obras de valor*

que habían depreciado. Cada vez que el inventario de una confiscación importante llama mi atención, encuentro verdaderos tesoros artísticos.

— *Sólo los modernos lograron crear un arte oscuro, o el lado oscuro del arte. Ese arte que ya no trata de agradar, sino decir de una vez en qué ya no quiere colaborar. Ahora habla con esa recalcitrante oposición que en todos los precursores de la modernidad se expresó tímidamente, pero de modo insistente, y que provocó el derrumbe de los viejos ideales.*

— *Todo lo que no tiene verdadero valor fue eliminado. Nunca me tembló el pulso para prohibir estas obras en la Casa del Arte Alemán… Cuando se trata de estos mamarrachos, la gente suele decir que no es tarea fácil penetrar su significado, que uno debe sumergirse por completo en la imagen representada, y otras idioteces parecidas. Cuando ingresé en la Academia de Viena estas frases huecas ya se utilizaban para dar publicidad a cualquier cachivache, pretextando que se trataba de un experimento artístico.* ¿Cuál es la causa de esta decadencia?

Jung miró a Hitler sin verlo. Buscaba ideas e imágenes en su cabeza, rastreaba la raíz del conflicto para darle forma y poder articularlo de la mejor manera posible.

— La fragmentación es característica fundamental del arte contemporáneo. Está *El Ulises* de Joyce, por ejemplo. Ernst Curtius lo definió muy acertadamente como algo "infernal". *Me temo que esta definición también se puede aplicar a gran parte del arte moderno… No es una enfermedad individual lo que produce esta tendencia sino el fenómeno de una época. No obedece a un impulso individual, sino a una corriente colectiva que no tiene su origen en la conciencia, sino en el inconsciente colectivo*. El artista moderno ya no invoca la forma y la medida, como los griegos. Al contrario, encuentra su identidad en la destrucción arbitraria. Es una reacción a la realidad actual, donde nada existe por fuera de la razón, el orden y la técnica. Todo debe ser pragmático y medible, y así nace esta corriente artística de disgregación y rechazo de la forma. *El moderno se caracteriza por una atrofia de los sentimientos*. ¿Qué planes tiene al respecto? — quiso saber Jung.

— *El arte nacionalsocialista debe servir al desarrollo de nuestra comunidad. No puede seguir tolerando los síntomas de un mundo decadente… Nos agrada lo que es sano… Nuestro ideal de belleza será siempre la salud. En la arquitectura este principio se traduce en la claridad y la utilidad, cualidades que engendran belleza… Todo el aparato educativo, teatro, film, literatura, prensa, radio, todos servirán al mantenimiento de los valores eternos que viven en la esencia de nuestro pueblo… El heroísmo se alza como una personificación y un guía. Es la misión del arte expresar ese espíritu determinante de la época. La sangre y la raza volverán a ser fuentes de la intuición artística… Esto implica la admiración de nuestro pasado. En todos los terrenos de nuestra vida histórica y cultural hay que echar puentes*

que vayan del pasado al futuro. La veneración de los grandes hombres debe ser incorporada nuevamente… Queremos encontrar ese gran estilo que caracteriza una obra emprendida en común acuerdo y cuyos efectos se realzan y se completan mutuamente. Las construcciones que hemos emprendido en el Reich y que comenzaremos en breve persiguen este fin… Hay que realizar, y en las proporciones más grandiosas, un monumento ejemplar que pueda enorgullecer a millones de alemanes. Un espíritu común y la persecución de los mismos fines presidirán la renovación de Berlín… La única realización imperecedera del trabajo y de la energía humana es el arte.

El dictador se puso de pie y metió las manos en los bolsillos. Estaba cabizbajo y con el ceño levemente fruncido, como si estuviera centrando toda su atención y voluntad en resolver algún problema. Se volteó en dirección a Jung y habló, aunque sin mirarlo.

— *Ninguna de nuestras ciudades tiene monumentos que destaquen como signos característicos de la época. Las ciudades antiguas poseían grandes monumentos, no destinados al momento sino a la eternidad, pues no reflejaban las virtudes individuales, sino la grandeza de la colectividad… Esta es una señal de decadencia de nuestra cultura y una advertencia. El Estado se hunde en preocupaciones mezquinas o se pone al servicio del dinero. No puede sorprendernos que bajo la influencia de una divinidad semejante, no haya estímulo para los actos heroicos… Creo que un hombre nunca está más preparado para luchar por su país que cuando se trata de defender su patrimonio artístico e intelectual. La destrucción de un monumento tiene un efecto mayor que la destrucción de una fábrica.*

Jung parecía haber envejecido diez años. Von Franz no lo demostraba, pero estaba realmente preocupada por él. Pero el analista preparó su pipa y se sirvió una medida de brandy.

— Es increíble que los británicos no hayan reconocido desde un principio el peligro alemán. Es algo típicamente inglés el no querer ver una cosa tal como es: por eso negaron que existiera una amenaza[6]. Cuando un problema se hace evidente, actúan como si nada. Simplemente ignoraron la fuerza de Hitler. ¡Hore Belisha sí la vio y fue despedido! Los británicos simplemente meten la cabeza en la arena, algo estúpido y peligroso. Consideran que no vale la pena hacer un escándalo y que las cosas se cuidarán a sí mismas. Más de una vez, fueron ellos los primeros golpeados por sorpresa, ¡sólo entonces despiertan!

— ¿Qué opina de la situación alemana? — preguntó Marie-Louise.

— ¡Los alemanes están locos! ¡Están aliados con el diablo! — Jung se exasperó.

[6] También en este aspecto consulté el diario de Catherine Rush Cabot (22 de enero de 1941).

— Los ingleses tampoco son santos de mi devoción.

— Quizá, pero los alemanes repiten el pacto con Mefistófeles. La primera vez que Mussolini se reunió con Hitler, exclamó: “¡Pero si es solamente un muchacho!” El italiano es lo que vemos en la superficie, pero Hitler aparenta ser en la superficie todo lo que no es. La vida de Mussolini es una realidad a flor de piel: está en su rostro y en cada uno de sus gestos. Hitler es todo lo contrario. Sólo puede impresionar a los alemanes, que intuyen lo que hay detrás. Está infectado por el inconsciente y sólo el “infectado” puede “infectar”. Cuando Mussolini lo conoció, debe haber pensado: “Pobre hombre, es sólo un *signorino*”. Pero nunca se preguntó dónde estaba la *signorina* detrás de Hitler. La *signorina* de Hitler no es humana.

— Tiene un complejo de Edipo grande como una casa — dijo la joven.

Jung inspeccionó su biblioteca de arriba abajo. “Doctor, ¿qué busca?”; “Había por aquí un libro de arte”; “¿Este?”; “¡Muchas gracias!”.

— ¿Tiene allí el retrato de Klara Pölzl?

— ¿La madre de Hitler?

— ¡Mire esto! — Jung le alcanzó el libro.

— ¡Los ojos son idénticos!

— Tenía razón.

— ¿Quién?

— Es un cuadro de Von Stuck: *Medusa*. Hitler lo vio en su juventud y quedó impresionado por esa mirada. Reconoció en esos ojos los de su madre. Y también son los suyos. Uno de los paneles de su escritorio, que él mismo diseñó, está decorado con la cabeza de Medusa.

— La cabeza de Medusa, y los ojos en general, representan los genitales femeninos. El terror que produce está en la amenaza de castración. Las serpientes son proyecciones fálicas. Esto podría fusionarse con los ojos de su madre, que él ha introyectado. Existe también la posibilidad de que culpe inconscientemente a su madre por transmitirle algún defecto. Cuando la miró a los ojos no sintió consuelo sino traición.

— Es un acercamiento estrictamente freudiano — Jung no parecía satisfecho —. No descarto un conflicto sexual reprimido. Puede que incluso Hitler sienta temor ante las mujeres. Que se *petrifique*. Propongo una perspectiva más mitológica. Vio a su madre en esa imagen, y sabemos qué su relación con el “*ánima*” es negativa. *Gran parte del miedo que el sexo femenino inspira a los hombres proviene de la proyección del ánima*. Es lo que

yo llamo “efecto Medusa”: el individuo se petrifica cuando es confrontado con una situación aparentemente imposible de resolver. Además de la sexual, existe una connotación espiritual en la Medusa: lo más elevado y lo más bajo conviven. Representa el elemento caótico que puede crear o destruir. Para evitar la destrucción debemos seguir el ejemplo de Perseo. *Una de las formas bajo la cual se presenta el inconsciente es la de una figura femenina. Y en la mujer aparece bajo el aspecto de un hombre… A menos que un hombre logre una relación sana con esta figura femenina, será poseído por ella y lo desintegrará. Hitler nunca alcanzó una relación positiva con esta figura. Y está poseído. Por eso, en vez de ser creativo, es destructivo. Es una de las razones por las cuales Hitler es peligroso: no tiene dentro de sí las semillas de la verdadera armonía* — Jung recordó el pasaje subrayado (“Aquel que no lleva dentro de sí semillas demoníacas…”).

— El “ánima” es un arquetipo amoral, si mal no recuerdo.

— *El ánima reúne las manifestaciones de lo inconsciente, del espíritu primitivo* — puntualizó Jung —. *Con ella entramos en el reino de los dioses… Todo lo que toca se vuelve “numinoso”, es decir peligroso, tabú, mágico. Es la serpiente en el Paraíso. Porque la vida en sí no es algo exclusivamente bueno, sino también malo. Al querer la vida, el ánima quiere lo bueno y lo malo… Retiene las formas más antiguas de lo humano… Es verdad que es impulso vital, pero además posee un saber secreto o sabiduría oculta…* Si es integrada, el arquetipo pierde su autonomía y ya no puede ejercer la posesión. *Hay que tener cuidado al hablar del ánima… Puede generar ideas muy extrañas: puede hacer que un hombre viva su vida como una especie de aventura o búsqueda constante, haciendo de esta misión su único objetivo vital.*

— ¿Qué sabemos de la infancia de Hitler? — Von Franz tenía sobre el escritorio varios documentos.

— *El mundo de la niñez es un modelo del mundo. Cuanto más se ocupe la familia de formar el carácter del niño, mejor se adaptará al mundo.* Éste no fue el caso de Hitler. El padre se erguía como una figura tiránica. Eso fue, en parte, lo que lo empujó a evadir la realidad. Es natural que lo desprecie.

— ¿Habló sobre su padre?

— Quería verlo convertido en funcionario, pero Hitler prefería un destino artístico. Este primer enfrentamiento representa una reacción, algo que se repetirá a lo largo de su vida privada y pública. En “*Mein Kampf*” Hitler pinta un cuadro bastante favorable de sí mismo: independiente y sensible. Creo que su inclinación artística era más bien incapacidad para incorporar disciplina y esfuerzo. El problema no era su negativa a seguir una carrera estatal, sino su marcado desapego por la realidad. Un signo típico en los narcisistas.

— La figura de su madre definió el aspecto negativo del "*ánima*", dificultando o anulando casi completamente su función sentimental.

— Klara perdió tres hijos antes de que Hitler naciera — Jung encendió su pipa —. De niño era frágil y enfermizo, esto provocó una sobreprotección y una fuerte dependencia por parte de él.

— Quizá Hitler identifique Alemania con la figura materna — opinó Marie-Louise —. Los alemanes dicen "Vaterland", pero Hitler dice "Mutterland", "la tierra de la madre". La imagen paterna sería Austria, un imperio viejo y agonizante. Él mismo dijo: "*Con orgullo y admiración comparé el ascenso del Reich con el desgaste del estado austríaco*." El Anschluss podría simbolizar la reconciliación de sus padres. Hitler elevó su microcosmos al macrocosmos, su política exterior es un intento desesperado e inconsciente por cerrar antiguas heridas.

— Es posible — Jung tomó nota —. El departamento que Hitler compartía con su madre estaba inmaculado. Los cristales relucían y todo estaba en su lugar. Ya se imponía su susceptibilidad higiénica. Los nazis no temen al judío simplemente porque es "otro", sino que sienten verdadera repulsión. Y hacen lo que todos hacemos cuando sentimos repulsión por algo: buscamos exterminarlo. El concepto de "pureza" nazi es similar a la "limpieza" en el Antiguo Testamento. Hitler está obsesionado con la higiene, y cuando habla de aquellos que no le agradan, emplea términos como "bacteria", "bacilo", "suciedad", "mugre".

— Hace pocos días tuve un encuentro confidencial con Christa Schroeder, secretaria del Führer — Von Franz buscó entre sus papeles —. Dijo: "*¿Recuerda la Noche de los Cuchillos Largos? Yo estaba en Berlín, y el jefe me llamó y me dijo que tenía que ir a Renania a reunirme con él… Volamos hasta Múnich esa misma noche y continuamos en automóvil hasta Bad Wiessee. Estaba con él cuando arrestó a Röhm y a todos los jefes de la S. A. Y estaba con él cuando emprendió el regreso. Recuerdo que me impresionó muchísimo cuando detuvo personalmente los carros de los otros generales de la S. A. y los hizo arrestar… Al final del día, cuando se los iban a llevar a la cárcel para fusilarlos, volamos de regreso a Berlín y perdí de vista al jefe en la cancillería. Fui a la cafetería a tomar algo… Era bastante tarde, pero él se reunió conmigo porque los dos somos vegetarianos. Llegó una hora más tarde, se paró en la puerta y dijo: 'Ah, Fraülein Schroeder, acabo de darme un baño y estoy tan limpio como un recién nacido'*."

El disipó el humo con la mano. Todo ritual compulsivo era resultado de intensos afectos. Ese lavado compulsivo en Hitler era un intento por disipar un fuerte sentimiento de culpa. Al lavarse, deshace una y otra vez la pulsión destructiva inconsciente, que bajo ningún concepto debe alcanzar la conciencia. El ritual evade la culpa. Si percibiera el impulso destructor, podría acabar con él, y comprendiendo el porqué de su carácter destructor,

podría volverlo tolerable. Por un lado el ritual compulsivo protege al paciente del sentimiento de culpa, pero al mismo tiempo lo perpetúa porque trata con esos impulsos indirectamente.

Viena. Esa ciudad en donde había conocido la pobreza y el hambre, era también donde había formado sus ideas y valores fundamentales.

— "*En ese momento, vivía en los palacios de la imaginación. Concebí los planes para el nuevo Berlín.*" — la asistente leyó de la libreta de Jung — Una poderosa paranoia en gestación.

— Y un día el dique construido alrededor de la conciencia se rompe. A partir de entonces, el paranoico vive "*plenamente*", lo contrario al período de inhibición. Hitler vivió hasta el final de la guerra de esa forma, y después despertó.

— La guerra le proporcionó sentido y dirección — dijo Von Franz —. Pero la derrota lo devolvió al vacío, al caos interno. La ceguera psicosomática refleja la fragilidad de su estado psíquico. Un presentimiento apocalíptico se impuso, y en consecuencia volvió a encontrar un sentido. Eventualmente se convenció de que devolvería la grandeza a Alemania. Con el fin del conflicto, su identidad perdió relevancia. Para compensar se identificó con una figura mesiánica. Según él, esto lo empujó al terreno político.

— Tenía "visiones" similares antes de la guerra — afirmó Jung —. Las primeras en la adolescencia, cuando fantaseaba constantemente con su propia grandeza futura. Ya entonces gobernaba el pensamiento no dirigido, avivado por su introversión, lo que facilitó la intrusión del inconsciente. Llama la atención el contraste entre los delirios de grandeza y la sombría realidad que habitaba.

— En lugar de proyectar la figura del mesías, Hitler se identificó con él. Así nació en él el "héroe". Este tipo de visiones suelen ocurrir durante un estado psíquico como el suyo.

— Sin embargo, que haya tenido visiones mesiánicas no significa que las haya considerado reales. Las personas con experiencias similares a menudo experimentan muchas dudas antes de aceptar el papel del mesías. En los primeros tiempos el futuro Führer se conformaba con ser el "tambor" del movimiento.

La sección dedicada al pasado del paciente era la menos abultada y la más ambigua del informe. Volvieron sobre la Medusa, y Jung recapituló las apreciaciones que el dictador había hecho sobre el arte y la cultura.

— *Nos guste o no* — reflexionó el analista —, *debemos preguntarnos: ¿qué tiene de malo nuestro arte, el más delicado de todos los instrumentos para reflejar la psique nacional? ¿Cómo vamos a explicar el elemento patológico en la pintura moderna? ¿O en la*

música atonal? ¿La influencia del insondable Ulysses de Joyce? Ahí ya tenemos el germen de lo que se convertiría en una realidad política en Alemania… No cabe duda de que el inconsciente emerge en el arte moderno y que su dinamismo destruye el orden tradicional de la conciencia… Estas interrupciones del orden son medidas psico-higiénicas, que de vez en cuando dan rienda suelta a fuerzas caóticas reprimidas. Tales cosas están ocurriendo en mayor escala porque el orden cultural suprimió el desorden primitivo violentamente y durante demasiado tiempo. El arte moderno anuncia claramente la embestida de las fuerzas del caos.

— El arte nacionalsocialista sería entonces una reacción, un rechazo de esa decadencia; lo que llaman "Entartete Kunst".

— Hitler pretende recuperar un esplendor perdido y reflejar el temperamento del nuevo hombre. Un arte que desprecia la pompa y encarna en su forma más sólida y sencilla la belleza de la Nueva Alemania. Un arte que simbolice la comunión entre la belleza ateniense y el culto espartano de la fuerza y la pureza. Hitler dijo: "*Nunca el nacionalsocialismo puede encomendar al arte alemán objetivos contrarios a nuestra visión del mundo.*" *Aquí tenemos el bello fantasma de una Edad de Oro en que los hombres eran dioses y se deleitaban con la contemplación de la belleza eterna…*

— Yo creo que Hitler es un demente incluso en materia de arte — Marie-Louise revoleó los ojos.

— Y es melómano hasta la médula — agregó Jung — Adora a Schubert, a Beethoven y a Wagner. Nietzsche escribió: "Mi melancolía quiere descansar en los escondites y los abismos de la perfección: por eso necesito la música."

— No sé cómo podría descansar con los platillos y las trompetas wagnerianas. ¡Puro estruendo! Si mal no recuerdo, Nietzsche también dijo que era música para adolescentes e histéricos.

Jung tomó de la estantería las obras completas de Nietzsche, pasó las páginas y asintió con satisfacción.

— Nietzsche calificó la música wagneriana como un "síntoma". Es decir, calificó a sus oyentes como "enfermos" nerviosos. No cabe duda de que Hitler es un histérico. Dice Nietzsche — la muchacha se acomodó frente a la máquina de escribir —: "*Los principios y prácticas de Wagner son su expresión. El histerismo que hace música… Wagner no ha hecho más que poner música a historias clínicas, tipos modernos de degeneración que nos resultan comprensibles. No hay nada que los médicos y fisiólogos modernos hayan estudiado mejor que el tipo histérico-hipnótico de la heroína wagneriana. En este campo Wagner es el mejor conocedor… Su música es un análisis psicopatológico de estados*

neuróticos." Y agrega: "*Yo enumero las cosas comunes a Wagner y a los demás: el ocaso de la fuerza organizadora, el abuso de medios tradicionales sin poder justificarlos, y sin un fin. La acusación de moneda falsa en la imitación de las grandes formas para las cuales hoy nadie es bastante fuerte, valiente, seguro de sí mismo, sano. La excesiva vivacidad en los detalles, la pasión a toda costa, siempre los nervios en lugar de la carne... Wagner es un neurótico. Su música es música de enfermo... Triunfa en los nerviosos, en las mujeres, en los adolescentes*". ¡Los nerviosos, las mujeres y los adolescentes! Hitler es histérico, el "ánima" lo aproxima peligrosamente a su inconsciente femenino, y además debe lidiar con el "puer aeternus".

— Cumple con todos los requisitos. "*No se puede entender el Nacionalsocialismo sin entender a Wagner*" — Marie-Louise citó al líder.

Jung se sintió súbitamente inquieto. La sangre le hervía en las venas. Von Franz pasaba todo en limpio. Tap-tap-tap-¡cling! Tap-tap-tap-¡cling! Hacía meses que eran "prisioneros". ¡*Großdeutschland*! ¡Imbéciles! La fatal arrogancia germana, ¡Se creían eternos, inmortales, invencibles! Pero encontrarían su fin, Jung lo sabía.

— ¡El *hybris* alemán será castigado!

Marie-Louise encendió un cigarrillo. Cada tanto echaba rápidos vistazos a través del cortinado (por precaución, mantenían las ventanas cubiertas).

— La historia de Faetón es un buen ejemplo — dijo la asistente —. El joven alardeaba sobre su origen: era hijo de Helios, el Dios Sol. Al ver que no le creían acudió a su padre y le rogó que le permitiera conducir su carruaje. Mientras paseaba, perdió el control. Se remontó demasiado alto y provocó el enfriamiento de la Tierra. Después descendió abruptamente, e incendió la vegetación. Helios acudió a Zeus para que lo ayudara y el dios derribó a Faetón, que murió ahogado. Ahogarse, en este caso, puede simbolizar no sólo el castigo en sí, sino también el retorno a las aguas del inconsciente, más allá del yo. Sólo en medio de esta oscuridad, al enfrentarnos con nuestra "*sombra*", podemos encontrar la luz. *El conocimiento puede envenenar o sanar, y por eso algunos mitos dicen que trae la corrupción al mundo y otros que redime...*

— Cuando empecé a trabajar con la imaginación activa, mi experiencia se volvió universal. *En las imágenes había cosas que no sólo me afectaban a mí... Estaba al servicio del alma. La amé y la odié, pero constituía toda mi riqueza... Mi ciencia fue el medio para salir del caos. De lo contrario este material me hubiera aprisionado como lampazos. Intenté comprender todos los temas, cada imagen particular, ordenarlas racionalmente y materializarlas. Esto suele descuidarse. Se dejan emerger las imágenes y uno quizá se asombra, pero nada más. No intenta comprenderlas, y menos sacar conclusiones morales.*

Estos son los efectos negativos del inconsciente... Con las imágenes del inconsciente se impone al hombre una difícil responsabilidad. La no-comprensión, así como la falta de obligación moral, arrebatan a la existencia su integridad.

— Hitler está totalmente fragmentado... — dijo Marie-Louise.

— ¡No cabe duda! *Hybris* es nuestro principal enemigo si deseamos evolucionar, pero también es una instancia necesaria para recuperar el equilibrio. Debemos saber cuánto tiempo queremos entretenernos con el carro del padre-dios. Y tener en cuenta que en cualquier momento podríamos precipitarnos. *Un yo hinchado es siempre egocéntrico... Es incapaz de aprender del pasado, incapaz de comprender el presente, e incapaz de prever el futuro. Está hipnotizado por sí mismo y esto impide razonar con él. Está sujeto a catástrofes que eventualmente lo destrozarán. Esta inflación es una pérdida de conciencia. Ocurre cuando ella se apropia de los contenidos inconscientes y pierde la capacidad de diferenciación.*

— Hitler debe lograr la unidad psíquica. Es decir, el Sí-mismo.

Jung miró fijamente a su asistente.

— *Podemos pensar el Sí-mismo como una ciudad con miles de habitantes, que sólo se hace visible al extender la conciencia. Si se ensancha y comprende que uno es muchas otras cosas además de su ego, se aproxima al Sí-mismo. Si la expansión se insinúa pero no se realiza, se genera una especie de infección mental que une a las personas en una secta o causa una epidemia psíquica, como en Alemania. Es el Superhombre defectuoso. La totalidad del pueblo se identifica con un solo hombre, y un solo hombre se presenta como emblema o símbolo de toda la nación. Eso sustituye la integración de la conciencia individual. Alemania debería ser un individuo con una conciencia integrada. En cambio, el inconsciente no fue integrado y todos se vieron contenidos en una figura sagrada, aunque íntimamente nadie lo considera tal.*

— ¿Y Hitler como individuo?

— No existe. Cuando hablamos de Alemania, hablamos de Hitler, y al hablar de Hitler, hablamos de Alemania.

El analista retomó la “lección”:

— *Dentro del plano instintivo el espíritu se convierte en un dios y demonio omnisciente... Se convierte en un ser colectivo, semejante a Dios, pues Dios es una representación colectiva... La única diferencia entre este estado y el de la alienación mental es que en éste el inconsciente sale a la superficie con la ayuda del análisis... Más tarde, cuando las barreras culturales hayan caído, el inconsciente se entromete e irrumpe en la conciencia. En este*

caso se insinúa el trastorno mental... Sería verdadera locura si los contenidos inconscientes reemplazaran la percepción consciente; es decir, si se los tomara por verdaderos sin más... Los delirios paranoicos no dependen de la creencia, parecen verdaderos "a priori" y no necesitan de la fe. En casos así ignoramos si será la fe o el espíritu crítico el que se imponga. Esta alternativa no existe en la verdadera locura.

— ¿Entonces Hitler no está loco? — Von Franz pareció sorprenderse de su propia pregunta.

— De ninguna manera. Sabe perfectamente lo que hace y por qué lo hace. Al menos hasta cierto punto. Volvemos al Sí-mismo. *Es precisamente el mejor de los hombres, el héroe, el que despeja el camino a su anhelo regresivo y se arriesga a ser devorado por el monstruo del abismo materno. Pero si un hombre es un héroe, lo es porque no dejó que el monstruo lo devorara, sino que lo sometió. La victoria sobre la psique colectiva encierra el valor supremo: la captura del tesoro, del arma invencible, del talismán mágico. Cualquiera que se identifique con la psique colectiva, es decir, que se deje devorar por el monstruo, obtiene el tesoro custodiado por el dragón, pero lo hace a costa de sí mismo.*

— Por eso usted habla de Hitler como de un recipiente vacío... "una vasija espiritual", dijo. Para identificarse con Alemania, disolvió su Yo y se sumergió en las entrañas de la esfera colectiva. Percibió imágenes primordiales y extraños susurros internos, pero todo adquirió un aspecto negativo...

— *El peligro de caer víctima de la psique colectiva no es menor. La identificación es un retroceso, una estupidez más, y además se reprime el principio de la individuación... En realidad, descubrimos las verdades y los errores eternos de la psique colectiva. Y en ella se pierde la verdadera individualidad.*

— ¿No hay ninguna posibilidad de realización?

— Lo dudo — Jung suspiró —. Permitir la "posesión" es grave, es un pacto que se firma con sangre. Además, es incapaz de transformar su visión. Cree que no tiene ningún defecto, ninguna posibilidad de mejoría. Su juicio es infalible y eso lo estanca psíquicamente. *Como médico, no sólo tengo que diagnosticar, sino recomendar el tratamiento. Hablamos casi únicamente de Hitler y los alemanes, porque componen el fenómeno más notable actualmente... Es extremadamente difícil tratar con este tipo de fenómenos. Y muy peligroso... Cuando tengo un paciente que actúa bajo la directiva de un poder superior, un poder dentro de él, como la "voz" de Hitler, no me atrevo a decirle que la desobedezca. Sé que no lo hará. Incluso actuará con mayor decisión si se lo digo. Sólo puedo, mediante una interpretación de la "voz", inducirlo a comportarse de una manera que sea menos dañina para él y para la sociedad. Creo que el único modo de salvar Occidente es no detener*

a Hitler. Puede intentar desviarlo, pero será imposible detenerlo sin una gran catástrofe general. Su "voz" le dice que debe unir al pueblo alemán y conducirlo hacia un futuro mejor, un lugar más grande en la Tierra, hacia una posición de gloria y riqueza. No podemos impedir que lo intente. Sino intentar influir en su ideario expansionista. Lo mejor es dejarlo marchar al Este. Hay que desviar su atención del Oeste, o mejor, animarlo a que mantenga la vista en otro lugar. Hay que dejarlo ir a Rusia. Esa es la cura lógica para Hitler. No creo que Alemania quede satisfecha con un pedazo de África, sea grande o pequeño... Lógicamente, considera que merece un lugar no sólo igual de grande que el ocupado por las otras grandes potencias occidentales, sino mucho más grande. ¿Cómo Alemania conseguiría eso en el Oeste sin destruir a una o varias de las naciones que lo ocupan? Hay sólo un campo para que actúe: Rusia.

— ¿Qué encontrará en el Este?

— *¡Ah, ése es su problema! Lo que importa es que salvará a Occidente. Nadie nunca ha dado un mordisco a Rusia sin lamentarlo. No es un plato muy tentador. Podría llevarle a los alemanes cien años terminarlo. Mientras tanto, nosotros estaríamos seguros, y por "nosotros" quiero decir la civilización occidental. El instinto debería indicar a los estadistas occidentales que no conviene molestar a Alemania en su estado de ánimo actual. Es demasiado peligroso. El instinto de Stalin acertó cuando le susurró que permitiera a las naciones occidentales destruirse unas a otras, mientras él esperaba para recoger los huesos. Eso habría salvado a la Unión Soviética. No creo que Stalin entre en guerra junto a Checoslovaquia y Francia, o sólo al final, para beneficiarse del desgaste de ambos bandos. Estudiando a Alemania como a un paciente, y a Europa como su familia y sus vecinos, aconsejo que la dejen ir a Rusia. Es un sexto de la superficie del planeta. A Rusia no debería importarle que alguien tome una parte. ¿Cómo salvar a la democracia americana? Es necesario que se mantenga lejos del delirio, y evitar la infección. Mantener fuertes su ejército y su marina. Si sobreviene la guerra, tendrá que esperar. Estados Unidos debe mantenerse fuerte para ayudar a conservar la paz en el mundo... Es el último recurso de la democracia occidental.*

— Hace algunos años usted profetizó que Inglaterra y Francia no pelearían por Checoslovaquia, como habían prometido. Y estaba en lo correcto. Pero el Reich incorporó ese territorio y la guerra llegó. ¿Está seguro que Occidente está a salvo si Alemania invade Rusia?

— *Ninguna nación mantiene su palabra. Una nación es un gusano ciego, ¿qué persigue? El destino, quizá. No tiene honor, no tiene una palabra que mantener... Si reúne a cien de las personas más inteligentes del mundo, tendrá una masa estúpida. Diez mil tendrían la inteligencia colectiva de un caimán. ¿Ha notado que en una cena, cuantas más personas*

haya, más estúpida es la conversación? En una muchedumbre, las cualidades individuales se multiplican, se amontonan, y devienen las características dominantes. No todos tienen virtudes, pero todos tienen los instintos animales más bajos. Una nación no es humana. Es un lagarto, un cocodrilo o un lobo... Más que para cualquier otro estadista en el mundo, para Hitler sería imposible mantener la palabra de Alemania a costa de sus propios intereses. Porque Hitler es Alemania. Es por eso que siempre habla tan fuerte, incluso en la conversación privada: porque está hablando con 78 millones de voces. Eso es lo que es una nación: un monstruo. Todo el mundo tendría que temerle a una nación. Es una cosa horrible. ¿Cómo tendría honor o palabra? Por eso prefiero las naciones pequeñas. Naciones pequeñas significan catástrofes pequeñas, grandes naciones significan grandes catástrofes.

"¡Extraño tanto Suiza!". Ambos suspiraron. Faltaban el diagnóstico y el tratamiento. Ya no importaba quién era Adolf Hitler. Alemania, un psicótico, un demente, un soñador. Él y su Volk, esto y lo otro: capaces de matar y de soñar. Alemania debía caer. Sino, ese monstruo ciego, sanguinario y primitivo acabaría con todo.

— Usted estudió y escribió sobre los tipos psicológicos — dijo Von Franz —. ¿Dónde colocaría a Hitler?

— Yo no lo catalogaría como un hombre. Individualmente carece de interés, no tiene ninguna importancia. Es simplemente un gran fenómeno. Ver a Hitler y a Mussolini juntos es una experiencia inimaginable. Mussolini llena su uniforme, ¡pero Hitler no calza ni en su propia ropa! Hitler es todo máscara. Mussolini es vital. Es un hombre, natural, cálido, rudo y despiadado. Si dice "no", quiere decir no. Puede hablar como una persona normal. Si le dijéramos: "Usted prometió hacer algo, y mintió", probablemente admitiría su mentira y hasta podría sonrojarse. Es más humano que Hitler... Hitler no puede ser entendido sin considerar los factores inconscientes que afectan su carácter, y por lo tanto, al mundo. No se conoce a sí mismo. Si lo hiciera, tendría sentido del humor y no se tomaría a sí mismo tan en serio. El inconsciente colectivo es una realidad... Todos participamos. En un sentido, es la sabiduría acumulada que heredamos inconscientemente, y en otro, contiene las emociones compartidas. Es natural que exista el inconsciente colectivo de una nación. En Alemania, Hitler tiene el extraño poder de ser sensible a él. Es como si supiera lo que la nación realmente está sintiendo. Hitler sacrificó su individualidad — si es que tiene una — a esta subordinación casi total y sabe aprovecharlo. Él mismo dijo que oye una voz. Es como si surgiera de sus profundidades, y lo que oye es la voz del inconsciente colectivo. Esto vuelve problemático tratar con Hitler. Prácticamente es la nación. Y, como dije, una nación no honra su palabra y no tiene honor.

— Hubiera jurado que es un intuitivo introvertido psicopático con la función sentimental lisiada y una “sombra” descomunal — remató Von Franz remató.

— *Hitler es sobre todo un histérico…* — continuó Jung — *Más específicamente, sufre una subforma de la histeria llamada “pseudología fantástica.” Es un “mentiroso patológico.” Son el tipo de idealista que está enamorado de sus propias ideas y anticipa sus fines presentando sus deseos-fantasiosos en parte como metas alcanzables y en parte como ya alcanzadas. Y cree sus propias mentiras. Para concretar sus fantasías ningún medio es malo. Creen que actúan en beneficio de la humanidad, o en el de su nación o su partido, cuando sus objetivos son claramente egoístas. Como se trata de un defecto muy extendido, al lego le resulta difícil identificar la psicopatía en estos casos. Dado que sólo una persona convencida es convincente, por contagio psíquico, ejerce una influencia devastadora sobre el resto… Una completa ceguera con respecto al propio carácter, auto-admiración erótica, auto-admiración y auto-extenuación, la subestimación y la demonización de sus iguales (¡con cuánto desprecio habla de su gente!), proyección de la “sombra”, mentiras y distorsiones de la realidad, la determinación de impresionar por medio de engaños y trampas. Todo se funde en este hombre, un histérico al que curiosamente el destino designó como portavoz político, moral y religioso de Alemania.*

— Binet afirmaba que los mejores médium son los histéricos y los sonámbulos. La clarividencia no es incompatible con la locura, y ningún profeta es un hombre sano. ¿Exista una cura para la histeria colectiva?

— *La histeria nunca se curó por el esclarecimiento de la verdad* — Jung meneó la cabeza —, *ni en individuos ni en naciones enteras. ¿Podemos afirmar que toda una nación es histérica? Si podemos decirlo de un individuo, podemos decirlo de una nación. Incluso el más desquiciado no está completamente loco. Varias de sus funciones actúan normalmente, y por momentos puede parecer bastante normal. ¡Esto se acentúa en la histeria, donde no hay nada de malo más allá de la exageración, por un lado, y la debilidad, por el otro! A pesar de su condición, el histérico es casi normal. Por eso, muchas partes del organismo psíquico de la nación deberían ser completamente normales, aunque el resultado general sea marcadamente histérico.*

— ¿Hitler puede cambiar? ¿Puede salvar al individuo en él? ¿Podría casarse, por ejemplo?

— *No lo creo. Pero se puede esperar casi cualquier cosa de él. Se dará vuelta y dirá algo completamente diferente de lo que ha dicho antes. Perderá su sentido cuando su “voz” desaparezca. Es poco probable que se case. Tampoco creo que se convierta en un ser humano común y corriente. Probablemente morirá haciendo lo suyo.*

Había anochecido. Después de cenar sirvieron brandy, él buscó su pipa y ella los cigarrillos. El analista pidió a la muchacha que encendiera la radio. El jazz y el swing habían sido prohibidos, pero quizá pudieran disfrutar de Rosita Serrano, Marika Rökk o Zarah Leander. *Clic*. Pero no apareció la voz de Rökk, de Serrano ni de Leander. Era una voz de a momentos grave y de a momentos chillona, frenética, febril. "...*Forderungen aber muftten in der Praxis gegen den Willen der britisch-franzosischen Machthaber durchgesetzt werden. Wir alle sahen es nun erst recht als einen Erfolg der*...". La joven apagó el aparato bruscamente. Terminaron el brandy y se despidieron. Jung se acomodó en la cama con un libro y se quedó profundamente dormido.

Estaba en un bosque húmedo y ventoso, sin saber cómo había llegado. Un cazador le indicó el camino a la Ciudad del Orden. Debía ser agradable, pensó. Sin haberse movido, ya se encontraba en la ciudad. Parecía desierta. Caminó hasta un boulevard y vio una muchedumbre al final de una avenida. Se abrió paso, guiado por la inexplicable necesidad de seguir avanzando. *Tenía* que avanzar. Se oía el ritmo de un tambor, pero no lo vio. Una hilera de hombres sin rostro, altos y fuertes, cerraban el paso. A sus espaldas había un escenario con un podio. Vio a un niño vestido de uniforme, que se agitaba y vociferaba un discurso ininteligible. Un aullido infinito y desgarrado. Tampoco tenía rostro, o parecía desaparecer a cada momento. Creyó ver una máscara, risueña y bondadosa. "Eso está muy bien", pensó, y sintió una profunda paz. La muchedumbre se agitaba a su alrededor. Cada vez que intentaba enfocar una cara, las curvas y las líneas se desdibujaban. Percibía un vitoreo lejano e irreal, pero abrumador. Cuanto más se oían las aclamaciones, más se sacudía el niño-líder sobre el escenario. Era conducido por una serie de hilos, como un autómata. El "niño" se detuvo súbitamente y lo miró a Jung, en silencio. "*¡Popanz!*", chilló. Jung sintió un miedo profundo e irracional y huyó. Otra vez ese laberinto de calles desiertas y pulcras. Recién entonces notó que era una ciudad en ruinas. Vio los tétricos esqueletos de los edificios, carcomidos por la metralla y el fuego. En el horizonte se alzaban grandes columnas: parecían chimeneas. Un grupo de mujeres se aproximó. Una a una y después todas juntas, sollozaron: "¡Heinrich! ¡Karl! ¡Otto! ¡Wilhelm!" ¡Madres buscando a sus hijos! ¿Dónde estaban? ¿Qué podía hacer? Nada. Enfrentar al dragón. Al monstruo. ¿Al monstruo? ¿Qué monstruo? Se dio la vuelta y vio a Von Franz. "¡Qué extraño! — dijo la joven — Ayer lanzaron la gran bomba, pero mañana volverán a lanzarla. Oiga, ¿tiene un cigarrillo?". Jung se palpó los bolsillos y ella desapareció. Vio a un curioso hombrecito vestido con un saco viejo y un sombrero de fieltro. El desconocido habló. "Estoy en Alemania y no soy alemán. Si me paro aquí, quizá sea soviético, y un poco más allá, seré norteamericano. *Großdeutschland*... ¿verdad? ¡*Großdeutschland*! — soltó una carcajada que finalmente se ahogó en una tos ronca — ¿Acaso la totalidad no se compone de opuestos? ¡Alemania *escindida*!" — rugió y también desapareció. Todo a su alrededor colapsó repentinamente y Jung volvió al escenario. Muchos se habían ido, y los que

quedaban no mostraban el mismo entusiasmo, ya no vitoreaban ni aullaban. La aclamación triunfal había sido reemplazada por un continuo sollozo. La desesperación se apoderó de Jung. Observó la figura principal, sobre el escenario. La máscara ya no sonreía ni transmitía bondad. Vio otra, rígida y fría. Jung alcanzó a distinguir la mirada vidriosa y gélida. El "niño" ya no estaba poseído por esa fuerza sobrehumana, estaba inquieto y... ¿disconforme? ¿Iracundo? ¿Asustado?

Se despertó sobresaltado, como si hubiera estado ahogándose y ahora alcanzara la orilla. Fue hasta el cuarto de Von Franz y le dijo que el trabajo había terminado. No habría más sesiones. En realidad sí, una más, la última. Redactó el borrador de una carta a Göring, donde le informaba que el informe estaría listo muy pronto. A primera hora de la mañana buscó a Hafenstadt, su contacto, y le entregó la carta. El esbirro guardó la misiva y se alejó rápidamente.

Quinta sesión

Un día antes de invadir Rusia, el 21 de junio de 1941, Hitler confesó a Walther Hewel: "*El comienzo de una guerra es como abrir la puerta de un cuarto oscuro, nunca se sabe qué puede haber ahí, ni lo que pasará.*"

Otto Carius, comandante de carros de combate, anotó en su diario: "*Cuando nos repartieron nuestras raciones básicas de emergencia supimos que algo estaba a punto de pasar… Nos desplazamos a la frontera el 21 de junio. Tras recibir un informe de situación, finalmente nos enteramos de nuestro próximo papel en los acontecimientos que estaban a punto de producirse. Una gélida calma se instaló entre los miembros de la división, aunque, en el fondo, todos estábamos muy excitados. La tensión se volvió casi insoportable durante la noche. Prácticamente se nos salió el corazón del pecho cuando escuchamos los escuadrones de bombarderos y Stukas bramar sobre la división en dirección al este. Nuestro comandante había instalado una radio civil en su carro, que proclamó el inicio de la Campaña de Rusia cinco minutos antes de la Hora X.*"

La Luftwaffe destruyó la mayor parte de los aparatos soviéticos antes de que pudieran despegar. La población recibió a las tropas alemanas con flores y alegría. Muchos hombres se ofrecieron a colaborar y marchar junto a ellos hacia Moscú. Pero el Führer no quiso saber nada al respecto. ¡Sus hombres no necesitaban ninguna ayuda, y menos de eslavos! ¡Era un insulto al honor alemán! Se trasladó de inmediato a su cuartel en Prusia Oriental para dirigir las operaciones.

La carta de Jung llegó a Göring entre informes militares y estados de situación. Despachó al emisario con una orden verbal: el analista viajaría a Prusia. Jung y Von Franz partieron en tren al encuentro del Führer.

Había un gran movimiento. Guardias y oficiales por todas partes, perros custodiando los bosques aledaños; la atmósfera era tensa e inquietante. Jung no abrió la boca en todo el viaje. Sólo cuando estuvieron cerca, dijo por lo bajo a Von Franz: "Aquí termina la infalibilidad del Führer. Caerá en Rusia". ¿Y si la campaña era otro éxito? ¿Qué haría el mundo si Hitler sacaba a Stalin del Kremlin a patadas? Se rendiría a sus pies, por supuesto. Si eso ocurría, habría que reconocer en él al estadista-guerrero más grande de todos los tiempos y someterse a su voluntad.

Apenas habían atravesado la entrada principal cuando la robusta figura de Göring se aproximó. Otra vez la sonrisa forzada, algo rígida. ¿Dejarían caer la máscara alguna vez, aunque fuera sólo un momento?

— ¡Jung! Recibí su mensaje en un mal momento, sabrá disculparme.

— No se preocupe. ¿Cómo está el Führer?

— Perfectamente. ¡Usted debería saberlo mejor que nadie!

Göring lo miraba de arriba abajo, una y otra vez, y se frotaba las manos. Con la mirada, el analista pidió espacio a su asistente. Cuando quedaron solos, Jung habló.

— Temo disentir con usted…

— No comprendo — el tono del mariscal se volvió frío e impersonal.

— Hitler está escindido y vive en guerra.

— ¡Alemania está en guerra! Pero esto no durará.

— Estoy seguro — Jung sonrió —. Digo que está en guerra consigo mismo. ¡Tiene que confrontar su "sombra", o arrastrará a todos en su caída!

— ¿Se volvió loco? — Hermann miró alrededor, inquieto —. ¡Está hablando del Führer! ¡Y de Alemania! ¿Tiene el informe?

— Aquí está — alzó el maletín —. ¿Quiere un diagnóstico? Complejo de Edipo y una relación deficiente con su inconsciente; trastorno narcisista de la personalidad; histeria y rasgos esquizotípicos; histrionismo y megalomanía; paranoia y complejo de mesías; auto-admiración erótica y auto-extenuación; proyección de la propia "sombra" *y* ensoñación excesiva; y ciertas conductas distintivas del estrés postraumático. Pero ante todo, es un gran actor. Manipula su propia patología y saca ventaja de todo, lo que le permitió cosechar varios éxitos. Ahora, si me permite, hablaré con él — el analista avanzó hacia el despacho.

— ¡Oiga! ¿A dónde va? ¡Hará que lo maten! ¡Nos fusilará a todos! — Göring corrió detrás, presa del pánico.

Hitler se inclinaba sobre un mapa y jugueteaba con un lápiz rojo. Se quitó las gafas al verlos entrar. Los ojos azules del dictador se dilataron y el mariscal se quedó inmóvil, como la presa que enfrenta al cazador.

— ¡Heil Hitler! — extendió el brazo y taconeó.

— Herr Hitler — el analista lo enfrentó.

— No los esperaba y estoy muy ocupado. Dentro de veinte minutos tengo una conferencia con mi Estado Mayor…

— Volveremos cuando usted disponga — deslizó el as.

— No tomará mucho tiempo — dijo Jung.

Hitler pareció dudar, pero finalmente tomó asiento y los invitó a hacer lo mismo. Jung se quedó de pie y Göring seguía petrificado. Fiel a su estilo, el Führer empezó a hablar.

— *Estoy convencido de que 1941 será un año crucial para el Nuevo Orden en Europa. Los acontecimientos sentarán las bases de una verdadera comprensión entre los pueblos. Los países que aún nos enfrentan eventualmente comprenderán que su mayor enemigo es interno. Entonces se unirán a nosotros en la lucha contra la explotación y la degeneración racial.*

— Veo que todo marcha perfectamente — Jung empezó a caminar por el despacho —. Usted es un hombre instruido. ¿Conoce la historia de Peter Schlemihl?

— Por supuesto. ¡Von Chamisso! — dijo el Führer.

— ¿Y recuerda las peripecias del personaje?

— Schlemihl entrega su sombra al diablo a cambio de una bolsa de oro que jamás se vacía.

— ¿Qué es la sombra? — preguntó Jung.

— Uno mismo — respondió el austríaco.

— ¡Precisamente! Es eso de lo que no podemos librarnos, ni siquiera después de muertos. Es un calabozo. ¿No cree que el hombre que no tuviera sombra sería el más feliz del mundo?

— Quizá. No lo sé. Voy a tener que exigirle brevedad — Hitler miró el reloj.

Jung se acercó al escritorio con el informe entre las manos. Göring estuvo a punto de sacar su revólver. ¿De dónde había salido ese demente? ¡Pudiendo haber llamado a cualquier alemán obediente y leal! El Führer volvió a ponerse las gafas y tomó el documento, pero la voz de Jung lo detuvo.

— Lo que usted llama su “voz” es su inconsciente. Llega a usted a través de una intuición extremadamente sensible. Toda psiquis cuenta con una parte consciente y otra inconsciente, y el ego actúa como una especie de mediador. Pero si algo marcha mal, puede sobrevenir la catástrofe. Un contacto sano con nuestro inconsciente nos permite corregir nuestra conducta consciente. Ese acercamiento permite, por un lado, asimilar los elementos reprimidos, y por otro, movilizar las energías del conflicto. Si favorece el proceso, podrá ser ventajoso y armónico. Es el “proceso de individuación”. Nos permite convertirnos en lo que realmente somos, y alcanzar la totalidad psíquica. La unión con Dios.

En beneficio de la estabilidad mental y de la salud fisiológica, el inconsciente y la conciencia deben estar plenamente vinculados, actuar en paralelo. Si están disociados, habrá una alteración psicológica.

— ¿Dice que estoy loco? — la mirada de Hitler relampagueó.

Tenía la capacidad de dialogar con su inconsciente, pero estaba poseído por la función inferior. Era víctima de un conspirador. Cargaba sobre sus hombros una responsabilidad psíquica, y por lo tanto, ética. "*Las imágenes del inconsciente* — pensó el analista — *ocupan una gran responsabilidad en el ser humano. No entenderlas o evitar la responsabilidad ética, fragmenta la vida del hombre y lo priva de la totalidad.*"

— Herr Hitler…

— ¡Cállese! — tronó el dictador — ¡Soy el Führer del Gran Reich Alemán!

— *Usted es un conflicto enfurecido en y contra sí mismo…* — Jung habló sin tapujos — *Todos pasan por este molino, consciente o inconscientemente. Estamos tensionados entre los opuestos… No dude de la rectitud de los bandos en su interior y deje que pase lo que tenga que pasar. Ese conflicto es una prueba de la rectitud de su vida. Una vida sin contradicción es sólo media vida… La conciencia se ensancha continuamente al confrontar los contenidos inconscientes, o podría hacerlo si nos tomamos la molestia de integrarlos. Naturalmente, este no es siempre el caso. Aún cuando entienda el procedimiento, pueden faltarle el valor y la confianza, o ser demasiado perezoso, mental y moralmente… Implica alcanzar la liberación por mérito propio y de encontrar el valor de ser uno mismo… Nuestro interés por lo inconsciente se convirtió en un problema vital. Nos jugamos nuestro ser o no-ser espiritual. Todos saben que el tesoro descansa en las profundidades e intentarán sacarlo. Para no olvidar quiénes somos, debemos conservar nuestra conciencia. Nos convertiremos en pescadores, que apresan lo que hay en el agua. Si hay tontos bien o mal intencionados que no comprenden lo que hacen, no por eso los pescadores dudan de su proceder. El símbolo de su oficio es mucho más antiguo que el santo Grial. Pero no todo el mundo es pescador.*

— ¡Führer, permítame llevarme a este individuo! No volverá a verlo…

— ¡Cállese usted también! ¡Es el artífice de todo esto! ¡Insensato! ¡Imbécil! — Hitler señaló al mariscal, que palideció de inmediato.

— *En el corazón habitan los malos espíritus de la sangre y la ira* — Jung prosiguió —. *Así vemos lo inconsciente desde la conciencia. Pero ésta parece ser algo dependiente del cerebro, que separa y aísla todo, y al ver lo inconsciente de esa forma lo presenta como si fuera más que lo que es. Por eso quien desciende cae en la estrechez de la subjetividad*

egocéntrica… Quien mira el agua, ve primero su propia imagen. El que va hacia sí mismo corre el riesgo de encontrarse consigo mismo. El espejo no nos favorece, nos muestra el rostro que ocultamos al mundo, que cubrimos con la “persona”, con la máscara del actor. Pero el espejo está detrás de la máscara y muestra el verdadero rostro. Esa es la primera prueba de coraje… Si uno ve su propia “sombra” y la soporta, cumplió una pequeña parte de la tarea; al menos trascendió lo inconsciente personal. Pero la “sombra” tiene vida propia. No podemos rechazarla ni huir. No sólo amenaza al individuo, sino que le recuerda su desamparo y su impotencia. A las naturalezas fuertes — o más bien débiles — no les gusta esta alusión y fabrican un más allá del bien y del mal. Pero tarde o temprano la cuenta debe ser saldada. Existen problemas que no podemos resolver nosotros mismos.

— ¿Cree que soy un monstruo? Observe el trabajo emprendido de los últimos seis años — el tono del Führer descendió abruptamente.

— No se trata solamente del destino alemán, sino del europeo. Todos tenemos que reconocer la sombra que se alza tras el hombre moderno. No necesitamos sostener la máscara del diablo ante los alemanes. Los hechos hablan por sí solos. Qué pueda hacerse con esto es algo que deberá resolver cada uno. No es poca cosa reconocer la culpa y la maldad propias, y es sumamente peligroso perder de vista la “sombra”. Sabernos culpables nos permite cambiar y mejorar. Lo que permanece en lo inconsciente no se corrige. La culpa puede convertirse en un poderoso impulso moral. Cada vez que se trata una neurosis hay que dar con la “sombra”, o nada cambiará…

— ¿Göring, qué dice este hombre? ¡No, cállese! — Hitler lo detuvo con un gesto —. ¡A ver, explique de una vez esto de la “sombra”!

El analista dijo que cuanto mayor fuera la distancia entre el extremo cultural de la conciencia, por un lado, y las profundidades desconocidas del inconsciente, por el otro, mayor era la tensión. Esto producía mayor cantidad de energía para emprender un cambio positivo, pero también aumentaba el peligro de una regresión violenta. Era un claro principio de disociación, que es donde comienza la neurosis psicótica.

— ¿Qué caracteriza una neurosis? — Göring decidió que era hora de ponerse al tanto de lo que pasaba.

— La neurosis es una escisión interna, el estado de guerra consigo mismo. Todo lo que acentúa esta escisión hace que el paciente empeore, y todo lo que la mitiga tiende a sanarlo. Se produce bajo la sospecha o el saber que somos dos personas, opuestas entre sí. El conflicto puede darse entre el hombre sensual y el espiritual, o entre el ego y la sombra… La neurosis es una división de la personalidad. Toda disociación deriva de la aparente imposibilidad de afirmar la totalidad psíquica. Pero, a la vez, es un proceso sin el

cual no es posible desarrollar plenamente la conciencia. Permite la integración de la personalidad a través de la diferenciación de aspectos internos, que deberán ser integrados. *Es una condición patológica, desmoralizada y mentalmente anormal: una parte de nosotros hace algo que el otro lado prefiere ignorar. Mantiene constantemente una actitud defensiva ante toda acusación, real o imaginaria. Pero el principal acusador no es una voz externa, sino el juez en nuestro propio corazón. Lo mejor sería no frotar las narices de los alemanes en sus propias abominaciones, para no ahogar la voz en sus corazones. ¡Si todos vieran lo valioso que es identificar la propia culpa, el sentido del honor y la dignidad! En cambio, se esmeran en trasladar la culpa a otros. Los alemanes no son indiferentes a la impresión que causan en el mundo. Lamentan la desaprobación unánime y odian ser criticados. El sentimiento de inferioridad genera que las personas sean sensibles y quieran impresionar al resto.*

Jung iba y venía ante un impávido Hitler. Göring parecía estar a punto de desmayarse. “Me enviará a Rusia”, pensó, y se estremeció.

— Debe enfrentar e incorporar su “sombra” para cumplir el papel de “héroe”. Es una lucha arquetípica y eterna…

— Esta “sombra” es una de sus imágenes… — Hitler habló con cierto desdén.

— Arquetipos.

— Lo que sea — el dictador se impacientó.

— Simboliza el “otro” aspecto, el inferior. Es una especie de “hermano oscuro”. *Aquella disposición primordial que se mantiene reprimida por hallarse en contradicción con nuestros principios conscientes… Su energía se sumerge en el inconsciente con consecuencias indefinibles. Esa energía psíquica que parece haberse perdido, sirve para revivir e intensificar todo lo que sea esencial en el inconsciente, tendencias que no tuvieron ocasión de expresarse hasta el momento. Forman una “sombra”, permanente y destructiva en potencia. Incluso las tendencias que podrían ejercer una influencia benéfica se transforman en demonios cuando se las reprime… El ser humano proyecta todas las manifestaciones que salen de su “sombra”, porque tiene miedo de encontrar el mal en sí mismo. La gente hará cualquier cosa, no importa cuán absurda, con tal de evitar enfrentar su propia alma.*

— Y si no integramos esta “sombra”, nos volvemos neuróticos — Hitler seguía la lógica argumental.

— Un neurótico histérico, para ser más precisos. Un sujeto escindido. Quien se miente y engaña a sí mismo y al resto, se parte al medio. Una mano no sabe lo que hace la otra. *El*

hombre es menos bueno de lo que se figura. Todos tenemos una "sombra", y cuanto menos la integremos, más oscura y densa será... Si se mantiene reprimida y aislada nunca se corrige. Y lo reprimido puede estallar súbitamente. Es un obstáculo inconsciente que hace fracasar las empresas mejor intencionadas. Llevamos dentro al hombre primitivo e inferior, con sus apetitos y emociones, y sólo podemos librarnos de él con gran esfuerzo. En la neurosis enfrentamos una "sombra" considerable. Si queremos curarla, será preciso encontrar un lugar donde la conciencia y la "sombra" puedan convivir... Si las tendencias reprimidas fueran sólo malas, no habría problema. La "sombra" es más bien mezquina, primitiva, inadecuada y molesta, pero no totalmente mala. Contiene propiedades que podrían embellecer la existencia... Pero el hombre moderno está separado de sus raíces y en vías de perder su conexión con la tierra... Esto expone nuestro problema psicológico, pues lo colectivo es acumulación de problemas individuales. Una parte se identifica con el hombre superior, y no puede descender, mientras la otra, identificada con el hombre inferior, quiere asomar a la superficie.

— Una vez que conquistemos el Este, nadie nos detendrá — Hitler llevó la conversación a su campo de expertise —. No habrá necesidad de...

— *Quien promete todo, seguramente no hará nada* — lo interrumpió Jung —. *Y quien prometa demasiado, corre el riesgo de utilizar medios diabólicos para cumplir...*

— Yo no prometí nada al *Volk*. Exigí y demandé, y él obedeció. Lo que tenemos es el fruto de nuestro esfuerzo y de nuestra lucha.

— ¿Honrará la palabra dada?

— *Estoy dispuesto a firmarlo todo... Soy capaz de firmar hoy tratados y romperlos mañana si el porvenir del pueblo alemán está en juego.*

— Una nación es como un gusano ciego...

— ¿Qué dice? — Göring se acercó.

— Está hablando de gusanos — dijo Hitler.

— ¿Realmente quiere un Nuevo Orden? ¿Quiere extirpar la decadencia democrática y aplastar a los soviéticos? Mire en su interior y despierte. *Problemas como esos nunca se solucionan legislando o engañando. Sólo puede resolverlos mediante un cambio universal de actitud. Y este cambio no se emprende con propaganda, mítines o con la fuerza. Se inicia con la transformación del individuo. Con una alteración de sus inclinaciones y antipatías personales, de su concepción de la vida y de sus valores.*

— ¡Suficiente! — Göring había tenido suficiente.

— ¡Déjelo hablar! — aulló Hitler, y Göring lo dejó hablar.

— *Allí donde hay una laguna, donde falta la certeza, se acumulan las proyecciones... Creemos que ciertas personas poseen malas cualidades, que no encontramos en nosotros, o que se entregan a vicios que nunca serían los nuestros. Debemos cuidarnos de no proyectar nuestra propia "sombra"... Si pensamos en alguien capaz de desprenderse de toda proyección, hablamos de un individuo que reconoce su "sombra". Se echa al hombro nuevos problemas y conflictos, se toma a sí mismo como una tarea seria, y ya no culpa al resto... Sea lo que sea que ande mal en el mundo, sabe que lo mismo ocurre en su interior, y si aprende a dialogar con su sombra, habrá hecho algo por el mundo... ¿Cómo puede ver claramente quien no se ve a sí mismo, ni aquellas oscuridades que imprime inconscientemente en todas sus acciones? Una psiconeurosis es el sufrimiento de un alma que no ha descubierto su sentido. El sentido hace que infinidad de cosas sean soportables... El hombre que considera su propia vida y la de sus semejantes como vacías de sentido, no sólo es desafortunado sino que está descalificado para vivir la vida.*

— *Esos demócratas desvergonzados se presentan como libertadores* — dijo Hitler —, *sostienen que los llamados Estados totalitarios quieren conquistar el mundo, cuando en realidad desde siempre son ellos los conquistadores... Hablan de libertad, y sin embargo, se trata de la estabilización del régimen de una clase social que maneja la prensa, gracias a su capital, y dirige la "opinión pública"... ¿Quién puede escapar a la crítica? Si desapareciera hoy, sé que llegará un momento en que se me atacará violentamente. La historia no hará una excepción. Pero, ¿qué importa? Dentro de un siglo las sombras se borrarán. No me preocupa, yo sigo adelante.*

Hitler echaba rápidas y duras hojeadas al analista. Göring, por su parte, debía darse por muerto, y observaba la escena con indiferencia, como si ya nada de eso le incumbiera. El Führer habló con tono gutural, de pie y enfrentando a Jung.

— ¿Cómo puede estar tan preocupado por un individuo cuando el futuro de Europa pende de un hilo?

— El problema colectivo comienza en el individuo. El hombre en conflicto consigo mismo provoca guerras y ruinas. El que está en armonía contribuye al bienestar general. Ocúpese de sus propios problemas, y reducirá en una milmillonésima parte el conflicto universal. En su caso particular, no sería un aporte insignificante.

El dictador sonrió. Quedaba poco tiempo, los oficiales ya se arremolinaban detrás de la puerta. Se oían voces de mando y saludos y taconeos. Había electricidad en el aire.

— *¡Sólo en nosotros descansa el futuro del pueblo alemán!* — Hitler dio un golpe sobre la mesa — *Si demostramos nuestra capacidad, nuestro esfuerzo, nuestra determinación,*

nuestras metas, nuestra perseverancia, volveremos a levantarnos como hicieron nuestros ancestros! ¡Alemania no fue un regalo, sino el producto del arduo trabajo de las generaciones pasadas!... ¡Nuestro movimiento no salió de la nada! ¡Pueden censurarnos, incluso matarnos, pero no nos rendiremos!... Si vencemos, y le aseguro que lo haremos, nuestra época quedará en la conciencia histórica de nuestro pueblo. Voy a prevalecer o a caer en esta guerra. Pero no sobreviviré a la derrota de mi pueblo. ¡No habrá ninguna capitulación!... ¡Una magnífica era nos aguarda, Alemania ha despertado!

— ¡Heil Hitler! — Göring se cuadró y taconeó, quizá intentando salvarse.

— ¡Si no integra su “sombra”, si no confronta a su “ánima”, si continúa diluyéndose en proyecciones absurdas, caerá y arrastrará a su pueblo con usted! Rusia lo espera — Jung habló con decisión.

— ¡Aplastaré a los rusos! ¡Stalin terminará sus días en Siberia! ¡Alemania nunca será vencida! — la mirada y el timbre del Führer se enfriaron repentinamente.

Hitler pasó a explicar el enorme poderío militar del Reich, su gesto se endureció y los ademanes se volvieron extraños. Cada vez que hablaba de las fuerzas armadas adoptaba un aire arrogante. Había estudiado todo en detalle, sus tropas eran invencibles. Quizá la marina británica era la más poderosa del mundo, pero él contaba con los U-Boot. Italia controlaba el Mediterráneo. El Führer demostró tener un conocimiento asombroso de la situación. Estaba al tanto del grueso de la coraza de cubierta de varios buques británicos, y había ordenado a la Luftwaffe proveerse de proyectiles que pudieran atravesarlas. De pronto se levantó, fue hasta el medio del despacho y se quedó ahí, inmóvil, con la mirada vidriosa. El timbre de la voz se agravó. Hablaba pausadamente, con calma. Innumerables pensamientos se sucedían en su mente. “Si hay guerra en el oeste, haré construir submarinos, submarinos, submarinos.” Se irguió y alzó la voz, como si hablara para un gran público: “Haré construir aviones, aviones, aviones, y derrotaré a todos mis enemigos.” Parecía estar en trance. Jung lo observaba, atónito. Se volvió hacia Göring, para ver su reacción, pero el mariscal no mostró ninguna. Parecía un maniquí, gordo y brillante.

— ¡Rusia no me asusta! ¡Son débiles y les faltan los medios! El bloqueo de Alemania es imposible y el pueblo me seguirá a donde sea. Si debemos enfrentar hambrunas, yo seré el primero en adelgazar. Los alemanes aceptarán los mayores sacrificios sin chistar. ¡Si falta mantequilla, no la comeré! Y todos me seguirán — la desorbitada y los movimientos erráticos — Si mis enemigos se sostienen varios años, yo resistiré uno más. Un gran destino me espera, y viviré para realizarlo.

— Me ocuparé de esto — Göring tomó el informe —. Alemania le agradece sus servicios, doctor.

Hitler había vuelto sobre el mapa, y jugueteaba con el lápiz rojo. Se había replegado nuevamente. Paradójicamente, el mundo exterior no le interesaba. Debía continuar con sus juegos y sus fantasías. El mariscal indicó la puerta con un gesto. En cuanto Jung salió, un tropel de oficiales se precipitó sobre la entrada. Vio cómo los generales, coroneles y comandantes rodeaban al comandante en jefe, infalible y genial. El alemán más grande de todos los tiempos. La puerta se cerró y la escena desapareció. Al verlo, Von Franz se puso de pie mecánicamente. El analista se acercó. "Hoy mismo volvemos a Zúrich". Ella sonrió, pero la alegría duró poco. Intuía el desarrollo de esa última "sesión". No había nada por lo que alegrarse.

La Operación Barbarroja se puso en marcha y cuatro millones de hombres marcharon sobre Rusia. La poderosa máquina de guerra alemana se desplegó en todo su esplendor. Capturaron rápidamente los Estados bálticos, Bielorrusia y Ucrania. Pero tras la captura de Smolensko el avance se estancó. Una fuerza de 700.000 soviéticos ocupaba el este de la ciudad, aislados pero bien pertrechados. Más tarde los alemanes asediaron Stalingrado y alcanzaron las puertas de Moscú. El comandante en jefe, Von Brauchitsch, fue destituido y reemplazado por el propio Führer. ¿Qué había motivado el reemplazo? Su "voz" había ordenado y él había obedecido. Pero esta vez sobrevino el desastre. "*Las órdenes de Hitler habían dejado de ajustarse a la realidad* — diría el general Hans von Greiffenberg —. *El Führer no era capaz de comprender cuáles eran las verdaderas posibilidades del enemigo, y dictaba órdenes totalmente absurdas que esperaba que cumpliéramos al pie de la letra.*" El inconsciente se impuso, la escisión era definitiva. Una mano ignoraba lo que hacía la otra. Rusia fue el principio del fin. La invasión terminó el 5 de diciembre de 1941, con la retirada del ejército alemán.

Con Estados Unidos en pie de guerra, los aliados proclamaron en la Conferencia de Casablanca que sólo aceptarían una rendición incondicional. En respuesta, Goebbels dio su discurso más famoso en el Palacio de Deportes: "¿Quieren la guerra total?" Vítores y aplausos de una audiencia cuidadosamente seleccionada. "Si fuera necesario, ¿quieren una guerra más total y más radical que lo que hoy podríamos siquiera imaginar?" Clamor, ímpetu, aplausos. "El inglés afirma que el pueblo alemán perdió la fe en el Führer." La masa se sacude: "¡Guerra, guerra, guerra!". Una ola ininterrumpida de "¡Sieg Heil!" inunda el espacio. Las banderas y los estandartes ondean en lo alto y miles gritan: "¡Führer ordena, nosotros te seguiremos!" "Yo les pregunto…" "¡Führer ordena, nosotros te seguiremos!" Goebbels consigue hablar. "Yo les pregunto: ¿Es su confianza en el Führer más grande, fiel e inquebrantable que nunca? ¿Están completa y absolutamente listos para seguirlo donde quiera que vaya y hacer lo que sea necesario para alcanzar la victoria?" Sí, sí, más aplausos. "Cuando la guerra comenzó, pusimos los ojos en nuestra nación. El que lucha por el triunfo es bueno y debe ser alentado. El que lo impide es malo y debe ser eliminado. Con

los corazones encendidos y la cabeza fría, nos sobrepondremos a nuestros mayores problemas en esta fase de la guerra. Estamos en el camino de la victoria, que descansa en nuestra fe en el Führer. Esta noche, una vez más, le recuerdo a toda la nación cuál es nuestro deber. El Führer espera que desechemos todo lo que en el pasado nos llevó a las sombras. No queremos fallarle. Así como nosotros estamos orgullosos de él, él estará orgulloso de nosotros... El Führer ha ordenado y nosotros obedeceremos. En esta gran hora de contemplación y reflexión nacional, nosotros creemos en la firme e inquebrantable victoria final. La vemos ante nosotros, la vemos y sólo tenemos que tocarla. Debemos estar decididos a subordinar todo ante ella. Esa es la obligación de todos en esta hora crucial. Hagamos que nuestra consigna sea: ¡Pueblo levántate, y haz que la tormenta se desate!"

En junio de 1944 los aliados desembarcaron en Normandía. En cuestión de meses los alemanes perdieron los territorios conquistados, y los invasores estrecharon las fronteras del Reich. Se combatía en suelo alemán. En poco tiempo los soviéticos pisaban Unter den Linden. Adolf Hitler, el Führer, el profeta y el místico, el caudillo y el juez, el artista y el chamán, dios y el demonio, se pegó un tiro cuando el enemigo estaba a sólo unos cientos de metros. El 8 de mayo de 1945 el mariscal Keitel firmó la rendición incondicional de Alemania. La pesadilla había terminado.

Post scriptum

Bollingen, 1946. Jung había estado trabajando en su libro "*La psicología de la transferencia*" y en "*Después de la catástrofe*". El final de la guerra y la derrota de Alemania le había traído varios dolores de cabeza. Reapareció el fantasma de ciertas declaraciones suyas, arrebatadas al olvido que merecían. No se molestó en contestar. Poco después de regresar a Suiza lo contactó Allen Wels Dulles, un espía americano interesado en sus estudios sobre la psicología de los dictadores. El analista no mencionó el trabajo realizado. Era un rumor fundado en algunos encuentros que había tenido con el Dr. Sauerbruch, uno de los médicos de Hitler. Sin embargo, proporcionó información sobre el estado de salud del dictador, sobre el efecto de la propaganda aliada y previó algunas posibilidades futuras. En uno de los mensajes enviados a sus superiores, fechado el 3 de febrero de 1943, el espía informaba: "*A 105 [David K. Burns, jefe de la oficina del OSS en Londres] de Burns [Dulles]. He estado en contacto con el eminente psicólogo Profesor C. G. Jung. Sus opiniones sobre las reacciones de los líderes alemanes, especialmente de Hitler a la vista de sus características psicopáticas, no deberían descartarse. Jung cree que Hitler hará uso de cualquier medida desesperada hasta el final, aunque no excluye la posibilidad del suicidio en un momento desesperado. Basando su informe en fuentes fiables, Jung asegura que Hitler está viviendo en el búnker de su cuartel general de Prusia Oriental, y que incluso los más altos oficiales tienen que ser desarmados y pasar por un escáner de rayos X antes de que se les permita verle. Cuando el personal come en su presencia sólo el Führer habla, aquellos tienen prohibido hablar. El estrés mental resultante ha quebrado a varios oficiales, según Jung. Jung también cree que los líderes del ejército están muy desorganizados y debilitados como para actuar contra el Führer. Puede informar a Paul M. de que estoy convencido de que Mrs. Froebe Kapteyn y Jung están en lo cierto…*". Por éstos y otros servicios, Jung fue designado "Agente 488". En 1944 siguió atentamente el desenlace de la "Operación Valquiria". El 19 de agosto preguntó a Bancroft por el almirante Wilhelm Canaris y del general Hans Oster, dos de los complotados, y por Hans B. Gisevius, oficial de la Abwehr y doble agente, en estrecho contacto con Dulles. Después del conflicto, el americano reconoció: "*Probablemente nunca se sabrá cuánto ha contribuido el profesor Jung a la causa aliada durante la guerra, tratando con gente que de alguna manera tenía contacto con el otro lado.*"

Hacía meses que no tenía contacto con Von Franz. Seguramente ella quería conquistar un pedazo del paraíso por su cuenta. Y eso estaba muy bien. Un viejo amigo le escribió desde Inglaterra pidiendo noticias. ¿Qué y cómo había pasado exactamente? ¿Cómo eran posibles Auschwitz, Bergen Belsen y Buchenwald? ¿Cómo una de las naciones más

cultivadas había perpetrado semejante crimen? ¿Cómo Hitler había logrado arrastrarlos al abismo?

"Estimado amigo,

Agradezco su última carta y el envío del ejemplar que le pedí. Extraño el trabajo y ansío sumergirme en las aguas del espíritu, encerrarme en mi torre y dedicarme completamente a mis proyectos.

Me hace las mismas preguntas que se hace todo el mundo: ¿Qué pasó en Alemania? ¿Por qué millones siguieron ciegamente a Hitler? Intentaré darle una respuesta, dándole tantos detalles como me lo permita este medio. Tendremos oportunidad de conversar más detenidamente cuando nos veamos.

Ante todo, quiero dejar algo en claro. En ciertos círculos, incluso antes del final de la guerra, se decía que yo volaba frecuentemente a los cuarteles del Führer para aconsejarlo. Esto es falso. Sospecho que, como suele suceder, el rumor parte de una verdad: Ferdinand Sauerbruch, médico de Hitler, me visitó varias veces durante la guerra. Aparentemente lo estaba tratando, y ciertos detractores míos soltaron la jauría.

Empecemos por el hombre alrededor del cual se propagó este asombroso fenómeno. Adolf Hitler era un histérico. Lo que caracteriza una neurosis grave (es decir, la psicosis) es, entre otras cosas, la disociación. Hitler era un hombre fragmentado, en una constante lucha interna, que no se conocía a sí mismo y temeroso de enfrentar su propia "sombra".

Hitler tenía dos rostros: uno amable y otro espantoso, y ambos eran verdaderos. Había en él luz y oscuridad, como en todos los hombres. En algún momento, el mal se impuso. Sólo podía haber un vencedor. En otras palabras, la autenticidad siempre se impone; psíquicamente hablando, pasado cierto punto sólo podemos ser *una* persona. Debemos comprender que Hitler no ejerció el mal a conciencia, sino que se vio poseído por él, sirvió de instrumento a fuerzas que habían estado acumulándose y que finalmente lo doblegaron. Por eso considero acertado hablar de "posesión". Una mano pretendía engañar a la otra. Una parte de su psiquis deseaba, quizá sinceramente, el bienestar de su pueblo y de la humanidad. Disfrutaba ejerciendo el mecenazgo de las artes, se veía a sí mismo como el primer defensor de la cultura y la civilización. Sentía pasión por la arquitectura, mantenía una estrecha relación con Speer y admiraba a Troost. Ese es el Hitler creador. Podía ser ameno, cortés y atento. Adoraba a los niños y a los animales, y se preocupaba por el bienestar de su círculo íntimo. Alababa la elegancia en las mujeres y no se sentaba hasta que todas sus secretarias lo hubieran hecho. Todo era parte de su capacidad actoral y la piedra angular de su carisma, y una máscara que lo complacía. Podríamos ver en esto un ejemplo de la "formación reactiva". Pero su inconsciente se sacudía. A medida que la

victoria final se desvanecía (y junto a ella, su fantasía), el mecanismo de defensa se fue desgastando hasta que el inconsciente irrumpió completamente, descartando cualquier posibilidad de redención. Cuando el inconsciente pretende rehuir el "principio de realidad", lo reemplaza el "principio del placer", es decir, la realización del deseo y la gratificación inmediata. *La persona mentalmente desequilibrada trata de defenderse de su inconsciente. Se genera una excitación que provoca una considerable falta de armonía entre las tendencias conscientes e inconscientes. El inconsciente comienza a imponerse sobre los procesos conscientes. Le siguen pensamientos y extravagancias incomprensibles y muchas veces alucinaciones.* Cuanto más se alejaba Hitler de la victoria, más se acentuaba su verdadera esencia. Esto se vio a partir de 1942, año en que supo que perdería la guerra. Quizá este fue el último mensaje de su "voz", y como Cristo en la cruz se preguntó por qué lo habían abandonado. Echó en cara al pueblo su traición y le exigió la lucha o la muerte. Confió a Speer: "*Si la guerra se pierde, la nación perecerá. Es inevitable. No es necesario pensar en lo que precisará el pueblo alemán para continuar su primitiva existencia. Será mejor que también destruyamos eso, puesto que demostró debilidad y el futuro es de los fuertes. Además, los que sigan de pie serán los tipos inferiores, pues los mejores habrán caído.*" En otra oportunidad afirmó: "*Alemania será un poder mundial o no será nada*." Para este momento, sufría una psicosis avanzada. *La psicosis es un estado en el cual los elementos inconscientes ocupan el lugar de la realidad.*

Hermann Rauschning, antiguo militante del partido después exiliado, menciona los repentinos cambios de temperamento en Hitler: "*Casi cualquier cosa puede inflamar repentinamente su ira y su odio... Y la transición de la ira al sentimentalismo o al entusiasmo también puede ser bastante repentina.*" Y el periodista Sisley Huddleston escribió: "*Sus ojos, suaves y soñadores mientras me hablaba, repentinamente resplandecían y se endurecían.*" Konrad Heiden también comentó esta dualidad y sugirió que el lado procrastinador era el "auténtico" Hitler. La personalidad ardiente que aparecía de vez en cuando encarnaba al Führer. Y Göring dijo: '*Para mí hay dos Hitler: uno hasta el final de la guerra con Francia y otro que empieza con la campaña de Rusia. Al principio era genial y agradable. Tenía una fuerza de voluntad extraordinaria y una inusitada influencia sobre la gente. Lo más importante es recordar que el primer Hitler tenía mucho encanto y buena voluntad. Siempre decía la verdad. El segundo Hitler, el del comienzo de la campaña sobre Rusia y que vivió hasta su suicidio, siempre era suspicaz, se irritaba con facilidad y estaba tenso. Era extremadamente desconfiado.*"

¡Hitler estaba poseído por fuerzas oscuras! Tenemos varios ejemplos de posesión diabólica en la modernidad: desde los exorcismos de Loudon y los convulsionarios de San Medardo, hasta los sonámbulos de los magnetizadores y los histéricos de Charcot. Uno o varios demonios hablaban por boca de sus víctimas, blasfemaban y las maltrataban.

Tenemos descripciones muy precisas. Retomando aquella declaración de Göring, considere el análisis que hizo de su propia posesión el padre de Surin en la historia de Loudon: "No puedo explicar lo que pasa en mí en esos momentos, ni cómo ese espíritu se une al mío sin privarme del conocimiento ni de la libertad de mi alma, y se conduce, sin embargo, como otro yo y como si yo tuviera dos almas, una de las cuales queda desposeída de su cuerpo y del uso de sus órganos y se mantiene a un lado viendo actuar a la que se introdujo… Cuando quiero, impulsado por una de esas dos almas, hacerme la señal de la Cruz, la otra me aparta rápidamente la mano y me clava los dientes con rabia." Son los síntomas extremos de un sujeto disociado.

Si no se logra la diferenciación, el individuo se disuelve entre los opuestos, al identificarse con ellos. Se da una disensión o una decisión arbitraria en un sentido o en el otro, con represión violenta del contrario… El "spiritus phantasticus" une en sí los contrarios y por eso desciende a la naturaleza instintiva, hacia lo animal, donde se convierte en instinto y provoca apetitos demoníacos… Psicológicamente, los demonios no son más que las interferencias del inconsciente en la conciencia… La fisura llega lentamente a la conciencia como una escisión del alma, y la lucha entre la luz y las tinieblas se traslada al interior de la misma… Freud levantó el velo que un optimismo esclarecedor había tendido sobre las profundas tinieblas de la naturaleza humana, y desde entonces la psicoterapia no ha descansado en su afán por descubrir el amplio campo de la oscuridad, al que yo llamo la "sombra". Pero esto sólo abrió los ojos de unos cuantos. Los acontecimientos de nuestra época pintaron un cuadro de la realidad psíquica con sangre y fuego. Un cuadro que no puede borrarse, y una lección que podría ser inolvidable, si es que el hombre aprendió a seguir el ritmo vertiginoso del demonio que vive dentro de él.

Al estar vacío en tanto individuo, Hitler podía adoptar el papel que mejor le sirviera sin ningún tipo de escrúpulos. Tenía mucho de actor y dirigía las apariencias. Dorothy Thompson dijo: "*Su rostro es el de un actor. Capaz de ser empujado hacia fuera o hacia dentro, expandido o contraído a voluntad, para registrar emociones fáciles.*" Podía hacer perfectas imitaciones de distintos personajes y controlaba sus maneras con facilidad, incluso sus arrebatos. Dicen que incluso los exageraba para hacer valer su punto de vista. Tampoco tuvo un sentido de pertenencia social definido. No pertenecía a la clase baja pero sus antecedentes familiares no lo colocaban entre la alta burguesía. En este sentido también era un ermitaño. Él mismo diría: "*Soy un hombre sin ninguna afectividad familiar, sin sentido del espíritu del clan. Sólo pertenezco a la comunidad de mi nación.*" Sus raíces eran las más primitivas y arcaicas: la raza y la sangre, el suelo y el *Volk*. Ahí encontramos el origen de su carácter arquetípico, y cómo le fue posible encarnar a toda una nación, volviéndose un símbolo, algo extrahumano y no dirigido, y por lo tanto peligroso y siniestro.

A esto se debió la ambivalencia con que juzgué al movimiento en el pasado. Todo arquetipo contiene el bien y el mal, y no sabemos qué curso tomará en el futuro. Muchos se acercaron esperanzados, pues se trataba de una manifestación a gran escala de una potencial individuación de Alemania, y evitar que se pudriera en las profundidades. Ese traspaso a la conciencia era necesario, porque el pueblo sufría un marcado sentimiento de inferioridad. La combinación de salvajismo y técnica durante la Primera Guerra Mundial pareció despertar a la "bestia rubia", algo que yo advertí en 1918.

Como individuo, Hitler no despierta mayor interés. No fumaba ni bebía; era vegetariano y seguía una dieta espartana. No era aficionado ni a la caza ni a la pesca, como muchos alemanes, ni al juego. No sentía particular interés por el sexo, no sabía conducir un automóvil y no sabía nadar. No practicaba ningún deporte ni coleccionaba nada. Dormía y comía poco. Su vida privada se limitaba a leer, meditar y conversar. Se entregó totalmente a su causa, vivió y murió por ella. Todavía más, encarnó su propio ideal. Todo se limitaba al trabajo y al tedio, todo se hacía y se sacrificaba por la causa.

Speer opinó al respecto: "*Había algo insustancial en él. Quizá fuera una cualidad permanente que tenía. En retrospectiva, a veces me pregunto si esta intangibilidad no lo habría caracterizado toda su vida. En ocasiones parecía que sus violentos arrebatos se apoderaban de él con mayor intensidad porque no había emociones humanas que se opusieran. No podía dejar que nadie se acercara a su ser interior porque era un núcleo sin vida.*"

Walther Hewel, que terminó sus días en el búnker, también nos dejó su testimonio: "*Hitler era un actor consumado. Produjo diatribas viciosas contra todos en su presencia, a excepción de las mujeres. Con ellas, siempre era conmovedoramente amable. Se volvió más escéptico que nunca, más errático, más vengativo. Hacia el final, ya no era el Führer sino un hombre que se apartaba de la realidad, de la destrucción, e incluso se deleitaba con ella. O quizá lo consideraba un episodio insignificante en su gran misión. En los últimos años comenzó a invocar cada vez más a la Providencia, sea lo que fuera que quisiera decir con eso. Durante nuestras últimas conversaciones insistió en que el bolchevismo, los judíos y la plutocracia anglosajona le habían impuesto la guerra… Había perdido la confianza en su antigua camarilla y quería colgar a sus generales… Cuando la diosa Némesis comenzó a vengar su arrogancia, perdió todo valor y compostura.*' En realidad, el Hitler del final era el mismo que el del comienzo. Su carácter no cambió porque él nunca quiso cambiarlo. Quizá le faltara el valor y la entereza necesarias, quizá no supiera y no pudiera distinguir entre los opuestos que lo desgarraban.

Un diagnóstico más preciso de la condición de Hitler sería "pseudología fantástica", esa forma de histeria caracterizada por un talento peculiar para creer las propias mentiras. Por

algún tiempo estas personas suelen tener un éxito asombroso, y eso las vuelve peligrosas. Porque nada convence tanto como la mentira que uno mismo inventa y cree, o una intención o acto malvado, convenciéndose de su trasfondo de justicia. Sea como sea, tienen más convicción que el hombre realmente bueno o la buena acción, o incluso que el hombre malvado y su mala acción. Lo teatral de Hitler, esos gestos claramente histéricos, despertó en la mayoría de los extranjeros el sentido de lo ridículo. Cuando lo vi con mis propios ojos, me sugirió un espantapájaros psíquico (con un palo de escoba por un brazo extendido) en lugar de un ser humano. Es difícil entender cómo esos discursos delirantes, pronunciados en tonos agudos, retorcidos y afeminados, pueden haber causado tanta impresión. Pero el pueblo alemán nunca habría sido arrastrado tan completamente si esta figura no hubiera reflejado su propia histeria colectiva. No es fácil poner la etiqueta de "inferioridad psicopática" en una nación entera, y sin embargo, es la única explicación razonable. La falta de educación, una presunción que lindaba con la locura, una inteligencia mediocre combinada con la astucia del histérico y las fantasías de poder propias de un adolescente, todo eso estaba escrito en el rostro de este demagogo. Todos sus gestos eran artificiales, destinados únicamente a impresionar. En público se comportó como un hombre que ya vive en su propia biografía, en su caso como un héroe sombrío, feroz, demoníaco, de la leyenda popular. Como el ideal de un pueblo infantil que debe su conocimiento del mundo a los héroes de películas de segunda. Todo esto me llevó a concluir que, cuando se produjera la catástrofe final, sería mucho más grande y sangrienta que lo esperado. Porque este impostor, transparente e histérico, no se pavoneaba en un escenario pequeño, sino que montaba las divisiones blindadas de la Wehrmacht. Al encontrarse con una oposición interna leve e ineficaz, una nación de 80 millones de personas se amontonó en el circo para presenciar su propio desmembramiento.

Me parece que la historia de los últimos doce años es el historial de un enfermo de histeria... Lo que hemos vivido en Alemania no es sino la primera erupción de una alienación espiritual general, una irrupción de lo inconsciente en los aposentos de un mundo al parecer aceptablemente ordenado.

En Nietzsche encontramos el eco del superhombre, del hombre amoral guiado por impulsos, cuyo dios ha muerto y que se arroga él mismo la divinidad, o más bien lo demoníaco, más allá del bien y del mal. ¿Y adónde va a parar en Nietzsche lo femenino, es decir, el alma? Helena desaparece en el Hades y Eurídice no vuelve. Se anuncia el fatal travestismo del Cristo renegado: el profeta enfermo es él mismo crucificado... Pues el profeta delirante remite a la prehistoria que se ha vuelto subterránea. Su vivencia vocacional es el cazador silbante, el dios de los bosques susurrantes, de la embriaguez y de todos los 'berserker' poseídos por espíritus animales... Alemania sufrió el pacto con el diablo, experimentó la enfermedad mental y está desgarrada como Zagreo.

¿Pero cuál era el propósito original de Hitler? Soñó con un "orden nuevo". Sería un error asumir que en realidad no tenía intenciones de crear un orden internacional. Por el contrario, en el fondo de su ser anidaban las fuerzas del orden, que se volvieron activas en el momento en que el deseo y la avaricia tomaron el control total de su conciencia. Hitler era el exponente de un "nuevo orden" y esa es la verdadera razón por la cual los alemanes se rindieron a sus pies. Anhelaban el orden, pero cometieron el error de elegir a la principal víctima del desorden y de una avaricia incontrolable como su líder. Su actitud en tanto individuos permaneció inmutable: tenían sed de poder, y a la vez deseaban el orden. Como el resto del mundo, no comprendieron que Hitler simbolizaba algo en cada uno de ellos y que en eso apoyaba su significado. Era la encarnación de todas las bajezas humanas. Tenía una personalidad psicopática, totalmente incapaz, inadaptada, irresponsable, llena de fantasías infantiles, pero poseía también el agudo olfato de la rata o del marginado. Representaba la "sombra", la parte inferior de la personalidad de cada cual, y esta fue otra razón por la que se dejaron atrapar por él. ¿Qué otra cosa podían hacer? En Hitler, todo alemán debe haber visto su propia "sombra", su amenaza más íntima y personal. Es el destino de cada hombre el hacer consciente su "sombra" y lidiar con ella. ¿Pero cómo puede esperarse que los alemanes comprendieran esto, cuando nadie más en el mundo quiere verlo? El mundo no alcanzará una auténtica armonía hasta que esta verdad sea reconocida. Pero nos entretenemos presentando toda suerte de causas externas y secundarias sobre por qué no podemos alcanzarla, aunque sepamos muy bien que las condiciones necesarias dependen en gran medida de la forma en que las tomemos e interpretemos.

Por fin comenzamos a percibir la psique, comenzamos a descubrir el inconsciente; y, como muestra la historia, es una empresa particularmente dolorosa. Cuando todos se felicitaban por haberse librado de la absurda creencia en los espectros, resultó que en lugar de habitar los áticos, murmuraban en la cabeza de los europeos, normales en apariencia. Las ideas y los delirios tiránicos, obsesivos y tóxicos estaban en todas partes, y la gente comenzó a creer las cosas más absurdas.

El fenómeno que presenciamos en Alemania fue sólo el primer brote de una locura epidémica, una irrupción del inconsciente en lo que parecía ser un mundo bien ordenado. Una nación entera, y millones de extranjeros, fueron arrastrados a la locura sanguinaria de una guerra de exterminio. Nadie sabía lo que pasaba, y menos aún los alemanes, que se dejaron llevar al matadero como ovejas hipnotizadas. Tal vez estaban predestinados a esto, ya que demostraron tener la resistencia más baja al contagio mental que amenazaba a los europeos. Pero sus peculiares dones también podrían haberles permitido sacar conclusiones útiles del ejemplo profético de Nietzsche. Nietzsche era alemán hasta la médula. Fue la debilidad del psicópata lo que lo llevó a jugar con la "bestia rubia" y el "superhombre". Ciertamente no fueron los elementos saludables en la nación alemana los

que glorificaron estas fantasías patológicas. La debilidad del carácter alemán, como la de Nietzsche, demostró ser un terreno fértil para las fantasías histéricas... Aquí los alemanes tuvieron una oportunidad invaluable para el autoconocimiento, y la dejaron ir.

Con la calamitosa fundación del Reich en 1871, el diablo se adelantó a los alemanes colgando ante ellos el tentador cebo del poder, la grandeza y la arrogancia. Imitaron a sus profetas y los tomaron al pie de la letra, pero no los comprendieron. Y así fue como se dejaron engañar por estas fantasías desastrosas y sucumbieron a las tentaciones de Satanás, en lugar de recurrir a sus abundantes potencialidades espirituales, que, debido a la gran tensión entre los opuestos, los habría colocado en un buen lugar. Pero vendieron sus almas a la tecnología, intercambiaron moralidad por cinismo y dedicaron sus mayores aspiraciones a la destrucción... Los alemanes no pueden disfrutar del poder y las posesiones impunemente. Piense lo que significa el antisemitismo para el alemán: ¡está tratando de usar a otros como chivos expiatorios! Esto debería haberles indicado que seguían un camino equivocado.

Cuando Hitler tomó el poder supe que una psicosis masiva estaba en ebullición en Alemania. Pero me dije que, después de todo, se trataba de Alemania, una nación civilizada con un sentido de la moralidad y la disciplina. Por eso el resultado final del movimiento todavía me parecía incierto, y la figura del Führer, simplemente ambivalente. Es cierto que en julio de 1933 recibí una impresión muy desfavorable tanto del Partido como de la persona de Goebbels. Pero no tomé estos síntomas como decisivos, porque algunas personas de un idealismo incuestionable intentaron convencerme de que estas cosas eran abusos inevitables, y ocurren en toda gran revolución. No era nada fácil para un extranjero emitir un juicio claro en ese momento. Como muchos de mis contemporáneos, tuve mis dudas.

Mucho antes de 1933 ya se percibía un leve olor a azufre, y todos querían descubrir el incendio y al incendiario. Cuando vieron nubes más densas sobre Alemania, y la quema del Reichstag dio la señal, ya no quedó ninguna duda acerca de dónde habitaba el incendiario. El mal en persona. A pesar de lo aterrador del descubrimiento, a largo plazo trajo cierto alivio. Ahora al menos sabíamos dónde estaba la injusticia, y nosotros nos encontrábamos en el campo opuesto, entre las personas respetables. Incluso el llamado a las ejecuciones en masa ya no ofendía a los oídos de los justos, y la quema de ciudades alemanas era considerada como el juicio de Dios. El odio había encontrado motivos respetables y había emergido del estado de idiosincrasia más secreta y personal. Ese público tan respetable nunca sospechó que vivía en el mismo vecindario que el mal.

Pero no debemos olvidar que estamos juzgando las cosas desde el presente y desde el conocimiento de los acontecimientos que llevaron a la catástrofe. Nuestro juicio sería

bastante distinto si sólo dispusiéramos de lo que se sabía en los años 1933 y 1934. Había en Alemania y en Italia varias cosas que hablaban en favor del régimen. Una prueba innegable fue la desaparición del desempleo. Después del estancamiento y la decadencia de la posguerra, la refrescante brisa que sopló a través de los dos países fue una tentadora señal de esperanza. Toda Europa contemplaba este espectáculo, al igual que Chamberlain, que como mucho esperaba un chaparrón. Esta plausibilidad extrema caracteriza a la "pseudología fantástica", y Mussolini también tenía alguna (¡aunque la mantuvo dentro de los límites en vida de su hermano Arnaldo!). Introduce su plan de la manera más inocente posible, con las palabras apropiadas y argumentos plausibles, y realmente nada indica que tenga malas intenciones. Incluso pueden ser buenas, genuinamente buenas. En Mussolini es difícil trazar una línea definida a este respecto. Cuando la "pseudología" opera, la intención de engañar no es necesariamente el motivo principal… Las cosas sólo se vuelven peligrosas cuando el mentiroso patológico es tomado en serio por un público más amplio. Como Fausto, está obligado a hacer un pacto con el diablo, y por lo tanto, abandona el camino recto. Posiblemente esto sea más o menos lo que le sucedió a Hitler. ¡Démosle el beneficio de la duda! Pero las infamias de su libro siembran desconfianza, y uno se pregunta si el espíritu maligno no había tomado posesión de él mucho antes de su llegada al poder. Muchas personas en Alemania se hacían la misma pregunta. Temían que el Führer pudiera fuera víctima de "influencias malignas", que incursionaba demasiado en la "magia negra", entre otras cosas. Estas preocupaciones llegaron demasiado tarde. Pero no podemos descartar que el mismo Hitler haya tenido buenas intenciones en un comienzo, y que haya sucumbido al uso de los medios incorrectos, o el uso indebido de sus medios, en el curso de su carrera.

Me gustaría destacar que parte del maquillaje del mentiroso patológico es ser plausible. Por eso, incluso para personas con experiencia, no es fácil formarse una opinión, especialmente en la etapa idealista del plan. Es casi imposible prever cómo se desarrollarán las cosas, y el "démosle una oportunidad" de Chamberlain parece ser la única política. La mayoría de los alemanes estaban tan en la oscuridad como la gente en el extranjero, y fueron presa fácil para los discursos de Hitler, tan ingeniosamente diseñados en sintonía con el gusto alemán (y no sólo el alemán).

Hitler será recordado en la historia. Como Nerón, Calígula, Genghis Khan, Iván el Terrible, Atila y otros semejantes… ¡Pero fue un personaje revelador! Incluso a mí me abrió los ojos. Antes de la era de Hitler todavía tenía algunas ilusiones que fueron totalmente destruidas por el prodigioso esfuerzo alemán. Nunca había pensado que el hombre pudiera ser tan perverso. Consideraba que podía ser malvado, pero el mal tiene al menos cierto carácter; el mal en Alemania estaba podrido. Era una carroña del mal, mil veces peor que

el demonio más común y corriente. Y considerando que Alemania no está en la luna, he sacado mis conclusiones sobre el resto de la humanidad.

No debemos pensar en Hitler como un demonio, por más retorcida que haya sido su ideología, por más nocivas que hayan sido sus acciones. Probó que el mal no es una lejana abstracción, sino que existe verdaderamente. Hitler no llegó de otro planeta ni de una dimensión desconocida, sino del vientre de una mujer. Fue una persona como las demás, como usted y como yo. El mal se esconde en el hombre. Hitler es un estado latente, una potencia en millones de personas. Acabar con Hitler, aunque fuera un paso necesario, no es la solución definitiva. Fue sólo un síntoma de algo más profundo, oscuro y urgente. Es en esos pantanos donde debemos sumergirnos, y como Schlemihl, recuperar la "sombra" que le vendimos al Diablo. Todos llevamos dentro la semilla del mal. Esto no quiere decir que, *ipso facto*, todos actuemos como dictadores. Pero es una pulsión latente, y existe la *posibilidad* de que esa oscuridad se apodere de nosotros, y caer como el poseso cae ante el demonio. Ahí reside el verdadero valor, todo el mérito y la virtud y ahí es donde se requiere ser fuerte, disciplinado y sabio. Sólo si nos acercamos a nuestra "sombra" podemos reconocerla, y debemos integrarla para convertirnos en sus amos y no en sus esclavos. Un hombre débil nunca puede ser virtuoso, porque carece de la bestialidad primitiva que sirve de vara entre los hombres. El virtuosismo no consiste en no hacer el mal, sino en poder y elegir no hacerlo. Saberse fuerte, pero no abusar de eso. Eso es lo que diferencia al sabio del ignorante, al justo del injusto, al bueno del malo. Es la auténtica línea entre el bien y el mal.

Nunca podemos estar seguros de que una nueva idea no se apodere de nosotros. La historia nos enseña que a menudo esas ideas son tan extrañas, que la razón apenas las acepta. La fascinación que implica semejante idea suscita una obsesión fanática que hace que se queme vivos, se decapite o se aniquile en masa a todos los disidentes. Ni siquiera tenemos el consuelo de pensar que esos hechos corresponden a épocas lejanas… "Homo homini lupus", es una sentencia triste, pero siempre válida. El hombre tiene motivos de sobra para temer a esas fuerzas inconscientes… En la muchedumbre se desencadenan los dinamismos colectivos, las bestias o demonios que dormitan en cada uno, hasta convertirlos en partículas de una masa. El hombre inconscientemente desciende a un nivel moral e intelectual inferior, por debajo del umbral de la conciencia.

¿Cómo los alemanes, de todas las personas, se metieran en este enriedo psíquico? ¿Podría haberle pasado a cualquier nación? Permítame recapitular mi teoría sobre los antecedentes psíquicos de esta guerra nacionalsocialista. Tomemos un pequeño ejemplo práctico como punto de partida. Un día, una mujer se me acerca y acusa a su marido: es un verdadero demonio que la atormenta y la persigue. En realidad, el hombre es un ciudadano respetable, probablemente inocente y ajeno a esas intenciones demoníacas. ¿De dónde

viene esta loca idea de su mujer? Está proyectando el diablo en su propia alma. Transfirió sus deseos y su ira a su marido. Se lo hago ver, lo admite y se convierte en un corderito. Todo parece estar en orden. Y sin embargo, eso es lo que me parece más inquietante, porque no sé a dónde se fue el diablo. Sucedió lo mismo a gran escala en Europa. Para el primitivo el mundo está lleno de demonios y poderes misteriosos a los que teme. Toda la naturaleza está animada por estas fuerzas, que son la proyección de los poderes internos del hombre. El cristianismo y la ciencia desmitificaron la naturaleza, lo que significa que el europeo recuperó progresivamente los poderes demoníacos del mundo y cargó su inconsciente con ellos... Los demonios empiezan a estallar en el arte barroco: las columnas se retuercen y de los muebles brotan los pies del sátiro. El hombre se transforma lentamente en un "uroboros", un símbolo del hombre demonio. El ejemplo perfecto es Napoleón. Los alemanes muestran gran debilidad frente a estos demonios por su increíble sugestibilidad. Esto se ve en su amor por la obediencia, en su supina sumisión a los mandatos, que son otra forma de sugestión. Esto se suma a su inferioridad psíquica, resultado de su posición precaria entre Oriente y Occidente. De todos los pueblos occidentales fueron quienes, en el éxodo general del vientre oriental, permanecieron demasiado tiempo con su madre. Finalmente salieron, pero llegaron demasiado tarde. El "mujik", por su parte, nunca se soltó. Por eso los alemanes están afectados por un complejo de inferioridad nacional, que tratan de compensar con la megalomanía, ¡aunque no estén demasiado cómodos en su propia piel! Una psicología típica de los adolescentes... También es evidente en el sentimentalismo alemán y "Gemütlichkeit", que en realidad no es más que dureza de corazón e insensibilidad. Todas las acusaciones de falta de espiritualidad y de bestialidad que la propaganda alemana apuntaba a los rusos se aplicaba a sí misma. Los discursos de Goebbels no son más que proyección psicológica. Su inmadurez también quedó expuesta en el Estado Mayor alemán, cuya falta de carácter recordaba al aplastamiento de un molusco dentro de un panzer. Alemania siempre fue la tierra de las catástrofes psíquicas: la Reforma, las guerras campesinas y las guerras de religión. Bajo el nacionalsocialismo, la presión de los demonios se hizo tan grande que absorbió a todos y los hizo volar como superhombres lunáticos. Hitler, quien luego infectó al resto, fue el primero. Todos los líderes nazis estaban poseídos en el verdadero sentido de la palabra, y ciertamente no es casual que su ministro de propaganda estuviera marcado con la antigua distinción del hombre demonizado: un pie zambo. El diez por ciento de la población alemana actual se compone de psicópatas incorregibles.

Es un buen ejemplo de lo que llamaríamos "culpa colectiva". Imaginemos a un hombre honrado, y que un miembro de su familia comete un crimen. ¿No sentirá vergüenza de llevar su apellido? ¿No se sentirá culpable aun cuando no sea directamente responsable? ¿Algunos no evitarían casarse con la hermana del criminal? ¿No sentiría un escalofrío al ver su apellido impreso por doquier? Lo mismo ocurrió al pueblo alemán, aparentemente

decente, civilizado y honrado. Y esto es extensible a cualquier europeo. ¿Serán Auschwitz y Buchenwald ejemplos de lo que caracteriza a los occidentales? El ascetismo espiritual de Hitler, su falta de auto-indulgencia, su fanatismo y mesianismo, lo hicieron creer que quienes le servían tenían el derecho de ser crueles y de asesinar sin culpa. Su propia pureza redimía estos crímenes. Como Cristo moriría por los pecados de su pueblo, aunque tuviera que pagarlo con la expulsión del paraíso.

Podría objetarse que el concepto psicológico de una culpa colectiva es un prejuicio y una condena injusta e injustificada. Y lo es, pero es precisamente eso lo que constituye la naturaleza irracional de la culpa colectiva: no distingue entre el justo y el injusto, es la nube negra que se eleva sobre la escena del crimen. Es un fenómeno psíquico, y por eso no es un prejuicio decir que el pueblo alemán es colectivamente culpable, sino un hecho... Todos son víctimas del crimen cometido, y todos fueron sus perpetradores. Atraídos por la irresistible fascinación del mal, todos hicimos posible esta atrocidad, y cuanto más cerca nos encontrábamos, más grande era nuestra culpa. Y somos arrastrados hacia el mal, sin importar lo que diga nuestra conciencia. Nadie puede escapar, porque todos somos parte de la humanidad y cada crimen toca un rincón de nuestros corazones... Con la aceptación de la culpa colectiva se dará un gran paso. Pero esto en sí no es ninguna cura, como no se cura el neurótico por el mero hecho de comprender su patología. Sigue sin respuesta la pregunta: ¿Cómo vivo con esta sombra? ¿Cómo vivir a pesar del mal? Para hallar respuestas válidas se requiere una total renovación espiritual que debemos conquistar nosotros mismos. Tampoco podemos seguir utilizando viejas fórmulas, pues las verdades eternas no pueden transmitirse de manera mecánica. Deben nacer de nuevo, en cada época, dentro del alma humana.

Cuando el mal irrumpe en nuestro orden de cosas la totalidad de nuestro círculo psíquico de protección, por así decirlo, se rompe. Esto inevitablemente requiere una reacción... Para poder romper nuestra unión con el mal, realmente requerimos un "rite de sortie": una especie de ceremonia en la que el juez, el verdugo y el pueblo declararán solemnemente su culpa y su disposición para hacer las paces.

La inundación que se produjo tras la Primera Guerra Mundial se anunciaba en los sueños que expresaban primitivismo, violencia, crueldad: todos los poderes de la oscuridad. Cuando tales símbolos se multiplican y no son comprendidos, los individuos se funden, como atraídos por una fuerza magnética, y se forma la masa. Pronto se hallará al líder en aquel que muestre la menor capacidad de resistencia, el mínimo sentido de responsabilidad y, por su inferioridad, la voluntad de poder más fuerte. Desatará todo lo que ya esté listo para estallar, y la masa lo seguirá con la violencia primigenia e irresistible de una avalancha. La mayoría de los alemanes abrazaron sentimientos de venganza y resentimiento, identificándose con los más débiles... El valor y la importancia del individuo

está desapareciendo, y amenaza con extinguirse definitivamente. Esta degeneración será larga y penosa, y lamentablemente inevitable. A largo plazo probará ser el único camino para que el inconsciente del hombre, su inmadurez y debilidad personal, puedan ser reemplazadas por un hombre nuevo. Uno que comprenda que es el autor de su destino y que el Estado es su servidor y no su amo. Pero sólo alcanzará estas esferas cuando entienda que, a través de su inconsciente, ha apostado sus "droits de l'homme". Alemania nos dio un ejemplo muy instructivo del desarrollo psicológico. La Primera Guerra Mundial liberó el poder oculto del mal, así como la guerra estalló por la acumulación inconsciente de las masas y sus deseos ciegos. El llamado "Friedenskaiser" fue una de las primeras víctimas, y a diferencia de Hitler, expresó abiertamente estos deseos sin ley y caóticos. Marchó a la guerra y a la catástrofe. La segunda guerra mundial fue una repetición de ese proceso psíquico pero en una escala infinitamente mayor.

Los alemanes deben comprender la indignación del resto del mundo. Todos reconocieron sus dones y su eficiencia, y nadie puso en duda que fueran capaces de grandes cosas. Por eso la decepción fue mayor. Pero el destino particular de Alemania no debería inducir a los europeos a creer que toda la iniquidad del mundo está localizada en ese país. La catástrofe alemana fue sólo un síntoma de la enfermedad general. Mucho antes de la era de Hitler se percibían síntomas del cambio mental que tenía lugar en Europa. La imagen medieval del mundo se resquebrajaba y la autoridad metafísica que la regía desaparecía rápidamente, sólo para reaparecer en el hombre. ¿Nietzsche no anunció que Dios estaba muerto y que su heredero era el Superhombre, ese bailarín bufonesco conducido por cuerdas? Es una ley psicológica inmutable que cuando una proyección llega a su fin, vuelve a su origen. Cuando alguien se topa con la singular ocurrencia de que Dios está muerto, o que no existe, la imagen psíquica de Dios, que es una parte dinámica de la psique, encuentra su camino de regreso y genera una condición de "Dios, el omnipotente". Es decir, todas aquellas cualidades características de los tontos y los locos y que, por lo tanto, conducen a la catástrofe.

Este es el gran problema al que se enfrenta el cristianismo: ¿dónde reside ahora el juicio sobre el bien y la justicia? ¿Será la fuerza bruta el árbitro? ¿Es la autoridad absoluta la voluntad de quien está en el poder? Si Alemania hubiera salido victoriosa, se podría haber creído que éste era el caso. Pero como el "Reich milenario" de la violencia y la infamia se sostuvo sólo unos años, debemos reconocer que existen otras fuerzas, igualmente poderosas y activas. Fuerzas que resisten lo violento y lo injusto, y que, en consecuencia, no conviene construir nada sobre falsos principios. Lamentablemente las cosas no siempre resultan tan simples y razonables.

Estas son, amigo mío, algunas de las razones por las que millones siguieron a Hitler. *La sugestión opera sólo cuando hay un deseo secreto de cumplirla. Por eso Hitler fue capaz*

de seducir a todos los que compensaban su complejo de inferioridad con aspiraciones sociales y sueños secretos de poder. Así logró rodearse de un ejército de inadaptados sociales, psicópatas y criminales como él. Pero al mismo tiempo cautivó al inconsciente de las personas normales, que se consideran inocentes y justos. La mayor parte de la gente "normal" es ridículamente ingenua, dispuesta a ceder a cualquier sugestión. En la medida en que una incapacidad de adaptación es una enfermedad, una nación entera puede estar enferma. Es psicología de masas, un fenómeno de rebaño, como el pánico. Mientras más gente se amontona, más estúpido y sugestionable es el individuo.

¿Cómo evitar estas patologías? *Con educación, para lograr una conciencia plena. Previniendo la organización en forma de rebaño, la proletarización y la mentalidad de masas. Rechazando los sistemas mono-partidarios. Rechazando las dictaduras.*

Al decir todo esto me siento más bien como el profeta que, según Josefo, alzó su voz en señal de lamento cuando los romanos pusieron sitio a Jerusalén. No demostró la menor utilidad para la defensa, y un misil de piedra arrojado por los sitiadores acabó con su vida...

Necesitamos un mayor entendimiento de la naturaleza humana, porque el verdadero peligro es el hombre mismo. Él es el gran peligro, y es una lástima que no lo sepamos. No sabemos nada sobre el hombre, o muy poco. La psique debe ser estudiada. En nosotros está el origen de toda la maldad posible.

Carl G. Jung."